IRVINE WELSH

La vida sexual de las gemelas siamesas



Miami. Ciudad de contrastes: aquí conviven los cuerpos esculturales con la obesidad más desbocada. Una de las poseedoras de un cuerpo escultural, la entrenadora personal y experta en fitness Lucy Brennan, se convierte en una heroína local cuando en plena calle desarma a un hombre con una pistola que estaba a punto de matar a dos personas. La prensa sensacionalista la adora y rápidamente pone todo el empeño en convertirla en un fenómeno mediático. También queda prendada de ella una testigo de su actuación, Lena Sorensen, una mujer obesa, obsesa y deprimida.

Fascinada por Lucy, Lena quiere contratarla como entrenadora personal para que la ayude a perder unos kilos. Y cuando los destinos de estas dos mujeres antitéticas se cruzan, se pone en marcha una relación cargada de amor loco, obcecación compulsiva y sadomasoquismo, enriquecida con toda una parafernalia de esposas para inmovilizar, dildos y comida, mucha comida, además de un cadáver que habrá que esconder en algún lado. Y, mientras tanto, descubren las dos por televisión la historia de unas siamesas que han decidido operarse para separarse y de paso convertir la intervención quirúrgica en un espectáculo mediático.

Lectulandia

Irvine Welsh

La vida sexual de las gemelas siamesas

ePub r1.0
Titivillus 26.01.16

Título original: *The Sex Lives of Siamese Twins*
Irvine Welsh, 2014
Traducción: Federico Corriente

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Elizabeth (de nuevo)

Debo crear un sistema o ser esclavo del de otro.

WILLIAM BLAKE

I

TRASPLANTES

1. COLONIA DE LEPROSOS

2-4-6-8, who do we appreciate?[1]

Las cifras son la gran obsesión norteamericana. ¿Cómo dar la talla? Nuestra economía ruinosa: los porcentajes de crecimiento, el gasto de los consumidores, la producción industrial, el PIB, el PNB, el Dow Jones. Como sociedad: los homicidios, las violaciones, los embarazos adolescentes, la pobreza infantil, la inmigración ilegal, los drogadictos (oficialmente reconocidos y no). Como individuos: la altura, el peso, las caderas, la cintura, el pecho, el IMC.

Pero la que causa la mayor parte de los problemas es la cifra que tengo ahora mismo en la cabeza: 2.

La discusión con Miles (1,86, 95 kilos) fue banal, vale, pero tuvo suficiente mala leche para evitar que pasara la noche en su piso de Midtown (decir Midtown es como decir ciudad fantasma). El muy gilipollas se pasó toda la noche quejándose de sus problemas de espalda y convenciéndose a sí mismo para no follar con ese pretexto de mierda. A medida que a él se le iban humedeciendo los ojos, a mí se me iba poniendo más árido el coño. No es muy difícil de entender, joder. Hasta llegó a mandarme callar durante los últimos minutos de un episodio de *The Big Bang Theory*; ¡venga ya, colega! Además su chihuahua, Chico, estaba aullando agresivamente y se negó a encerrarlo en la otra habitación insistiendo en que el cretino de ojos saltones no tardaría en tranquilizarse.

Pues que le den.

No se lo tomó muy bien cuando decidí largarme: se puso en plan niño taciturno, todo rígido y haciendo pucheros. ¡Échale un poco más de pelotas, coño! Algunos tíos simplemente no son lo bastante enrollados como para mostrar su ira. Tiene más huevos Chico, que cambió de rutina y se subió a mi rodilla pese a que yo no dejaba de ponerlo otra vez en el suelo.

Así que me dirijo de vuelta a South Beach, y faltan un par de minutos para las 3.30. Un poco antes hacía una noche más serena; la luna y una sucesión de estrellas proporcionaban esquirlas de luz que cortaban el cielo de color malva oscuro. Entonces, casi en cuanto arranco el motor de mi destartalado Caddy DeVille del 98, herencia de mi madre, me doy cuenta de que el tiempo ha cambiado. Me da igual, ya que el «I Hate Myself for Loving You» de Joan Jett suena en los altavoces, pero para cuando llego al puente elevado Julia Tuttle, las ráfagas de viento empujan frontalmente el coche. Reduzco la velocidad cuando la lluvia azota el parabrisas y me obliga a entornar los ojos para poder ver entre los rápidos movimientos de los limpiaparabrisas.

Justo en el momento en que pasa a lloviznar y el velocímetro regresa a los ochenta por hora, emergen dos hombres de la oscuridad —ahora nada estrellada y negra como el azabache— que corren hacia mí y agitan los brazos por la mitad de la calzada prácticamente desierta. El que está más próximo resopla con fuerza, con mejillas a lo hámster, bajo el chorro blanco de las luces de la autopista, y veo su mirada desquiciada. Al principio pienso que debe de tratarse de una especie de broma; unos universitarios borrachos o unos drogatas chalados que están jugando a alguna clase de juego temerario y descerebrado. Pero de repente se me clava

en la conciencia un escueto *joder* cuando intuyo que se trata de alguna forma rebuscada de robo violento de coches y me digo: *no pares, Lucy, deja que los muy capullos se aparten*, pero no lo hacen, así que freno con fuerza y el coche se desliza chirriando. Me aferro al volante y tengo la sensación de que un titán intenta arrancármelo de las manos; acto seguido, oigo un ruido sordo y un crujido, y veo cómo uno de ellos cae rodando al suelo desde el capó. El coche se para en seco y yo quedo incrustada en el asiento precisamente cuando el motor se cala y ahoga el CD exactamente cuando Joan estaba a punto de darle al estribillo una caña acojonante. Miro a mi alrededor e intento comprender la situación. Un conductor que está en el otro carril, justo delante de mí, no consigue reaccionar con tanta rapidez; el segundo hombre sale volando por los aires por encima del capó, dando vueltas como una bailarina fuera de control y haciendo carambolas por la autopista. El coche tira millas y desaparece entre la noche sin hacer el menor ademán de detenerse.

Demos gracias al santo ojete del dulce Niño Jesús de que detrás de nosotros no viene nadie más.

Los secuestradores de coches nunca han tenido tantos huevos ni tanto miedo. Milagrosamente, el tío al que ha golpeado el otro coche, un hispano pequeño y fornido, se pone en pie tambaleándose. Emana terror, tanto que parece superar cualquier dolor que pueda estar sintiendo, porque al cabrón que ha salido despedido de mi coche ni lo mira; mientras se larga como puede, echa una mirada furiosa por encima del hombro en dirección a la turbia noche. A continuación veo por el espejo retrovisor al tipo al que golpeé ligeramente, un blanco delgaducho. Él también se ha puesto en pie enseguida; es rubio y lleva el pelo peinado hacia atrás con gomina; cojea apresuradamente, como una araña medio tullida, hacia los arbustos de la mediana que dividen los carriles del puente de la autopista que conducen respectivamente al centro y a la playa. Entonces veo que el hispano ha vuelto sobre sus pasos y renquea hacia mí. Golpea mi ventanilla mientras chilla: «¡AYÚDAME!».

Me quedo clavada en el asiento, con el olor a quemado de las pastillas de los frenos y los neumáticos en las narices y sin saber qué coño hacer. Entonces un tercer tipo sale caminando vigorosamente por la autopista desde la oscuridad hacia nosotros. El hispano chilla de dolor —quizá se le haya pasado la conmoción— y cojea hasta la parte trasera del coche; al parecer, se agacha junto a la ventanilla del pasajero de atrás.

Abro la puerta y salgo, con las piernas temblándome sobre el asfalto firme y con sensación de vacío en el estómago. Mientras lo hago, oigo un restallido y noto que algo pasa volando junto a mi oreja izquierda. Me doy cuenta, con una extraña sensación de abstracción, de que ha sido un disparo. Lo sé por la forma en que el tercer hombre, cuya silueta se va perfilando entre la borrosa oscuridad, apunta hacia el coche con algo en la mano. Tiene que ser una pistola. Está casi a mi lado, y cuando veo el arma con claridad todo se queda congelado. Siento que se me levantan los párpados como suplicando piedad de forma primaria mientras pienso: *así acaba la cosa*. Pero pasa completamente de largo, como si yo fuera invisible, pese a que estoy lo bastante cerca como para tocarle y ver de perfil sus vidriosos

ojillos de hurón e incluso captar el rancio tufillo de su olor corporal. Pero está en plena persecución de su agazapado objetivo. «¡POR FAVOR! ¡POR FAVOR! … NO…», suplica el hispano acurrucado, encogido junto al coche con los ojos cerrados, la cabeza gacha y la palma de una mano tendida.

El pistolero baja lentamente el brazo y apunta con el arma a su víctima. No sé qué instinto se apodera de mí y le arreo al muy cabrón una patada en salto entre los omóplatos. Es un tipo delgado y de aspecto andrajoso, que cae de bruces hacia su víctima potencial y suelta la pistola al chocar con el asfalto. Por un instante, antes de abalanzarse sobre el arma, el hispano parece apabullado. Yo me adelanto a él y la envío de una patada debajo del Caddy, mientras la víctima en potencia, antes de levantarse y largarse cojeando, me mira boquiabierta por un segundo. Pero yo me lanzo inmediatamente sobre el pistolero dejando caer mi peso sobre su espalda, sentándome sobre él a horcajadas, con las rodillas raspando áspera y dolorosamente la superficie de la autopista desierta, y ambas manos alrededor de su delgado y esmirriado cuello. No es un tipo grande (blanco, alrededor de 1,64, 54 kilos), pero ni siquiera ofrece resistencia mientras grito: «¡QUÉ COJONES CREÍAS QUE ESTABAS HACIENDO, LOCO GILIPOLLAS!».

Unos cuantos sollozos de bebé entrecortados, y entre ellos un rollo lastimero: «No lo entiendes…, nadie lo entiende…», mientras otro coche se aproxima y pasa de largo. Noto la ominosa vibración de una capa de mierda más cayéndome encima. Levanto rápidamente la vista y veo al hispano dirigiéndose hacia los arbustos de la mediana, siguiendo los pasos de su compadre blanco huido. De repente se me viene a la cabeza esta idea: *me alegro de llevar deportivas*, pues había pensado en ponerme tacones de aguja a juego con la falda vaquera corta y la blusa que me había puesto para conseguir que Miles pensase en su polla y se olvidara de su espalda. Ahora que la falda se me ha arrebujado, me alegro un huevo de haberme acordado de ponerme bragas.

Entonces una voz emocionada me chilla al oído: «¡Lo he visto todo y eres una heroína! ¡He llamado a la poli y les he informado! ¡Lo he filmado todo con mi teléfono! ¡Tenemos pruebas!».

Levanto la vista y veo a una chica pequeña y gorda, con los ojos casi tapados por unos largos mechones negros, de 1,55 —puede que 1,57— y unos 100 kilos. Como toda la gente obesa, solo cabe especular acerca de su edad, pero yo diría que anda por los veintimuchos.

«He llamado para informar», repite agitando el móvil. «¡Lo tengo todo grabado aquí! Estaba aparcada allí», dice señalando con el dedo. Estiro el cuello hacia su coche, visible bajo las luces de la autopista, en el arcén bajo el puente, casi subido a la barrera formada por los arbustos, matorrales y árboles plantados entre la carretera y la bahía. Se fija en la figura quebrantada y postrada que tengo debajo, atrapada por mis muslos y estremeciéndose entre sollozos convulsivos.

«¿Está llorando? ¿Está usted llorando, señor?».

«Lo estará», gruño yo, mientras las sirenas aúllan desgarradoramente y las ruedas de un coche de policía rechinan cuando este frena abruptamente y nos envuelve en una luz azulada. Entonces me percato del asqueroso olor a orina que emana del tío que tengo debajo y que impregna de fetidez el cálido aire nocturno.

«Oh…», canturrea descerebradamente la gordita mientras arruga la nariz. Es como el pis de los viejos alcohólicos, cuando el vagabundo en cuestión lleva días bebiendo garrafón barato. Pero ni siquiera después de que la cálida humedad se extienda por el asfalto y entre en contacto con mis rodillas peladas aflojo mi presa sobre este hijo de puta llorón. Entonces una linterna me ilumina el rostro y una voz autoritaria me dice que me levante despacio. Parpadeo y veo cómo a la gordita se la lleva un poli. Intento obedecer, pero es como si mi cuerpo estuviera bloqueado sobre este miserable meón, y ahora caigo en que llevo una falda corta y en que estoy en una autopista, sentada a horcajadas sobre un desconocido que se está meando y rodeada de polis mientras pasan coches de largo. De repente unas manos ásperas me levantan bruscamente mientras el triste saco de huesos tendido sobre la calzada sigue emitiendo gritos amortiguados. Una hispana de uniforme, bajita y machorra, se encara conmigo mientras me coge sobonamente de las axilas y tira abruptamente hacia arriba: «¡Tienes que apartarte ya!».

No puedo utilizar las manos y los brazos para estabilizarme, ni girar ni inclinar el torso hacia delante, y al levantarme me doy cuenta de que al tío lo estoy pisando. Vaya una puta vergüenza. Mi amiga Grace Carrillo es una poli de Miami, y dejaría caer su nombre, pero no quiero que me vean *así*, ni ella ni nadie que me conozca. A consecuencia de la acción de patear y colocarme a horcajadas sobre este tipejo, mi falda vaquera, estrecha y ceñida, se ha arrebujado hasta convertirse en un grueso cinturón doblado en torno a mi cintura. La tela vaquera no vuelve a su sitio solo con que te pongas en pie, y los putos polis no me sueltan para que pueda alisarme la falda. «¡Tengo que arreglarme la falda!», grito.

«¡Tienes que apartarte ya!», vuelve a gritar la hija de puta esa. Se me ve la ropa interior por detrás y por delante y veo los rostros impasibles y cerosos de los polis, que me escrutan mientras me separo del capullo este que se ha meado en los pantalones.

Me entran ganas de hacerle un puto ojete nuevo a la zorra esta, pero entonces me acuerdo del consejo de Grace de que nunca es buena idea tocarle las narices a un poli de Miami. Para empezar, están entrenados para dar por hecho que todo el mundo lleva un arma de fuego. Los otros dos polis, ambos varones, uno negro y el otro blanco, esposan al pistolero llorón y lo obligan a ponerse en pie mientras por fin puedo menearme y alisarme la falda. El rostro del pistolero está pálido, y sus ojos llorosos miran al suelo. Me doy cuenta de que no es más que un crío; como mucho tendrá veintipocos años. ¿En qué cojones andaría pensando?

«Esta mujer es una heroína», oigo chillar a la gordita a modo de furibundo atestado. «Lo ha desarmado», declara señalando acusadoramente al chaval esposado, que ha pasado de asesino frío como el hielo a despreciable infeliz con una gran mancha húmeda en los pantalones. Noto la asquerosa humedad en mis rodillas raspadas. «Estaba disparándoles a esos dos hombres», añade señalando hacia el borde del puente.

Ahora los lisiados huidos contemplan juntos la escena. El hispano intenta escabullirse, mientras que el blanco se coloca la mano a modo de visera sobre los ojos para protegérselos de la áspera luz de la autopista. Otros dos polis se dirigen hacia ellos. La chica regordeta continúa hablando entre jadeos con la poli hispana.

«Le quitó el arma y la envió debajo del coche de una patada», indica con una de sus obesas falanges. A continuación se aparta de los ojos su sudoroso flequillo mientras menea el teléfono con la otra mano. «¡Lo tengo todo grabado aquí!».

«¿Qué hacías ahí parada?», le pregunta el poli negro mientras yo pillo a otro agente blanco varón echándole una mirada de perplejidad primero al Cadillac y luego a mí.

«Me entraron náuseas mientras conducía», dice la gordita, «y tuve que parar. Supongo que sería algo que comí. Pero lo he visto todo», y les enseña la grabación en vídeo de su móvil a los polis. «¡Otro coche también atropelló a esos hombres, pero ni siquiera se detuvo!».

Pese a que noto que los latidos de mi corazón redoblan más rápido que tras un entrenamiento de cardio, pienso que, bajo las luces rojas intermitentes del coche de policía, la piel de esta chica tiene casi exactamente la misma tonalidad que la horrible camiseta gigante de color rosa que acompaña a unos vaqueros anchos.

«Así es, empezó a disparar contra nosotros sin más». Flanqueado por otro poli, el tipo blanco con la pierna destrozada se ha acercado a trompicones con una expresión dolorida en su arrugado y curtido rostro, y señala al tramposo hijo de puta del pistolero, al que están metiendo en la parte trasera del coche patrulla mientras exclama: «¡Esta mujer me ha salvado la vida!».

Me tiemblan las manos y quisiera con todas mis fuerzas no haberme largado de casa de Miles. Hasta un polvo tibio con un capullo inmovilizado por problemas de espalda hubiera sido preferible a verme envuelta en esta mierda. Ahora me conducen a la parte trasera de otro coche patrulla mientras el agente me suelta palabras tranquilizadoras con un acento hispano tan fuerte que apenas le entiendo. Logro captar que se van a llevar el Cadillac y me oigo murmurar algo sobre que las llaves seguramente siguen puestas y que mi amiga Grace Carrillo es agente del Departamento de Policía de Miami-Dade en Hialeah. Nuestro coche arranca, mientras la gordita, que va de copiloto, estira su cuello mantecoso para decirnos con su rústico acento del Medio Oeste a la poli bollera y a mí: «¡Es lo más valiente que he visto en mi vida!».

Yo no me siento valiente en absoluto, porque estoy temblando y pensando *¿qué coño hacía yo abriendo la puerta*? Es como si me desvaneciera por unos instantes o lo que sea. Y cuando por fin me doy cuenta de dónde estoy, estamos entrando en el garaje de la comisaría de policía de Miami Beach situada en el cruce de Washington Avenue con 11th Street. Hay un equipo de televisión de noticias de última hora, que camina a nuestro lado mientras atravesamos la barrera, y la poli bollera dice: «Estos cabrones cada día son más rápidos», pero lo dice como mera observación, sin resentimiento. Como si estuviera preparado de antemano, me vuelvo hacia la ventanilla y me encuentro con una lente en plena cara. La gordita de rosa, cuyos ojos vidriosos pasan de mí al periodista, grita, casi como si se tratara de una acusación: «¡Es ella! ¡Es ella! ¡Es una heroína!». Y el reflejo de mi rostro que veo en esa cámara me dice que tengo una cara de desconcierto acojonante.

Me doy cuenta de que voy a tener que echarle a esto unos huevos que te cagas, así que cuando la gorda vestida de rosa dice por enésima vez con voz

afectada y de ultratumba: «¡Santo cielo, eres una heroína de verdad!», noto que una sonrisita me asoma en la cara y pienso para mis adentros: *pues sí, puede que lo sea*.

2. LAS PÁGINAS MATINALES DE LENA 1

Le dije a Kim que estoy dispuesta a probarlo todo una vez. Ella dijo que le estaba sacando muchísimo partido a algo que se llamaba Páginas Matinales. Simplemente haces asociación libre con lo primero que se te venga a la cabeza. ¡Pues anoche, por una vez, me pasaron un montón de cosas! ¡Así que allá voy!

Me detuve en la carretera, salí del coche al aire nocturno cargado y húmedo, y puse las manos sobre la barrera metálica mientras me asomaba a las negras y agitadas aguas de Biscayne Bay. Entonces la lluvia torrencial que caía sin cesar se detuvo de golpe, sincronizándose de algún modo con los bocinazos agresivos que desgarraban la noche, a lo que le siguió el chirrido de unos frenos. Fue entonces cuando emergieron de la oscuridad los coches, los hombres y ella. Gritaban y chillaban, y acto seguido oí lo que supe que era un disparo gracias a mis experiencias de caza con mi padre. Tendría que haberme subido inmediatamente al coche otra vez y haberme largado pitando, pero por algún motivo que sigo sin poder explicarme, y menos aún a aquellos puñeteros e insistentes agentes de policía, no lo hice. Al contrario, di varios pasos más hacia la carretera y empecé a filmar con el móvil.

No soy estúpida, les dije a los agentes. Por la forma moralizante y despectiva con la que me miraban, me di cuenta de que no me tomaban en serio. Pero era culpa mía; les hablaba con nerviosismo, y daba explicaciones excesivas fruto de la inseguridad y la emoción. «¡Es ella!», grité señalando a la chica, a la mujer, que acababa de subyugar al pistolero.

Entonces les enseñé el teléfono. Al principio, cuando tumbó al de la pistola, la imagen se veía oscura, pero se fue volviendo más nítida a medida que iba avanzando hacia ellos. Ella se colocó encima de él para que no pudiera levantarse.

Era evidente que, tras ver mi grabación, hasta los agentes quedaron impresionados con Lucy Brennan. Con esos largos cabellos castaños con mechas de color miel producto del sol de Florida, daba perfectamente el tipo. Tiene unas cejas espesas sobre unos ojazos almendrados de mirada penetrante y una mandíbula definida y trapezoidal. Su delicada nariz contrastaba con esa severidad de amazona y le proporcionaba una hermosura paradójica. Llevaba una minifalda vaquera, una blusa blanca y unas zapatillas tipo ballet. Se había pelado una de las rodillas, seguramente por la forma en que había inmovilizado al pistolero con esos muslos esculpidos y musculosos.

Nos llevaron a todos (a mí en el mismo coche que la heroína, y al infractor y su objetivo en otro) a la comisaría de South Beach. Luego me separaron de Lucy Brennan y me llevaron a una sala de interrogatorios austera y de paredes grises donde no había más que una mesa, varias sillas incómodas y unos fluorescentes que daban dolor de cabeza. Pusieron en marcha una grabadora y me hicieron todo tipo de preguntas. No dejaban de preguntarme adónde iba y dónde había estado.

¡Maldita sea si no me hicieron sentir como si hubiera hecho algo malo solo por detenerme en el puente y salir del coche para tomar un poco el aire!

¿Qué podía decir? Les dije la aburrida verdad: que me sentía mal por el correo electrónico que me había enviado mi madre, que estaba destrozada por lo que había pasado con Jerry, que me sentía frustrada por mi trabajo y que me sentía mal por lo de utilizar huesos de animales. Simplemente me sentía como una mierda por todo. Noté que me iba a dar una migraña, así que me detuve a tomar un poco el aire, eso es todo. Escucharon, y entonces una mujer policía, la agente hispana que había llegado la primera al lugar del delito, me preguntó una vez más: «¿Qué pasó entonces, señorita Sorenson?».

«Está en el móvil», le dije. Ya les había enviado el clip.

«También nos hace falta oírselo decir a usted con sus propias palabras», me explicó.

Así que lo conté todo otra vez.

Lucy Brennan. En la sala de espera de la policía me dijo que era entrenadora; entrenadora de fitness. Aquello encajaba: irradiaba salud, y rebosaba energía y confianza en sí misma. Tenía un cabello, una piel y unos ojos resplandecientes.

Y a pesar de lo fatigada que me sentía, el solo hecho de estar cerca de ella hacía que me consumiera de emoción. Porque sentía que alguien como Lucy podría ayudarme. Sin embargo, cuando la policía terminó conmigo y me dio una ficha para recuperar las llaves de mi coche en el aparcamiento de abajo (insistieron en que no podía acudir a la comisaría en mi propio coche), la busqué y me quedé un rato por allí, pero había desaparecido. Pregunté a un agente de policía en el mostrador de recepción si podría ponerme en contacto con ella. Se limitó a echarme una mirada severa y a decir: «No es buena idea».

Me sentí como una criatura a la que hubieran regañado. Así que cuando el tipo del equipo de noticias me habló en la calle con educación y cortesía, no tuve inconveniente en dejar que me entrevistaran ni en enviarles el clip con lo que había grabado.

Así que esas son mis Páginas Matinales. Le escribo a Kim un correo explicándoselo todo, pero no a mamá, ya que ella y papá ya están preocupados de sobra con que esté viviendo en Miami. Después de volver a casa en coche me sentía agotada pero seguía estando emocionada. Así que fui al estudio y me puse a dibujar. No soy retratista, pero tenía que intentar captar la fantástica melena color miel de Lucy y sus ojos ardientes y vigilantes. No consigo pensar en otra cosa que no sea coger el teléfono y llamarla.

Pero ¿por dónde demonios empiezo?

3. HEROÍNA

No podía dormir. Ni lo intenté. Nada más salir el sol hago estiramientos en Flamingo Park para prepararme para mi sesión de footing de primera hora de la mañana. No pienso dejar que Miles, un accidente de automóvil, un gilipollas al que se le dispara un arma, o incluso todo el Departamento de Policía de Miami-Dade, me jodan la rutina. Así que voy bajando por 11th Street hacia Ocean Drive, a un ritmo pausado de 12 kilómetros por hora. Unos hispanos del Departamento de Obras Viales están enderezando palmeras caídas y colocándoles soportes de madera. Agradecidos, los árboles rehabilitados se menean y susurran entre la fresca brisa.

Cuando llegué aquí por primera vez siendo una estudiante resentida de secundaria, me acuerdo de que el novio de mamá, Lieb, me explicó que las raíces de las palmeras eran menos profundas que las de la mayoría de los otros árboles, por lo que cuando hay huracanes y tormentas acaban tumbados fácilmente, pero no sufren tantos daños y sobreviven. Yo echaba de menos Boston e hice algún comentario de niñata en la línea de que en Miami hasta los árboles tenían raíces superficiales. Pero no les presté demasiada atención en ese momento, porque había fijado mi desdén en la mancha colorada que Lieb lucía en su calva cocorota. Por supuesto, un par de meses después, cuando se descubrió que era un agresivo cáncer de piel (que afortunadamente se hizo extirpar) me sentí mal por mi aversión anterior.

Al llegar a Washington Avenue, reduzco el trote hasta los 6,5 kilómetros por hora durante un par de manzanas mientras contemplo la mezcolanza de tiendas de tatuajes, bares deportivos, clubs nocturnos y tiendas de venta de ropa de playa hortera. Incluso a esta hora sigue habiendo grupos de borrachos que se asoman a los escaparates de tiendas cerradas en busca de futuras adquisiciones. Veo a chicas de voz estridente fijándose en tangas adornados con lemas como DON'T BE A PUSSY, EAT ONE[2], mientras los tíos se ríen disimuladamente y toman nota de las camisetas estampadas con strippers desnudas y la proclamación YO APOYO A LAS MADRES SOLTERAS[3]. En SoBe hay oferta para todos los niveles sociales, desde bares de copas lujosos a pubs deportivos horteras y antros de mala nota. Su unidad la define una sola cosa: el amor a la sordidez en estado puro y sin adulterar. Pasan por delante descapotables con equipos de sonido puestos a toda pastilla —muchas veces tan caros como el propio coche— que han optado por bajar a un sector más popular, ya que es evidente que en Ocean Drive o Collins Avenue nadie les hace caso, sin duda porque todo el mundo está inmerso en sus propias angustias narcisistas. Un trío de yonquis temblorosos comparte un cigarrillo en un portal. Un poco más abajo, dos personas de sexo indeterminado yacen dormidas bajo un montón de ropa sucia.

Basta ya de esta mierda; giro hacia Collins Avenue y Ocean Drive, hacia la arena y el mar, mientras dejo atrás a un borracho tambaleante farfullando algo ininteligible. Sin esta forma de empezar el día, estaría perdida. Un día sin carrera matinal es un día que se atraviesa pisando huevos en lugar de coger el toro por los cuernos.

Aumento la velocidad hasta llegar a alrededor de los 16 kilómetros por hora, y corro por el pavimento del malecón hasta llegar a South Pointe, cogiendo más velocidad a la vuelta. Ahora voy adelantando a todo el mundo y mis deportivas azotan el suelo a ritmo ligero mientras respiro de manera controlada y uniforme. Así es como te sientes cuando sabes que estás entre los dioses. Los demás, esos mortales que van arrastrando los pies, no son más que unos fracasados, tan lentos como limitados. Reduzco la velocidad hasta aproximadamente unos 12 kilómetros por hora, atravieso Ocean ajena a los coches sonámbulos, y bajo por 9th Street antes de salir a Lenox. Un poco más adelante, fuera de mi apartamento, veo a un grupo de gente en la calle. Al igual que en otros edificios de la zona, tenemos una fachada art déco, pero la nuestra es única, porque está pintada en color lavanda y pistacho y tiene un diseño geométrico abstracto con ojos de buey y rayas de transatlántico. Pero ¿qué hacen unos tíos con cámaras sacando fotos del exterior del inmueble? De repente me preocupo de que se haya producido un incendio o algo, y entonces, al acercarme más, me doy cuenta con pánico creciente: ¡*esta mierda es por mí*!

Me desvío rápidamente por 9th Street para dirigirme a la entrada de atrás de mi vivienda, pero uno de esos gilipollas me ha guipado y me grita: «¡LUCY! ¡UN MOMENTO, POR FAVOR!».

Estampida de paparazzis; una manada de obesos mórbidos y jadeantes de rostros colorados y vampiros esqueléticos y alcoholizados que parpadean bajo el sol, emprende repentinamente una persecución inverosímil. Pero no reduzco la marcha; saco las llaves a toda velocidad y abro el enrejado metálico que conduce a las escaleras de atrás, hecho lo cual me meto dentro y cierro de golpe en el preciso momento en que los miembros de la famélica manada se chafan unos a otros contra la malla. Hago caso omiso de su cacofonía mientras subo la escalera.

Ya en el apartamento, mientras intento regular mi respiración, la ventana trasera abierta deja entrar un aire fresco matinal tan dulce como el agua de un arroyo. El timbre suena de manera intermitente, y finalmente me vengo abajo y contesto. Me llevo el telefonillo al oído: «¡Lucy, somos de la revista *Live*! ¡Nos apetece mucho hablar contigo de una exclusiva!».

«¡Ni hablar! ¡Iros a tomar por culo! ¡Dejad de tocar el timbre o llamo a la policía!». Cuelgo violentamente el auricular en el soporte de la pared. Un turbio instinto me lleva a acercarme al armario donde guardo la pistola de aire comprimido del calibre 22. La compré el año pasado, cuando había un merodeador acechando en los alrededores del edificio. Consiguió entrar de alguna forma y abusar sexualmente de una chica que vivía abajo. Yo no la conocía, aunque por supuesto la había visto por ahí. No estoy segura de lo que le pasó, la prensa no informó de ello, pero otras personas que vivían en el edificio comentaron cosas. Algunos decían que el muy cabrón la había violado, otros que solo la había atado con cinta aislante y se le había corrido encima. Con independencia de lo que sucediera o no, lo que está claro es que era un hijo de puta muy enfermo.

Mi «pistola» no es un arma como mandan los cánones: solo dispara bolitas de plomo propulsadas por aire comprimido. No me molan las armas de fuego. Las

cárceles y las morgues están llenas de payasetes blandengues que pensaban que llevar un arma de fuego obligaría a los demás a tomarles en serio. Pero el incidente me asustó, y reaccioné positivamente organizando una concurridísima clase de defensa personal para mujeres.

Echo un ojo al teléfono; ya debe de haber llegado a los telediarios, porque tengo llamadas perdidas y mensajes de apoyo —de voz y de texto— de mamá, papá, mi hermana Jos (un «guau, bien hecho…» con esa voz grave y desapasionada que tiene), Grace Carrillo del Departamento de Policía de Miami-Dade (que llevaba las clases de defensa personal conmigo), el propietario absentista de Bodysculpt (el gimnasio falso desde el que trabajo), de Emilio de Miami Mixed Martial Arts (el gimnasio real desde el que trabajo), amigos como el Masterchef Dominic, y un montón de viejos amiguetes de la universidad, además de clientes actuales y pasados.

Eso me anima, y me doy una larga ducha con agua fría a toda presión, sin que nunca llegue a producir en mi piel ardiente una sensación que vaya más allá de la tibieza. Cuando salgo, me asomo entre las tiras de las persianas. La multitud parece haberse dispersado, pero podría haber rezagados al acecho. Vuelve a sonar el timbre. Contesto, completamente dispuesta a arrancarle la cabeza a algún chupapollas: «¡¡¿SÍ?!!».

Sin embargo, esta vez es una voz de mujer, y tiene un tono meloso, suave y tranquilizador. «Soy Thelma Templeton, de Programación VH1. No soy una paparazzi ni estoy aquí de parte de ningún canal de noticias. No quiero una foto ni una entrevista. Te doy mi palabra de que si me dejas entrar, seré la única en subir. Quiero hablar contigo de un programa de fitness-barra-estilo de vida».

¡Joder, qué bien! Le abro inmediatamente. Entonces caigo en que quizá haya sido todo una vacilada y me haya engañado. Así que abro la puerta y me asomo al pasillo, preparada para volver a entrar y cerrarla de golpe en caso de que aparezca algún gilipollas. Al cabo de unos momentos oigo tacones por las escaleras, cosa que me tranquiliza, y veo aparecer a una mujer en mi planta. No hay el menor indicio de que lleve nada parecido a una cámara. Tendrá alrededor de cuarenta tacos, viste de manera formal, luce cabello rubio liso con mechas y cara de bótox desconcertantemente paralizada mientras avanza con pasos largos con unos andares ligeramente patizambos. Yo me quedo donde estoy, y cuando ella se acerca de repente dice efusivamente: «Lucy», mientras me estrecha la mano y entra en mi pequeño apartamento. «¡Qué acogedor!», comenta con una sonrisa antes de sentarse en mi sofá biplaza tras ser invitada a hacerlo y aceptar mi oferta de un té verde.

Las piernas de esta carrozona han sido tonificadas en un gimnasio; no hay celulitis ni piel de naranja a la vista, y Thelma empieza a resumir su propuesta. Se trata de un programa de cambio de imagen. Yo cojo a una foca obesa y con baja autoestima que no ha tenido una cita en lo que va de siglo o cuyo marido hace años que no se la mete, y la hago perder peso y ganar confianza en sí misma. Una vez que yo la haya puesto en forma, se la paso a algún diseñador maricón que supervisará la fase dos, la componente cosméticos y ropa. «Tenemos algunas ideas, pero este es el modelo más sólido y más sencillo. Trabajaríamos contigo

concretando la idea, rodando el piloto, y si las cifras cuadran, pasaríamos directamente a la serie», explica, antes de repasar el discurso bastante detalladamente. Cuando termina, se levanta y me pregunta: «¿Quién es tu representante?».

«Eh, todavía lo estoy pensando», miento.

«No esperes demasiado. Golpea mientras el hierro está candente», dice en tono de semiadvertencia. «Hay gente muy buena con la que trabajamos de forma habitual; si quieres, puedo pasarles tus datos de contacto. No te quiero presionar, y tienes que encontrar a la mejor persona para ti, pero hay una mujer a la que realmente deberías conocer. Se llama Valerie Mercando. ¡Y creo que os llevaríais de miedo!».

«¡Estupendo!».

Me entrega su tarjeta, y yo le doy una de las mías tan chulas y estampadas en relieve que me hizo Jon Pallota:

LUCY BRENNAN
HARDASS TRAINING

Nada de excusas, solo resultados – ¡Sé lo mejor que puedes ser!
lucypattybrennan@hardass.com

La coge con unas manos muy cuidadas. «¡Guau! ¡Qué impresionante! Sí que tienes esa imagen contundente y directa con la que andábamos soñando. Alguien capaz de sacar al país de su autocomplacencia. ¡Alguien todavía más emprendedora que Jillian Michaels[4]!».

«Me enfrentaría a ella en cualquier momento, en la cinta, en la barra de dominadas o en el ring», le digo a la vez que noto que adelanto la mandíbula.

«No creo que haga falta», dice Thelma riéndose antes de agregar: «¡Pero nunca se sabe!».

La acompaño, primero hasta la puerta y luego por el pasillo hasta las escaleras de la entrada. «¡Guau, me alucina la idea de que podría tener mi propia serie!».

«No adelantemos acontecimientos», me reprende Thelma mientras se atusa el cabello ante una brisa inexistente y se acerca a la puerta de la entrada. Yo me adelanto para comprobar que no hay moros en la costa. Eso parece. Mientras parpadea por efecto del sol, sujeta el borde de la puerta y dice alegremente: «Primero un piloto, y luego vemos cómo cuadran las cuentas. Es todo cuestión de cifras», subraya antes de sacar un par de gafas de sol del bolso y ponérselas. «¡Hasta luego, Lucy!».

«Hasta luego». Oigo mi voz, apagada y sombría, mientras espero a que la puerta se cierre y experimento extrañas oleadas simultáneas de ansiedad y de emoción. Me despido de Thelma con la mano a través de la puerta de vidrio y luego subo brincando las escaleras para volver a mi té verde.

Yo me críe en una familia obsesionada por las cifras y las medidas. Papá, que era antiguo profesor de Educación Física —actividad interrumpida únicamente por algún servicio mediocre en el Departamento de Policía de Boston—, solía llevarme al estadio de béisbol de Fenway y bombardearme con las estadísticas de todos los jugadores. Cuando una actuación pobre o decente confirmaba una hipótesis que

hubiera hecho en base a esas cifras, se inclinaba hacia mí y decía: «Las cifras nunca mienten» o «Nunca te fíes de la subjetividad humana, las matemáticas vienen de Dios. Tú fíjate en las estadísticas, bichito, fíjate siempre en las estadísticas».

En mi caso, las cifras que dominaron mi juventud fueron mis puntuaciones de examen estandarizadas (altas = expectativas) y mis notas promedio (bajas = desilusión). La discrepancia entre ambas me convirtió en un enigma para mi madre; nunca logró entender qué me pasaba. Había que explicar el déficit en términos de personalidad. O de la consiguiente falta de ídem. A mi padre mis puntuaciones le importaban un bledo, pese a que estaba de acuerdo con mi madre en el paradigma de la falta de personalidad. Solo que, para él, eso se explicaba por mis fracasos deportivos.

Vivíamos en Weymouth, Massachusetts, localidad que había sido engullida por la dispersión urbana de Boston y que formaba parte de la «Riviera irlandesa» del South Shore. Mi hermana menor (nos llevamos dieciocho meses), Jocelyn, era una chica tranquila, estudiosa e irremediablemente negada para los deportes. Papá se esforzó con ella, pero hasta él tuvo que tirar la toalla, por lo que a partir de entonces pasó bastante desapercibida para él. Para compensar, se propuso eliminar todas las debilidades de pereza e indolencia que yo pudiera tener a fuerza de entrenarme. Me hizo odiar esos rasgos en los demás y combatirlos con uñas y dientes en mí misma. Y eso es algo por lo que le estoy agradecida (y solo por eso). Jocelyn, el «bomboncito» contrapuesto a mi «bichito», se convirtió en el proyecto particular de mi madre. A ese respecto, sería muy difícil decir quién de las dos se llevó la peor parte.

Termino mi té, se me escapa un bostezo de fatiga, y acudo a mi primera cita del día. Está todo en silencio mientras echo un vistazo al buzón. Hay una tarjeta del Departamento de Policía de Miami-Dade diciéndome que puedo ir a recoger el Caddy en su parking. Tuvieron que retenerlo ahí para inspeccionar los daños que había sufrido el capó.

Voy caminando hasta Bodysculpt, uno de los dos clubs de SoBe con los que trabajo. Aparece Marge Falconetti, una babosa hinchada casada con un director ejecutivo que mide 1,69 y pesa 129 kilos (no pienses teta-cintura-culo, solo michelines). Tras hacer unos ejercicios de calentamiento, la pongo a levantar un kettlebell de cuatro kilos y medio.

«Extensión completa, Marge, así se hace», adulo a la buena mujer mientras voy espabilando y me sobrepongo a la fatiga y al extraño e insidioso silencio que emana este sitio. Apenas tiene ambiente de gimnasio y hoy está peor de lo habitual. Lo cierto es que Marge se está esforzando, pero se pasa todo el rato mirándome a mí y más allá, completamente anonadada. Entonces, horror de horrores, sigo sus ojos saltones hasta una de las innumerables pantallas de televisión que tenemos colocadas en las paredes. Un canal de noticias locales y a continuación, en la siguiente pantalla, otros repiten las noticias de anoche, en las que *yo* figuro de manera destacada. Lester, uno de los otros entrenadores, vitorea ruidosamente y arrastra con sus aplausos a alguna gente más, mientras yo reaparezco en pantalla, parpadeando y con pinta de pelele.

«Lo están dando una y otra vez, cada media hora», me dice con una sonrisa de oreja a oreja.

«¡Qué valiente eres!», dice Marge con una sonrisa dolorida. Respondo con una miradita maliciosa para que le quede claro que no pienso tolerar pérdida de tiempo alguna, y luego vuelvo el cuello de nuevo hacia la pantalla.

Ahí estoy, pateando al enclenque armado hasta doblegarlo. Es una patada frontal guapa de cojones, la verdad, a mayor altura de lo que creía; mi metatarso le golpea rápidamente entre los omóplatos. Cuando la cámara se aproxima más, aparezco encima de su espalda con el culo enfundado en las bragas y la zona donde la falda se arrebujó tapada por las barras de anuncios. Veo cómo le asesto un par de crochets al cuerpo que sinceramente no recuerdo haber lanzado. La pasividad de él asusta, es como si estuviera sentada sobre un cadáver. Oigo una voz que chilla: «¡He llamado a la poli y les he informado!», al tiempo que la imagen se desplaza, y entonces aparezco en medio plano mientras el asfalto se oscurece con el pis. A continuación, un plano de mí, más profesional, a través del vidrio de la ventanilla del coche patrulla.

Dios mío, hasta me pongo al día con lo de las dos gemelas siamesas quinceañeras de Arkansas. Han reñido, ya que una de ellas quiere salir con un chico, lo que significa que la otra, físicamente más débil, se verá literalmente arrastrada en contra de su voluntad en caso de que discrepe. Pienso en lo que podría haber sido estar fusionada con Jocelyn y tener que arrastrarla conmigo a todas mis movidas, o peor aún, tener que ir a las suyas. Ni de coña.

Todo el país anda fascinado por el presunto dilema moral, que en realidad es el sueño húmedo de un degenerado. Leamos entre líneas: una de las chavalas quiere follar con su novio y la otra está pegándole al rollo religioso. Estas chicas han dividido a la nación. Anoche me enteré de parte de la historia con Miles, antes de que contrajera vértebras de cagueta y nos peleáramos. La gente de su cuerda cree que el aspirante a novio de Annabel, una de las gemelas, es un cabroncete muy enfermo pero con suerte. Me acuerdo de unas gemelas que había en el instituto: siempre les estaban entrando tíos proponiéndoles montar tríos y luego se preguntaban sinceramente por qué daban tanto asco a las chicas. ¿Acaso alguno de esos cretinos querría follarse a sus hermanos? Se llama empatía, pero ni siquiera esa emoción elemental forma parte de la constitución de Miles. Sin embargo, un niñato inmaculado, Stephen Abbot, que hace que Justin Bieber parezca el hijo bastardo de Iggy Pop y Amy Winehouse, está haciendo pucheritos en pantalla. «Hace tiempo que conozco a las chicas, y Annabel me gusta de verdad. Ni que fuera una especie de pervertido. Solo se trata de ir al cine y tomarnos un refresco y a lo mejor unas golosinas. Lo que le pasa a alguna gente es que tienen mentes sucias y siempre habrá quien intente hacer pasar las cosas por lo que no son».

Mientras Annabel asiente, la otra gemela, Amy, interrumpe y dice: «No solo es eso. ¡Se besan mucho y es un asco!».

Dejo de mirar la tele y observo mientras Marge jadea y resopla hasta completar la última serie. Entonces llega el momento de trasladar su rollizo pellejo a la cinta. La pongo a 5 kilómetros y medio por hora, lo bastante para obligarla a ponerse las

pilas, y luego, ya en plan trote serio, la subo a ocho. «Venga, Marge», grito mientras ella va cogiendo el ritmo a regañadientes.

Jesus H. Lester (1,79, 83 kilos) está mirando la televisión y diciéndole a su cliente, una profesora universitaria de treinta años maja y *motivada*, que está dando zancadas en la cinta de al lado: «La vida tiene que ser dura para esas chicas, de eso no hay duda».

Que sí, joder. Que debatan ellos las cuestiones filosóficas; yo altero el ritmo de Marge hasta hacerla alcanzar los 9 kilómetros por hora mientras empiezo a reflexionar sobre otra cifra: 33. Mi cumpleaños, que fue la semana pasada. La edad a la que se traba la mayoría de los deportistas auténticos. Entonces es cuando te das cuenta de que es un deporte de verdad y no un juego: ¿están acabados a los treinta y cuatro? Dicen que los treinta y cinco constituyen oficialmente la mediana edad. Yo *no puedo* permitirme el lujo de creer tal cosa. Una parte de mí lanza vítores cada vez que algún pandillero o un culogordo, como la sudorosa Marge, va a parar a la camilla de la morgue antes de tiempo. Se trate de balas o de hamburguesas, me da igual cómo muerdan el polvo, ya que hace subir como la espuma las estadísticas de aquellos que *intentamos* esquivar las dos cosas. Marge protesta lastimosamente cuando la aprieto hasta llegar a los 11 kilómetros por hora. «Pero…».

«Vas bien, cariño, vas bien», la arrullo.

«Uff…, uff…, uff…».

No obstante, yo ya tengo una edad a la que se supone que una mujer debe tener ciertas cosas: un marido, puede que un hijo o dos, una vivienda y muchas deudas. Lo último sí que lo tengo: treinta y dos mil dólares en préstamos para estudiantes y tarjetas de crédito. Hipoteca no, solo un alquiler de mil pavos al mes por un apartamento de mierda de un solo dormitorio en Miami Beach. Echo un vistazo a la hilera de fotografías de todos nosotros, los entrenadores personales: yo, Lester, Mona y Jon Pallota, que fue quien inauguró el local. A Jon se le ve moreno y en forma, con melena ondulada y sonrisa fácil, y así le recordaré siempre, pero eso fue antes del accidente que tuvo. La vida da unas vueltas muy rápidas: como no la agarres, la muy cabrona se te escapa.

«AY… AY… AY…». Marge está petrificada, y mueve el culo como un semirremolque derrapando de un lado a otro en una autopista de tres carriles.

«Ya casi estamos, cariño, y CINCO… y CUATRO… y TRES… y DOS… y UNO», y la máquina vuelve a los 6 kilómetros por hora preparándose para bajar de ritmo; ahora Marge está aferrada al manillar, salpicando la cinta con un sudor tan espeso como el esperma. «¡Bien hecho, muchacha!».

«Ay…, ay, Dios mío…».

Le asesto un manotazo al botón rojo de parada. «¡Muy bien, baja y coge otra vez ese kettlebell y hazme veinte repeticiones a dos manos!».

Ay, ya tenemos ahí esa carita de acabas-de-asesinar-ritualmentea-mi-primogénito…

«¡Venga!».

Mientras Marge obedece sudorosamente, yo pienso en mis otras cifras relevantes. Altura: 1,69. Peso: 50 kilos. Número de clientes habituales: 11. Número

de clubs a los que está vinculada: 2. Padres: 2 (divorciados). Hermanos: 1, mujer, que juega a ser una puta santa en India o África o en algún otro lugar infecto. En efecto, Jocelyn trabaja para una ONG intentando salvar a gente de color pobre en el Tercer Mundo; quizá intente compensar así la postura un tanto reaccionaria de papá en materia racial.

¡Marge se cree que esto es un juego! «¡Dobla las rodillas y baja el culo! ¡ESOS HOMBROS BIEN ATRÁS! ¡NO DEJES QUE PASEN DE LAS RODILLAS! ¡Mejor! ¡Eso es! ¡Bien!».

De niñas nos mudamos de Southie[5] a Weymouth, a una casa bonita y grande con techos altos y un patio enorme en la parte de atrás, y Jocelyn y yo teníamos cada una nuestro propio dormitorio. No obstante, siempre me dio la impresión de que mamá y papá no eran felices, y a medida que fui creciendo, solo su resentimiento compartido ponía de manifiesto que les unía algo. Él se quejaba regularmente del «influjo de Dorchester» en Weymouth (me di cuenta de que se refería a los negros, de los que según él había querido alejarnos trasladándose aquí, pese a que nuestro barrio anterior era el más blanco y más irlandés de la ciudad), mientras mamá le secundaba con un gesto de asentimiento rebosante de trauma y un comentario acerca de «la caída del precio de la vivienda».

«Eso es, cariño», animo a Marge, «¡baja más ese culo! ¡Del todo!».

Pero volvamos a los treinta y tres. Es una edad jodida para una mujer soltera y asquerosa para una entrenadora personal. Nadie lo dice (en general), aunque de vez en cuando la ladina y chillona Mona, ocho años más joven que yo, 1,74, rubia y 90-60-90, y que además es *la siguiente entrenadora femenina más vieja* de Bodysculpt, me describa con empalagosa deferencia fingida como la que «más experiencia» tiene. Esa sí que es una zorra que toma ácido con la sacarina.

«Venga, Marge, ¡pásatela por detrás de la espalda, de izquierda a derecha…, bien…, bien, intenta mantenerla a la misma altura!», le digo. Para ser una gordinflona llena de capas de celulitis, lo está haciendo de culo. «Mejor…».

Ahora que Jon ya no aparece por aquí, la única persona con la que de verdad me llevo bien es Lester. Prefiero con mucho trabajar en Miami Mixed Martial Arts, un garito como mandan los cánones; está en 5th Street y lo lleva Emilio, un exboxeador. La clientela se toma en serio sus objetivos de fitness. Bodysculpt, una cadena corporativa yuppie de grandes ventanales y suelos de pino, se parece más a un puto club nocturno de día. Hasta tienen DJ residentes, como el execrable Tony, que por suerte hoy no está, y que ponen música «para entrenar». Suele ser mierda ambiental sosa para tocinos perezosos aturdidos por el Prozac y por trasegar cócteles a todas horas que se creen que están en una especie de puto balneario. La mayoría de los clientes son mujeres; las amas de casa obesas de mi lista se ejercitan incómodamente junto a modelos de alta costura flacas como palillos y profesionales que pasan la mayor parte del tiempo hablando por teléfono mientras hacen mierdas de bici elíptica a velocidad reducida. Los pocos hombres que hay en este gimnasio parecen pertenecer todos a la categoría de los que llegaron a hacer planes bastante avanzados para liarse a tiros con todo quisque en el instituto pero se acojonaron a última hora. Decidieron que estudiar derecho y luego ejercer la abogacía era una forma mejor de hacer sufrir a la comunidad local. Y lo más probable es que estuvieran en lo cierto.

Cuando Marge termina su serie, le enseño a hacer peso muerto con un kettlebell más pesado. «Al bajar, refuerzas los abdominales, contraes los glúteos y aprietas justo con el centro de los talones».

Un gran agujero negro y dos ojos atónitos me miran desde el interior de una sudorosa caldera roja.

«¡Venga!».

Marge hace cinco repeticiones y entonces empieza con las chorradas en plan bandera blanca. «¿Puedo parar ya…?», suplica la muy rajada.

Respiro hondo con las manos en las caderas. «¡Los que abandonan se abandonan! ¡Persevera! Cinco más, Marge. ¡Venga, cariño, tú puedes!».

«No puedo…».

«¡Inaceptable! Cinco más y lo dejamos», le exijo mientras se dobla y chupa aire. «¡Encuentra la forma!».

La muy hija de puta me mira como si acabara de clavarle un bardeo en las tripas, pero obedece.

«¡CUATRO!».

Los putos malgastadores de tiempo no cambian: buscan reforzamiento positivo. Tú tienes que conmocionarles, abofetear esas jetas hinchadas y estúpidas hasta hacerles chillar.

«¡TRES!».

Tienes que decirles que vas a arrancar ese traje de rolliza indolencia de sus cuerpos y convertirlos de nuevo en *seres humanos*. Y sí, te van a *odiar* por ello.

«¡DOS!».

Y yo no les doro la píldora ni un pelo; se lo digo a las claras. Les digo que *es* como volver a nacer pero a cámara lenta, con la diferencia de que recuerdas hasta el último detalle sudoroso, asfixiante, demoledor y violento. Pero sales con un cuerpo y una mente aptos para vivir en este mundo. Marge llega a su límite con la pesa…

«¡UNO! ¡DESCAAANSEEEN!».

El kettlebell se le cae de las manos y golpea el suelo de goma. Se inclina hacia delante jadeando, con las manos apoyadas en las rodillas. No me gusta que la gente deje caer las pesas, así que grito: «¡Lo estás haciendo de cine, Marge! Choca esos cinco», lo que la obliga a incorporarse a medias para golpear mi palma antes de volver a colocar las manos sobre las rodillas. Levanta la vista, respirando con dificultad, como un ñu que ha escapado de las garras de un león *por esta vez*, pero solo a costa de que le hayan arrancado un buen trozo de culo. ¡*Qué más quisieras, tocina*! Sí, ahora me aborrece, pero cuando le dé el subidón de endorfinas iniciará un romance conmigo que durará todo el día. Después saldrá a la luz del sol y al ver esos cuerpos morenos y esbeltos de South Beach pensará: *Tengo que esforzarme más*.

Pues sí, joder.

Cuando nuestros clientes, Marge y la profe universitaria de Lester, terminan y se van para las duchas, nosotros nos tomamos un descansito mientras esperamos a los siguientes. Hay una oficina, pero la utilizamos fundamentalmente para pagar las nóminas y gestionar el local, y preferimos congregarnos junto al bar de zumos

naturales y disfrutar de la luz que entra a raudales por el techo de vidrio inclinado. Los mejores entrenadores siempre quieren estar visibles, incluso cuando no están ejercitándose o entrenando a alguien.

Lester toma café solo, y yo té verde. Lester me cae bien, ahora que ha dejado de dar la chapa con sus relatos del gueto del South Bronx, que me aburrían que te cagas. Cuando llegó tenía esa típica arrogancia neoyorquina, esa cansina noción preconcebida de que solo allí suceden cosas interesantes, atrevidas y demenciales, pero Florida le ha tranquilizado. También ha aprendido a utilizar la jerga del gueto de manera selectiva; es estupenda para las clases de boxeo y defensa personal, pero no tanto para clases individuales con la clientela blanca más acomodada. Aparece Mona, que deja de lado su revista del corazón y se suma a nosotros junto a la máquina de cafés. Lester se anima al ver en la tele a Sarah Palin hablando de la necesidad de establecer controles de inmigración más estrictos. «¿Controles de inmigración más estrictos? Maldita sea, esa lo que necesita es controlar más su culo», dice soltando una risita.

«Ya basta de sexismo, Les», le digo, pero sin poder reprimir una sonrisa. No debería animarle, pero lo hago, porque ofende a Mona, que vuelve a sumergirse en su revista. «Imagínate vivir cada día como si fuera un sueño», dice por lo bajini.

«El culo de esa zorra de la Palin se ha ido pal sur», explica Lester. «Compáralo con 2008. Ni de coña la va a imitar Tina Fey ahora. Qué más quisiera. Ese culo dejado es lo que *de verdad* le costó la nominación como candidata del Partido Republicano. ¿Adónde habrán llegado camino del infierno esas nalgas en 2016?», dice Les con ojos desorbitados. «Ningún paleto reaccionario al que no se le ponga tiesa para cascársela a su salud se molestará en trasladar su triste culo hasta una cabina de votación para poner una cruz junto a su nombre. ¡Que me den a mí su culamen durante seis meses y se lo dejaré tan duro y suave como un par de guijarros playeros!».

Lester siempre anda hablando de su lista de clientes de fantasía y lo que podría hacer por ellos. A Bieber lo inflaría de hierro y esteroides hasta hacerlo parecerse a Stallone. A Roseanne Barr la fundiría sin piedad hasta hacer que se pareciera a Lara Flynn Boyle. Pero sus comentarios nunca impresionan a Mona. «Eso ha sido de lo más misógino, Les», gimotea mientras levanta la vista de su revista con un tono de voz que indica una desaprobación que un rostro paralizado desde el nacimiento del cabello hasta la mandíbula por la toxina botulínica es simplemente incapaz de expresar. «A mí me parece una figura de lo más edificante».

«Sin que sirva de precedente, en esta ocasión voy a tomar partido contra la fraternidad femenina», tercio yo, «porque Les tiene razón. Palin va a perder dos millones de votos por dejar que se le caiga el culo de esa forma. Para mí que cada kilo que ganan las políticas supone una pérdida neta de cien mil votos. Cinco kilos para arriba o para abajo hace que entren en juego los estados bisagra», concluyo mientras cojo una manzana de la cesta y le pego un buen bocado.

«Así de claro», dice Les mientras choca los cinco conmigo. «Campanadas de advertencia para ella y Hillary en 2016».

«Pues a mí me gusta lo que dice», reconoce Mona con gesto enfurruñado. «Es una mujer de lo más impresionante».

«La verdad es que maneja bien la presión mediática», digo con una sonrisa mientras me fijo en la pantalla y veo cómo Mona me sigue con la mirada. Ya vuelvo a salir en la tele. ¡Demonios, la verdad es que *fue* una patada frontal de la leche!

Entonces Lester arruga el rostro antes de dar paso a una sonrisa más profunda. «Jon va a estar encantado contigo por convertirte en nuestra próxima estrella mediática. Le hará pasar desapercibido. ¡Hasta puede que vuelva a asomar la jeta por aquí de nuevo!».

«Eso espero», asiento. Jon es el propietario de Bodysculpt, pero desde su célebre accidente no tiene clientes y rara vez aparece por aquí. Es una lástima, porque era uno de los mejores entrenadores que había.

Saco el iPhone del bolso. Tengo guardados en él todas las fichas y programas de mis clientes. Introduzco otras sesenta y cinco calorías a cuenta de la manzanita. El día que descubrí Lifemap TM cumplí la mayoría de edad como devoradora de cifras.

Más que un sitio web, una aplicación telefónica, un rastreador de calorías, un monitor de ejercicios, peso e índice de masa corporal, pero a la vez todas esas cosas, Lifemap es una herramienta indispensable. Es mejor que un registro de todo lo que comes, de todo lo que te metes en la boca o de todos los ejercicios que haces, desde ir a pie al centro comercial hasta hacer una maratón. Es una forma de vida, y es el aparato que salvará a Estados Unidos y al mundo. Lo inventó una empresa de diseño de software y ha sido promocionado por la exestrella de la NBA Russell Coombes (tres veces campeón del mundo, 1136 partidos para Chicago, San Antonio y Atlanta. Famoso por su cifra de robos por partido, 1,97. Jubilado a los treinta y dos…).

… mierda.

El principal motivo por el que mis treinta y tres tacos son significativos es que en un lugar tan pendiente de la moda como Miami Beach establecen los parámetros de mi base de clientes. Nadie con dos dedos de frente quiere un entrenador personal mayor que ellos. Nadie quiere un entrenador personal que tenga una pinta vomitiva, y a igualdad de todos los demás factores (cosa que rara vez sucede, pero qué más da), cuanto más envejeces peor aspecto tienes. Por supuesto, hay excepciones; se me vienen a la cabeza los entrenadores estrella o «celebridades»: gente que nada contra corriente, como los J-Micks, Harpers, Warners y Parishes de este mundo. Pero lo que suele significar es que me asignan a cuarentonas gordas sin remedio que aspiran a parecerse a mí, mientras que a Mona le tocan tías de treinta y tantos que están ligeramente en baja forma que aspiran a parecerse a ella, y un inquietante listado de putas modelos tipo Auschwitz, tomándose un descanso de lo de estar sentadas con los dedos metidos en la garganta mientras esperan a que suene el teléfono y sean los de Condé Nast. ¡Pero eso está a punto de cambiar!

No todas ellas son de las que hacen perder el tiempo, de todos modos. De pronto aparece el conejito de gimnasio megaguay Annette Cushing con expresión alegre y una mirada llena de confianza camino del bar de zumos naturales. Es una de las clientas de Mona, pero pasa de ella, arrugando su nariz de botón y enfocándome *a mí* con unos ojos negros como platillos. «¡Enhorabuena, Lucy! Has

sido supervaliente. ¿Qué te impulsó a hacerlo?».

«No me dio tiempo a pensar», le explico mientras veo cómo Mona se queda boquiabierta; está claro que la zorra ensimismada no se ha enterado de mis hazañas, «simplemente reaccioné de la forma en que me entrenaron para que reaccionara».

«Esa patada, la que grabó la cámara…».

«¿Qué pasa?», pregunta Mona. Lester señala hacia la tele; vuelven a repetirla. «¡AY, DIOS MÍO!», chilla Mona de emoción mientras se coloca a toda prisa debajo del televisor montado en la pared para escuchar mejor.

«Es una simple técnica de kickboxing, como un directo con el pie…», le digo a Annette mientras extiendo la pierna para mostrarle cómo se hace.

«No dijiste nada…», se queja Mona en un tono de acusación lamentable, antes de que la mandíbula se le caiga hasta el suelo cuando Annette me pregunta: «¿Y podría hacer algo de eso contigo?».

«Claro», digo señalando nuestro estante de tarjetas personales. «Dame un telefonazo. Pero tendría que ser en Miami Mixed Martial Arts». Le echo una mirada de reojo a Mona: ¡la muy puta se ha tenido que comer esa igual que si fuera una tajada de tarta de lima de mil calorías!

«La verdad es que estoy deseando ensuciarme las manos», dice Annette con una sonrisa antes de largarse con una inquieta Mona hacia el impoluto estudio de Pilates. Esa zorra pagó ocho de los grandes (o más bien lo hizo algún viejo ricachón al que se tiraba) para obtener una acreditación de mierda y el equipo de entrenadora.

Oímos el estridente timbre del teléfono procedente de la oficinita. Lester se levanta de la banqueta de un salto y contesta. Primero asoma los ojos y luego el resto de la cabeza por detrás de la puerta. «Es para ti, Lucy. Ahora van todos detrás de ti, superestrella». Y mientras avanzo hacia él, levanta la palma para chocar los cinco otra vez. «¡Heroína y celebridad televisiva! ¡Demonios, eso es bueno para los negocios!».

«Lo sé, ¿vale?», le digo con una sonrisa de oreja a oreja y chocando palmas mientras me dirijo hacia la fea y pequeña habitación, iluminada por una sola ventanita. En tres de las paredes hay cubículos de trabajo. Levanto el auricular, que estaba parcialmente enterrado bajo unas hojas de ejercicios de los clientes sobre el escritorio de Lester. En otra tele colgada en la pared aparezco yo, atónita y boquiabierta, con el rollizo dedo de la gordita sonrosada señalándome. Levanto el auricular. «Hola, Lucy Brennan al habla».

«Hola…». Una voz suave y vacilante. Tengo la sensación de haberla oído antes. «Soy Lena, Lena Sorenson. Anoche fui testigo de lo del puente. Lo filmé con mi teléfono. Aquellos tipos… que corrían por la carretera… ¿y cuando desarmaste al pistolero? ¿La comisaría?».

¡Es ella! ¡La gordita! ¡La que me convirtió en estrella! «Vale…, sí…». Miro a la pantalla, pero hemos desaparecido, desplazados por la imagen de una niña de unos diez años. Según la banda informativa de la parte inferior de la pantalla, ha desaparecido. Entonces reaparecen las gemelas unidas de Arkansas.

«Conseguí tu número de teléfono en internet», dice con voz entrecortada la

gordi. «Gugueleé tu nombre y apareció la página web de tu gimnasio, donde figurabas como entrenadora personal».

Así es, repulsiva fracasada acosadora. «Estupendo… ¿Cómo estás?».

«Yo bien…, bueno, puede que no tanto», dice en un tono de voz cauteloso y semiconfesional. «Me parece que he engordado mucho últimamente y tengo muchas ganas de volver a ponerme en forma. ¿Crees que podrías ayudarme?».

«A eso me dedico. ¿Cuándo puedes venir a hacer una consulta?».

«La verdad es que vivo bastante cerca, bueno, en la parte norte de Miami Beach. ¿Podría pasarme por ahí mañana por la mañana?».

«Claro…».

Levanto la vista hacia una pantalla más pequeña que está en la otra pared de la oficina, donde volvemos a aparecer en otro canal. La pava vestida de rosa con carnes flotantes alrededor del cuello me está describiendo efusivamente como una heroína.

«Estaré encantada de encontrarme contigo en circunstancias más tranquilas. ¿Qué tal a las diez?».

«A las diez está bien…», responde ella con escasa convicción.

«Vale. Mañana empezamos», le digo. «A las diez en punto».

«Vale…», dice en tono vacilante una sosa voz de víctima al otro lado de la línea.

Cuelgo y recojo mis cosas. Me despido de Lester en el bar de zumos. Luego salgo a la calle y voy caminando hasta la comisaría de policía de Miami Beach que hay en la esquina de Washington Avenue con 11th Street. Reconozco al poli del mostrador de anoche; un tipo gordo, bajito y negro que se limita a mirarme con una leve expresión de reprobación antes de pedirme que rellene un formulario hasta que por fin me entrega las llaves del coche. Sigo las instrucciones que me da para llegar escaleras abajo hasta el aparcamiento y encontrar el Cadillac DeVille. Examino las abolladuras resultantes de la colisión; me siento como si estuviera sacando de la perrera a un perro de rescate muy querido pero peligroso. Me subo al coche y pongo el motor en marcha, y se enciende a la primera. Lo saco del oscuro aparcamiento subterráneo y salgo a la luz del sol, y luego giro hacia mi calle y doy una vuelta a la manzana para asegurarme de que no hay fotógrafos al acecho. Pero salvo por unas palmeras que zumban entre una leve brisa, la calle está tranquila; de pronto la luz se debilita y se desvanece cuando unas nubes de tormenta se aproximan desde el océano y tapan el sol. ¿Tan pronto han perdido el interés? Ya en el piso, no tengo tiempo para correos electrónicos, porque esta noche lo petan. ¡Michelle Parish ha venido a Miami a hablar de su nuevo plan de dieta y ejercicios!

Para cuando estoy lista, con unos pantalones de lino blanco y una camiseta sin mangas azul, además de optar por recogerme el pelo en un moño clásico (estoy harta de la coleta de entrenadora), las nubes ya han desaparecido y hace un hermoso atardecer de Miami Beach. La temperatura sigue siendo cálida y agradable mientras el sol se pone y los insectos zumban difusamente. Atravieso confiadamente ese aire tropical tan sexy y vuelvo a subirme al coche, satisfecha de que no haya moros en la costa. El viejo estéreo del Caddy está roto, pero tengo

mis CD y pongo algo del hip-hop cubano que le compré a un buscavidas por cinco pavos en Washington Avenue. Nunca suelo hacer esas cosas pero aquel chaval tenía unos ojos monísimos. Musicalmente es jugársela, pero esta vez me ha salido a cuenta: el aire se llena de intensos ritmos de samba mientras empieza a sonar una voz hispana pícaramente *cool*. Ojalá supiera acerca de qué coño cantan.

Entro en el puente MacArthur sobre Biscayne Bay hasta llegar a Coral Gables, y aparco a una manzana de la librería, a la que acudo a pie. Odio Miami propiamente dicho —yo soy de SoBe— pero Coral Gables es uno de los pocos puntos de la península que me resultan tolerables, y en gran medida se debe a este sitio. Books & Books es una tienda con clase, con un gran café en el patio, un rincón del cual suele estar ocupado por músicos enrollados. Hasta he ligado aquí, con un par de tíos y con una tía, en distintas ocasiones.

Estoy sentada introduciendo mis datos de calorías y de ejercicios del día en la app telefónica de Lifemap TM mientras empieza a congregarse gente a mi alrededor. Sube al podio una mujer con cabello oscuro rizado y gafas, y veo a Michelle Parish, un poco más pequeña de lo que me la imaginaba, sentada tras ella, dinámica y entusiasta, igual que se la ve en ¡*Reduce esa tripa*!

La otra mujer, de facciones angulosas y movimientos despiertos y decididos, como de pájaro, se dispone a presentar a Michelle, pero me horrorizo al constatar cómo su rostro se dilata súbitamente cuando me ve mirándola. «Me gustaría decir que esta noche tenemos entre el público a una heroína local», dice señalándome directamente: «¡La valerosa mujer que desarmó al pistolero en el puente Julia Tuttle!».

Para evitar encogerme en el asiento, miro a mi alrededor con una sonrisa forzada. Se produce una pausa de una fracción de segundo antes de que toda la gente que hay en la sala, unas cien personas, rompa a aplaudir, encabezada por Michelle, que se ha puesto en pie y bate palmas con ferocidad. Ay. Dios. Mío. No. ¡Tierra, trágame!

Examino los rostros expectantes y tengo ganas de desaparecer. *Que le den. Acéptalo. Domina la situación*. Y noto cómo se me endereza la columna mientras asiento con una sonrisa modesta; falsa, es verdad, pero me estoy esforzando. ¿Y por qué no, joder? Di un paso al frente. Salvé a dos hombres inocentes de un puto psicópata. *Acéptalo y punto*. ¡Hice frente a la situación! ¡Di un paso al frente!

Los aplausos se van apagando y la presentación continúa; entonces Michelle se levanta y hace lo suyo. Mientras nos habla de algo llamado Páginas Matinales, recuerdo que mide 1,60 y pesa 49 kilos, lo que la convierte en una dinamo de bolsillo. «No sé si alguno de los presentes se ha encontrado alguna vez con Julia Cameron, famosa por ser la autora de *El camino del artista*, y las Páginas Matinales…».

Michelle mira por encima de las gafas —es un pibón que no sabe que lo es— mientras se levanta un mar de manos. «… Muy bien. Creo ciegamente en ellas. Son fáciles de hacer. Hay que escribir tres páginas, a ser posible a mano, unas setecientas cincuenta palabras, cada mañana. Flujo de conciencia, sin censura, lo primero que se os venga a la cabeza. No hay formas correctas o incorrectas de hacerlo. Eso libera vuestras reflexiones para el resto del día. Solo quiero añadir

una advertencia: ¡no lo hagáis con un tentempié en la mano!».

Se oyen algunas risas, y luego ponemos manos a la obra mientras Michelle desmonta de manera brillante la dieta baja en carbohidratos de South Beach. *Esto sí* que es lo que he venido a oír, no chorradas artistoides sobre escritura. «Una dieta sin programa de ejercicios es como un programa de ejercicios sin dieta: una moda inútil más», dice Michelle, concentrada cual asesino frío como el hielo y abrasándome con esos ojos brillantes. Me gusta cómo mueve la cabeza hacia un lado con ese cuello sorprendentemente largo, y cómo esa blusa ceñida apenas es capaz de contener esos firmes pechitos. «La gente no engorda porque coma las cosas equivocadas o porque tenga un estilo de vida sedentario. Lo hace por las dos cosas. El ataque contra la obesidad tiene que ser holístico. ¡Las dietas milagro han muerto!».

Esa es la señal para que el público se ponga a vitorear como loco; muchos de los que están aquí pertenecen a la comunidad de entrenadores personales. Reconozco a una zorra desesperada que trabaja en Crunch y a un marica de Equinox. Pero solo *una* va a hablar brevemente con Michelle después. Voy directamente para allá, y hasta los hijos de puta más competitivos del gremio de entrenadores *se bajan* y dejan que sea *esta heroína* la primera en acercarse a Michelle. ¡Además de la charla, me gratifica con su tarjeta de presentación y su dirección personal de correo electrónico! «Mándame un correo, Lucy, deberíamos hablar», dice con una sonrisa, acto seguido se vuelve cansinamente y se encoge de hombros a modo de disculpa, antes de enfrentarse a las exigencias de la multitud.

Conduzco de vuelta a casa poco menos que en un estado de arrobo. Pulso el control remoto para abrir las verjas. Aparco al fondo del parking y me dirijo a mi apartamento. Hay que cambiar la bombilla de la escalera de servicio de la segunda planta. Está oscuro y no se ve un carajo. Entonces, más arriba, oigo un ruido, una explosión de música y unas voces. Noto que se me tensa el cuerpo, pero solo son unos chavales del piso de abajo saliendo a la calle. El joven DJ que vive ahí me hace un gesto de asentimiento mientras su séquito desfila ante mí. Entro en el apartamento y me voy directamente hacia el portátil.

4. CONTACTO 1

Para: lucypattybrennan@hardass.com
De: thelmajtempleton@vh1.com
Asunto: Piloto TV
Lucy:
¡Ha sido un placer conocerte esta mañana en tu apartamento!

En cuanto tomes una decisión sobre el asunto de la representación házmelo saber, porque querría poner las cosas en marcha lo antes posible en lo que se refiere al piloto. Entretanto, te adjunto un documento que resume algunas de nuestras ideas para el programa y que ampliaremos más durante la reunión que he concertado para mañana por la tarde. ¿Te sigue viniendo bien esa hora? Que quede claro que de momento son solo ideas, no hay nada inamovible, y que por supuesto tus aportaciones tendrán un valor incalculable. Estuvimos viendo las fotografías y el metraje otra vez, y mis colegas de producción están todos de acuerdo: potencialmente tenemos entre manos a una estrella televisiva muy fotogénica. ¡Nos morimos de ganas de trabajar contigo!

Por favor, no te preocupes excesivamente si aparece algún equipo de noticias o paparazzis en la puerta de tu casa. La gente de informativos, benditos sean, tiene unos períodos de atención muy cortos. En cuanto se enteren de que algún concursante de *American Idol* se ha emborrachado en el bar o ha vuelto a su habitación con alguien, no tardarán en volver a un hotel de Ocean Drive. Insisto: obtener una buena gestión/representación de relaciones públicas te ayudará a sortear esas intrusiones. Como dije, me he tomado la libertad de pasarle tus datos de contacto a Valerie Mercando.

Con mis mejores deseos,
Thelma
¡De puta madre!

Para: lucypattybrennan@hardass.com
De: valeriemercando@mercandoprinc.com
Asunto: Representación
Estimada Lucy:

Me llamo Valerie Mercando y llevo una agencia de Relaciones Públicas aquí en Miami que representa a una base de clientes diversa: modelos, fotógrafos, artistas, actores y estrellas de realitys. Thelma Templeton, a la que tengo entendido que has conocido hace poco, me ha pasado tus datos de contacto.

En Relaciones Públicas Mercando entendemos que el cliente es la estrella. Con más de cuarenta años de experiencia conjunta, Valerie y Juanita Mercando se han labrado una reputación innovadora como la principal agencia de calidad centrada en la clientela del sur de Florida. Si quisieras considerar la posibilidad de convertirte en una de nuestras clientas, te aseguro que cuidaríamos muy bien de ti.

Creemos firmemente que tu heroísmo ha conquistado la imaginación y los corazones de la comunidad del sur de Florida y más allá.

Nos encantaría trabajar de forma estrecha contigo, con editores y entidades emisoras, para garantizar que la marca Lucy Brennan esté representada con todo el dinamismo que se merece.

Como punto de partida, tenemos algunas ideas en firme acerca de cómo mejorar tu sitio web.

Puedes contactar conmigo en el 305-664-6666.

Por favor, si estás interesada, házmelo saber.

Con mis mejores deseos,

Valerie Mercando

Directora Ejecutiva

Mercando Public Relations Inc

¡De puta madre! Me pongo directamente al teléfono para hablar con Valerie Mercando. No se anda por las ramas. Le digo que mañana no puedo verla porque tengo clientes por la mañana y una reunión en la compañía de canal/producción por la tarde. Así que me propone que nos veamos para desayunar temprano.

Sí señor. ¡Bienvenida al éxito! Me siento inspirada, ¡así que me pongo directamente en contacto con Michelle!

Para: michelleparish@lifeparishioners.com

De: lucypattybrennan@hardass.com

Asunto: ¡Eh, tú!

Eh, Michelle:

Además de ser un gran honor conocerte esta noche, encima escuchar a una de las personas más destacadas de mi campo profesional ratificar todo lo que he estado intentando enseñar durante los últimos quince años…, bueno, ¡me dejó flipada! ¡Qué sensación de validación! Así que te tomo la palabra sin la menor vergüenza en lo tocante a tu oferta de ponerme directamente en contacto contigo.

Me gustaría empezar por decirte que eres la número uno, la *crème de la crème*, que estás exactamente donde yo quisiera estar. No voy a soltarte un rollo repelente tipo «soy tu mayor fan» —por lo que pude comprobar anoche de eso ya estás hasta las cejas—, pero sí diré que has sido una de las figuras que más me ha inspirado en la vida.

Como sabes, Michelle, yo también soy entrenadora personal, una guerrera ferviente frente a la plaga de obesidad que está inundando nuestra nación de sebo. Y como también sabes, últimamente, desde que desarmé al pistolero aquel en el puente elevado Julia Tuttle, yo también me he convertido en una especie de celebridad mediática. A raíz de ese incidente soy objeto de mucha atención, y una compañía de televisión por cable está ansiosa por llegar a un acuerdo conmigo. ¡Me preguntaba si sería posible robarte unos minutos acerca de los beneficios y posibles inconvenientes del estrellato mediático!

No es que quiera revelar demasiadas intimidades, pero soy bisexual y llevo una vida sexual activa, y soy consciente de que eso me convierte en blanco de

interés para unos medios y un público ávidos de sensaciones. ¡Socorro! ¡Si algún día vienes por SoBe, dame un toque!

Con mis mejores deseos de cara a tu éxito continuado,

Lucy Brennan

Para: questions@jillianmichaels.com

De: lucypattybrennan@hardass.com

Asunto: Ya sé que es mucho suponer, pero…

… apoyándome en la posibilidad de que contestes personalmente a los correos electrónicos, me gustaría empezar por decirte que eres la número uno, la *crème de la crème*, que estás exactamente donde a mí me gustaría estar. No voy a soltarte un rollo repelente tipo «soy tu mayor fan» —por lo que pude comprobar anoche, de eso ya estás hasta las cejas—, pero sí diré que has sido una de las figuras que más me ha inspirado en la vida.

Jillian, yo también soy entrenadora personal, una guerrera ferviente frente a la horrenda plaga de obesidad que está inundando de sebo nuestra nación. Y como también sabes, recientemente yo también me he convertido en una especie de celebridad mediática al desarmar a un pistolero en el paso elevado de Julia Tuttle, aquí en Miami. De resultas soy objeto de mucha atención mediática, y hay una compañía de televisión por cable ansiosa por llegar a un acuerdo conmigo. Me preguntaba si sería posible robarte unos minutos acerca de los beneficios y posibles inconvenientes del estrellato mediático.

No es que quiera hacer demasiadas revelaciones íntimas, pero soy bisexual y llevo una vida sexual activa, y soy consciente de que eso me convierte en blanco de interés para unos medios y un público ávidos de sensaciones. ¡Socorro! ¡Si alguna vez vienes por SoBe, dame un toque!

Con mis mejores deseos de cara a tu éxito continuado,

Lucy Brennan

5. TRAJES DE SEBO

Me levanto a las 7.07, en cuanto amanece, como hago todas las mañanas en esta época del año. Es como un puto interruptor. No puedo dormir cuando sale el sol, ni siquiera si estoy en una habitación oscura con las persianas bajadas en la que no entra ni pizca de luz; mi cuerpo *lo sabe*. Así que me pongo la ropa de entrenamiento, hago estiramientos y empiezo a trotar por las aceras de South Beach. Más adelante veo a un par de corredores, tío y tía, pero alcanzo fácilmente a ese par de cabrones antes de dejar atrás sus culos falsos y darlos por muertos. Entro a saco en Flamingo Park, donde me detengo en las barras fijas para hacer cuatro series de quince dominadas, normales y con agarre invertido. Vuelvo a mi piso de Lenox y me ducho antes de coger el Caddy hasta Soho Beach House para ver a Valerie Mercando. Hemos quedado para desayunar en el patio de atrás. Llego temprano porque quiero ver el local y me impresiona enormemente. ¡Va a ser la nueva parroquia Brennan!

Valerie Mercando entra tapándose los ojos ante la luz matinal; es más vieja de lo que su chillona voz telefónica me llevó a suponer. Viste un traje de negocios azul celeste que irradia una chulería que dice «Puedo ser macarra, pero ahora mismo quiero ponerme a hacer negocios en serio», un poco en plan Oprah latina.

Esta es mi *zorra*, de eso estoy segura.

Siguiendo mi recomendación, pide el mismo desayuno que yo e insiste en pagar por las dos. Nos dan una mesa al aire libre. Mientras vuelve a ponerse las gafas de sol, Valerie me cuenta que Thelma le ha enviado todos los detalles del programa. «Conceptualmente me parece bastante sólido, pero eso tienes que decidirlo tú. Desde el punto de vista financiero, creo que su oferta es un poco escasa…».

«Tengo que confesar que no he visto ninguna».

«¿No abriste los adjuntos?».

«Todavía no», admito; los pasé por alto y me siento un poco gilipollas. «Ten en cuenta que para mí todo esto está yendo muy rápido».

«Claro, debe de ser bastante abrumador. Pero en esta fase solo quiero decir dos cosas fundamentales: primero, no firmes nada…».

«Te sigo».

«… y segundo, ¿quieres que te acompañe a la reunión esta tarde? Lo haré encantada, y también tendré mucho gusto en actuar en tu nombre de manera provisional. No tienes ninguna obligación de contratarme formalmente, y si eligieras a otra persona, la informaría con mucho gusto de lo que sé. Evidentemente, por supuesto, nos encantaría trabajar contigo».

«Mira, yo ya estoy convencida. Tú vas al grano y yo también. En lo que a mí respecta, ya te has ganado tu diez por ciento», le digo a la vez que algo se me encoge por dentro por haber dicho «al grano», expresión que saqué de uno de los libros de dirección de empresas de mamá y Lieb.

Nos estrechamos las manos y hablamos sin parar durante más de una hora. A medida que empezamos a sintonizar, el tono de Valerie se vuelve menos formal y más abierto. «Los equipos de cámaras siempre andan detrás de los polis. Tendrás

que estar preparada para esa clase de intrusiones durante unas dos semanas», me dice cuando le hablo de los cabrones de los medios. «Luego será como si nunca hubiera pasado, a menos que algún otro acontecimiento haga que vuelvas a los noticiarios».

«Ya da un poco la impresión de haberse acabado».

«No te preocupes. Tú tienes algo real que vender. En los tiempos que corren el heroísmo es una cualidad escasa que no se ve muy a menudo. Intentamos promocionar a nuestro ejército, y luego va el Pentágono y prácticamente admite que también es un hervidero de violadores y psicópatas. Pero los individuos capaces de liarse la manta a la cabeza sí que captan de verdad la imaginación».

«Estoy de acuerdo».

Entonces se le escapa una risita. «Hay quien dice que la televisión ha hecho mucho daño, sobre todo los *reality shows*. Permíteme que te hable con toda franqueza». Baja la voz. «Yo me metí en este negocio queriendo hacer cosas de calidad, pero la demanda simplemente no existe. La gente tiene tanto miedo, es tan tonta y maleable, que sencillamente cambian de canal cuando sienten que les exigen un poco, y se ponen a contemplar un mundo de parásitos inútiles como Paris o las Kardashian, que tienen dinero. Quieren imaginarse a sí mismos en ese círculo, o simplemente ver cómo se las follan».

«Por supuesto», asiento. Demonios, me gusta esta mujer, no tiene pelos en la lengua.

«Así que estamos pidiendo a gritos un héroe *de verdad*. Por tanto, serás objeto de mucha atención», dice mientras me mira pícaramente de abajo arriba y añade: «¡aunque imagino que eso no será un problema!».

Por un instante me pregunto si esta cochina zorra estará flirteando conmigo, pero lo descarto enseguida. «Una de las cosas que tiene estar en forma es que las personas deterioradas tienden a dejarte en paz», le explico. «Pero como esto es South Beach, nunca andas demasiado lejos de algún gilipollas arrogante o una escoria ensimismada».

«Bueno, ten en cuenta que la gente está obsesionada con la celebridad. Si de repente te ves en el radar de los psicópatas, llámame», se ofrece. Por alguna razón, se me pasa fugazmente por la cabeza la gordi del flequillo y la papada grotesca del puente elevado Julia Tuttle.

Sorenson.

Valerie esboza una sonrisa, si bien un tanto incómoda. Es agente hasta la médula. «Bien», dice incorporándose, «te veo en el canal esta tarde».

«¡Guau, me muero de ganas!».

Acompaño a Valerie hasta la calle mientras los aparcacoches van a buscar nuestros respectivos vehículos. Volvemos a cerrar el trato con un apretón de manos.

De lo sublime a lo ridículo: cuando llego a Bodysculpt, Marge Falconetti me espera con expresión despistada. Con la mayoría de los clientes, y los míos son casi exclusivamente mujeres, lo que intentas hacer es encontrar la clave. ¿Es el sexo, querer que las consideren atractivas o que les echen un puto polvo? ¿Se trata de sus hijos, de mantenerse en forma, vivaces y activas, a fin de convertirse

en modelos de conducta positivos para ellos, verlos crecer y llegar a conocer a sus nietos? ¿Es el temor a la dama de la guadaña? ¿Ha dicho el médico que o te despides del traje de sebo o sanseacabó? A esas aún tienes que forzarlas a progresar, pero al menos tienes algún punto de apoyo. En el caso de Falconetti, no obstante, simplemente se trata de seguir con su mierdoso estilo de vida. Lo único que tengo que hacer es mantener a esta hija de puta intrigante lejos de la diabetes tipo 2 para que ninguna crisis de salud eche las cosas por tierra. Verme tres veces por semana durante una hora le permite darse a sí misma luz verde para sentarse en el sofá a ver culebrones y llenarse la boca de patatas fritas. Ella no quiere cambiar, quiere que yo sancione lo que hace. A setenta y cinco dólares por sesión, estoy perfectamente dispuesta a ofrecer limitación de daños, a hacer el paripé y trata de impedir que su fofo culo se expanda de manera incontrolada.

Ahora bien, algunas nociones delirantes hay que hacerlas añicos. Al fin y al cabo, soy una profesional, joder. «Perder peso no te ayudará a luchar contra la diabetes de tipo 2, Marge. Si eres prediabética, tienes que hacer con tu dieta lo que te haya dicho el médico».

«Lo sé, pero…». Y pone cara triste.

«Tienes a Vincent», digo sacando a colación a su amado chucho. «A él no le darías de comer chocolate, a que no».

«No, claro que no».

«¿Por qué no?».

«¡Porque le mataría!».

«Así es, pero tú sí que te lo comes. ¿Qué crees que te está haciendo a ti?».

Me mira con gesto ausente. ¿Por qué serán incapaces de ver? ¿Por qué pierdo el tiempo con hijas de puta que creen que el único trío de categoría que podrían montarse sería con Ben y Jerry[6]?

«No vas a prevenir la diabetes haciendo ejercicio tres veces por semana», le digo. «Habla con Tony al respecto». Pienso en el tocino de su marido. «Sabes que él tiene sobrepeso. Seguro que está camelándote constantemente para que cocines y comas cosas que no os convienen».

«Somos italianos…».

«Tienes que acabar con esa mentalidad. No puedes ser esclava de un legado cultural obsoleto. Yo tengo raíces irlandesas, pero no me pillarás poniéndome morada de estofado de carne, pan irlandés y Guinness. ¡Somos *americanos*, maldita sea!».

Marge me mira fijamente, con expresión de estar muy dolida.

«Esa clase de dinámicas tiene mucho que ver con que la gente cambie o no. Es lo que yo digo siempre: si quieres cambiar tienes que decidir que lo vas a hacer por *ti*».

Me suelta las chorradas plañideras habituales acerca de ser esposa y madre. Es una tara ancestral, y además una que yo desprecio: depender totalmente de un marido mientras crías niños en calidad de siguiente generación de toneles, matándolos a la vez que no paras de proclamar lo mucho que los quieres.

Otro gran problema que tiene intentar ayudar a Marge a cambiar es que me cayó mal nada más verla. No se trataba de sus carnes fofas empaquetadas en

unas mallas de licra negras que parecían pintadas con una lata de espray, ni tampoco de su ridículo maquillaje. No, la gorra de los Yankees que corona absurdamente su cabeza fue la gota que colmó el vaso. Vale, yo soy una trasplantada, y ahora llevo ya más de media vida aquí, pero despreciarlos es algo que llevo en mi ADN bostoniano. Y más a una zorra que seguramente no ha pisado el sur del Bronx en toda su vida. Afortunadamente, soy demasiado profesional para mostrarle mis verdaderos sentimientos.

Así que la someto a una hora de kettlebells, concentrándome en esos cuádriceps que tanta grasa queman. ¡Cómo odia esas pesas! Pero está haciendo series de pasos al frente, medias sentadillas, sentadillas, flexiones de pierna y esprines de treinta y cinco metros para mantener el nivel de cardio. Yo la observo igual que un buitre otea la autopista en busca de algún animal atropellado, al mismo tiempo que voy introduciendo sus cifras de Lifemap TM. Cuando terminamos, supura como un caracol alcohólico mientras se tambalea camino de las duchas.

Entonces la puerta giratoria de grasa vuelve a girar sobre sí misma y se presenta otro bloque de grasa al que he de intentar esculpir hasta volver a darle forma humana. La tal Lena Sorenson entra caminando como un pato. Ha conseguido encontrar un par de pantalones de yoga grises y deformes que le vienen grandes hasta a ella. En cierto sentido es una suerte; el problema habitual de los pantalones de yoga es que las mujeres los llevan demasiado ceñidos y levantados, de manera que prácticamente puedes verles el coño. Por algún motivo, las mujeres como Marge piensan que embutirse en una licra de una talla menor hace que *sean* de esa talla. Pero las prendas de Sorenson no dejan de emitir señales de alarma: los pantalones de yoga también se han convertido en el atuendo de «ir a hacer ejercicio» para mujeres que no se sienten cómodas con sus cuerpos y, peor aún, que no se toman el ejercicio en serio. Esos pantalones ya dan bastante por culo, pero encima anuncia su condición de retrasada mental con una vieja y apretada camiseta de los Eurythmics que exhibe su tripón hasta el extremo más nauseabundo.

Y lo que viene más al caso: son las 10.07. *Puto retraso registrado, zorra fracasada*. Sorenson luce la típica expresión desconcertada de vaca en el matadero. Su mirada temerosa se posa sobre las máquinas de ejercicios como si fueran a arrancar físicamente esa carne de tocino de sus huesos. Y para eso es *exactamente* para lo que están. La recibo con una sonrisa sarcástica. Una acaba volviéndose experta en saber cuánto va a durar una gorda. Este bicho raro no aguanta más de un par de semanas ni de coña.

Mientras saco la cinta métrica y la conduzco hasta la báscula, Lena Sorenson, 1,59, 92 kilos, parlotea nerviosamente: «De verdad que llevo un tiempo pensando que necesito empezar a entrenar… Oye, espero que no te importe que dejara a la gente de la televisión utilizar el metraje de mi teléfono. Ni lo pensé. Debí consultarlo antes contigo».

¿Que si me importa? ¡Si me ha convertido en una puta estrella! «Fue bastante invasivo», le digo; no quiero ceder poder mostrándole gratitud. «Los paparazzi estuvieron esperándome en la puerta de mi casa».

«No sabes cuánto lo siento…».

«Bueno, son cosas que pasan, no le demos más vueltas», le digo con una sonrisa. «¿Estás preparada?».

«Todo lo preparada que se pueda estar», responde Sorenson sin convicción.

La someto a una sesión suave de kettlebells y estiramientos, que hace razonablemente bien, manteniendo una postura decente durante las sentadillas. Al terminar, la dejo seguir dando la brasa con el rollo de fracasada: «… pero ya sabes eso que dicen de que la vida es lo que ocurre mientras estás planeando otras cosas…».

Evidentemente, Sorenson es la clase de chica que puede hablar y hablar sin decir nada, y todavía no la tengo calada. Quizá dejara de esforzarse después de casarse y tener un crío. Se despertó tras una prolongada temporada viviendo en una nube de Prozac poniendo pañales, con un marido que no la toca, que está fuera haciendo negocios y jugando al golf, y se encuentra con que está hecha un mastodonte deforme. *¿Cómo ha ocurrido esto? ¿Por qué estoy gorda?* En este negocio aprendes a respetar los clichés y los estereotipos; rara vez te fallarán. Pero no hay un anillo en ese dedo rollizo. Basta de especulación: pronto descubriré lo que la motiva. Antes hay grasa que fundir, y ya va siendo hora de comprobar qué tal se maneja esta zorra en el ruedo.

No soy una gran fan de la cinta de correr; prefiero utilizar rutinas de alta intensidad con peso libre para desarrollar músculo y fuerza corporal central a la vez que mantengo elevado el nivel de cardio y sigo quemando grasa. Pero la cinta es útil para hacer arrancar el sistema cardiovascular y proporcionarle algo de resistencia a una ballena de sofá. Se sube y empiezo a 5 kilómetros por hora, un suave trote. Sigue cascando, y ahora quiere hablar del *incidente*, pero lo lamento, señorita Sorenson, ¡si tienes fuelle para darle al pico, tienes fuelle para apretar el paso! Subo la velocidad hasta el punto en que la muy puta *cierra la puta boca y suda*. Es una sesión más intensa que las que suelo hacer habitualmente con cualquiera de su talla y peso, pero, por algún motivo, lo cierto es que me da igual que vuelva o no, sensación que rara vez me produce una clienta. Al fin y al cabo, vivo de esto.

Marge y uno de los clientes de Lester salen de las duchas rumbo al bar de zumos naturales. Pillo a Marge lanzándole una sonrisa de satisfacción a mi chica nueva. Alguien casi tan tocina como ella —al menos dentro del sector demográfico joven, blanco y acomodado— es toda una rareza en Miami Beach. Y sin embargo tengo la ligera impresión de que quizá Sorenson sea diferente. En efecto, desprende ese turbio aire a depresión, y tiene un algo de víctima que se compadece a sí misma que me jode a tope. Sin embargo, me da la impresión de que de verdad quiere mejorar; tras el insidioso terror de su mirada percibo una chispa de rebeldía.

Después de que Sorenson se haya marchado, no sin cierta reticencia, mirándome como si estuviera a punto de hacerle alguna revelación dramática que no fuera «el viernes a la misma hora», quemo cuatrocientas calorías en la cinta y luego me voy a casa en coche. No se ven periodistas entrometidos e hijos de puta, así que muy bien.

Me preparo un almuerzo de brócoli al vapor y espinacas con un batido de proteína, manteca de cacahuete y plátano (460 calorías). El móvil empieza a vibrar dentro de mis pantalones cortos, y el identificador de llamada me dice que es mi padre. «¡Eh! ¡Mi niña! ¡De tal palo tal astilla!».

«Eh, gracias».

«Cuando me enteré se me puso el corazón en la boca. Me dije a mí mismo: ¿en qué demonios estaría pensando al ir a por un tío armado que estaba pegando tiros? Pero luego pensé: es una Brennan, esa es la pasta de la que está hecha. Estaba cantado que la cosa tenía que terminar así».

Adoro a mi padre, pese a que me envió aquí a vivir con mamá cuando yo lo que quería era quedarme en Boston. Por supuesto, querer a alguien no significa que seas incapaz de reconocer que puede llegar a ser un auténtico gilipollas. Ha escrito cinco series de novelas policíacas, todas ellas protagonizadas por Matt Flynn, un madero del Departamento de Policía de Boston convertido en investigador privado. Cada una de ellas ha vendido más que la anterior, y la última acaba de llegar a la lista de los más vendidos del *New York Times*. Ahora anda escribiendo una serie de artículos chorras sobre «el Boston de Flynn» para el *Globe*. Al ser un antiguo profesor de gimnasia, es un tío muy motivado. No sé por qué se preocupa excesivamente por sus credenciales policiales o su correspondiente falta de ídem. Para pillar lo de los procedimientos policiales lo único que hay que hacer es invitar a comer a un poli culogordo, lo demás da fe del poder de su imaginación literaria.

La solapa del libro de papá dice que fue detective de homicidios en Boston durante ocho años. En unos cuantos bares de irlandeses de Southie se van a reír bastante con eso. Estuvo sirviendo en el Departamento de Policía de Boston, de uniforme, durante solo tres años, antes de que lo expulsaran por «comportamiento racista» tras un incidente que tuvo lugar en un almacén de Dorchester. Vaya una hazaña: por esa mierda no echarían del cuerpo de policía de Boston ni a Josef Mengele. El verdadero motivo fue que hizo de cabeza de turco para proteger a un agente de mayor rango. Papá hizo bastante buen uso de la pasta del finiquito: escribió una novela negra que no era demasiado mala. Desde ese debut, se ha consagrado como el preferido de los habitantes de las áreas residenciales, que duermen tranquilos sabiendo que su prota, el detective Matt Flynn, está ahí fuera protegiéndoles y resolviéndolo todo con claridad meridiana. La verdad es que se ha convertido metafóricamente en esa foto de cubierta retocada, con cierta semejanza con una versión más corpulenta de sí mismo, tipo portero de discoteca, del Doctor Drew[7]. Sospecho que utiliza bótox, pero él lo niega con todas sus fuerzas.

«Gracias, papá. Cuando echo la vista atrás me asusto, pero no hice más que reaccionar».

«¡Vaya que sí! No sabes cómo me alegro de haberte animado a hacer kickboxing y taekwondo. Le salvaste la vida a dos hombres y seguramente la tuya también».

Sé que papá se gana la vida magnificando hechos delictivos, pero la verdad que contiene esa afirmación hace que me estremezca. El objetivo no era yo, pero

no hay manera de saber cómo va a reaccionar un gilipollas con pistola una vez que ha derramado sangre.

«Yo también me alegro».

«Y te diré otra cosa, ¡voy a hacerte rica, princesa! Ahora tengo contactos en Hollywood. He estado hablando con agentes y productores sobre adaptaciones cinematográficas y televisivas de Matt Flynn».

¿Qué decir ante eso?

«Pues, eh, vale…, pero quizá llegas demasiado tarde. Una compañía de televisión ya se ha puesto en contacto conmigo acerca de un piloto. De hecho, dentro de un ratito tengo una reunión. He contratado a una agencia de talentos local».

«Esa es mi chica. ¡El empuje de los Brennan! Pero ojo con esos tipos, muchacha. Guarda en la taquilla un poco de astucia nativa de Southie. ¿Sabes lo que me dijo un agente sabelotodo de Hollywood el otro día?».

«No…».

«Me dijo: "Veo a Matt Flynn como un proyecto de futuro para los Damons, Afflecks o Wahlbergs. Como un colchón para esos tíos cuando el rollo ratón de gimnasio ya empiece a ser demasiado duro y empiecen a echar tripa y por fin puedan dedicarse al rollo entrecano y con solera"».

«Ya. Eso lo entiendo».

«No, cariño, piénsalo bien. Y esto fue lo que le dije yo a él: esos tíos son putos *actores*. ¡Para cuando estén preparados para interpretar a detectives de homicidios del Departamento de Policía de Boston amargados de cincuenta y cinco años, ellos tendrán setenta años, y yo estaré en una urna colocada en la repisa de una chimenea!».

«Papá, como tantas de tus conversaciones, esta está derivando hacia el morbo».

«Bueno, el tiempo no pasa en balde. Dame un nieto, cariño; cumple con los nueve meses por tu viejo papi. Dame un nieto que me haga sentirme orgulloso. Demonios, le pagaré al chaval los mejores colegios. Nunca lo verás. O sí».

Dios mío, pensé que podríamos tener una conversación telefónica sin que volviera a salir este viejo tema. «¿Sabes una cosa? ¿Alguna vez te has preguntado por qué me vuelvo más lesbi cada vez que te diriges directamente a mí? ¿O sea, desde que tenía unos seis años?».

«Santo cielo, cariño, no le hagas esto a tu viejo papi. De todos modos, las lesbianas siguen el rollo de la maternidad, es el último grito», sostiene. Papá sabe que soy bisexual. No le gusta, pero al menos lo acepta. Mamá casi se asfixia físicamente cada vez que lo menciono. Si por ella fuera, me obligaría a someterme a terapia electroconvulsiva extrema. «¿Por qué negarle a una mujer el derecho a ser madre en función de su orientación sexual?».

Estoy a punto de responderle que podría encontrar a un centenar de hombres dispuestos a dejarme preñada, pero el único rostro que se me aparece es el de Miles, cosa que me perturba. «Es en función de mi deseo, de no querer que se me estropee el cuerpo. De cosas como el placer de dormir, de querer tener pechos firmes, pare…».

«¡No digas “paredes vaginales estrechas”, por Dios! ¡Recuerda que soy tu padre, maldita sea! ¡No tengo capacidad de abstracción cuando se trata de ti!».

«Perdona, papi».

«Piénsalo, bichito. Tictac. Tictac. Así son las cosas. La condición humana», resopla, antes de canturrear doloridamente: «la puta, cabrona, espantosa y malvada condición humana…».

Dejo que se prolongue un breve silencio al que él pone fin. «Ahora tengo que marcharme. Pero el mes que viene viajaré a Miami para hacer la parte de la gira correspondiente a la Franja del Sol. ¿Por qué no quedamos a comer? Para mí un buen chuletón, y para ti una buena ración de comida para conejos. Entretanto, voy a enviarte los detalles del sitio web para el proyecto de inseminación ese. Piénsalo».

«Dios mío…, papá…, como dices tú, ¡*eres* mi padre!».

«Es una prerrogativa paterna, cariño, como espero que averigües cuando no te quede otra que sucumbir. Tengo que marcharme, ángel mío. ¡Te quiero!».

«Te quiero», le digo con un *creo* reverberándome en la cabeza al colgarle. Este hombre es de lo que no hay.

Hoy mi recuento de calorías está bajo, así que me preparo un poco de tofu y cuscús (unas 450 calorías) y luego hago una rutina de mancuernas. Después de haber sudado bastante, me ducho antes de acomodarme frente al televisor. Intento evitar que me afecte, pero no tener televisión por cable da por culo, aunque solo sea por los canales de deportes. Los noticiarios de las grandes cadenas me molestan, pese a que no salga nada sobre mí o las gemelas. Solo hablan de esa cría desaparecida, Carla Riaz. Se la ve tan pequeña, frágil y angelical en esa foto… Espero que esté bien. Ahí fuera hay unos hijos de puta de lo más malvados.

Cojo el coche hasta North Miami Beach. Los estudios de televisión están situados en un edificio de hormigón de tres plantas. En cuanto atravieso las puertas automáticas, me pongo a sudar instantáneamente bajo el chorro de aire acondicionado frío mientras mi cuerpo se ajusta. Me siento asqueada cuando un portero me escolta hasta un área de recepción aséptica. Valerie me está esperando, y me tranquiliza ver que tiene la frente perlada de sudor. Nos tomamos un café solo e intercambiamos sosos comentarios de cortesía. Enseguida aparece la productora, una rubia de treinta y muchos con la inevitable media sonrisa de androide que deja el bótox, cejas finamente depiladas y una aguja prendida en su chaqueta color canela, que luce con unos pantalones a juego. De su cara pintada como una puerta cuelgan unos pendientes de aro que parecen satélites en un planeta desierto, y luce un collar entre un par de domingas reforzadas con silicona. Se presenta a sí misma como Waleena Hinkle. Mientras nos guía a través de las puertas de seguridad, veo cómo le echa una mirada temerosa a la joven recepcionista, la carne fresca que no tardará en reemplazarla en el escalafón corporativo. Seguimos a Waleena por un pasillo mientras escuchamos la retahíla de inanidades que salen de su boca, y entramos en una sala de juntas.

Nos sentamos durante un rato a hablar un poco más del tiempo. Ya se está haciendo insoportable cuando Thelma pone fin a su juego de poder y se digna unirse a nosotros. Sé por los libros de gestión del tiempo de Lieb que cuando

alguien llega tarde a una cita o bien 1) es un gilipollas incompetente (el 62%), o 2) intenta afirmar de algún modo su poder (31%), y rara vez o nunca 3) estaba atendiendo una emergencia (7%), como lamentablemente finge Thelma en este momento. Una puta vacilada: ya la tengo calada.

Tras un poco de charla intrascendente sobre el alud de prensa, equipos de cámaras y fotógrafos que se me ha venido encima (y que seguramente ya habrá terminado, menos mal), Waleena cobra vida y, como movida por un resorte, pone una presentación de vídeo mientras me explica el concepto del programa (aún no he abierto los adjuntos de los correos electrónicos). Parece que han ido más allá de la simple premisa del cambio de imagen. «Creemos que tu perfil y Miami como escenario nos permiten ser más atrevidos», dice efusivamente Waleena. «De momento, el nombre provisional del programa es *Shape Up or Ship Out*[8]. Se desarrollará en un barco, en un crucero que navega desde Miami por todo el Caribe mientras dure toda una temporada. Pero en este lujoso barco también habrá dos gimnasios y será una cámara de tortura flotante. A medida que vayamos recorriendo las islas, iremos dejando a los diversos fracasados en distintos puertos: Nassau, Kingston, Puerto España, etc., hasta que regresemos a Miami. Esencialmente, se trata de *The Biggest Loser*[9] en el mar», explica Waleena, «esperemos que con un toque de *Vacaciones en el mar*. Al final de cada programa haremos una ceremonia consistente en caminar por el tablón, que también será una báscula que arroje al concursante más gordo a un área controlada del mar».

No soy capaz de contenerme, y se me escapa una gran risotada. A partir de sus rostros inexpresivos es imposible determinar si se trata de máscaras de bótox o si de verdad consideran fuera de lugar que me regodee. Decido seguir probando la temperatura del agua un poco más. «Sería estupendo que pudiéramos tener unos tiburones en el área controlada comiéndose a bocado limpio todo ese sebo».

Más silencio mientras las máscaras se petrifican unos grados más. «Lo cierto es que queríamos introducir un elemento punitivo», asiente Waleena, «y habrá varios inquietantes temas náuticos y de piratería intercalados en el programa».

Thelma aporta su granito de arena: «El que más emocionado nos tiene es *booty call*[10]». Tuerce sus morros rellenos de colágeno mientras mira a Waleena, que continúa: «Ah, sí, es donde abrimos una serie de cofres que tenemos montados en la pared, de cada uno de los cuales asoma el culo casi desnudo de cada concursante que se prevé que va a ser eliminado. Un panel de invitados tiene que adivinar primero quién es el dueño del culo y luego, en función del tamaño del trasero, el peso perdido durante esa semana por el individuo en cuestión».

«Venga ya, no nos vaciles, coño», declaro yo.

«¿No te gusta?», pregunta Waleena mientras se vuelve bruscamente hacia Thelma antes de volver a mirarme a mí.

«¡Todo lo contrario, joder! ¡Me encanta! Tienen que afrontar la asquerosidad de sus culos», digo echando un vistazo en torno a la mesa, bajando la voz y poniendo tono serio. «Pero espero que os hayáis dado cuenta de que lo de los tiburones no lo decía en serio», digo a la espera de una reacción.

«Por supuesto…», dice Valerie.

«Claro, lo sabíamos», concuerda Thelma.

«¡Solo porque sería cruel que te cagas exponer a los animales a esos cuerpos alimentados de comida basura llenos de toxinas!».

Se miran entre sí, y Valerie sonríe mientras Thelma se ríe con tono grave, mecánico y resollante. «¡Qué risa! ¡Eres tremenda, Lucy!».

Nos pasamos el resto de la tarde viendo vídeos caseros de un programa de temática parecida del año pasado que nunca salió adelante. «No pudimos encontrar un instructor de fitness local lo bastante carismático para presentarlo», me informa Thelma con un ronroneo engreído. Literalmente son *miles* los gordos fracasados que han enviado videoclips suplicando poder concursar. Pocos o ninguno dan muestras reales de aspirar a cambiarse a sí mismos.

Entonces le hablo a Valerie, Thelma y Waleena de los dos clubs en los que trabajo, y menciono a Jon Pallota, el dueño de Bodysculpt. Les explico que cuando Jon estaba nadando en Delray Beach perdió parte de sus genitales tras ser atacado por una barracuda envenenada, que estaba aturdida y acechando en aguas poco profundas. Cuando desprendieron el pez intentaron salvar lo que pudieron, pero tuvieron que amputarle más de media polla y perdió un testículo.

Por supuesto, todo el mundo recuerda el incidente, y se convierte en la señal que desata una ronda de chistes conocidos. Los relatos sobre mutilación genital de hombres jóvenes y poderosos conectan fácilmente con mujeres de mediana edad que desempeñan puestos intermedios y que han sido aplastadas contra el techo de cristal por las miopes estampidas de esa estirpe rumbo a su implacable ascenso en la jerarquía corporativa. Miro a las tres brujas de bótox que hay en torno a la mesa y pienso con un estremecimiento que seguramente me estoy viendo a mí misma de aquí a diez años. Y eso en el mejor de los casos. Y me siento desleal, porque Jon y yo…, bueno, lo intentamos pero no conseguimos que aquello funcionara una mierda. Ya lleva tres años pleiteando contra la empresa que se descubrió que vertió los productos químicos en el mar, y que fueron detectados en dosis muy altas en el cuerpo del pez. La empresa ya había sido multada por vertidos ilegales, pero niegan que los productos químicos pudieran haber envenenado al pez hasta el extremo de hacer que se adentrara en aguas poco profundas y atacara a un bañista.

«¿Atacó el pez a alguna otra persona?», pregunta Waleena. «¿O sea, antes que a tu amigo?».

«No lo creo».

«Mala suerte. La verdad es que no veo fundamentos para que un particular demande a la empresa en este caso, a menos que pueda encontrar a otras personas que hayan sido atacadas por peces envenenados y pongan una demanda colectiva».

«Eso es lo que le han comentado sus asesores jurídicos», le digo.

Como resulta fácil comprender, Jon lleva deprimido desde entonces, y ha pasado mucho más tiempo en antros de mala muerte de SoBe que en Bodysculpt. Pero mientras pongo en antecedentes a Valerie, Thelma y Waleena, me doy cuenta de que piensan *sería estupendo poder meter esto en el programa*. Entonces Thelma va y dice: «¿Crees que Jon estaría…?».

«No. Ni hablar», la corto. «Odia a los medios. Quizá nos dejara rodar en el club, pero eso es prácticamente todo», y juro que veo cómo su careta de bótox se derrite bajo mi mirada.

«Por supuesto, Lucy», dice zalameramente, «¡si alguien lo sabe, esa serás tú!».

Pese al traspié, salgo de la reunión bastante entusiasmada e incluso disfruto del trayecto en coche a casa, cosa casi imposible con la de chalados que hay al volante del parque automovilístico de Miami. La devastadora combinación de hispanoamericanos, blancos muy ancianos y jóvenes que están de fiesta todo el año no favorece que confiemos en su forma de conducir.

Aparco junto a mi edificio —donde sigue sin haber fotógrafos (cosa al mismo tiempo buena y preocupante)— y me relajo en casa. Llama Miles para decirme más chorradas tipo «eres una heroína». Está de lo más conciliador después de que acabáramos a gritos la última vez que nos vimos. Es un bombero al que enseñé kickboxing para un torneo contra la policía. Era de lo más ligón, y pensé que ya lo había perdido de vista hasta que me encontró en hookup.com, un sitio web para citas-barra-follar al que antes estaba suscrita. Todos cometemos errores. Me dice que sigue de baja por su famoso problema de espalda. Cuando nos conocimos, el asunto no le molestaba, y la mierda esta no ha hecho más que empeorar. «Tengo un examen con la junta de médicos del servicio, y luego una reunión con los de personal y la gente del seguro. ¿Quieres pasarte por aquí esta noche o preferirías que me acercara yo por tu casa?».

«Voy a salir», miento.

«¿Con quién?».

«Eso es asunto mío».

«Alguna puta bollera, ¿eh?».

«¿Qué parte de "es asunto mío" es la que no entiendes? No vuelvas a llamarme. Lo de follar por compasión lo tengo superadísimo», le digo antes de desconectar el aparato. Este gilipollas es de lo que no hay.

No tenía previsto salir esta noche, pero ahora vaya si lo voy a hacer. ¡Además, tengo un montón de cosas que celebrar, gracias a la entrometida de la Sorenson y su iPhone! Voy hacia el guardarropa y me pongo una falda vaquera negra corta y ajustada. Después me pongo unas medias y un liguero con ribetes morados. Un sujetador de encaje negro le pone mis tetas en plena jeta al mundo, y me enfundo una blusa transparente de seda gris de manga larga. Rematan la indumentaria unas botas de cuero que me llegan hasta las rodillas dotadas de unas feroces hebillas de plata. No es suficiente, porque la clave de todo son los accesorios. Un collar con un corazón de plata colgando sobre el canalillo para atraer ahí las miradas. Un conjunto de pulseras de plata con pinchos para dar a la imagen de conjunto un matiz que sugiere agradablemente el sadomaso. A última hora cambio de opinión y decido ponerme unas sencillas bragas de algodón negro, de esas que se pueden hacer fácilmente a un lado para permitir el acceso de una polla, un consolador, unos dedos o una lengua. Algo de rímel, barra de labios del mismo color morado que el liguero, y unos toquecitos estratégicos de Givenchy, «muy irresistible», y salgo por la puerta y me dirijo hacia el club de Washington Avenue.

Desde Lenox a la altura de 10th Street, hay un paseo breve entre la cálida y

tranquila brisa nocturna. Dos coches distintos de mamones hispanos que espetan andanadas de necedades en español más fuerte que el volumen de la música que llevan puesta tocan el claxon al verme. Eso es lo peor que tiene vestirse de zorra: el desafío del paseo de seis manzanas. Ojalá pudiera teletransportarme a ese club sin más. Me pregunto cuántos años más podré seguir luciendo esta imagen: menos mal que en Miami Beach se envejece más lentamente que en el resto del mundo, al menos aquellos de nosotros que nos acordamos de la protección solar y no tenemos que trabajar al aire libre.

Cuando entro en el Club Uranus la pantalla de cristal líquido del reloj de detrás de la barra me dice que solo faltan un par de minutos para la medianoche. Entre semana te suelen agredir con mala música de danza electrónica, pero evidentemente tienen DJ nuevo que me sorprende gratamente con unos ritmos latinos frívolos y efervescentes. En el Club Uranus hay un pasillo apretujado con una barra y una cabina para DJ enfrente, lo que le da el aspecto de uno de esos antros que cobran cinco dólares por acceder, hasta que te das cuenta de que más allá hay una pista de baile más grande que llega a un patio de hormigón destrozado. El club se asemeja a una vasija de cuello estrecho, y mucha gente dice que deberían reformarlo trasladando la barra y la cabina a ambos lados de la pista de baile, y acabar así con ese cuello de botella potencialmente peligroso junto a la puerta. Mi amigo Chef Dominic siempre pone los ojos en blanco cada vez que lo propongo. «Ahí está el atractivo de este lugar, cariño, ¡abrirse paso como puedas por ese estrecho pasadizo hasta llegar a alguna clase de paraíso!».

Mientras me voy abriendo paso entre el gentío rumbo a la barra no veo ni rastro de Dominic ni de ningún otro rostro conocido, pero dos tortilleras androides se quedan mirándome embobadas antes de apartar rápidamente la vista al toparse con mi mirada. Es tan lamentable ver a una tratando de ir de machorra y otra de fémina cuando lo cierto es que a estas zorras resulta casi imposible distinguirlas. Dan *el cante* a camioneras a distancia, pero imagino que todos tenemos que empezar por algún sitio. Acto seguido paso por delante de un tipo negro maravillosamente hecho en camisa de manga corta que me dice la palabra «sexy» moviendo solo los labios.

Me miro en la columna de espejos sin detenerme, y sé que la noche promete.

El bar de atrás está alineado con un surtido de turistas. La mayoría de ellos parecen demasiado bolingas y panzudos para dar la talla en la pista de baile con los bellos lugareños, así que se entretienen emborrachándose ruidosamente. Dos tipos tambaleantes y con los ojos semiabiertos, que parecen alemanes, me preguntan qué quiero beber, y sacudo la cabeza y saludo con la mano a Gregory, el camarero, que me pone una gaseosa. Rara vez bebo alcohol y *jamás* tomo drogas.

Cojo la gaseosa y sigo avanzando. Una guarra flaca como un palillo, de esas que solo consumen café y tabaco, y que lleva unos implantes enormes que pugnan por escapar de su camiseta, poco menos que se me ofrece con una sonrisa desesperada. Le hago caso omiso al instante. ¡*Piénsalo dos veces, aliento de cenicero*! Como si eso no fuera lo bastante malo, lleva a remolque a un callo total de ojos atormentados y anoréxicos, pero con un culo todavía carnoso y unos

muslos cortos y achaparrados que se niegan a menguar a pesar de la dieta de hambre.

Así que me vuelvo y me encuentro de narices con un tío grande y de hombros anchos que me sonríe de oreja a oreja. Pero no me apetece llevarme a nadie a casa, así que antes de que ninguno de los dos se entere del todo, vamos a la pista de baile del fondo y, tras salir por la parte de atrás, damos la vuelta por el patio y llegamos al callejón que hay junto al muro. Apesta a la basura depositada allí como consecuencia de otros rollos, y oigo cómo crujen latas y contenedores de plástico bajo nuestros pies. «Hagámoslo, joder», le digo; el tío está a punto de decir algo pero le cierro el pico con un beso. No quiero oír una puta palabra de su boca, y lo estoy colocando entre la pared trasera del club y un gran árbol, como calzándonos en un espacio que sé por experiencias previas que es perfecto para follar. Las vibraciones del sistema de sonido atraviesan la pared haciendo reverberar los huesos de mi espalda. El vividor está apretando su dura carne contra mi muslo mientras dice chorradas en español. No me hace falta, porque ya estoy más mojada que las cataratas del Niágara; estiro la mano hacia abajo y le acaricio la entrepierna. «Dame ese chute de carne», le exhorto al oído, en plan guarra exigente, y mientras él se apoya contra el tronco del árbol, disfruto de la chispita de excitación (o quizá incluso de miedo) que veo en su mirada antes de que se desabroche. Rodeo su cuello con mis brazos y comprimo sus caderas con mis muslos en plan boa constrictor, haciendo palanca para apretarle contra el árbol. Me aparta las bragas y me va introduciendo su dura polla. Luego logra coger algo de tracción y me castiga el coño, dejándome prácticamente sin aliento con cada embestida. Estoy brincando como una cabra enloquecida, levantando el culo para que me entre más el miembro de este cabrón, apretándole contra el árbol; me folla contra la puta pared, y sus embestidas están en sintonía con el ritmo del 4×4. «Venga, vente conmigo, chico», le exijo, «necesito más, ¡vente conmigo, *joder*!».

En su mirada aparece otro parpadeo de angustia, pero entonces empieza a darle más fuerte, golpeando como la puta línea de bajo. A veces solo necesitan que los animes un poco. Se me empieza a subir la sangre a la cabeza y estoy que me vuelvo loca de éxtasis en este callejón lleno de mierda. Él se ha corrido, se ve por esos ojos de lápida y la escasa profundidad de su respiración (no es casualidad que fuera un hombre el que describiera el orgasmo como una minimuerte), pero yo estoy brincando hasta el paraíso y él *va a aguantar* hasta que esté lista. *Siempre* pueden dar más de lo que creen. Machácame, nenaza con polla, no pienso someterme, FÓLLAME, FÓLLAME, no pienso someterme, SÍ, JODER, SÍ, JODEEER…

Cuando él se apaga y sale de mi cuerpo, me quito de encima de él y aterrizo sobre unas piernas inestables. Con más que un dejo de desesperación, me dice con voz ronca que se llama Enrique y que quiere invitarme a una copa. Pero para mí este tío es igual que un aparato de gimnasio, y ahora estamos en una situación posejercicio. Ya he obtenido mi dosis de polla y la suya ya supura igual que la quesadilla que sobró de anoche. Así que sonrío y le digo: «Gracias, muy amable, pero tengo que irme, ¿sabes? Quizá en otra ocasión», mientras disfruto con la cara de tristeza que pone y la mirada de desconsuelo que veo en esos ojos castaños.

No tiene ningún sentido quedarse en un garito como este una vez que has obtenido lo que has venido a buscar. Vuelvo a casa y echo un ojo a mis correos.

6. CONTACTO 2

Para: lucypattybrennan@hardass.com
De: julie@jillianmichaels.com
Asunto: Ya sé que es mucho suponer, pero…
Estimada Lucy:

En nombre de Jillian Michaels, te doy las gracias por tu correo electrónico. Por desgracia, debido al volumen de correspondencia que recibimos, a Jillian le resulta imposible atender a consultas personales como la tuya.

Gracias por tu interés.

Con mis mejores deseos,
Julie Truscott

Para: lucypattybrennan@hardass.com
De: michelleparish@lifeparishioners.com
Asunto: ¡Qué bien tener noticias tuyas!
Querida Lucy:

¡Cómo me alegra tener noticias tuyas tan pronto!

Fue magnífico conocerte en mi presentación en Miami. Lástima que no hubiera mucho tiempo para hablar, ya que esa clase de giras ¡tienden a transcurrir a golpe de silbato! ¡Tu heroísmo es una fuente de inspiración para un montón de gente!

Estoy contentísima de que mis comentarios acerca de los libros de dietas hayan tenido repercusión. Quiero dejar muy claro que no estaba desdeñando las dietas bajas en calorías, ni siquiera las bajas en hidratos de carbono. Es evidente que tienen su lugar, pero solo como parte de un programa integrado y equilibrado. Me temo que no tengo tolerancia alguna por los vendedores de «arreglos rápidos». A ese respecto, realmente deberías insistirles a tus clientes en que hagan Páginas Matinales. Lo cierto es que producen resultados muy revolucionarios.

Gracias por tus amables palabras. Es verdad, puede resultar bastante abrumador ser arrojada a los focos mediáticos, como puedo atestiguar por mi propia experiencia en *¡Reduce esa tripa!* He descubierto que cuando se trata con cierta clase de gente no conviene mostrar todas tus cartas. Normalmente puedes verlos venir perfectamente. ¡Tú eres un hacha, así que estoy segura de que los calarás!

¡Te felicito de nuevo por tu éxito!

Con mis mejores deseos,
Michelle Parish

7. VILLANO

En Miami Beach prácticamente todos somos trasplantados. En esta ciudad los nativos escasean. A los tíos se les nota; se pavonean orgullosamente con gorras de béisbol y camisetas de los equipos de fútbol de su ciudad natal. Pero no esperes volver a verlos por Cleveland o Pittsburg demasiado pronto. ¿Las tías? Bueno, de vez en cuando yo no tengo inconveniente en ponerme mi gorra de los Red Sox; al menos eso te dice de dónde soy. Pero si ves a un gilipollas con una gorra de los PUTOS YANKEES, es igual de posible que sea de Inglaterra o Francia o alguna otra mierda por el estilo.

Lena Sorenson, 1,59, 92 kilos. Debería pesar cincuenta y cuatro. Eso quiere decir que arrastra por ahí cuarenta y pico kilos de grasa sobrante. La tiene acumulada en la tripa, en el culo, en los muslos y sobre todo en esa fea papada que le rodea la cara y la barbilla. Es como si hubiera metido la cabeza dentro de un neumático de color rosa.

Tengo que reconocer que me sorprende que haya vuelto. Bienvenida a *phat beach, fat beetch*[11]. Ay, si estuviéramos en el espacio de mi amigo Emilio en el gimnasio de Miami Mixed Martial Arts. Le entraría en plan sargento mayor salido del gueto y le diría a esa tocina hija de puta lo que necesita oír: come menos, come mejor y levanta tu culo gordo del sofá. Pero dudo que quisiera dejarse ver en el local de Emilio ni muerta; se supone que los mexicanos están para sudar por su cuenta en tu jardín, no a tu lado en el gimnasio. Y, a pesar de tener el clásico sentido de la moda de las guarras gordinflonas con baja autoestima, sospecho que tiene algo de pasta. Pero estamos en Bodysculpt; si digo lo que pienso y un cliente se queja, mi estancia aquí habrá concluido, a pesar de la relación que tengo con Jon. Así que lo suyo es una sonrisa forzada y un alegre: «Bueno, vamos a tener que esforzarnos mucho para volver a ponerla en forma, *señora* Sorenson», y compruebo su reacción ante mi hipótesis acerca de su estado civil, pero permanece inexpresiva. «Ahora bien, la buena noticia es que al atravesar esa puerta ya ha dado usted el paso más importante».

Eso es lo que quiere oír la culogordo esta. Quieren creer que a partir de aquí todo va a ser cuesta abajo. Que literalmente puede hacerse mientras duermen. Porque no quiera el cielo que tengan que dejar de sentarse ante el televisor y levantarse solo para asaltar la nevera y llenar sus sebosas y glotonas bocas de mierda. No quieren levantarse antes de las diez o las once. Dios no quiera que ningún régimen de dieta y ejercicio vulnere esas libertades norteamericanas fundamentales. Y lo siento por la pequeña visionaria macizorra de Michelle Parish, pero lo que no necesitan es dilatar más las cosas sentándose a escribir putas Páginas Matinales sobre sus mantecosos culos. «No estoy casada…, por favor, llámame Lena».

«Muy bien», sonrío. «Cuando TE PONGAS Lena, ENTONCES te llamaré Lena, hija de puta[12]». «Súbase a esta cinta, señorita Sorenson…, perdón, Lena…», digo con una sonrisa mientras ella se sube y yo pongo la velocidad a 8 kilómetros por hora. «… un ritmo regular y llevadero…, ahí estamos…, ¿qué tal?». Enseguida llega a la cifra indicada y empieza a afanarse, sudando como un pervertido merodeando por

un patio de colegio.

«Yo… yo…».

«¿Demasiado? ¡No es posible!».

Me topo con la cara de la gorda quejica: la fracasada apologista, autocompasiva y pobrecita-de-mí. «Es… muy… rápido…».

Odio esas expresiones estúpidas más que ninguna otra cosa en el mundo. Cuando buscas una luz en esos ojos, te topas con la tocina tonta del culo, con la criatura asustada que busca los dulces caramelitos de mamá para que le devuelvan la felicidad, o con el gilipollas agresivo que quiere matarse y en realidad no sabe lo que hace aquí. Da igual cuál de esos arquetipos aparezca, a mí lo único que me apetece es reventar a leches a cada zángano malgastador de tiempo que veo luciendo una de esas malditas ofensas a la humanidad.

Mientras las temblorosas carnes de sus muslos enfundados en pantalones de yoga se bambolean, el rostro de Sorenson va enrojeciendo. «Me gusta darle a mis clientes una meta, Lena. Una que sea más específica que la pérdida de peso. Una media maratón, una carrera 10k, 5k, en realidad no importa».

«Yo… no po… dría…, sencilla… mente… no… po…». Las pesadas piernas de Sorenson retumban sobre la cinta de goma, que va acelerando.

«No quiero volver a oír esa palabra, *esas* palabras: ¡no podría, no puedo, no debería! Tienes que ponerte en pie. ¡Tienes que dar un paso al frente!».

Sorenson se encoge ante el impacto transgresor de mis palabras, pero no para. Su mohín aterrorizado me dice que no rebosa elegancia precisamente, pero se *esfuerza*. Le doy la brasa en este plan durante cuarenta y cinco minutos seguidos mientras la llevo hasta una velocidad de footing razonable; después la pongo a caminar otra vez, y luego otra vez a hacer footing. Al final resplandece como un ascua al rojo vivo. Cuando baja de la cinta, sudorosa y agotada, Sorenson es incapaz, por una vez en su vida, de abrir su bocaza para meter en ella otra cosa que no sea el dulce aire que fuerza a sus enclenques pulmones a absorber. «Hoy has estado bien», le digo mientras le indico que me acompañe a la oficina, y viene dando tumbos detrás de mí, todavía jadeando. «Pero recuerda que el ejercicio es solo un componente de todo esto. Te voy a dar una hoja de dieta», y pillo una de encima de una pila que hay encima de mi escritorio y la incrusto en su ávida zarpa. Mientras Sorenson la mira, veo cómo su expresión se sosiega.

Cojo una tarjeta del estante. «Llámame si empiezas a tener ansias de comer porquerías a lo largo del fin de semana. Y créeme, las tendrás».

La expresión de Sorenson me dice que ya las tiene. «Eres realmente… profesional y te entregas plenamente a tu trabajo», dice tragando saliva, y con el miedo chispeando en la mirada.

«Me tomo en serio que pierdas peso…, Lena, así que tú también tienes que hacerlo. No es fácil, sobre todo al principio. Así que llámame si sientes que vas a descarriarte. Además de los malos hábitos en materia de ejercicio, estamos luchando contra la adicción a hábitos alimenticios cutres», le explico mientras pienso en las sabias palabras de Michelle. «Estamos contemplando el cuadro de conjunto. No ganaste este peso en un solo día, y tampoco te vas a librar de él en un solo día».

«Lo sé…, es lógico».

«Me alegro. Es importante que estemos en la misma onda. Así que háblame de ti. ¿Cómo te ganas la vida?».

«Soy…», vacila Sorenson, «una especie de artista».

Una especie de artista. En SoBe todo el mundo que no es *una especie* de modelo o *una especie* de fotógrafo, es *una especie* de artista. Camarera, ya entiendo. O quizá una hija de papá parásita que va de artista. «Guay… ¿De dónde eres?».

«De Minnesota. De un pueblo llamado Potters Prairie[13], en Otter County».

¿Me tomas el puto pelo? «Vale…, seguro que es un sitio precioso».

«Sí», dice Stevenson, y empieza a hablar de Potters Prairie antes de volver sobre el puto incidente del puente elevado, que parece haber marcado a esta puta gorda más que a mí. «Es increíble la fortaleza que demostraste en el Julia Tuttle. Yo necesito algo de esa fuerza y determinación».

«Vale, pero ni tú eres una vampira ni yo soy un banco de sangre», salto yo. Hace mucho tiempo que me di cuenta de que puedo capear un arrebato despectivo ocasional, pues, como la mayoría de los gordos, mis clientes tienen una considerable capacidad para borrar de sus mentes aquello que les incomoda. «Todos tenemos fuerza interior y capacidad de concentración. Mi trabajo consiste en hacerlas aflorar y desarrollarlas para permitirte encontrar esa parte explosiva de ti que, por algún motivo, no dejas salir al exterior», le digo, y echo un vistazo al reloj de la pared, ansiosa por alejarme de esta sanguijuela social. «Bueno, debería irme yendo».

Sorenson se balancea sobre los metatarsos, evidentemente ansiosa porque me quede un poco más. «Ah, sí…, claro. Eh, no me has dicho de dónde eres tú».

Ni lo sueñes, gordi; algunas tenemos vida propia. «Originariamente soy de Boston. Ahora, si me disculpas, tengo que marcharme», le digo mientras meto mis cosas en la bolsa, «y tú deberías ducharte ahora, antes de que empieces a enfriarte demasiado debajo del aire acondicionado». Y me voy hacia la salida, volviendo bruscamente la cabeza solo para amonestar a la gordinflona alicaída: «Recuerda, ¡ojo con lo que comes!».

Fuera hace una brisa oceánica dulce y refrescante, y atravieso Flamingo Park a trote ligero, deseosa de poner tanta distancia como sea posible entre esa depredadora social y yo. Pero entonces, cuando llego al final de Lenox, veo a un cabrón repulsivo acechando en el exterior de mi edificio con una cámara colgada del cuello. ¿Qué coño hace aquí este capullo? ¡Hace rato que terminó el espectáculo! Siempre hay algún perdedor solitario intentando encontrar un ángulo especial, algún puto psicópata intrusivo…

Aminoro la marcha y me aproximo silenciosamente a él por detrás. El repugnante gilipollas se da la vuelta. «¡Lucy!», grita mientras coge la cámara.

Al muy comepollas se la arranco de la mano; la cinta se desliza por encima de su cabeza, y la estrello contra la calzada. Con el impacto, se desprende un trocito negro. «¡VETE A TOMAR POR CULO, GILIPOLLAS!».

«Mi puta cá…». Me mira horrorizado antes de salir corriendo a recuperar el maltrecho aparato.

Mientras lo sostiene contra el pecho en mitad de la calle como si se tratara de la víctima infantil de un atropello con fuga, aprovecho la oportunidad para colarme por la puerta principal, perseguida por una andanada de insultos proferidos a grito pelado.

Ya dentro del piso, me voy derechita a la ducha. Toqué el hombro del paparazzi baboso ese y era como si pudiera sentir la inmundicia de su cochina zarpa salpicada de semen y encostrada en nicotina sobre la puta cámara. Me estoy secando cuando me llaman por teléfono. «Lucy, soy Lena Sorenson».

Joder. Pero ¿tan pronto, tía? Evidentemente, ha sido un error darle a esta tocina repulsiva mi número de teléfono. «¿Sí?», entono con brusquedad.

«Creo que deberías poner la televisión…, el canal 6.»

Obedezco a la princesa Porky de Potters Prairie (en serio, ¿quién cojones puede proceder de un lugar llamado *así*?) y enciendo la televisión. El deprimido aparato por fin se pone en marcha. Tengo una tele portátil de mejor calidad en el dormitorio, pero la pantalla es demasiado pequeña. Una presentadora con la cara casi tan tiesa como su pelo lacado y sus hombreras narra la historia de Sean McCandless, el pistolero blandengue al que desarmé. Entre las imágenes de la pantalla y los comentarios incesantes de Sorenson en mis oídos, se va concretando una imagen perturbadora. A medida que el aire fresco sale a chorro de los conductos de ventilación del techo y entra en contacto con mi piel húmeda, se me va helando la sangre cada vez más. Resulta que cuando era un crío que estaba en hogares de acogida, McCandless fue víctima de abusos por parte de una red de pedófilos. Los dos tipos a los que perseguía eran agresores sexuales que vivían en una colonia de personas sin hogar que hay debajo del puente elevado Julia Tuttle. Me estremezco, y después empiezan a darme convulsiones mientras me aprieto la toalla contra el cuerpo. He salvado a un monstruo, puede que a dos, y he mandado a la cárcel a un pobre chaval que solo buscaba vengarse de algún sacerdote cabrón enfermo que le desgarró el culo de niño.

La cosa empeora. Mientras el comentario cantarín de Sorenson se va desvaneciendo, en pantalla aparecen dos bustos parlantes candidatos a las próximas elecciones al congreso. Ben Thorpe y Joel Quist son el arquetipo del peor demócrata y del peor republicano respectivamente. Thorpe es un gilipollas bienintencionado educado en universidades de élite pero inútil, de boca flatulenta y oportunista, mientras que Quist es un mamón rabioso, fascista, mojigato y blandebiblias, ducho en espetar frases lapidarias de corte populista. No sabría decir a cuál de los dos odio más. Están debatiendo sobre el control de armas y Thorpe defiende mi valentía mientras que Quist, pese a estar de acuerdo, dice a continuación: «No obstante, me gustaría preguntarle a esa joven si habría hecho lo mismo si hubiera sabido entonces lo que sabe ahora».

«Ay, Dios mío…», me oigo decir en voz alta. *Qué cojones… Yo no sabía que eran pedófilos… ¡El tío estaba disparando una puta pistola!*

«Interesante reflexión», dice con una sonrisa afectada la señorita bótox, que está tan manifiestamente de parte de Quist que seguro que se lo cepilla, «¿qué pensaría *ahora mismo* Lucy Brennan, la presunta heroína del puente elevado Julia Tuttle?».

¿Acerca de qué? ¿Qué diferencia…? Joder…

Y me doy cuenta de que la suave voz de Lena Sorenson sigue zumbándome en el oído, aunque no logro descifrar lo que dice. Estoy *furiosa que te cagas* de verme involucrada en toda esta mierda. Respondo con «mmms» y «síes» automáticos. No puedo hablar con esta hija de puta *manipuladora*. Tengo que pensar, así que dejo el teléfono de lado. Me siento a ver a otras figuras, a las gemelas siamesas de nuevo, tras lo cual me levanto, me seco debidamente y me pongo una camiseta y unos shorts.

Unos momentos después suena el portero automático y estoy a punto de poner de vuelta y media al tipejo acosador que sea —seguramente el gilipollas del fotógrafo—, ¡pero es Sorenson! Su voz suena metálica y rasposa por el aparato. «¡He cogido el coche y he venido lo antes que he podido!».

Yo ni siquiera recuerdo haber accedido a que viniera aquí, pero ahora ya no me queda otro remedio que abrirle.

Abro la puerta de la entrada y oigo cómo sube lentamente por las escaleras. Sorenson, más retaca aún de lo que yo la recuerdo, aparece en el pasillo y se aproxima anadeando a mí. Me meto dentro del apartamento y dejo la puerta entornada. Ella llama con los nudillos mientras entra mirando alrededor de mi minúsculo espacio con una expresión levemente desdeñosa. Entonces dice: «Vas a estar una temporada sitiada. Ven a mi casa y cena algo. Me siento tan responsable por haberles entregado ese vídeo que grabé con el teléfono…».

Tiene razón, el tipejo al que le reventé la cámara no era un rezagado, era la puta vanguardia. Tengo que salir de aquí y que me jodan si se me ocurre alguna razón para no aceptar. Al salir a la calle, lo único que oigo son chasquidos de insecto restallando alrededor de mí como si fueran disparos, y gritos.

«¡LUCY! ¡LUCY!».

¡Han vuelto todos! ¡Y la furgoneta del telediario —a saber de qué puto canal será— ya está aquí! ¡Sorenson dio una difusión enorme al asunto, y esos gilipollas de políticos han subido el volumen más todavía! Quiero regresar al apartamento, pero unos cuantos de esos hijos de puta se han colado por detrás interponiéndose entre nosotras y la puerta de entrada. «Esperad un minuto, dita sea…», protesta Sorenson con voz de institutriz pusilánime en apuros mientras yo veo al pestilente cabrón cuya cámara destrocé disparando una andanada a lo kaláshnikov con un aparato de reemplazo con teleobjetivo. Por lo menos uno de estos gilipollas sabe que no conviene acercarse demasiado. «No les hagas caso, Lucy», dice Sorenson ojiplática de miedo mientras me coge de la mano y se abre paso hacia su coche. Los demás no se cortan tanto; un reportero maricón, moreno y cachas, me pone el micro en las narices y me pregunta si volvería a hacer lo mismo ahora que conozco la historia de McCandless y de Ryan Balbosa y Timothy Winter, los dos pedófilos.

Sé que debería cerrar la puta boca y seguir a una atemorizada y furtiva Sorenson hasta su coche. En lugar de eso, como consecuencia del furor que siento ante esa violación del pijo gilipollas, me planto y se me calienta la boca. «Por supuesto que sí. ¡Sean cuales sean las circunstancias, nadie tiene derecho a liarse a tiros con la gente!».

«Pero tú has practicado artes marciales a un alto nivel competitivo y has

enseñado defensa personal a mujeres», cecea este mariquita «sincero». «¿Estás diciendo que las mujeres tienen derecho a defenderse pero que víctimas masculinas de violencia sexual como el señor McCandless no?».

Es como el rugir de un trueno silencioso en mis oídos. Me quedo estupefacta. No se me ocurre ninguna réplica. Mientras escucho la voz apremiante de Lena Sorenson de fondo, no puedo hacer otra cosa que mirar con gesto asustado y penitente, con una expresión atormentada por la debilidad y la duda retransmitida a un sinfín de hogares estadounidenses.

Entonces noto que Lena Sorenson me coge el brazo con más fuerza mientras me lleva hasta su coche. «Por favor, déjennos en paz», dice con tono suave pero a la vez enérgico. Me subo, pero el gilipollas sórdido sigue apuntándome con la cámara, rodando a través de la ventanilla con una expresión de júbilo grabada en sus gruesos morros. Aparto la vista. «¡Maldita sea!».

Sorenson arranca el motor y pone el coche en movimiento, dispersando así a los fotógrafos, que se apartan revoloteando como palomas y se alejan unos metros antes de reanudar su frenesí por obtener imágenes y declaraciones. Gira hacia Alton, y entonces pisa el acelerador a fondo y salimos a toda leche hacia el norte. «No pasa nada, Lucy», balbucea, «seguro que esta historia no da para mucho más». Entonces con tono arrepentido: «¡Ojalá no les hubiera entregado ese estúpido videoclip!».

Me entra un mensaje de texto al móvil. Es Valerie.

He visto las noticias. Mantén bajo el perfil. Habrá presión.

¡No me jodas calderero sastre soldado!

Noto que me castañetean los dientes mientras pasamos volando por delante de la mano verde del Museo del Holocausto, y me vuelvo para ver si nos siguen. Es difícil de saber; hay mucho tráfico en ambos sentidos. Recobro el control sobre mí misma ventilando mi ira: «¡Te juegas el tipo por salvarle el culo a algún cabrón y te tratan como a un puto delincuente! ¿En qué puto país vivimos? ¿De verdad estamos en Estados Unidos? ¿Es esto en lo que nos hemos convertido? ¡Es una puta parada de los monstruos!».

Sorenson deja que me desfogue, y me acaricia delicadamente el hombro mientras conduce.

«Perdona», digo, ya sintiéndome mejor, «es que tenía que quitarme ese peso de encima».

«Lo sé. No te preocupes. Debe de ser tremendamente estresante».

Vamos a casa de Lena Sorenson, en 46th Street. Intento ponerme en contacto con Valerie pero salta directamente el contestador. Le envío un mensaje de texto.

No te equivocabas. Llámame.

La vivienda de Sorenson es una gran casa española colonial independiente con una piscina demasiado pequeña para practicar la natación en serio, aunque soy incapaz de imaginarme al crucero Sorenson atracando en este embarcadero en concreto. La casa está embaldosada con terracota y todas las paredes están encaladas con pintura emulsionada, lo que hace resaltar numerosos cuadros y un mobiliario elegante pero funcional.

Sorenson tiene un estante de CD; la mayoría de ellos no está mal, pero en la

colección figuran dos álbumes de Tracy Chapman. Cuando una tía tiene un álbum de la Chapman —ese en el que está «Fast Car»— hay que considerar eso como una señal de alarma. Ella tiene dos, ese y otro más, ¡como para salir de aquí cagando leches! Ahora ya es demasiado tarde: me dejo caer en un sillón de cuero y noto que me hundo en sus entrañas mientras miro en torno a la habitación. Lo primero que se me pasa por la cabeza es: no es de extrañar que Sorenson pase tanto tiempo en Starbucks; decorativamente hablando, es un hogar lejos del hogar. Lo mejor que hay aquí, aparte de la pantalla plana de puta madre de setenta pulgadas, es el inmenso hogar de piedra con dos cubos metálicos, uno lleno de carbón, el otro lleno de leños, y un conjunto de utensilios para la chimenea, entre ellos un hacha, cabe suponer que para hacer como que parte unos troncos ya cortados. A esta zorra le va lo falso. Prepara algo de café (que yo nunca tomo) y me dice que tiene un edificio anexo que hace las veces de estudio para una especie-de-artista. Pese a que manifieste mi interés hasta el extremo de la fascinación, no se ofrece a mostrarme el interior.

La cocina, sin embargo, es una cámara de masturbación último modelo; las alacenas y la enorme nevera Sub-Zero están llenas de lo que yo llamo anticomida: galletas, chocolatinas, comidas precocinadas, helados, patatas fritas y más refrescos de los que hayas visto en tu vida. Lena ha estado preparando un festín de azúcar, sal, grasa e hidratos de carbono. Pero no come nadie salvo ella. «La bollería es mi única debilidad», dice mientras se infla la boca con un dónut relleno de mermelada de fresa (450 calorías fácil).

Rehúso su oferta de hacer otro tanto; me voy a la sala de estar y enciendo la gran pantalla plana. Esta hija de puta dispone de todas las cadenas de televisión por cable conocidas por el hombre; tiene el pack completo de Direct TV. Zapeo por los noticiarios y mi reportaje ya está apareciendo. Con el pelo recogido con aire severo en una coleta, tengo un aspecto pusilánime y estúpido. Se me hunde el corazón quince centímetros dentro de la cavidad torácica cuando el plano pasa al rostro petulante y burlón de Quist. «Parece que a esa señorita se le haya comido la lengua el gato acerca de la cuestión del derecho a la defensa personal. Imagino que estará descubriendo que no todo es tan sencillo como parece, y que los estadounidenses de a pie podrían efectivamente estar en su derecho a buscar remedios frente a aquellos que están dispuestos a acometer la obra del diablo».

«¡Puto gilipollas!», le grito a ese viejo cara de escroto curtido que sale en pantalla.

Sorenson capta la indirecta y sume al televisor en la muerte negra con el mando. «Ya pasará», dice con un tono que pretende ser tranquilizador pero que me mosquea un huevo.

Me levanto de un salto, lo que la asusta, y me fijo en los cuadros que cuelgan de las paredes. Luego vuelvo rápidamente a la cocina. Sorenson me sigue, observándome mientras cojo un dónut de la encimera. «Hummm…», digo mientras lo examino.

«Ah, sí, son de mi madre», me explica Sorenson, «¡y son buenísimos! Me envía religiosamente una caja la primera semana de cada mes. Sé que querrías que…».

Doy media vuelta y tiro esa porquería a la basura. El rostro gordinflón de

Sorenson se pone más rojo que si hubiese abofeteado a la muy zorra en todos los morros.

«No puedes…».

«Es fundamental que controles tu ingesta de calorías. La dieta es crucial. Si comes la misma cantidad y clase de supuestos alimentos que te metieron en este lío, en el mejor de los casos te quedarás como estás», le explico mientras cojo la caja entera y los echo todos al cubo. Sorenson se encoge, apartándose y agarrándose a la encimera como si estuviera a punto de desmayarse.

«¡Muy bien! ¡Inventario de estilo de vida!», vocifero, obligando a una Sorenson atónita y temblorosa a revisar la despensa y a tirar sistemáticamente a la basura todas sus porquerías. Está lívida. «Esto es mierda. ¡Así es como te estás matando! ¿Alguna vez *lees* esas etiquetas?».

«Sí…», dice con un gimoteo agudo seguido por un gemido desganado, «… sí que las leo. A veces. La mayoría de las veces».

Noto que mis cejas finas y depiladas se enarcan marcadamente mientras miro a esta lamentable zopenca.

«A ver, venga, que no son más que chucherías. Todos necesitamos chucherías de vez en cuando», protesta ella.

«¿Chucherías? ¡Chucherías! ¿Qué pone en esta?», le pregunto tamborileando con el dedo sobre el paquete de mostachones de coco antes de colocárselo delante de las narices.

«Doscientas veinte calorías…».

«Doscientas veinte calorías *por puta ración*. ¿Cuántas raciones hay en este paquete?».

Veo cómo el aire se escurre de sus pulmones con la misma certeza que si acabara de hincarle un crochet de izquierda en todo el hígado. «Estas cosas son tan pequeñas, no tienen nada…».

«¿Cuántas raciones?».

«Cuatro…».

«¿Cuántos te comes de una sentada?».

Sorenson es incapaz de decir palabra. Es como si acabara de quedarse sin habla.

«Me juego algo a que te zampas el puto paquete entero. ¡Son casi *novecientas calorías*, Lena, dos terceras partes de lo que una mujer de tu talla debería de comer *al día, joder*!».

Como si lo viera, más protestas lamentables. «Pero… pero… ¡si solo consumieras una cuarta parte de eso, la ración no sería nada!».

«¡Exacto! ¿Y qué nos dice eso?».

«No…, no lo sé…».

«Ay, basta», salto a la vez que le clavo mi mirada más implacable. He visto esa mirada de fracasada desconcertada infinidad de veces. Sacudo la cabeza y pongo un tono de voz agudo, imitándola sarcásticamente. «¡No puede ser! No es justo». Noto cómo se me altera tontamente la expresión. «La gran pregunta que cuelga de todos los labios inferiores plomizos de Estados Unidos: ¿Cómo he podido convertirme en una vacaburra gigante solo sentándome en el sofá y comiendo

montones de mierda? ¿Cómo ha podido acontecer *tal cosa*?».

Sorenson me mira fijamente; está que echa humo por las orejas. Está pensando: «¿Quién es esta tía? ¡Esta es mi casa! ¡No *le pago* para que me insulte y me maltrate!». Estoy convencida de que la foca está a punto de decirme que me vaya, así que adopto un tono más conciliador. «Te está diciendo que esta presunta *comida* no es más que un *montón de puta mierda*. Y eso sin entrar en detalles acerca de los ingredientes, el sirope de maíz, los aditivos, los conservantes, los emulsionantes, los azúcares y las putas sales. Créeme, Lena», le digo dejando caer el paquete en la basura con el resto mientras Sorenson me mira como si acabara de arrancarle del coño a su criatura recién nacida, «este es el enemigo. Esta es la mierda que te hace odiar el espejo, la tienda de ropa y la báscula del cuarto de baño. ¡Esta es la mierda que te está destrozando la vida y que te acabará matando, joder!».

Acabo de acuchillar a esta puta obesa atravesando la capa de sebo y alcanzando con mis palabras el mismo centro de su ser. Veo cómo sus heridas psíquicas sangran ante mí. Y lo peor desde su punto de vista es que sabe que tengo razón *al cien por cien*, y que solo lo digo por su propio bien. «Lo sé», empieza a protestar con voz pusilánime, «sé que lo que dices es verdad…».

Levanto la mano. Los gordos necesitan encontrar su voz. Pero no la voz de una víctima tirando la toalla. No se les puede permitir que hablen a menos que hablen como adultos. «No me vengas con el gran puto “pero”», digo sacudiendo despectivamente la cabeza. «Siempre me salen con el gran puto “pero”, la salvedad que hace que todo esté bien y sea admisible. Pues te voy a decir una cosa, hermana: el único gran puto “pero”[14] es ese sobre el que estás sentada».

«No puedes hablarme así…».

«Sí que puedo, y lo haré», le digo con las manos en jarras y el mentón adelantado. Entonces bajo la voz y continúo: «Porque quiero ayudarte a mejorar. Sé que no quieres escuchar lo que voy a decirte, Lena», haciendo bocina con la mano en la oreja, «porque esa *negativa a escuchar* forma parte de la enfermedad. Sientes que tus orejas se cierran físicamente. En tu cabeza suena una melodía, un mantra destinado a ahogar mis palabras, que te atraviesan el pecho como puntas de flecha. ¿Tengo razón?».

«Yo… yo…».

«Pues, hermana, bienvenida al mundo *real. Vas* a escuchar mis palabras. *Vas* a tomar conciencia de ellas. Puede que hoy no, puede que mañana tampoco, pero romperé tus defensas y *escucharás* lo que estoy diciendo. ¡Porque te voy a sacar de tu zona de confort que te cagas!».

Sorenson tiembla físicamente, acobardada ante mí, prácticamente incapaz de mirarme a los ojos. Le pongo la mano en el hombro. Entonces vuelve de repente la cabeza y me mira fijamente mientras se aparta el pelo de los ojos. Yo la gratifico con una gran sonrisa, afectuosa y de oreja a oreja. «¡Ahora enséñame tu casa!».

Salimos afuera, al jardín trasero. Sigo interesada por su estudio, que está situado delante de la piscinita. «Allí es donde trabajo», me explica antes de agregar, «pero llevo un tiempo sin hacer gran cosa».

«¿Podemos echar un vistazo?».

«No, está hecho un asco», dice. «No me gusta enseñarle a la gente el sitio en el que trabajo».

«Vaa-lee…», digo levantando las manos en un gesto de rendición ficticia. «Pero a lo mejor más adelante, cuando te sientas más cómoda». Miro hacia donde está el estudio y luego la miro a ella. «Porque ese sitio es importante. Es aquí donde tendrías que estar, aquí», le digo antes de señalar hacia la cocina, «no allí dentro».

Sorenson asiente bajo una luz cada vez más tenue. La brisa hace repiquetear las hojas de la gran palmera, que parecen espadas, contra la ventana, subrayando así el silencio. Porque aunque le haga trizas reconocerlo, sabe que hasta la última palabra de lo que digo es cierta.

Se ofrece a llevarme a casa en coche, pero insisto en tomar un taxi. «Puedo coger uno en Collins Avenue».

«De verdad que no es molestia».

«No, gracias. Ya has hecho más que suficiente».

«Pero si eso no es nada, aquella noche en el puente no sabes lo mucho que me diste tú».

«Cariño, ni siquiera he empezado», le digo mientras me echo la bolsa al hombro y me adentro en la oscuridad.

Por supuesto, cuando llego al exterior, retrocedo sobre mis pasos y me meto en el jardín de Sorenson. Me agacho bajo la ventana, y la observo a través de las persianas. Sorenson está sentada ante el ordenador. Contempla embobada lo que parecen mullidos animalitos recién nacidos, y parece que está llorando. Grandes lágrimas de fracasada. Bueno, pues que lloriquee todo lo que quiera, pero como vea a esa hija de puta sacar esa mierda de la basura y llenarse la boca con ella, juro por Dios que echaré esa puerta abajo de una patada y le meteré los dedos a presión por la garganta hasta hacerla vomitar ese veneno…

Joder…, mi móvil vibra suavemente. Lo pongo en modo silencio. Sorenson no ha oído nada. Han entrado unos correos electrónicos, ¡y uno de ellos es de ella! Salgo sigilosamente del jardín para echarle un vistazo.

8. CONTACTO 3

Para: kimyangsun@gmail.com; lucypattybrennan@hardass.com

De: lennadiannesorenson@thebluegallery.com

Asunto: ¿Alguna vez habéis visto algo tan mono?

Kim, Lucy:

¡Os mando esto para animaros!

¿Alguna vez habéis visto algo tan mono?

Lena x

La furibunda pero patética zorra me ha enviado el link de un sitio web llamado Cute Overload. Son todo cachorritos, gatitos, crías de osos, hámsters y conejitos. A juzgar por lo que se postea allí, todas las que lo visitan son supermamás retrasadas mentales o supermamás retrasadas mentales en ciernes.

9. CUTE OVERLOAD

Parpadeo y me despierto ante la luz color mango que inunda la habitación. La pantalla digital del reloj —las 9:12— me sobresalta y me pone en estado de alerta. *Qué coño, me olvidé de*…

¡A las 10.30 tengo una clienta!

… cerrar la puerta principal…

Calor y masa a mi lado; una tormenta de conciencia de que comparto cama me sacude en todo el pecho. El primer pensamiento pavoroso que se me viene a la mente: ¡es Sorenson! No, no puede ser. Me vuelvo lentamente y miro a la chica que dormita a mi lado; es esa *femme* a la que tanto le gustaba el sabor a coño y que se la follaran bien. Ayer salí a la caza del coño; lo odio cuando me salto mis propias reglas y me traigo a una chica a casa. Hasta tiene una de sus piernas encima de las mías. Mientras me aparto bruscamente, parpadea y espabila mirándome boquiabierta y con expresión medio atontada. Sin maquillaje parece jovencísima; debe de ser una universitaria de primer o segundo año.

Liarme con zorras que están experimentando no es mi modus operandi preferido, pero, en fin, no se puede criticar a una tía que se metió tu paquete de plástico con tantas ganas. «Buenos días», dice bostezando y estirándose.

«Igualmente», contesto con una sonrisa forzada. Acto seguido me siento incómoda. Esto no se me da nada bien.

Se levanta de la cama; es alta, esbelta y está buena. Me mola ese pelo platino, corto, pero esta chica *nunca* podría ser una bollera como mandan los cánones, no sin al menos cinco años y 100 000 calorías más. Se viste: «Tengo que irme. Tengo clases». Entonces me sonríe. «¡No puedo creer que me haya enrollado con la justiciera del Julia Tuttle!».

«Pues sí», digo yo. ¿Qué coño se puede responder a eso?

«Hasta luego».

Se marcha, y espero hasta que oigo abrirse y cerrarse la puerta del apartamento para levantarme de un salto. Ha sacado el zumo de naranja de la nevera y ha bebido a morro antes de volver a ponerlo en su sitio. Qué asco: las zorras jovencitas son unas maleducadas.

Estoy mosqueada conmigo misma por haberme quedado dormida; a ver, es patético del carajo, así que me doy una ducha y me visto rápidamente. Me da tiempo a mirar someramente mis correos. Joder, me encojo al ver el que me envió Sorenson anoche. Al menos tiene una amiga, aunque quién sabe cómo será la tal Kim.

Que la jodan. Tengo correspondencia más importante que atender.

Para: michelleparish@lifeparishioners.com

De: lucypattybrennan@hardass.com

Asunto: ¡Qué bien tener noticias tuyas!

Michelle:

No puedo ni empezar a contarte el subidón que me ha dado el que me hayas

contestado. Desde el incidente mi vida se ha vuelto rara de cojones. ¡Tengo una agente! Y tengo a una mujer de VH1 TV que me va a contratar para hacer un programa de cambio de imagen para habitantes de las áreas residenciales obesos que se han abandonado. Suena bastante parecido a lo que hago ahora, ¡solo que filmado y en un puto crucero! Eso ya sé hacerlo, ¿no? El caso es que han fichado a un tío encargado de acicalar, maquillar y vestir para que sea mi compañero. Se me dispararon un poco las alarmas. No es cuestión de que lancen al estrellato al hijo maricón incolocable de algún ejecutivo de televisión a costa de mis heroicas acciones, ¿verdad? ¡LOL!

Pero no todo son buenas noticias. Un cabrón fascista que se presenta aquí como candidato —se llama Quist— me tiene en su radar. Resulta que el pistolero era un chaval del que habían abusado unos pederastas y que se presentó debajo del puente, donde viven esos pervertidos, y se lio a tiros con ellos. Le deseo buena suerte, pero ¿acaso se supone que yo tenía que saberlo? La cosa se está poniendo de lo más chunga, y no de una manera que mola.

¡Por favor, aconséjame!

Ah, y en materia de representación, ¿has oído hablar de Valerie Mercando? ¿Qué tal es?

Ah, POR ÚLTIMO, no vas a creerte que ahora una de mis clientas es una supuesta «artista»: la que fue testigo del incidente del puente. Se puso a buscarme hasta dar conmigo. ¿Es como para que se te pongan los pelos de punta o no?

Con mis mejores deseos,

Lucy x

Al darle al botón de enviar, me doy cuenta de que mis uñas, que suenan sobre el teclado, empiezan a ser demasiado largas. Voy recorriendo la bandeja de entrada y regreso al sitio web raro de bichos de Sorenson. ¡Entonces, cuando estaba pensando que realmente debería irme ya, me alegra mucho recibir una respuesta inmediata!

Para: lucypattybrennan@hardass.com

De: michelleparish@lifeparishioners.com

Asunto: ¡Qué bien tener noticias tuyas!

Lucy:

Es estupendo volver a tener noticias tuyas, y estoy encantada de que las cosas te vayan tan bien. VH1 es un canal impresionante que te proporcionará mucha notoriedad. ¡Por supuesto, tener colaboradores apropiados es algo muy importante, pero esta es una oportunidad de oro! ¡Muérdeles la mano! PERO deja las negociaciones en manos de tu agente.

Lo que nos lleva al tema de la representación. Sí, conozco a Valerie Mercando. Es muy buena. Podrá llevar todas las negociaciones con VH1.

Los clientes son clientes, no creo que sea importante de dónde vengan, siempre que haya respeto mutuo y cada uno sepa dónde están los límites.

Sí, he oído que los políticos estaban intentando utilizar tu caso para aumentar su influencia. No te preocupes, todo eso pasará, pero estoy segura de que tu

relaciones públicas te dirá lo mismo.
¡Bien hecho! ¡Me alegro mucho por ti!
Con mis mejores deseos,
Michelle
P. D.: ¿Has probado las Páginas Matinales?
Llevo tal subidón que escribo inmediatamente a Valerie.

Para: valeriemercando@mercandoprinc.com
Cc: thelmatempleton@vh1.com
De: lucypattybrennan@hardass.com
Asunto: ¡Hagámoslo!
Querida Valerie:
Tras ser sabiamente aconsejada por mi leal amiga y confidente Michelle Parish, te escribo para confirmar formalmente que eres sin duda la persona más apropiada para representarme. Envío copia de este correo a Thelma Templeton, de VH1.
¡Pongamos manos a la obra y vayamos a por todas!
Con mis mejores deseos,
Lucy x
En mi área de cocina, que es del tamaño de un sello de correos, mezclo un batido de proteína y me lo tomo. Cuando salgo al exterior, bajo la luz del sol, estoy lista para partirle la boca a cualquier gilipollas que invada mi espacio, pero parece que los paparazzi han vuelto a desaparecer. Atravieso Flamingo Park y me dirijo al gimnasio. Hay un par de tíos de veintitantos corriendo, y uno de ellos se para y hace unas dominadas en la barra que hay junto a la cancha de baloncesto. Hace siete, la octava le cuesta, y la novena ya le resulta imposible. Voy derechita para allá. «Así es como se hace», digo mientras hago una docena seguidas y termino la duodécima con la misma energía que la primera, antes de hacer la misma cantidad de ellas con agarre invertido, sin que me derrote otra cosa que el reloj.
«Guau…», dice el tío.
«Es todo cuestión de cómo respiras», le digo. «Si estás haciendo dominadas, el agarre debería ser ligeramente más ancho que tus hombros. Para las inversas conviene mantener el agarre a aproximadamente la misma anchura que los hombros».
¡Estilo T2! ¡Sarah Connor, joder! ¡Joan Jett, cojones!
Cuando llego al gimnasio, Marge ya está ahí haciendo estiramientos. Toby, el recepcionista maricón que se describe a sí mismo como DJ porque a veces le dejan poner sus CD ambientales, antimusicales y antivida cuando el garito está vacío, la mira con desprecio. Cuando se llena de amas de casa de las zonas residenciales, tiene que dar su brazo a torcer y poner mezclas de Coldplay y Maroon 5, y he acabado por aceptar estas incitaciones a cortarse las venas como un bendito alivio frente a las soserías que nos pone él. Juro que el culo se me vuelve una turbera nada más ver a esa loca pretenciosa y amargada. Oírle hace que me salga instintivamente el acento Southie más caricaturesco. Muy musculado

y con el típico estilo pseudohomo de South Beach, ignora benditamente, mientras se mete sus esteroides y hace press de banca con setenta kilos, que un directo de tres al cuarto, además de hacerle derramar cubos de lágrimas, le reventaría esa nariz de maricón y lo llevaría a buscar asistencia psicológica durante años. «Has vuelto a salir en las noticias», anuncia antes de volver la cabeza hacia una de las pantallas montadas en la pared. «Ay, mira», dice señalando a la tele.

En la pantalla aparece Joel Quist. Se presenta a candidato sobre la base de todas las políticas de odio y miedo que puedas imaginar, y de denigrar cualquier otra alternativa:

Terrorismo: matar a norteamericanos inocentes

Control de armas: matar a norteamericanos inocentes que no pueden defenderse a sí mismos

Impuestos más elevados para los superricos en lugar de rescates: matar a norteamericanos inocentes

No matar árabes: matar a norteamericanos inocentes

Aborto: matar a norteamericanos inocentes (antes de que hayan nacido).

El matrimonio homosexual: sodomizar y después matar a norteamericanos inocentes

Estoy en su radar y da por culo. Ay, mierda: ahora miro a la cámara boquiabierta y estupefacta, como Marge cuando se enfrenta a la cinta. Le hago una señal para que coja los kettlebells, pero no consigo apartar la vista de la pantalla. Bastaría con que hubiera dicho: «Por supuesto que las víctimas masculinas de agresiones sexuales tienen derecho a defenderse. Eso es perfectamente apropiado si están siendo atacados. Pero el señor McCandless no estaba siendo atacado: estaba persiguiendo a dos hombres desarmados y disparando contra ellos. Si fue víctima de un delito previo, entonces existe un sistema de justicia penal que se ocupa de tales casos». Pero ese barco, la nave de la razón, zarpó hace tiempo, joder.

Aparece Thorpe exponiendo ese mismo argumento, pero a su manera dispersa, pomposa, sermoneadora y muy poco brillante. Se nota que todo el mundo lo odia. Es escurridizo y afeminado. Es un puto *abogado*.

¡*Compórtate como un hombre*!

«Muy bien, Marge, ¡coge ese kettlebell de siete kilos y hazme cuatro series de swing y sentadilla con doce repeticiones por serie!».

Quist corta directamente a Thorpe, que hace ademán de protestar, pero el presentador, que ahora es un tío aunque siga teniendo cara de querer meterse en su boca estrecha y gazmoña el baboso caracol de ese viejo cabrón semicontinente, lo silencia con un gesto de la mano. «Soy completamente partidario del imperio de la ley, como demuestra mi historial de voto sobre tales cuestiones, sobre todo comparado con el del señor Thorpe, que no ha hecho más que sobreproteger al elemento delictivo en nuestra sociedad…».

Marge está realizando su rutina. «¡Levanta más las pesas y baja más el culo! ¡Swing y sentadilla! ¡Y swing y sentadilla!».

Cortan y pasan a Thorpe el tiempo suficiente para captar un pequeño puchero, un plano de su reacción y una tenue apelación que la cámara no capta, y luego al

presentador pidiéndole que se calle con el dorso de la mano: «Por favor, permita terminar al señor Quist».

«Pero a veces los políticos y burócratas de Washington decepcionan al pueblo», dice Quist sacando pecho en plan gallito. «Permítanme plantear una pregunta: ¿durante cuánto tiempo se vio defraudado Sean McCandless? Aunque lo hizo sin saberlo, Lucy Brennan ayudó a esos repugnantes pervertidos, como al parecer hace todo el mundo. Pero ¿quién estaba ahí para socorrer al pobre Sean McCandless cuando era un niño? ¿Quién acudió en su ayuda?».

Vuelvo la vista hacia Marge, que resuella mientras levanta el kettlebell. «Bieeen…».

De nuevo en pantalla: Thorpe, indignado y lleno de angustia, se rasga las vestiduras y apela, en plan llorica, al inexorable presentador, aduciendo que no se le ha permitido presentar imparcialmente sus argumentos. Entonces este le regaña, lo que le hace parecer todavía más gilipollas. Luego cortan, por suerte, y pasan a la historia de las gemelas siamesas. «Podría ser peor», dice Toby indicando la pantalla con la cabeza mientras destila alegría por el mal ajeno.

Plano del rostro de Annabel, un poco de tímida cháchara pretenciosa acerca de su amor por Stephen, y luego un primer plano de dedos entrelazados que nos muestra cómo ella le sujeta la mano. Nos alejamos en un plano largo para ver a Amy mirando en la dirección opuesta a donde se encuentra Stephen, lejos de su hermana. En lugar de enfocar a los tortolitos, los cabrones del circo mediático la mantienen encuadrada a ella. Con su nariz ganchuda asomando a través de su larga melena, parece un pájaro carroñero posado en el hombro de Annabel. Me vibra el móvil; es Valerie. «¡Eh, tú!», grito con entusiasmo para mostrarle a ese petardo de Toby que no me he inmutado siquiera. Me vuelvo hacia Marge. «Cinta, veinte minutos, empezando a ritmo de footing, 6,5 kilómetros por hora», mientras me acerco hacia la puerta principal para disfrutar de un poco de intimidad.

«Hola, Lucy. Acabo de ver las noticias…».

«Ya, pero seguro que dentro de poco ya no saldrá…», digo a la vez que le indico a una resollante y dilatoria Marge que se suba de una puta vez a la cinta y empiece mientras yo salgo al sol y contemplo el cielo azul.

«A los de VH1 los ha puesto nerviosos. Tienes que *no hablar* con la prensa y la televisión».

«Vale…».

«Disculpa si sueno un poco atacada. A una clienta cantante la han pillado con coca en algún local de Ocean Drive. El promotor que la tiene contratada en el Gleeson es una especie de gilipollas evangélico con una cláusula antidroga rara en el contrato y amenaza con cancelar el bolo de mañana. Tengo que dejarte… Ah, otra cosa, la gente de Total Gym me ha enviado un gimnasio casero gratuito para ti. Han incluido una nota de esas que dice “sin compromiso alguno, pero si te gusta el producto y te sientes dispuesta a promocionarlo, te estaríamos muy agradecidos”, así que lo dejo en tus manos. Te lo haré llegar».

«¡Guau! ¡Cómo mola!».

«Sí, está muy bien. Pero no hables con los medios, para ellos solo es más leña para el fuego, así que deja que se apague».

«Guay», digo de forma asertiva pero precavida mientras pienso que es justo lo que necesitaba: un equipo de fitness cutre promocionado por Chuck Norris que se caerá a trozos en cuanto me haya llevado media vida montarlo y ocupe prácticamente todo el espacio de mi apartamento caja de zapatos.

Se corta la comunicación y vuelvo a entrar en el gimnasio. Llevo a una Marge amodorrada hasta los 8 kilómetros por hora con una pendiente ligera, y también al punto de agotamiento. «¡Ya casi estás! ¡Esto es lo que necesito! ¡Marge la guerrera! Y cinco… y cuatro… y tres… y dos… y uno…», y la máquina pasa a modo enfriamiento. «Buen trabajo», exclamo, mientras ella me mira como una cría que se ha caído de culo y no sabe si va a reírse o a llorar. *Fríe la celulitis de esa zorra. Alisa los surcos de grasa de la muy puta*. «Respira, Marge: inspira por la nariz, y exhala por la boca».

¡Dios mío, todavía hace falta que se lo digan! ¿Qué coño dice *eso*? Pero Marge termina su sesión y se tambalea agradecida hacia los vestuarios para ducharse. En las pantallas, Thorpe y Quist han desaparecido, reemplazados por la madre de las siamesas, que habla de las chicas, seguida por una nauseabunda voz en off que no para, «… como cualquier madre, Joyce teme por el futuro de sus hijas. Pero en el caso de Amy y Annabel el futuro de una, igual que su pasado y su presente, está inextricablemente unido al de la otra».

Estoy meditando acerca de lo grotesco de la situación cuando aparece Sorenson con un conjunto de entrenamiento nuevo de color *rosa* chillón. Es la clase de indumentaria que solo se pondría una retrasada mental o una niña de diez años. «¿Qué tal?», canturrea. «¡Vengo echando chispas y estoy ansiosa por darme caña!».

«Muy bien», le digo sonriendo y apretando los dientes, mientras me acerco a las máquinas y ella me sigue.

¿Cómo hago que pierda carne esta gordita irritante? La subo a la cinta y decido bajarla de las nubes. Subo la apuesta y la aprieto más, aumentando poco a poco la velocidad hasta alcanzar los 8 kilómetros por hora y obligarla a aporrear esa pista de goma. ¡*Baila, pequeño hámster obeso, baila*! «¡Venga, Lena Sorenson, venga!», grito mientras se vuelven varias cabezas, ya que mi voz ahoga la baba ambiental de Toby. Aumento la velocidad de la cinta hasta los 9,5 kilómetros por hora mientras veo cómo el fulgor del rostro de Sorenson se intensifica. «¡Estás echando chispas y ansiosa por darte caña!».

Cada vez que la zorra tocina recobra el aliento para hacer lo que se le da mejor todavía que comer —o sea, hablar—, la aprieto más o cambio de actividad. Tiene que captar el mensaje: esto no es un club social.

Pero Sorenson me sorprende con sus *cojones*[15]. Aguanta todo lo que le echo. Incluso después de la sesión, sigue aquí, intentando entablar conversación conmigo entre jadeos cuando claramente tengo la cabeza en otra parte. «Esto… sienta… tan… bien… Hacía siglos que no… me sentía… tan bien…».

La cosa llega a ser tan agobiante que incluso estoy encantada de haber quedado para comer con *mamá. Lo que sea* con tal de quitarme de encima a mi propia siamesa particular. Annabel, sé lo que estás pasando. Sorenson prácticamente se autoinvita y luego tiene la desfachatez de mirarme como una

hijastra de la que hubiera abusado cuando le digo que tengo cosas que hablar con *mi madre*. ¡Dios, incluso me preocupa que esta zorra desesperada me acose durante todo el camino hasta el garito de Ocean Drive en el que hemos cometido la estúpida equivocación de quedar! Salgo del gimnasio y voy haciendo camino rumbo al Atlántico.

Si en mi oficio las cifras cuentan mucho, mi madre, Jackie Pride (58 años, 1,72, 58 kilos), por aquello de dedicarse al negocio inmobiliario, seguramente está todavía más sometida a sus caprichos. El mercado se ha desplomado; hace dos años vendió doce bloques de apartamentos, tres el año pasado, y ninguno en lo que llevamos de este. Hace dos años iba conduciendo por ahí un gran Lincoln; su predecesor fue el coche que compró para reemplazar al Caddy que heredé yo. Era la época en que la gente de las inmobiliarias imitaba a los abogados y nadie se reía. Ahora que conduce un Toyota y tiene que afrontar el declive de otra relación estable, el cero es una estadística preocupante.

Ya está sentada, con el portátil echando chispas estilo Sorenson (¡ja!), y venga a teclear por el móvil. Cuando me acerco, levanta la vista. «Hola, bichito», dice asintiendo con la cabeza a modo de disculpa mientras enarca unas cejas depiladas y delineadas y cierra su Apple Mac de golpe. Luce un top blanco con una falda a cuadros y un par de zapatos blancos y negros. También lleva un par de gafas sobre el puente de su poderosa nariz sajona (en contraste con mi botoncito irlandés, herencia de papá) y un par de lentes de sol echadas hacia atrás para mantener en su sitio su cabello todavía castaño, que le llega casi hasta los hombros. Mamá pone fin a su llamada y se acomoda en su silla de plástico, que se desliza unos centímetros sobre la acera. «Ay, Dios mío», gime. Tiene buen aspecto; el único estrago realmente manifiesto de la edad se nota allí donde las carnes flojas de la barbilla y el cuello han decaído hasta convertirse en una bolsa arrugada. Mamá no para de hablar de «cumplir con el trabajo», pero a la vez de estar «demasiado liada hasta para hacerse la cirugía Lasik».

Una joven rubia a la que reconozco (creo que es una de las clientas de Mona en Bodysculpt) pasa por delante de nosotras contoneándose con un tanga amarillo y una camiseta amarilla a juego en la que pone MS. ARROGANT en grandes letras azules. SoBe sigue siendo un refugio impregnado de sol para narcisistas desesperados y seres grotescos dados a pavonearse. El teléfono de mamá vuelve a sonar. «Lieb», suplica. «Tengo que coger esta llamada, cariño, y luego apago este maldito cacharro, te lo prometo».

«Guay», digo mientras cojo la carta.

«Lieb, amorcito… Sí… Entendido… Entendido. Tú entretenlos. Llévalos a Gulfstream Park o algún sitio así. Ya conoces la rutina. Eso es… Que sigan pensando que se trata de una inversión sólida, cosa que es a todos los efectos… Sí, te quiero…». Enarca todavía más las cejas. «Ahora tengo que dejarte, cariño. Ha venido Lucy. Ciao». Y silencia el iPhone con un gesto veloz. «Hombres. Parece que los más duros son los que más necesitan que los lleven de la mano. Es rarísimo. A ver, que puede llevar a esos gilipollas de culo inquieto a un bar o un club de striptease, a mí me da igual», dice sacudiendo la cabeza. «¡Dios mío, la gente está perdiendo el coraje! ¡Es una inversión sólida!».

«Seguro que sí».

«En fin, vaya lata que te estoy dando… Comamos algo», dice. Acto seguido me mira directamente a los ojos y sigue la trayectoria de mi mirada. «¡Me estabas mirando la papada! ¡Mira que puedes llegar a ser cruel, niña!».

«No», miento, «¡solo me estaba fijando en el buen aspecto que tienes!».

Mamá deja escapar un largo suspiro de desaliento. Mientras habla, sus ojos, inexpresivos un instante e iluminados al siguiente, siempre parecen mirar más allá de mí, hacia las desilusiones por venir. «Estoy pensando en hacerme algo. Lo único que me falta es tiempo. Eso y dinero», dice meneando amargamente la cabeza mientras el ayudante de camarero nos llena los vasos de agua helada.

«¿Siguen mal las cosas en lo tuyo?».

«No quiero hablar siquiera de ello», dice mientras se nos acerca una modelo fracasada con la cara llena de bótox que estaba al acecho y nos recita robóticamente una lista de platos del día.

No, mamá pone buena cara mientras pedimos, y luego empieza a citarme de memoria algún libro de autoayuda que ha devorado (su versión particular de los pasteles de Sorenson). «En el sur de Florida el negocio inmobiliario… es un coñazo. Necesito eso que Debra Wilson…, ¿has oído hablar de ella?».

«No. ¿Has oído hablar tú de las Páginas Matinales? Dicen que son estupendas».

«Marianne Robson, la de la inmobiliaria Coldwell Banker, dice que son fundamentales. Tengo que probarlas en cuanto consiga sacar un poco de tiempo para mí».

«¿Y qué pasa con Debra Wilson?».

«Necesito eso que ella llama "un proyecto personal absorbente"», dice mamá arrugando dulcemente el rostro y dando paso a una sonrisa. «Por supuesto, mis preciosas chiquillas son mi proyecto más maravilloso», añade mientras yo pienso para mis adentros: *ahórrame esto, joder*, «pero ahora ya son adultas». Mamá frunce el ceño y pone cara apenada. «Imagino que no habrás tenido noticias de Jocelyn últimamente».

«Lo último que he sabido de ella es que sigue en Darfur con la misma ONG», le cuento mientras repaso de arriba abajo, quizá de manera demasiado descarada, a un surfista musculado que pasa caminando lenta y relajadamente por delante de nosotras.

«Continúa haciendo buenas obras», canturrea mamá melancólicamente. «Te lo juro, esa chica nos deja a todos en evidencia».

Me entran ganas de decirle que si ella hubiera dejado un poco en paz a Jocelyn cuando estaba creciendo e intentaba hacer sus cosas, seguramente ahora no andaría en los lugares más cutres del planeta jugando a ser la Madre Teresa. Pero mamá ha regresado ya a su propio drama. «Así que le dije a Lieb que necesito de verdad un cambio en mi vida».

«Tienes el negocio inmobiliario», le digo, incapaz de resistirme. Cuando el mercado inmobiliario está animado, mamá nunca quiere hablar de otra cosa. Ahora que está muerto, es prácticamente *lo único* de lo que me apetece conversar con ella. Si la razón por la que te trajeron al mundo no era transformar sutilmente la

vida de tu madre en un infierno, entonces, ¿qué puto sentido tiene la existencia humana?».

«Quiero decir al margen del trabajo», dice mientras la camarera que va camino de Stepford[16] nos trae nuestras ensaladas de tofu. Son lamentables; la lechuga está tan mustia como la polla de Miles, y el tofu ahumado sabe a calcetines de gimnasio sudados. Mamá hace una mueca nada más probar el primer bocado. A continuación me mira de forma penetrante. «¿Qué tal está tu padre? Me avergüenza reconocerlo, pero pongo su nombre en el buscador de Google con frecuencia».

«Bueno, es natural que sientas curiosidad. Pero si pones su nombre en el buscador de manera regular, ya sabes más que yo».

«¡Venga ya! Si tú siempre fuiste su favorita, la deportista».

«Mamá, su favorita siempre fue él».

«¡Cuánta razón tienes! Sigo sin poder creerlo», dice sacudiendo la cabeza sin que la pelambrera laqueada se le mueva ni un centímetro. «Es como si el último gran acto de rencor de tu padre contra mí hubiera sido triunfar con esos libros».

«¡Venga ya! ¡Él siempre habló de ser escritor!».

«Todo el mundo *habla* de ser escritor, bonita. Si hubieran llegado a imprimirse todas las novelas concebidas en una banqueta de bar no quedaría en el planeta un solo árbol en pie. Qué va, en cuanto me dejó…».

«Por lo que yo recuerdo, fuiste *tú* quien le dejó a él. Por Lieb».

Mamá exhala y pone los ojos en blanco. Me lo explica en tono fatigado, como si siguiera siendo una cría. «Yo le dejé *físicamente*, sí, pero solo porque él no tuvo los huevos de ser el primero en marcharse. Pero la separación la orquestó él. Luego, después de mantener al muy vago durante años, mientras duró toda aquella mierda de la investigación del Departamento de Policía de Boston, coge, levanta su gordo culo irlandés de la silla y se pone a *escribir*».

«Para escribir hay que *sentar* el culo».

«Exacto, por eso es la actividad perfecta para él», dice ella antes de poner mala cara al pasársele por la cabeza una reflexión desagradable. «Supongo que llevará a remolque a alguna jovencita, a una Barbie idiota…».

«A varias, me jugaría algo», admito mientras me llevo un tenedor lleno de tofu a la boca esperando que sepa mejor que el último y quedando decepcionada en el acto.

Mamá me mira boquiabierta, y la mandíbula le llega hasta el suelo.

«En fin, es la condición humana. ¿Cómo crees tú que se envejece? Si te conduces con control y dignidad, entonces la vida se vuelve un aburrimiento colosal. Si te das gusto, es triste y lamentable. Elige, rojo o negro, porque nadie se marcha de este casino con todas las fichas, nena».

«Dios mío, Lucy, ¿te estás oyendo? Es *como si* estuviera hablando él».

«Bueno, era una cita de Matt Flynn».

Mi madre repasa mentalmente su base de datos de clientes y acto seguido pone cara de póquer.

«Su protagonista, el detective de Boston».

Entonces chasquea la lengua y se lleva a la boca otro tenedor lleno de hojas

de espinaca mustias. Pobre mamá, siempre pensando en la pasta, y en cuanto manda a paseo al mismísimo tío que ella creyó que nunca sería capaz de dar la talla, a él le empieza a ir bien. Debe de ser doblemente difícil, ahora que a ella le va todo de pena. Y solo vive para el curro de mierda este de la inmobiliaria. Según ella, dentro de ciertos parámetros hará *lo que sea* —y tengo que tomarle la palabra— con tal de cerrar un trato. Mamá es capaz de levantarse de la cama en plena noche para ir a recogerle la compra a un cliente. Le ofrecerá cualquier clase de servicios. Así es, y no me atrevo ni a especular acerca de dónde traza la raya. Su pareja estable, Lieb, parece andar poco menos que a la deriva, rumbo a la perdición por los antros de SoBe, lo que recuerda muy de cerca a cuando mi padre empinaba el codo en el laberinto de los garitos de Southie.

Mamá ha optado por una salsa de jengibre encima de su tofu, y coge con el tenedor la mezcla ridículamente gelatinosa antes de hacer una mueca y dejarlo caer de nuevo en el plato. «¡Ajj, una salsa de jengibre que es toda harina! ¡Qué asco! ¡Siempre es un error venir a comer a Ocean Drive!».

Luchamos con nuestras respectivas bazofias en estoico silencio. Echo un ojo a Lifemap TM para intentar calcular las calorías vacías que contiene este aliño. Estoy a punto de decir algo, pero mamá levanta la mano para hacerme callar mientras señala el móvil, que se está llevando al oído. «Perdona, bichito, tengo que responder a esta llamada… ¡Lonnie! ¡Sí, aquí todo bien! Ajá… Sí, alguna gente está notando el bajón, pero nosotros hemos tenido un montón de suerte. El mercado súper Premium sigue, en fin, si dijera que boyante estaría dejándome enredar por las mentiras del accionariado del mercado inmobiliario, pero desde luego resiste muy bien. Y el inmueble que has elegido tú es excelente… Ajá… ¿He mencionado que posiblemente tengas como vecino a Dwayne Wade[17]? Me ha dicho un pajarito que ha ido a ver un sitio que está enfrente, ya sabes, ¿la casa colonial española? Eso sí, ni punto de comparación con la que has elegido tú, seguro que en eso estarás de acuerdo…».

Me fijo en sus gesticulaciones; es una vendedora nata. ¿Hasta qué punto la conozco? La separación de mamá y papá fue tan compleja de desentrañar como la propia relación. Siempre pensé que mamá, muy dada a flirtear en compañía masculina, había sido la infiel originaria. Durante la adolescencia no me sorprendió demasiado que se fugase con Lieb, que era representante de Datafax TM. Uno de los últimos empleos buenos de Lieb consistió en vender el sistema de gestión de tiempo de los ejecutivos a los directivos superiores e intermedios de la compañía de seguros de Boston donde mamá trabajaba en aquel entonces, y luego formarlos para utilizarlo.

Pero Lieb tenía facultades de vendedor; no solo se vendió a sí mismo a mi madre, sino que también vendió la explosión inmobiliaria de Florida. «El sector inmobiliario va a ser el próximo pelotazo. Me perdí el boom de las punto.com porque dudé», solía declarar. «Nunca más. Este tren pienso cogerlo en marcha».

Mamá también.

Cuando se juntaron, Lieb le confesó a mi madre que Datafax TM era un gran sistema, pero que los programas de software electrónicos de PC y Mac no tardarían en reemplazarlo. Muy pronto la gente se acostumbraría a llevar sus

diarios en sus ordenadores, portátiles y teléfonos. El cordón psicológico que les unía a un sistema de papel se iría deshilachando y Datafax se convertiría en un producto nicho que conservarían algunos viejos clientes valorados, pero habría dejado de ser el accesorio empresarial yuppie fundamental que era en aquel momento. Así que el sector inmobiliario iba a ser su mina de oro, y la de mi madre.

Tras la separación, Jocelyn y yo nos quedamos en Weymouth con papá. El motivo que dio mamá para que nosotras no nos fuéramos a vivir con ella a Miami era evitar que nuestro rendimiento escolar se viera perjudicado. Y no es que yo rindiera mucho; lo único que quería hacer era entrenar y pelear. Tenía quince años y odiaba el mundo. El verano anterior me había peleado con papá y mamá, sobre todo con el primero, tras un incidente devastador en el parque Abbie Adams Green que mi familia malinterpretó y que nos acabó distanciando. Me quedé sorprendidísima cuando mi padre apoyó mi decisión de abandonar el atletismo y empezar a practicar artes marciales. Mamá estaba horrorizada. «Pero ¿por qué, bichito?».

Aparte de mirarme con su habitual expresión de desdén intelectual, Jocelyn no dijo nada (como de costumbre).

«Quiero repartir estopa», dije, y en los ojos de mi padre percibí un fulgor de orgullo mudo.

Y así lo hice. Me apunté a clases de taekwondo en un gimnasio local, y de allí pasé a practicar Muay Thai. Para mí fue una gran liberación; pude dar salida a toda mi energía y agresividad reprimidas. Desde el primer momento se hizo evidente que muy pocas chicas iban a darme problemas. Miraba a una adversaria a los ojos y la veía desmoronarse. Me encantaba la falta de limitaciones de aquella disciplina: golpeaba a mis rivales con todo lo permitido —codazos, rodillazos, patadas, puñetazos— y en el clinch forcejeaba y clavaba los huesos como una arpía. Me convertí en la chica de oro de la Asociación de Boxeo Thai local; entrenaba con una aplicación demencial y combatía con ferocidad.

Me fue bien en las competiciones juveniles, primero a nivel estatal y luego a nivel nacional. Tuve éxito en mi categoría de peso en tres campeonatos nacionales. Mi mejor título fue el primero, cuando derroqué a la campeona reinante, una hija de puta asiática con mejor cuerpo a cuerpo que un cura pederasta, pero que no pudo con mi velocidad y mis rodillazos en el coño. Como tantas otras con las que luché, la vi llorar, pero fijé la vista más allá en todo momento, buscando otro objetivo que poner en el punto de mira.

Obtuve más cinturones. Estudié diferentes disciplinas de combate, sobre todo karate y jiu-jitsu. Me liberé de toda mi rabia peleando, mientras que Jocelyn enterraba la cabeza entre los libros. Cuando la apretaban, se refería a la separación con expresiones como «da por culo», pero lo decía sin convicción. Su repliegue personal consistió en la lectura, y mentalmente abandonó el hogar antes que nadie, suponiendo que alguna vez hubiera estado presente.

Entretanto, papá me llevaba en coche a todas las competiciones. Recorría montones de kilómetros conmigo, pagaba los hoteles y volvía de madrugada, yéndose sin rechistar a su curro —por aquel entonces estaba trabajando de profe de educación física en un instituto—, mientras yo me iba o al colegio o la cama.

Intimamos mucho, aunque el incidente del parque, del que nunca hablábamos, siempre planeó sobre nosotros. No obstante, a menudo pienso que se dejó absorber tanto por los primeros pasos de mi trayectoria como peleadora para no tener que lidiar con el desmoronamiento de su matrimonio. En las contadas ocasiones en las que sí me habló de la marcha de mamá, se le veía dolido y apabullado, igual que un crío pequeño.

Yo siempre había pensado que papá era el ladrador y mamá la mordedora. Dos años después me enteré de que no era ese el caso. A instancias de papá, me enviaron a cumplir custodia preventiva a Miami, haciendo mierdas en una universidad comunitaria para poder ingresar en el programa de ciencia deportiva de la universidad. Jocelyn se fue a Nueva York a vivir con la hermana de papá, la tía Emer, y realizó su propio curso preparatorio para obtener el ingreso en Princeton. Yo me trasladé al sur y me fui a vivir con mamá y con Lieb. Al principio fue duro. Echaba de menos a papá. Todavía estaba aprendiendo a conducir a la vez que intentaba encontrar un buen gimnasio de artes marciales local. A través de la indiferencia que mamá sentía por ellas, aprendí lo que significaba el apoyo de papá a mis actividades marciales. Una tarde mamá y yo estábamos sentadas en el jardín de su antigua vivienda de alquiler, que daba desde SoBe a Biscayne Bay y más allá a Miami propiamente dicho. Solo bebíamos limonada casera cuando de repente me vi en su punto de mira y me soltó: «Él quería que estuvieras aquí, pero eso ya lo sabías, ¿no? ¿Sabes que se acuesta con putas?».

Aparté la vista y miré fijamente hacia la bahía. Contemplé la luz del sol que titilaba sobre las resplandecientes aguas negroazuladas. Ella no pareció reparar en mi incomodidad y siguió faltándole al respeto a mi padre. Yo no escuchaba; ya no podía soportar la amargura que sentía contra él. Ella no sabía lo importante que era para mí tener cierta imagen de él. De lo contrario, para mí todo iba a ser en balde. Al cabo de un rato se relajó y dijo: «No pienso decir nada más sobre este tema, Lucy, pero no sabes de la misa la mitad, y seguramente es mejor así».

Era imposible conseguir una beca para hacer artes marciales, así que volví al atletismo a mi pesar, a fin de obtener una beca deportiva general en la Universidad de Miami con el objetivo de convertirme en entrenadora. Algún tiempo después, durante el primer año de carrera, decidí volver a Boston para hacerle una visita sorpresa a papá. Hacía mucho que se había mudado de Weymouth a un piso en el centro que molaba mazo. Había comenzado a tener éxito como escritor, estaba disfrutando un poco de la vida y parecía encontrarse mucho menos estresado. De hecho, le habría venido bien estarlo un poco más, joder: nada más abrirme la puerta con ademán ostentoso, me miró y le vi manifiestamente incómodo. Enseguida comprendí por qué, pues inmediatamente apareció detrás de mí una joven yonqui temblorosa. Según papá, lo ayudaba a investigar para la novela que estaba preparando. Era mentira. Así que en ese instante pasé de creer que mamá nos había abandonado sin más a dar por hecho que él había tenido mucho que ver.

«Maravilloso, Lonnie, maravilloso… Vale, seguimos en contacto… Adiós…». Mamá cuelga en el momento en que pasa por la calle un maricón cachas y depilado a la cera en patines. Entonces suelta un comentario malicioso acerca de

que los patines son los «descapotables de los ayudantes de camarero». Decido invitar yo y pido la cuenta, acallando a mamá con un gesto de la mano cuando protesta. «Gracias, Lucy», dice avergonzada. Puede que mamá no piense más que en el dinero y sea una esnob, pero agarrada no es. «Oye, bichín, necesito que me hagas un favorcito».

«Lo que quieras», digo precipitadamente, arrepintiéndome ipso facto.

Pero ahora ya no hay forma de echarse atrás, y vamos a buscar su coche, que ha dejado en el parking de varias plantas. Cuando llegamos a Collins Avenue, mamá hace su jugada. Hemos dejado atrás a los turistas, los compradores, los restaurantes y los bares, y pasamos a la franja cutre que se encuentra entre Collins y Washington Avenue, donde Lincoln Road se vuelve todo tiendas de productos electrónicos y de equipaje de bajo alquiler. Los vagabundos y los enfermos mentales tratan de superarse unos a otros a la hora de recabar la atención de los visitantes de ojos desorbitados que se han desviado, cámaras en ristre, de las rutas establecidas. Se nos acerca un tío y nos dice: «Llevo dos días sin comer».

«Bien hecho. Sigue así, pero no te olvides de hacer también algo de cardio». Le paso mi tarjeta.

«Necesitaba dinero *para comida*», salta mi madre.

«Ah…, ya me parecía a mí que iba demasiado bien vestido para ser un mendigo…; a veces puedo ser de lo más miope», admito, escoltando a mi madre calle abajo mientras el vagabundo estudia la tarjeta y masculla algo ininteligible. Por suerte, atravesamos Washington Avenue y volvemos a estar inmediatamente en SoBe gama alta.

Cogemos el coche y bajamos por Alton; mamá está atravesando la divisoria de Biscayne Bay, que comunica Miami Beach con Miami propiamente dicho. ¿Qué otra cosa es la nueva puerta de entrada a América que una maldita ilusión? Es una ciudad fantasma llena de montones de pisos vacíos. Nadie quiere vivir aquí.

Mamá huele mi desprecio: «Por aquí la cosa se está animando mucho», insiste.

Pongo los ojos en blanco con gesto dubitativo. Las aceras están lo bastante desiertas como para hacer que la mayor parte de los barrios de renta media de Los Ángeles hagan pensar en Manhattan en hora punta.

Vamos conduciendo por Bayside, hasta llegar al edificio de cuarenta plantas que gestiona mamá y en el que Ben Lieberman ha adquirido una importante participación e invertido todos sus ahorros. Está prácticamente vacío y no ha habido ni una sola compra. En cada una de las cuarenta plantas de la estructura, que su pareja le quitó de encima a unos colombianos chungos (seguro que hay otra clase de colombianos en Miami, pero yo aún no los he conocido) cuando parecía una buena idea, hay cuatro pisos. Ahora mismo solo hay dos que estén arrendados —ambos con descuento—, en la séptima y la duodécima plantas: uno a una mujer que trae ahí a sus clientes de las oficinas cercanas para follar durante el descanso de la hora del almuerzo, y el otro se lo ha cedido a un periodista local de la sección de cultura y entretenimiento a condición de que en su columna aparezca algún que otro relato acerca de una animada movida emergente en el centro. Básicamente, están pagando un alquiler a cambio del mantenimiento y los servicios del edificio, si bien no parece que abunden precisamente.

«*Al tiempo*», dice mamá con desbordante optimismo, mientras alza su mirada demente hacia el último ático del todo de esta pila de conejeras amontonadas. «A ver, que Bayside está a dos manzanas de aquí, del otro lado de la calle, y el pabellón deportivo de American Airlines está prácticamente a un tiro de piedra».

«Sí, claro».

«Los de la teleoperadora Lime han abierto una sucursal junto al nuevo Starbucks de Flagler Street», chilla. «También está el nuevo estadio de béisbol de los Marlins, y está prevista la construcción de la nueva plaza del museo…».

«El sur de Florida siempre girará en torno a las playas, mamá. No necesita tener un centro animado. El ayuntamiento no está dispuesto a gastar un solo dólar en…».

«Tenemos los impuestos más bajos…».

«Y así lo hemos querido», admito, «pero el precio de esa opción es una ciudad fantasma al sol».

Los nudillos de mamá palidecen sobre el volante. «Vas a ayudarme, ¿no, bichito?», me ruega mientras dejamos el coche sobre una acera desierta, sin molestarnos siquiera en intentar aparcar en el parking subterráneo del edificio que hay al fondo. Abre la puerta acristalada del edificio con una sola llave. «Solo tienes que pasarte por aquí una vez por semana, comprobar que todo está bien, recoger el correo de los buzones de abajo y dejarlo en la oficina. Solo será durante un mes, cariño, bueno, en fin, seis semanas…».

«¿Lieb y tú os vais a ir de crucero durante seis semanas cuando ahora mismo prácticamente ni os dirigís la palabra?».

La voz de mamá se pone tan aguda que casi se le quiebra. «Es un gran riesgo, y tanto Lieb como yo somos conscientes de ello». Respira hondo y reduce su tono en varias octavas. «Supongo que realmente es nuestra última oportunidad; podría ser el fin de todo, o a lo mejor un nuevo amanecer». Los ojos se le empañan. «Sea lo que sea, nos lo debemos. Además…, tenemos que explorar posibilidades inmobiliarias en el Caribe», añade en tono desafiante.

«Ay, mamá…», digo mientras la abrazo y hago una mueca ante el olor a aliño rebosante de ajo que despide su aliento. El mío estará igual. Tengo que acordarme de comprar algo de Listerine en la farmacia CVS.

«Cariño, cariño, mi querido bichito». Me da una palmadita en la espalda mientras un boing anuncia la inminente presencia del ascensor y afortunadamente permite que dejemos de abrazarnos. Nos subimos y notamos el hormigueo de nuestras piernas cuando el ascensor acelera de un modo impresionante hasta llegar a la planta número cuarenta.

Todos los pisos tienen dos dormitorios y unas vistas estupendas de Miami, dividida en manzanas y calles, hasta llegar a la bahía. Pero el diseño de este piso piloto —que mamá llama «neoloft»— da completamente por culo. Me muerdo la lengua, pero una cocina integral separada, a la salida de un pasillo, es una cutrez. Un «loft» tendría que carecer de paredes interiores y desembocar en un cuarto de estar espacioso para aprovechar así la luz de los ventanales de suelo a techo situados a ambos lados. Lo único que tiene esto de «loft» es el falso ladrillo caravista de una de las paredes y la gruesa viga de acero sustentada por tres

pilares, uno en cada extremo y otro en el centro de la habitación, que recorre el techo. Lo único que mola es que se podría utilizar para colgar un saco de boxeo. Tiene un gran hogar de piedra, y el parqué es de maderas nobles. Mamá me explica que el estilo «loft» industrial fue ideado para gustar a los trasplantados del norte. Estoy segura de que en su momento parecería una gran idea, y que el arquitecto y el constructor se lo pasaron muy bien metiéndose toda esa coca juntos, pero aquí en el trópico lo que parece es un desastre incongruente. No habrá estampida alguna por comprar ni alquilar estos pisos.

Mamá se alborota y rasca con la manga una marca de la ventana en plan rey Canuto. Yo miro hacia Miami Beach y la civilización. Cuando me llegue el dinero del negocio televisivo, ahí es donde estará mi nueva choza, en una de esas manzanas geniales de South Pointe. ¡De putísima madre! Sucumbiendo al ardor de la emoción, llamo a Valerie mientras le hago un brusco gesto con la cabeza a modo de disculpa a mamá, pero no hacía falta, porque ella aprovecha la excusa para echar mano de su propio iPhone.

Valerie me contesta después de que el teléfono haya sonado tres veces. «Lucy, me alegro de que me hayas llamado», dice, pero algo en su tono me corta el rollo. Me preparo para lo que pueda venir a continuación. «En pocas palabras, Thelma y Waleena, de VH1, nos han dejado tiradas. Quist la ha liado parda y ha puesto nervioso al canal. Están intentando buscar a otra persona para *Shape Up or Ship Out*. Ojalá hubiéramos firmado esos putos contratos, pero nunca se me pasó por la cabeza que pudiera pasar esto…; estoy haciendo todo lo que puedo para que reconsideren su postura… ¿Lucy? ¿Estás ahí?».

«Sí», le digo. ¡Cabronas cara bótox! Esas tienen los labios vaginales más tiesos que las puertas de goma de un puto matadero. Me fuerzo a tragarme la furia. «Mira a ver qué puedes hacer, y mantente en contacto».

«No lo dudes. Recuerda, ¡no son la única cadena de la ciudad!».

«Gracias», digo antes de colgar.

Con su olfato de agente inmobiliario, mamá es capaz de oler un típico desastre de Florida a un kilómetro de distancia. «¿Va todo bien, bichito?».

No. Al contrario, todo se está yendo a la puta mierda, pero no pienso contárselo. «Sabes», canturreo mientras echo una mirada a mi alrededor, «¡estaba pensando que este sería un sitio estupendo para entrenar!».

«Hay un gimnasio aquí mismo, en esta planta», dice mamá señalando al otro lado de la pared. «Hay algo de equipo de cardio. No creo que a nadie le importe que lo utilices».

«Bueno, tampoco hay nadie a quien le pueda importar», le digo, y veo que se le vuelve a caer el alma a los pies mientras vamos al piso de al lado a echar un vistazo. Es un espacio diáfano (como debería ser el piso), que contiene dos cintas de correr criminalmente ociosas. Las dos siguen parcialmente envueltas en polietileno, y los paquetes en los que las trajeron están tirados por el suelo. También hay un conjunto de mancuernas en un estante. Las posibilidades de este sitio hacen que la cabeza empiece a zumbarme.

«Hay planes para adquirir un equipo de gimnasio completo más adelante», me informa mamá.

«En cuanto hayas alquilado unos cuantos pisos y obtenido algo de ingresos, me imagino».

«Sí». Mamá hace una mueca de dolor, como si acabase de pegarle un puñetazo en los riñones. Me entrega las llaves, y luego me deja de nuevo en Miami Beach.

En el interior de mi minúsculo apartamento, hago estiramientos y mancuernas durante una hora antes de desplomarme en el pequeño sofá biplaza que prácticamente ocupa todo este espacio de mierda. El gilipollas de abajo está poniendo un tecno que da por culo, así que no me queda otro remedio que encender el televisor y ahogarlo con el publirreportaje de un gimnasio casero de moda, igual que el que se supone que van a enviarme a mí, y que en cualquier caso está diseñado para acumular polvo en el trastero de algún culogordo.

Pienso en ese estupendo espacio que tiene mamá. Alguna gente lo tiene todo y no sabe apreciar nada. Tengo la sensación de que el piso y el coche nuevos se me escapan de las manos. Me asomo a la calle. No hay paparazzis, salvo el baboso al que le destrocé la cámara. Convertir aquello en una cuestión personal fue un error; ahora ese cabronazo mugriento no cejará jamás. Siento que un furor ininterrumpido me consume por dentro. Llamo a Thelma al canal de televisión y me sale el contestador. «Sé por qué me estás evitando. Bueno, pues ya he lidiado con impostores gilipollas otras veces. Impostores gilipollas y acojonados. Jamás me han impedido llegar a donde quería y tampoco van a hacerlo esta vez. ¡Demuestra que tienes algo de ovarios, cojones!».

Joder…, ¡no debería haber hecho eso! Estoy como perdida y apagando el móvil cuando, acto seguido, me entra una llamada de Sorenson. Me cuenta que ha empezado a trabajar de nuevo y que le encantaría que me acercara a echar un vistazo a lo que está haciendo. «Desde que empecé con el programa este tengo un montón de energía, Lucy. Sé que nos conocimos en unas circunstancias terribles, pero ¿sabes?, ¡a veces pienso que fue el destino el que nos llevó a encontrarnos!».

«Vale, voy para allá», me oigo decir. Dios mío, cuando la mejor oferta que tienes procede de una enana repulsiva, sabes que tu vida social va cuesta abajo.

«Estupendo», canturrea ella. «¡Hasta luego!».

Esta *tocina* no tiene ni idea de que no estoy de humor para que me toquen las narices. Voy a hacer inventario del contenido de su nevera y despensa, y como no den la talla su trasero escandinavo se va a enterar de lo que significa la palabra «dolor».

Con el motor del Cadillac resollando durante todo el camino, al llegar a casa de Sorenson no estoy de humor para chorradas. Rehúso su oferta de un café y le digo que prepare algo de té verde con una caja de bolsitas que he comprado por el camino. Obedece a regañadientes y me pregunta qué tal me ha ido el día. Le cuento la mierda televisiva. «Esos gilipollas de los medios. ¡Solo le echan huevos y entusiasmo cuando se trata de darle cuerda a un fascista pichafloja del cinturón bíblico!».

«Yo los odio a todos», dice Lena antes de salir pitando de pronto hacia el otro extremo de la habitación y recoger un gran trozo de tela negra de la mesa del

comedor, que empieza a colgar sobre la barra de cortina en un intento de convertir Florida en Illinois o Minnesota. «No quiero que empiecen a disparar sus teleobjetivos hacia aquí…; sé que no paro de repetirlo, pero no sabes lo mucho que lamento lo del videoclip. Los artistas somos así, tenemos que dejar constancia, tenemos que exponer…, pero me siento tan ruin…».

«Tranqui», la corto bruscamente, exasperada por sus constantes disculpas mierderas. «Oye, de verdad que me gustaría ver en qué estás trabajando».

Sorenson arruga el rostro con expresión dolorida y suelta la cortina. «No me siento cómoda enseñándole a la gente…, es decir, yo…».

«¿Por qué cojones me has llamado y me has dicho que viniera a verlo si no querías que lo hiciera? ¿A qué juegas?».

«Sí quiero que lo veas», dice ruborizándose, «es que…».

«¿Es que qué?».

«¡Me pongo nerviosa!».

«No soy un jodido crítico de arte, Lena», le digo mientras me levanto de la silla y dejo la taza de té sobre el parqué. «Las únicas críticas que te haré yo serán las que se centran en tu estilo de vida. No tengo ni los títulos necesarios ni me siento inclinada a criticar tu *obra*. Así que o me enseñas lo que fuera que ibas a enseñarme o dejas de hacerme perder el puto tiempo. ¿Qué eliges?».

«De acuerdo…», gime, y sale conmigo a regañadientes al jardín. «Pero tienes que prometer que no tocarás nada», dice mientras abre las puertas del estudio.

«¿Y por qué iba a hacerlo, Lena? Son tus cosas».

«Lo siento…, supongo que tengo un problema con la confianza».

«Eso parece», asiento, lo que no la consuela. Al entrar activa el interruptor de las luces del techo, que al encenderse parpadean e iluminan todo el espacio. A continuación se acerca a la pared y abre una serie de persianas gruesas y oscuras. Entra luz solar a raudales y Sorenson apaga las luces.

Me esperaba un local de reclusión femenino con pretensiones artísticas, pero esto se parece más al taller de un tío. Lo primero que me asalta son los olores —vagamente sulfurosos y que se me meten en las narices— y acabo frotándome los ojos, que me lagrimean. En el espacio hay dos grandes bancos de carpintería con montones de herramientas eléctricas: sierras, taladros y algunos cacharros que nunca había visto. Hay montones de latas de pintura y botellas de productos químicos; es evidente que ese tufo tan acre (que a Sorenson no parece afectarle) procede de ahí. Se da cuenta de que estoy a disgusto y pone en marcha un potente extractor. Me fijo en un enorme aparato de acero con forma de caja. «¿Eso es un horno?».

«No», dice señalando un aparato más pequeño que hay en un rincón. «El horno es eso de allá. Esto de aquí es mi incinerador».

«De acuerdo», asiento impresionada, y ahora me fijo en unos moldes el copón de enormes, como si estuvieran hechos para huesos de animales prehistóricos. Me parece que en el caso de Sorenson las apariencias engañan, que la niña mimada esta tiene una cara oculta. Me fijo en unas esculturas grandes, con huesos colocados en una resina parecida a la fibra de vidrio. Encima de unos estantes reforzados para soportar grandes pesos hay tarros de cristal y contenedores de

plástico llenos de huesos de animales. Es como una escena del Holocausto; cabría imaginarse así el laboratorio del doctor Mengele. Todos esos hombrecillos monstruosos, construidos a partir de esos huesos pelados de rata y de pájaros… ¡Esta guarra es una psicópata del carajo! ¿Es esta la misma persona que mira bichitos en Cute Overload?

«Aquí es donde… más o menos trabajo…», dice como disculpándose.

Y también hay algunos cuadros estándar de Miami, todos de colores brillantes que reflejan la luz, pero nada que no verías en cualquier galería. Lo que de verdad me llama la atención es una estructura elevada que parece una figura tapada con una sábana.

«¿Qué hay ahí debajo?».

«Ah, no es más que una obra en curso. No me gusta mostrarlas cuando todavía están en esa fase».

«Está bien», le digo, examinando de nuevo las esculturas hechas con huesos más pequeños que hay en los bancos y los estantes.

Sorenson tuerce el morro y me dice: «Arranco la carne de los huesos de animales y pájaros, y luego los limpio».

Debo de estar mirándola con cara de horror, dado que se siente obligada a explicarse. «No los mato ni les hago daño, todos son animales que han muerto de forma natural».

«Vale», digo poniéndome en cuclillas y fijándome en un grupo de figuritas de hombres-lagarto.

«Todo el pelaje y las facciones, la piel, los tejidos y los órganos, van a parar al incinerador», dice tamborileando con los dedos sobre el gran horno de hierro. «Los huesos los guardo. Vuelvo a montar los de distintas especies con nuevas estructuras esqueléticas, y las modifico, dotando a las criaturas, por ejemplo, de patas más largas. A veces reestructuro huesos falsos anatómicamente correctos con mis moldes. Pero siempre que sea posible, prefiero con mucho emplear los huesos de otro animal».

«Guau. ¿De dónde sacas los animales? A ver, supongo que no irás a una tienda de mascotas y les pedirás media docena de ratas muertas». Empiezo a pensar en Chico, el pobre perro de Miles, y en cómo sus huesos apenas son más grandes que muchos de los que Lena guarda aquí.

«No, por supuesto», dice riéndose antes de encogerse de hombros y decir: «Bueno…, sí, en cierto modo. Después de que hayan muerto, claro. Yo me acerco y recojo los cadáveres. Parrot World es un buen sitio para mí. También me paso por los zoos. Evidentemente, pago por los cadáveres».

«Pero ¿por qué huesos de animales?».

«Le da autenticidad a la composición. Quisiera pensar que una pequeña parte del espíritu de esos pobres bichitos pasa a formar parte de mis figuras», dice mientras señala a los hombrecillos y mujercillas mutantes que hay en los estantes. «Creo», dice melancólicamente, «que tú también eres una especie de escultora. Supongo que tu obra en curso soy yo».

Por alguna razón, ese comentario se me antoja repulsivo. «Simplemente me alegro de que estés haciendo progresos con algo», le espeto, súbitamente dolida

de nuevo por la flojera de esa gentuza de la tele.

«Yo tengo fe en ti, Lucy», responde Sorenson como leyéndome el pensamiento, y me conmuevo más de lo que debiera. «Ese hombre estaba loco. Habría seguido disparando y punto».

«Así es, Lena», asiento, avergonzada por el poder que acabo de cederle, lo que me empuja a mirarla a los ojos. «¿Has dicho que tenías fe en mí?».

«Sí», dice desconcertada, «por supuesto que sí. Creí que había dicho…».

«*¿De verdad* tienes fe en mí?».

«Sí», repite ella, ahora toda emocionada y apartándose el flequillo de los ojos. «¡Sí que la tengo!».

Me asomo directamente a su alma de fracasada. ¿Qué veo? Una desgraciada pusilánime y acojonada. «En ese caso, ¿te importaría dejar de hacer el gilipollas y ayudarme a conseguir que mejores?».

Sorenson se queda tan de piedra que se le corta el resuello a la vez que su mano sale disparada por reflejo hacia su pecho. «¿Qué quieres decir? *Estoy* mejorando», gimotea. «Creo… creo que…».

«No. Eres una mentirosa».

«¿Qué?».

«¡Sígueme!». Salgo en tromba del taller, cruzo el jardín y vuelvo a entrar en la casa.

Sorenson viene por detrás pisándome los talones. «Espera, Lucy, ¿adónde vas?».

Haciéndole caso omiso, me voy derechita a la cocina y abro la despensa. Lo sabía: ha vuelto a hacer acopio de mierda. Saco una caja de cereales mierdosos y la abro. «Azúcar. Ni más, ni menos». La vacío en la basura. Sacudo lentamente la cabeza y señalo hacia el cuarto de baño. «La báscula, Lena. ¡La báscula del cuarto de baño puede ser tu mejor amiga o tu peor enemiga!».

Vuelvo al pasillo. Sobre una estantería veo unas fotos de familia. Parientes, amigos, gente con pinta universitaria, pero ni novios ni amantes. Sin embargo, casi se puede ver el espacio que ocupaban hace no mucho. Hay algunas fotos de Sorenson en las que se la ve esbelta y hecha un pibón de tapadillo si se deshiciera de ese flequillo negro y esa expresión de tensión y preocupación. Se apodera de mí un repentino impulso, una inspiración que casi me escandaliza por lo violenta e intensa que resulta. «Quiero que te desnudes hasta quedarte en ropa interior».

«¿Qué?». Me mira, primero con una sonrisa nerviosa que da paso al horror al darse cuenta de que no bromeo. «¡No! ¿Para qué quieres que haga eso?».

«Ese rollo tan bueno de ahí dentro», digo señalando hacia el taller, «y la puta farsa de aquí dentro», digo indicando la cocina con la cabeza. «¿Cómo los relaciono, Lena? Porque la persona que produce ese rollo jodidamente enfermo en el taller y la que vegeta aquí dentro no son la misma. ¡La del taller tiene un par! He visto las cosas que expones en las galerías, y ahora quiero ver lo que expones todos los días ante el mundo. Y quiero que *tú* también lo veas. ¡Quítate toda la ropa!».

«¡No! ¡No quiero!».

«Dijiste que tenías fe en mí. ¡Me grabaste y exhibiste la grabación ante el mundo entero pero ni siquiera estás dispuesta a hacer esto! ¡Me has mentido, igual que has estado mintiendo sobre todo lo demás!».

«Yo… yo no… no puedo…», jadea. ¡Joder! ¡A esta chalada hija de puta le están dando convulsiones y tiene problemas para respirar!

Empiezo a inquietarme. «No pasa nada», digo para confortarla.

«¡SÍ PASA! ¡SÍ QUE PASA!», grita Sorenson, dolida.

Bajo la voz y le acaricio el brazo. «No. Y por eso tienes que hacerlo. No deberías reaccionar de esta manera».

«Lo sé», y se vuelve hacia mí con el gesto de asentimiento más lamentable y apaleado que nunca he visto, con el gesto contraído de dolor. «Es que Jerry me llevó a…».

Me quedo de piedra: ¿qué cojones…? «Vale, lo siento. Olvídalo».

Entonces aparta la vista a medias, pero empieza a quitarse el top. Un sujetador incrustado en unas carnes temblorosas, blanquecinas y con piel de gallina. Un tripón de balón y unos michelines que sobresalen asquerosamente sobre sus pantalones de chándal.

«Tienes que desnudarte *completamente*, Lena», digo casi susurrando.

Hace un mohín durante un instante, y luego se encoge, ahora como una prostituta desafiante frente a las atenciones de un cliente pervertido y psicópata. Estoy a punto de vomitar. Tengo la sensación de que algo va a subir pero lo fuerzo a bajar de nuevo. Me lloran los ojos mientras Sorenson se baja los pantalones de chándal hasta los tobillos y saca los pies. Dios, qué asco me da. Apenas puedo mirarla; el cuerpo se me tensa al coger su carnosa muñeca y conducirla hasta el cuarto de baño para colocarla encima de la báscula.

«Cómo odio subirme a esa puta báscula», dice, y la ira imprime estructura y carácter a su rostro.

Yo me fijo en esos ojos centelleantes y llenos de odio, y pienso en el parque de Abbie Adams Green, en el olor a césped recién cortado en las narices. No tiene nada que ver con eso. Contengo el aliento. Supera esa mierda. ¡*Toma el control*! «¿Qué pone ahí?».

«Noven…», solloza, «noventa…».

«¡Noventa y dos kilos!». La arrastro, traumatizada y llorosa, hasta el espejo de cuerpo entero. Cojo una fotografía vieja enmarcada del estante y se la pongo delante de la cara. «¿Quién es esta?».

«Yo».

«¿Quién es "yo"?».

«Lena… Lena Sorenson».

Señalo a la masa amorfa reflejada en el espejo. «¿Y quién, me cago en todos los demonios, es esa?».

«Yo-o-o-ooo… Leee-na…».

«¿Lena qué?».

«¡Lena Sorenson!».

«¡ÉSA *NO* ES LENA SORENSON!», digo señalando con el dedo al desastre amorfo del espejo.

«No…». Sorenson se lleva la mano al ojo. Está temblando.

Ahora me siento más fuerte. Hago acopio de energía recordando lo justo de mi misión. «¡Esa es un monstruo gordo, repulsivo y sudoroso que se ha tragado a Lena Sorenson! Lena Sorenson está ahí dentro», digo pinchando con el dedo su repugnante y pastosa tripa mientras miro fijamente esos ojos asustados reflejados en el espejo. Le susurro al oído. «Vamos a liberar a Lena Sorenson. Tú y yo».

«Liberar…», repite mecánicamente Sorenson en plan loro.

«¿Vas a ayudarme a liberar a Lena Sorenson?».

Asiente lastimeramente.

«¡NO OIGO NADA, MALDITA SEA!», grito mientras ella hace una mueca y da un respingo. «¿Cómo puede esa bocaza ser lo bastante grande como para que quepa en ella toda esa puñetera mierda sin que se salga nada? ¡¿QUIERES PONERTE EN PIE!? ¡¿VAS A DAR UN PASO AL FRENTE!? ¡¿VAS A AYUDARME A LIBERAR A LENA SORENSON!?».

«Sí…».

«¡NO TE OIGO! ¿A QUIÉN VAMOS A LIBERAR?».

«A Lena… Lena Sorenson…».

«¡GRÍTALO! ¡GRÍTAMELO A LA PUTA CARA! Venga, dime: ¿a quién, en nombre de todos los demonios, vamos a liberar?».

Se le arrugan los ojos, cierra los puños, y estalla en un hermoso bramido de ira justiciera. «¡A LENA SORENSON!».

«¿A QUIÉN?».

«¡A LENA SORENSON!».

Me vuelvo hacia el espejo y me fijo en su rostro colorado y los mocos que le caen de la nariz. «A Lena la han secuestrado. ¿Te das cuenta de cómo lo hicieron? ¿Te das cuenta de cómo dejaste que secuestraran a esa hermosa mujer?», le pregunto meneando la fotografía en su cara.

«Sí, sí, me doy cuenta». Se fija en su reflejo, ahora concentrado y en modo aversión. «¿Cómo pude ser tan estúpida? ¡Ay, Dios mío, qué he hecho!».

«Estás rabiosa», le digo, cogiéndola por uno de sus rollizos hombros. «Y es así como necesito que estés. Pero no quiero que dirijas esa ira hacia dentro, porque a eso se le llama depresión. Entonces es cuando empezamos a comer mierda, a atiborrarnos la boca, a gratificarnos: cuando sentimos que la vida no va como nosotras queremos». Me pongo detrás de ella y abrazo su masa temblorosa mientras le cuchicheo al oído: «A eso ya hemos jugado y es un juego de perdedores. Se acabó».

«No. Se acabó», dice sacudiendo la cabeza con furia mientras doy la vuelta y la miro a los ojos.

«Nos ponemos en pie. Damos un paso al frente».

«Sí».

«Pero ¿vas a ayudarme a ayudarte? ¿Vas a trabajar conmigo *de verdad* para liberar a Lena Sorenson?».

«¡Sí! Sí. Sí. ¡Sí, lo haré!».

Tengo a la pequeña Miss SoBe exactamente donde quería, convertida en una masa de gelatina temblorosa y llorosa pero desafiante, aquí entre mis brazos. Y noto cómo lo está soltando todo: el autoaborrecimiento, el autocastigo, la ira, la

negativa a mirar la realidad de frente, el victimismo y, muy pronto, la grasa. La encarnación de toda horrorosa mierda de mentalidad hecha polvo. «Estamos preparadas, hermana», le digo. «Estamos preparadas para empezar a contraatacar», y le ofrezco mi mano para que choquemos palmas, a lo que responde primero de forma vacilante y luego como está mandado. «¡Bienvenida al Comité Pro-Liberación de Lena Sorenson!».

10. CONTACTO 4

Para: michelleparish@lifeparishioners.com

De: lucypattybrennan@hardass.com

Asunto: No lo pillo

Hola, Michelle:

Una vez más, vuelvo a entrarte descaradamente para que me asesores en el terreno profesional. Tengo una clienta, una artista, que parece tenerlo todo, pero que ha estado comiendo como si quisiera matarse. Hace esculturas y figurillas a partir de huesos de animales, ¡y no obstante me envía imágenes de bichitos peludos de sitios web sentimentaloides! ¿Crees que esta zorra es una psicópata loca de atar?

Su familia vive en Minnesota. Es una parte del mundo que nunca me ha gustado, seguramente porque una vez tuve una mala experiencia con un tío de St. Paul. En cualquier caso, esta chica no tiene novio y tampoco parece tener amigos. A lo mejor lo que necesita es echar un polvo. Como todo el mundo, ¿no?

¿Algún consejo acerca de cómo meter en cintura (y poner en forma) a esta culogordo autocomplaciente en particular?

Con mis mejores deseos,

Luce x

P. D.: El proyecto de dominación mundial ha sido suspendido. Me he visto sometida a mucha presión por todo el rollo pedófilo este. Es una mierda alucinante, pero la compañía de televisión por cable se ha cagado patas abajo. Huelo a peña falsa, Michelle. Lo falso no me va.

P. D. Adicional: Lo de las Páginas Matinales…, no sé si estoy de acuerdo contigo en eso. Cada cual a lo suyo, pero no creo que sea *pour moi*.

Para: lucypattybrennan@hardass.com

De: valeriemercando@mercandoprinc.com

Asunto: ¡Cálmate, por favor!

Lucy:

Thelma me ha llamado diciéndome que le dejaste un mensaje muy insultante y un tanto amenazador en el contestador.

¡Por favor, no te pongas en contacto con ella ni con nadie más del canal cuando estés tan alterada! ¡Estás echando por tierra todo lo que intento hacer por ti!

Sé que resulta inquietante, pero no puedo decirte mucho más, salvo que es absolutamente fundamental que no hables con los medios. ¡Déjame la comunicación con la gente de la tele, que para eso me pagan!

Con mis mejores deseos,

Valerie

¡Otra falsa!

11. DEMONIO

El paraíso huele de una forma muy concreta: a alcantarilla. Llueve un poco, se atascan los desagües, y son muy pocos los antros irlandeses de Southie cuyo tigre apeste más que SoBe después de una tormenta tropical. A menos que quieras remar entre aguas estancadas, ni siquiera puedes cruzar Alton hasta Taste Bakery para gozar de un desayuno saludable. Me niego a hacerlo, en deportivas no. El sol está pegando fuerte y pronto evaporará este lago de mierda, pero aún quedan dos o tres horas para eso.

Entra un mensaje de texto de Grace Carrillo preguntándome si sigue en pie nuestra sesión de sparring para más tarde. Se me había olvidado la cita, pero es *justo* lo que necesito. Vuelvo a casa y me preparo un batido de proteína (450 calorías). Llama Miles. «Lucy…, ¿qué tal estás, nena?».

«Bien», digo con cautela.

«Llamo para disculparme por mi comportamiento del otro día».

«Disculpa aceptada. Yo también estuve un poco seca».

«Guay». Se aclara la garganta. «Oye, otra cosa…».

Aquí viene. «Vaaale…».

«… y no hay forma de decirlo sin parecer un gilipollas total».

Pienso inmediatamente: en tu caso, no hay forma de decir *lo que sea* sin parecer gilipollas, pero me muerdo esa lengua de víbora que tengo. Fue un error dejar esos insultos en el contestador de Thelma. A una zorra te enfrentas directamente. Ahora la muy puta tiene testigos. Tiene pruebas. Trago algo de aire.

«¿Lucy? ¿Sigues ahí?».

«Sí…, es que la conexión es muy mala», miento.

«Necesito que me dejes quinientos pavos. Es para el alquiler. Me han dicho que voy a estar de baja sin sueldo mientras dure la investigación de invalidez del seguro, y he alcanzado el máximo permitido en mi Visa y mi MasterCard».

«No te oigo, hay muchas interferencias…», le digo mientras rasco el móvil con la uña. «Qué recepción más mala…».

«He dicho que necesitaba que me dejaras…».

«Se te corta la voz, Miles…, estoy conduciendo…, te llamo luego…».

Apago el teléfono y lo dejo encima de la mesa mientras me acabo el batido. Luego me acerco a Bodysculpt para hacer una sesión con Sorenson. Después de la movida de anoche, la veo llegar con mirada asustadiza pero caminando con decisión. No me fío de esa báscula de perdedora de mierda que tiene en el cuarto de baño. Conozco por experiencia la tendencia de las focas a enredar con la báscula hasta que arroje las cifras que ansían.

Así que la pongo a hacer una rutina de kettlebells, y en medio la machaco con saltos de tijera, sentadillas, medias sentadillas, burpis y sentadillas presidiarias, además de un montón de ejercicios de abdominales: encogimientos directos, encogimientos verticales, bicicletas, giros rusos (con balón medicinal), hasta dejarla jadeando y con la cara colorada. Luego le pongo los guantes y hasta le enseño a lanzar un directo de izquierda, un directo de derecha, un crochet de izquierda, un crochet de derecha y un gancho. Le pega al saco como una

maricona hasta que le grito para que pise el acelerador de una puta vez. Entonces la pongo a hacer el resto de los ejercicios y jadea, gime y enrojece; cuando me fijo en las cejas enarcadas de Lester, decido bajarla de revoluciones y ponerla en la elíptica, haciéndola pedalear y mover esas palancas a toda velocidad. Al bajarse de la máquina, Sorenson no puede ni hablar, igual que Neil Armstrong después de pisar la superficie lunar; la veo consumirse como una hija de puta mientras la exhorto delicadamente: «¡Inspira por la nariz, espira por la boca!».

A pesar del dolor, está satisfecha consigo misma, y yo también, pero cuando arrastro su culo hasta una báscula de verdad, sigue pesando más de noventa kilos, ¡91,06 para ser exactos, joder! «Qué desilusión», dice antes de sonreír otra vez en modo lameculos EscandiMinnesota, «¡pero voy por el buen camino!».

¡*Yo soy la que dice cuándo te tienes que mover, zorra! ¡Yo soy la que dice cuándo tienes que respirar!* «Tú no vas a ninguna parte», le espeto. «¿De verdad crees que en la fase en que estamos, con lo que has estado haciendo, un kilo significa una mierda?». Bajo la voz, ya que veo a Mona prestando atención. Esa hija de puta merodeadora ha puesto a un palillo anoréxico de Condé Nast a hacer estiramientos de coño en una esterilla próxima sin otro propósito que parar la oreja. Pero es poco profesional ser malhablada con los clientes y a esa asquerosilla maquinadora no le habrá pasado desapercibido. Esa puta manipula y desautoriza. Como la Sorenson. ¿Adónde habrá ido a desayunar? ¿Al Jerry's Deli? ¿Se habrá llenado esos putos morritos de cerda con chuletas de ídem? Hay que cantarle las cuarenta. «No estoy nada impresionada, Lena. Las cifras no mienten. Esperaba una bajada mucho mayor».

«Y yo también…».

Esta hija de puta sigue hincando los codos para presentarse a los exámenes de megaculamen. «¿Estás siguiendo la hoja de dieta?».

Un mohín de culpabilidad; ¡la he pillado con las putas manos mantecosas en la masa! «Yo… lo intento, lo…».

«¡No lo *intentamos*, lo *hacemos*! Tienes que *hacerlo*», le digo mientras veo que las facciones ladinas y glaciales de Mona se intensifican en dos o tres amperios. ¡Que te den, morros de frisbee! Me vuelvo de nuevo hacia Sorenson. «Bueno, yo me tengo que marchar», digo mientras recojo mi bolsa. Por el camino hacia la salida noto cómo sus ojos de niña abandonada me siguen hasta la puerta. Hace un día de mucho sol, y al darme cuenta de que me he dejado dentro las Ray-Ban entorno la mirada, pero no pienso volver a entrar. Intento caminar por la sombra durante todo el trayecto por Washington Avenue, hasta llegar al club Miami Mixed Martial Arts, que está en 5th Street.

Cuando entras en MMMA, tienen el aire acondicionado a tope, pero eso no consigue eliminar esos satisfactorios aromas a gimnasio de verdad: sudor, linimento y adrenalina. Doy gracias a Dios de que exista este sitio, lleno de sacos pesados, barras de dominadas, equipo de cardio y pesas como está mandado, dos cuadriláteros de tamaño reglamentario y un octógono. Emilio (1,77, 65 kilos) sale de detrás del mostrador para recibirme con un gran abrazo. «¡Eh, tú!».

«¡Eh!».

Deja de abrazarme y pega un salto de canguro hacia atrás. «¡Tienes buen

aspecto, Lucy B!».

«Tú también, cariño», digo mientras le gratifico con una sonrisa de cubeta de blanqueamiento dental, que espero que imite la suya, más profesional y costosa. Emilio tuvo un buen historial pugilístico como profesional (24-2-8, y once victorias por KO). Hubo una época en que estuvo clasificado en el número 8 del ranking por la IBF y en el número 10 por la WBC. De sus ocho derrotas, tres se produjeron durante sus tres últimas peleas, dos de ellas por KO. La suerte estaba echada: había pasado de ser un púgil con buenas perspectivas a un adversario de categoría para aspirantes prometedores en alza y —cosa muy rara en el universo borreguil del boxeo masculino— tuvo la sensatez de reconocerlo. Le han partido la nariz un par de veces pero se la han recolocado bien, y su rostro apuesto y juvenil casi no tiene marcas. Siempre fue más estilista que fajador. Ahora lleva este sitio y se mantiene en el peso wélter con el que peleaba. «Me alegro de poder entrenar hoy *como es debido*», le digo mientras asiente afirmativamente. Para poder llegar a fin de mes, Emilio tiene su propio listado de culogordos en algún garito pijo.

Hago estiramientos durante veinte minutos. Cuanto más mayor te haces, más fundamental se vuelve esta aburrida rutina. Tardas más en recuperarte de un tirón, o peor, de un desgarro muscular, y estar ociosa no es una opción. *Tengo* que entrenar. De lo contrario me volvería loca del carajo. Sobre todo ahora. Me centra. Necesito entrenar más para conservar la serenidad. Mercando tiene razón: tengo que cerrar la puta boca y mantener bajo el perfil.

Hago veinte minutos más de tijeretas, sentadillas, burpis, y doy unos cuantos saltos en lugar de hacer comba, porque la comba te llena los brazos de ácido láctico, y eso no conviene si luego tienes intención de lanzar puñetazos. A continuación me vendo las manos y hago tres asaltos de sombra con mancuernas de kilo y medio antes de ponerme los guantes y hacer cuatro asaltos en el saco pesado, variando las combinaciones —directo de izquierda, directo de derecha, crochet de izquierda, directo de izquierda, doble directo, crochet de derecha, directo de derecha, ganchos—, estableciendo un ritmo precioso que me transporta a otra parte. Como siempre, mientras golpeo el maltrecho saco de cuero aparecen en él los tristes rostros de archienemigos:

¡PAF! La escoria fascista de Quist.

¡PAF! El insulso y melifluo Thorpe.

¡PAF! El puto cobarde de McCandless.

¡PAF! El cochino y repulsivo pederasta de Winter.

¡PAF! La falsa y maquinadora de Mona.

¡PAF! El maricón de morros de goma Toby.

¡PAF! La falsa cara bótox de Thelma.

¡PAF! La falsa cara bótox de Valerie.

¡PAF! ¡EL CABRÓN DEL PARQUE!… EL PUTO CLINT AU… ¡A LA MIERDA! ¡A LA MIERDA! ¡A LA MIERDA! ¡SUPERA YA ESA MIERDA!

¡PAF! La codiciosa y necesitada perdedora Sorenson.

¡PAF! La codiciosa y necesitada perdedora Sorenson.

¡PAF! Sorenson. ¡PAF! Sorenson. ¡PAF! PUTA SORENSON…

A medida que pasan volando los asaltos, empiezo a jadear y a empaparme de

sudor. Después me relajo y hago cuatro series de diez dominadas en la barra. Me dejo caer sobre la esterilla, noto el ardor —esa deliciosa trepidación interior— y me echo un largo trago de gélido H_2O. Acaba de entrar Grace Carrillo, del Departamento de Policía de Miami-Dade, que me saluda con una sonrisa de cocodrilo. Sus andares gatunos de modelo de pasarela están bien, pero va a morder el polvo. Tras hacer unos estiramientos elegantes y felinos, se venda las manos mientras yo vuelvo a ponerme los guantes, el protector bucal y el casco, y nos subimos al cuadrilátero con Emilio. Yo llevo un sostén deportivo Title con protectores de pecho reforzados perfecto para hacer sparring, aunque me fijo en que Grace va bien acorazada: el protector de pecho femenino completo. Tiene una pinta verdaderamente agresiva, y su piel morena contrasta con el casco negro, el protector de tetas, los guantes, la coquilla a prueba de faltas y el protector de abdomen, además de espinilleras hasta las rodillas. Pero es muy exagerado para hacer sparring: huelo a miedo.

Emilio pone en marcha la campana; Grace y yo tocamos guantes e iniciamos nuestro baile íntimo. Con los brazos tan larguiruchos que tiene, es una hija de puta complicada y difícil; hay que conseguir pasar un contundente directo de izquierda. Si dejas que esta hija de puta controle la distancia, te torturará y te frustrará todo el día. Me fijo en las perlas de sudor que aparecen en su rostro entre las líneas del casco mientras me pongo a pensar en su coño y en lo sudoroso que estaría pero también en lo dulce que sabría…

¡PAF!

¡Hija de puta! Veo las estrellas cuando un contundente derechazo atraviesa mi guardia y me devuelve al aquí y ahora. *Esta zorra sabe lo que hace*… Esto no puede ser, así que sacudo la cabeza y avanzo, decidida a llegar al cuerpo a cuerpo con esta cabrona. Tengo que comerme otro golpe, pero me sobrepongo porque estoy donde quería, y le arreo un salvaje crochet de izquierda al cuerpo en plan Micky Ward. *Punto óptimo*, me digo a mí misma con satisfacción mientras veo cómo se va doblando y pierde fuelle. «Perdona, guapa», le digo mientras hace una mueca y toma aire, todavía más doblada que una navaja.

«Tranquilas, chicas», nos advierte Emilio mientras Grace se endereza, vacilante, y volvemos a empezar.

Ahora la cosa es un espectáculo técnico, pues el directo de izquierda de Grace ha perdido el mordiente. Cuando Emilio anuncia el final de la sesión, nos damos un abrazo sudoroso, y me gusta la mezcla de su olor almizclado con el aroma de su perfume.

Nos vamos a las duchas, donde Grace se desnuda con toda naturalidad. Vaya cuerpo tiene la tía. «Me pillaste con una buena antes», dice sonriendo mientras se frota su torso firme y liso antes de meterse en uno de los cubículos. ¡Si no tuviera novio, juro por Dios que intentaría tirarme ese culo del Departamento de Policía de Miami-Dade hasta que cagara pepitas de oro! Estoy atracada en el cubículo siguiente acariciándome y pensando que bastaría con pasar al de al lado con mi toalla de felpa y enjabonar ese coño…

Mentalmente doy ese pequeño paso y siento los enormes labios de Grace sobre los míos; deslizo mis manos alrededor de su culo y estrujamos las

entrepiernas y luego me pongo en cuclillas para devorar esa dulce recompensa…, no hay zorras que sepan mejor que las que tienen una mezcla de sangre hispana y afroamericana corriéndoles por las venas… «Ohhh…».

«¿Estás bien, Lucy?», pregunta Grace asomando la cabeza de pronto por mi cabina.

«De repente se ha enfriado el agua», le digo mientras doy un paso atrás, aterrorizada.

«A veces pasa», sonríe ella mientras sale de la ducha con una gran toalla de playa amarilla envolviendo ese dulce bloque de chocolate con leche.

Estoy demasiado avergonzada como para decir nada, así que me seco y me visto.

A veces Grace y yo nos tomamos algo de beber o un sándwich, pero está otra vez de servicio, así que me toca dar un paseo en solitario hasta Lincoln Road. Ahora hace calor; según el Bank of America estamos a 26 °C, pero la sensación térmica tira más a 32, y voy recorriendo la calle, echando miradas a los escaparates, y para matar tiempo entro en Books & Books. Empiezo a hojear los libros de arte, cosa que no suelo hacer nunca, y me doy cuenta de por qué me comporto así cuando me fijo en el lomo:

LENA SORENSON: FUTURO HUMANO

Lo cojo y lo hojeo. Abundan las placas de hombrecillos monstruosos con huesos de aves y las verdes pieles de reptil translúcidas que vi a Sorenson intentando ensamblar en su taller. Mientras leo, voy echando miradas a mi alrededor, por miedo a que esa fracasada acosadora entre, me pille con las manos en la masa y saque la conclusión de que soy *como ella*. Así que voy con el libro hasta la caja y abono la cifra absurdamente prohibitiva de cuarenta y ocho dólares. Cuando la vendedora lo mete en una bolsa de papel marrón me siento al mismo tiempo aliviada y explotada, lo que me lleva a preguntarme cuánto cobrarán Sorenson o el equipo de fotógrafo y/o autor formado por Matthew Goldberg y Julius Carnoby.

Vuelvo por donde había venido y sigo recorriendo Washington Avenue. En 14th Street me detengo al ver a un hombre de pelo rubio grasiento blanqueado por el sol y piel morena bajo una capa de mugre, que viste el uniforme de los agresores sexuales de mediana edad de Miami: camisa hawaiana cochambrosa y pantalones cortos de color beige llenos de manchas. Casi no lo puedo creer: es Winter. Timothy Winter. ¡El puto pederasta, el miserable asaltacunas al que le salvé el culo como una estúpida! Le acompaña un tipo obeso y de calvicie incipiente con el rostro cubierto por una mugrienta capa de sudor y lleno de pústulas. De cintura para arriba, el tipo lleva un chaleco abrochado y nada más; su panza morena se hincha hasta llegar al elástico de unos calzoncillos con las palabras *David Beckham* bordadas en él. A pesar de que este puto vagabundo tiene que tener cuarenta y pico tacos, lleva los pantalones colgando en plan hiphop, por debajo de su horrible culo. Pero el que más asco me da es Winter, con esa sonrisa de merecérselo todo mientras intenta gorronearles cigarrillos a los fumadores que hay a la puerta de uno de los pubs de temática irlandesa. ¡Cuando nuestras miradas se

cruzan ni siquiera me reconoce! Uno de los porteros, que está sentado en una banqueta en la calle, los sigue con la vista a él y a Fatboy Gordinflón[18].

Yo sigo y observo a Winter, mientras este, azuzado por el tocino de su compinche, mendiga un poco de calderilla a un grupo de chicas de vacaciones que, como es lógico, ponen cara de asco. Me entran ganas de reventarle la jeta a mamporros a ese monstruo petulante. Pero esto es Washington Avenue, estamos a plena luz del día y el cabrón este ya me ha creado bastantes problemas. El instinto de huida se impone al de lucha: larguémonos de aquí, coño.

Vuelvo a casa, dejo el libro de arte encima de la mesita de centro y hojeo algunas de las planchas. ¿De qué irá todo el rollo este de la ciencia ficción y de los monstruos? Me juego algo a que Sorenson era la típica gótica gordinflona que no ligaba nunca y que andaba por ahí con los fracasados y los nerds hechos polvo, que es la clase de peña que asiste a convenciones de ciencia ficción y cómics. Todo encaja. Cada vez que paso una página y me detengo en las nauseabundas notas, es casi como si la viera mimando lamentablemente a esos bichos raros convulsivos semiautistas. Algo me lleva a echar un vistazo a mi móvil; lo sabía, un par de sosos mensajes de Sorenson. Voy a ir a buscar a esa hija de puta pero ya.

Me cambio y voy en coche hasta su casa. Aparco a la vuelta de la esquina, entro sigilosamente por el patio trasero y me agacho detrás de los grandes arbustos de hibisco, desde donde me asomo al cuarto de estar. Sorenson se está inflando la boca con una bolsa llena de galletas. Conozco la marca: cada una de ellas tiene unas doscientas cincuenta calorías y hay diez por paquete. Lleva consumido aproximadamente la mitad del veneno ese y va camino de automutilarse más devorándolas todas. Me da asco; es peor que cualquier triste yonqui o alcohólico; a decir verdad, no es mejor que esos pederastas llorones y depredadores incapaces de dejar quietas sus cochinas manos con los niños. Esos cabrones pusilánimes siempre lucen la misma expresión estúpida y desgraciada. Buscan ayuda. ¡Bueno, pues ya os ayudaré yo, hijos de perra! ¡Os ayudaré a todos y cada uno de vosotros, putos cabrones, ahogándoos como si fuerais gatitos! ¡Una carnicería guapa de cojones!

Miro a través de la ventana y siento odio por esa ballena varada malgastadora de tiempo —y de energía— sentada en el sofá contemplando boquiabierta y descerebradamente la televisión. Saco el móvil de los vaqueros y marco su número. «Lena. Soy Lucy. ¿Qué haces?».

«Hola, Lucy», dice Sorenson irguiendo su mole. «Estaba viendo la tele».

«¿Estás comiendo porquerías? ¡NO ME MIENTAS, LENA! ¡COMO ME MIENTAS, LO SABRÉ!».

Sorenson se mueve un poco y mira a su alrededor, como si yo estuviera en la habitación. Retrocedo y me interno un poco más en la oscuridad. Entonces se levanta del sofá de un salto. «No…, solo iba a ponerme a trabajar…», gimotea mientras se marcha a otra habitación, lo que me hace perder el contacto visual. Ahora la veo salir por la puerta del patio trasero y dirigirse hacia su estudio lanzando de nuevo miradas nerviosas a su alrededor mientras camina como un pato entre la oscuridad incipiente.

«Seguramente me pasaré por ahí dentro de unos veinte minutos o así».

«Ah… ah… ah…, vale…».

Da media vuelta y vuelve a la cocina corriendo. Yo avanzo sigilosamente y la veo echar las galletas directamente a la basura a través del gran ventanal. *Acabo de ahorrarle a esa puta gorda imbécil dos horas de cinta de correr*.

Salgo sigilosamente de puntillas por el jardín y bajo por la calle hasta el Caddy. Victoria. Hasta cierto punto. Vuelvo a casa y veo algunas reposiciones de *The Biggest Loser*. Me sumerjo inmediatamente en la fantasía de un trío con Jillian y Bob Harper[19]. Jillian me manda subirme a la cinta y me grita, pero me doy cuenta de que le molan las falsas lágrimas *femme* que derramo para llevarla al huerto. Tiro millas, a 24 kilómetros por hora; Jillian aumenta la velocidad y voy a parar a los brazos tatuados de Bob; sollozo contra su pecho desnudo, que huele a talco de hombre sudoroso. Noto la mano de Jillian entre mis cabellos, tirándome del cuero cabelludo y diciéndome «das por saco» mientras me empuja la cabeza hacia abajo, rumbo a la entrepierna de Bob. Levanto la vista y capto ese fulgor maníaco en su mirada mientras le saco la polla del pantalón de chándal. Se la chupo y me la meto hasta el fondo de la garganta mientras Jillian me suelta el pelo y se arrodilla a mi lado, apartándome la cara para acceder a su ración de polla de Bob. Se la cedo a esa boca ávida, pero solo para colocarme detrás de ella y aplicarle una estrangulación de jiu-jitsu, y mientras los ojos se le desorbitan ante las crueles embestidas de Bob, este empieza a parecerse un poco a Miles y me doy cuenta de que Jillian en realidad es Mona. *Mona y Miles no, Bob y Jillian, Bob y Jillian*… Tengo el teléfono en modo vibrador y me lo meto en la parte delantera de las bragas. Mientras pienso en Bob y Jillian suena, y sé que es Sorenson…, eso es, zorra desesperada, sigue llamando…

… ooohhhh…, grita más fuerte, Jillian…, dime que soy una puta perezosa…, pégame, Jillian… Bob, Jillian, hacedme daño…, dale besos para que se ponga bien, Bob, dale besos para que se ponga bien… ooohh…

¡¡OOOOHHH!!… ¡¡AAAAGGGHH!!

¡*Demonios!… Vaya una fiesta*…

Mientras me saco el teléfono chorreante de las bragas estoy húmeda de cojones y sin resuello tras la explosión. El aparato deja de vibrar entre mis manos. El identificador de llamada se ilumina: LENA S. Recobro el aliento mientras miro a Jillian poniendo a parir a una bola de sebo en pantalla mientras la cámara pasa a enfocar a Bob, que sacude la cabeza con expresión de padre decepcionado pero solícito, *exactamente* la mirada que a papá se le daba tan bien cuando no ganaba en atletismo o más tarde en artes marciales. Luego vuelvo a Sorenson. «Lena, ha surgido algo. No voy a poder acercarme».

«Ah… ah… ah…».

«¡Nos vemos *mañana*[20] en el gimnasio a primera hora!».

«Ah…, vale, creí que podríamos…».

«Hasta mañana». Apago el teléfono, e inmediatamente después llamo a mi padre y le cuento lo de esos caguetas hijos de puta de la tele.

«Hay que joderse, bichito. Supongo que la moraleja de la historia es: nunca te fíes de los medios de comunicación. No son más que una gran conspiración del dinero viejo WASP…».

«Fabulosa manera de desviar el tema de la conversación hacia ti, papá. ¿Cómo

has tardado tanto?».

«¿Qué dices? ¿Acaso no puedo darle un poco de apoyo moral a mi hija…?».

«He leído todos tus libros, papá. Esa es la trama de la segunda novela de Matt Flynn, *Estado de la naturaleza*. Esa en la que Matt se hace amigo de la presentadora de televisión de Nueva Inglaterra a la que chantajean sexualmente los jefes de la cadena…».

«¡Guau!… ¡Sí que lees mis libros!».

«Por supuesto que sí. Me intereso por ti. Tú eres mi padre y yo soy tu hija. Así que ¿qué tal un poco de reciprocidad?».

«Dame un poco de tiempo, bichín, tu viejo papi todavía sigue grogui por la reseña que el *Globe* hizo de *Panorama del Juicio Final*. Cito textualmente: "Por más que lo intente, Tom Brennan nunca será Dennis Lehane, lo cual no sería un problema si ser Tom Brennan fuera algo del otro jueves. Ahí está la madre del cordero: no lo es. Matt Flynn es la encarnación de todos los estereotipos de los desiderátums sentimentales y los clichés extraídos directamente de la lista de fantasías del varón americano irlandés de mediana edad cada vez que coloca su mole resollante sobre una barra de bar y baja el estofado de carne con un trago de Guinness…". ¡Y eso lo dice el periódico de mi puta ciudad natal! ¡El gilipollas que lo escribió, Steve French, jamás tendría la decencia de decirle a su cada vez más reducida banda de lectores que lleva siglos surtiendo su cagadero con notas de rechazo de los editores! Debería recordarle que uno de los dos bostonianos es un millonario que está en la lista de los más vendidos del *New York Times* y el otro un gilipollas aferrado a su miserable empleo de gacetillero…».

«¡Ya basta! Lamento lo de la reseña. ¡Puede que para ti no signifique nada, pero te he llamado para que me apoyaras un poco ahora que mi vida se está yendo a la mierda!».

Pulso el botón rojo, y acto seguido apago el móvil.

Afortunadamente, cuando pongo las noticias locales, da la impresión de que la tortilla está dando la vuelta. ¡Por primera vez en días no dicen nada de mí! Lo más interesante es lo que dicen de las gemelas Wilks, sobre los órganos que comparten y los que no, y si pueden separarlas o no. Sin embargo, ahora las dos gemelas se han demandado mutuamente. Annabel Wilks ha dicho que su hermana Amy le impide salir con su novio Stephen. Amy ha contraatacado diciendo que si Annabel la arrastrase a algún sitio al que no quisiera ir estaría infringiendo sus derechos. Su abogado está reuniendo argumentos para acusarla de coacción. Aparece en pantalla la madre de ambas: «No quiero verlas peleándose. Tienen que estar unidas. Quizá tendríamos que habernos planteado una intervención quirúrgica para separarlas cuando eran bebés». A Joyce Wilks se le ponen unos ojos como platos mientras da una calada a un cigarrillo. «Pero yo creo que era la voluntad de Dios que salieran juntas como lo hicieron».

Me encuentro un poco débil, así que me tiendo en el sofá. Debo de estar baja de azúcar. Cojo el libro de Sorenson.

12. FUTURO HUMANO – INTRODUCCIÓN

«Una ilustradora de cómics que se coló en el mundo del arte». Esa fue la descripción poco halagüeña que hizo cierto crítico de la joven artista norteamericana Lena Sorenson. Pese a lo despectivo de la afirmación, no es falso decir que la visión futurista y distópica de la humanidad que tiene Sorenson impregna enormemente su perspectiva.

La misión de Lena Sorenson, como ella misma explica en su exposición escultórica de mayor éxito, *Futuro humano*, consiste en explorar «el aspecto y el comportamiento que tendrán los seres humanos dentro de varios millones de años, en el supuesto de que sigan habitando el planeta».

De una forma un tanto singular, como estudiante de primer año en el célebre Art Institute de Chicago, Sorenson tuvo un enorme éxito inicial. Su primera exposición, *Vacío,,Vacío*, adquirida por el influyente coleccionista afincado en Nueva York Jason Mitford, estaba en deuda con el pintor inglés de inspiración bíblica John Martin (1789-1854), cuyos inmensos lienzos presentaban fondos panorámicos y con frecuencia apocalípticos. Según dicen, Sorenson había visto la obra de Martin en el transcurso de una visita a la Tate Britain de Londres. En lugar de volverse hacia el pasado bíblico y creacionista de Martin, Sorenson, atea confesa, recurrió a la escala y la forma del inglés para producir paisajes futuristas y distópicos. *La caída de Nueva Babilonia* (2006), por ejemplo, está basado en *La caída de Babilonia* de Martin. La Nueva Babilonia es Los Ángeles vista desde Hollywood Hills.

Cero (2007), en el que Sorenson retrata una ciudad de Nueva York que se desmorona, está inspirado en *La destrucción de Pompeya y Herculano* (1821). Es la Zona Cero del 11-S reconstruida como la totalidad de la parte media e inferior de la isla de Manhattan. Sorenson confesó que cuando era una adolescente en Potters Prairie, MN, estuvo obsesionada por las imágenes televisivas del derrumbamiento del World Trade Center. *La trinidad del fin del mundo* (2007) está claramente inspirado en el tríptico de Martin *El Juicio Final*, que vaticina el fin del mundo y la resurrección.

Las superficies lisas que pinta Sorenson también recuerdan las logradas propuestas hiperrealistas de los ilustradores, que prácticamente nunca se ven en las grandes galerías, y a artistas como Dalí, que fue denigrado en muchas ocasiones por los críticos como populista y repetitivo.

Ahora bien, pese a que los críticos desestimaron a Sorenson y la tacharon de monofacética y limitada, hubo que revisar este punto de vista cuando produjo una pintura satírica que generó gran controversia política. En *¿Andas perdido, muchachito?* (2008), un Abraham Lincoln predatorio acuna a una ratona Minnie que emana una manifiesta excitación sexual mientras un Mickey al borde de las lágrimas, que asoma la cabeza desde un lado de la silla de Lincoln, contempla la escena con impotencia. El Lincoln de Sorenson parece tener unos rasgos levemente orientales, y hubo quien especuló con la posibilidad de que la pieza fuera una alusión a la relación cambiante (y cada vez más subordinada) de Estados Unidos con China, sobre todo ahora que la clase capitalista

norteamericana invierte cada vez más allí a expensas del desarrollo de la economía nacional. Sorenson se niega resueltamente a hacer comentarios al respecto echando mano del argumento al uso, que a los artistas les encanta pero que a los demás nos da ganas de arrancarnos el pelo: «Cuando un artista explica su arte, ya no es arte. Yo no soy un crítico».

Hubo quien consideró que la obra de Sorenson está inspirada en los Young British Artists (YBA) y que coincidía con el tipo de tácticas de choque empleadas en el Reino Unido por este grupo. Pese a que ella misma declaró que las obras y los procedimientos de los YBA la dejaban «indiferente», esto resulta un tanto inverosímil, ya que los trabajos de Sorenson fueron coleccionados por el miembro de la alta sociedad de Manhattan Mitford de una forma que recuerda muy de cerca al modo en que los YBA disfrutaron del mecenazgo de Charles Saatchi una década antes.

Pese a que los cuadros de Sorenson cautivaron a los coleccionistas, los críticos seguían sin estar impresionados, y la propia artista declaró que estaba insatisfecha con los resultados y expresó su deseo de pasarse a la escultura. El resultado fue *Futuro humano* (2009). Las esculturas de humanos evolucionados para adaptarse al entorno de un planeta Tierra tóxico, correteando como ratas o alimentándose cual moscas en los montículos de basura, conmovió a los coleccionistas aún más que los cuadros. Las figuras de Sorenson delatan la influencia de las esculturas de bronce de Germaine Richier, sobre todo *Hombre de la noche*, el precursor quiropteriforme de sus efigies. Esta escultura está expuesta en el alma máter de Sorenson, el Art Institute de Chicago. Al igual que muchas de las esculturas y pinturas de Sorenson, *Hombre* también está provisto de un falo prominente. Sus figuras masculinas siempre están poderosamente dotadas para insinuar potencia sexual y puede que hasta una elevada fertilidad reproductiva, pero, no obstante, también ha realizado muchas ilustraciones de bebés muertos. Por tanto, suponemos que los seres humanos de Sorenson son como los conejos; tienen que reproducirse de manera prolífica con el fin de garantizar el futuro de la especie. Se parece a la era medieval, y lo contrario del punto en el que se supone que ahora nos encontramos, en el sentido de que está asumido que nos estamos reproduciendo y consumiendo rumbo a nuestra propia extinción.

En su mayor parte, el *establishment* crítico sigue mostrándose hostil a Sorenson, y en sus comentarios exasperados, muchas veces descorteses y hasta en ocasiones vitriólicos, se percibe una genuina incomprensión de exactamente por qué Sorenson ha obtenido tal notoriedad. La frustración fingida que transmiten las palabras de Max Steinbloom nunca anda lejos de la superficie de sus reacciones: «Lena Sorenson debería estar en Hollywood haciendo maquetas para los grandes estudios de cara a las próximas producciones de *Alien* o *Predator*. Sea lo que sea, está claro que no es una artista. Utiliza el gancho de los huesos de animales. Eso es todo».

Si bien la obra de Sorenson ha sido denunciada con frecuencia por los críticos («especulativa, de naturaleza fantástica, y por tanto carente de toda relación con la experiencia humana contemporánea, salvo la de servir como advertencia más bien manida acerca del repertorio de amenazas ecológicas a las que está expuesto el

planeta»), sus esculturas del hombre futurista, realizadas mediante el uso de huesos de pequeños mamíferos y reptiles fusionados con moldes y resinas, han demostrado ser, pese a todo, artículos de coleccionista populares. Una de estas piezas, *Juguete* (2009), en la que una madre mece a un bebé muerto o moribundo mientras una figura masculina, que cabe suponer que es el padre, observa con perplejidad y preocupación, generó una atención prácticamente sin precedentes y fue adquirida por un coleccionista privado por la presunta cantidad de catorce millones de dólares.

Lena Sorenson se ha trasladado ahora a Miami, donde ha expresado su admiración por la obra del inglés nacido en Hong Kong Mark Handforth, que fue el primer artista radicado en Miami en exponer en el MOCA en 1996. Se dice que fue su obra la que animó a Sorenson a realizar maquetas y esculturas a mayor escala. «Los modelos pequeños no ofrecen a una obra perspectiva humana alguna. La fuerza de un arte como el de Mark Handforth surge tanto de su escala como del concepto. Esa fue una lección valiosa para mí». Esto constituye un indicio de su deseo de trabajar sobre esos humanos del futuro a tamaño real.

13. CONTACTO 5

Para: lucypattybrennan@hardass.com

De: michelleparish@lifeparishioners.com

Asunto: ¡Mi programa no va de «meter en cintura a culogordos autocomplacientes»!

Lucy:

No me entiendas mal, porque de verdad que aprecio tu celo en la batalla contra la obesidad. ¡Pero creo que deberías ser un poco más empática con tus clientes!

Se trata de personas que de algún modo han perdido el rumbo, y que se han deprimido y desmotivado, lo que les ha llevado después a refugiarse en la comida y consolarse con ella para obtener un subidón a corto plazo.

No llegaron a esa situación de la noche a la mañana, y recuperar la salud se convierte muchas veces para ellos en un calvario largo y doloroso. Es cierto, hay que ser firme, pero también hay que tener en cuenta el historial, las necesidades y los acontecimientos decisivos de la vida de cada cliente, incluida esa artista de la que me hablas. Recuerda: ¡el respeto y el amor son las piedras angulares del éxito!

Entiendo que los programas hay que ajustarlos a las necesidades individuales, pero de verdad te recomiendo que adoptes la estrategia de las Páginas Matinales con esta clienta. Si consigues que redacte 750 palabras cada mañana, entonces esas palabras podrían ofrecer las bases para una discusión, aunque quiero recalcar que eso tiene que salir de ella, ya que son su propiedad. Esta mujer sufre psicológicamente. Si accedes a la fuente de ese dolor, entonces estarás llamando a una puerta abierta. ¡Las Páginas Matinales pueden ser una herramienta de incalculable valor para ayudarte a lograrlo! ¡Pruébalo! ¡Quien no arriesga no gana!

Siento oír que lo has estado pasando mal. Los medios de comunicación pueden ser crueles además de volubles.

Con mis mejores deseos,

Michelle

14. LUMMUS PARK

Hoy hace un día «atípicamente caluroso» para esta época del año, como no paran de proclamar los gilipollas esos del canal del tiempo. En la app climática de mi móvil decía que hacía 33 ºC, y me lo creo. Por suerte, sopla una fresca brisa marina. Voy corriendo en marcha atrás por la pista de Lummus Park mientras animo a voz en cuello a una anadeante Sorenson, que jadea, gime y suda. «¡Vamos, Lena! ¡Aquí no hay lugar para los que tiran la toalla!».

«Sí…».

Prorrumpo en un cántico improvisado. «¡Dale puerta a esa morralla, no vamos a tirar la toalla! ¡Venga, Lena!».

«Dale… puerta… a esa… mo…», dice Sorenson patéticamente y con voz entrecortada mientras su mirada bovina inexpresiva y desenfocada delata que su espíritu está de vacaciones en el limbo.

¿De qué va el rollo este de las Páginas Matinales?

Empieza a venírseme a la cabeza la canción esa que habla de Nelson Mandela. *Prisionera de la obesidad durante diez años… la dejó tan ciega que no ve*. «Frii-ii-ii Le-na So-ren-son…, cántalo en el corazón, nena», le vocifero al oído. «¡Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado!».

Sorenson, inmersa en la confusión, se limita a caminar fatigosamente. Yo voy trotando a su lado, casi en marcha atrás; Dios, es lenta que te cagas, pero al menos lo está haciendo. «No vamos… a rendir… nos… dita sea…».

Es comer. La comida. Ese es su principal problema. No estamos haciendo más que perder el puto tiempo a menos que logre hacerla cambiar de chip para que deje de engullir putos excrementos. Pero hay esperanza. Es cuestión de educar las papilas gustativas, desengancharlas de esa dieta de azúcar, sal, sirope de maíz y productos químicos a la que han estado sometidas desde la infancia, habitualmente por unas madres perezosas, agarradas y tontas del culo.

Terminamos, y la zorra esta chorrea más que una boca de incendios de Southie durante una ola de calor. En cuanto se recupera, me la llevo a comer una ensalada en mi lugar favorito en Washington Avenue. Juice & Java es una cafetería pequeña y muy luminosa, con paredes color crema y baldosas de color rosa en el suelo. Nos sentamos en las banquetas que hay junto a los ventanales mientras entra luz a raudales. La clientela, con la excepción de Sorenson, suele estar en una forma magnífica. Es muy raro entrar aquí y encontrarte con alguien que no esté follable. Debido al aire acondicionado, los poros de Sorenson descargan balas de sudor. Qué asco.

Leo detenidamente la carta: estas ensaladas son tan sabrosas y llenan tanto que la defensa tradicional de los culogordos —a saber, que es comida para conejos— no se sostiene. «Esta es la mierda que deberías estar comiendo», y empiezo a sacar fotos de la carta con mi iPhone, y se las mando instantáneamente por correo electrónico a Sorenson. «Esas categorías de alimentos. ¡Sin excusas!».

Yo pido una ensalada de tofu a la parrilla; Lena hace otro tanto. «Son 380 calorías, montones de proteína, fibra, carbohidratos complejos pero simples, y las grasas que contiene son buenas», le explico. «¡Con un vaso de agua de

trescientos cincuenta mililitros, saciarían a *cualquiera* durante cuatro horas!».

Entonces Sorenson me habla de su infancia en Potters Prairie, Otter County, Minnesota. Allí todo son bosques frescos llenos de pinos, adorables osos negros que asaltan los contenedores de basura y tartas de manzana de mamá. (Sin duda, ración doble con montones de nata por encima). Lo último me lo creo, el resto…, lo siento, Lena, simplemente no das la talla, pedazo de gordinflona escandinava deprimida. ¿Cuándo empezó a engullir tortitas de fresa como si fueran M&M? ¿Qué pasó? Aguardo el momento de la confesión: la repulsiva caricia del padrastro, la madre alcohólica disfuncional o la multitud acosadora de niños psicópatas. Que les den. Pero no. Sorenson no se mueve del guión de *La casa de Potters Prairie*, y encima tiene un papá razonablemente rico, simplemente para quitarle el menor hierro a esa pobreza rústica.

Llega la comida, y mientras empieza a metérsela a paletadas en la boca, a Sorenson se la ve manifiestamente impresionada. «Esto está buenísimo», rebuzna mientras un par de megazorras flacuchas le echan una mirada de asco a la bola de sebo, que ni se entera.

«Me alegro de que te guste».

Entonces Sorenson empieza a hablar de Chicago y del tiempo que pasó en el Art Institute. «Era mi ciudad, mi sitio, mi tiempo; ahí fue donde conocí a Jerry…».

Nii-naa… campanadas de alerta…

Ahora soy toda oídos, coño. Llevábamos rato preparándonos para este momento, desde que oí mencionar ese nombre por primera vez junto a la báscula del cuarto de baño. Le dejo que me cuente su historia y la del tal «Jerry». Por lo visto, Sorenson se fue de Minnesota para estudiar bellas artes en Chicago, conoció al tío este, folló como está mandado por primera vez y salió de marcha mogollón. El gran problema, pese a que no se atreva del todo a decirlo, es que se daba la casualidad de que el tío era un gilipollas total. Esto se hizo evidente cuando Sorenson y su amorcito Jerry se trasladaron a Miami, donde él se metió de gorra en un entorno artístico que recibió a Lena con los brazos abiertos gracias a su talento.

«Hice una exposición que fue aclamada primero en Chicago y luego en Nueva York…».

«¿Me permites que te diga una cosa?», la interrumpo. Sorenson me mira como si estuviera a punto de violar con un vibrador colosal primero su coño y luego su culo. Pero sus ojos me dicen que *eso es lo que quiere, joder*. «A mí eso me suena a que dejaste que tu considerable talento se echara a perder para mantener a esa sanguijuela sin agallas que no lograría que lo detuvieran ni exhibiéndose a la puerta de un instituto», le digo. Por algún motivo, cuando pienso en el gilipollas ese del tal Jerry, se me viene a la cabeza la imagen del cabrón cagao pedófilo de Winter, al que el maricón de McCandless tendría que haber dejado seco. Y ese hijo de puta del parque, el del instituto, al que yo tendría que haber aplastado como el repugnante insecto que era. EL PARQUE EL PARQUE EL PUTO PARQUE.

«Pero…».

Levanto una mano y niego con la cabeza. «Escúchame. Puede que me esté pasando de la raya, pero en la tienda Books & Books de Lincoln Road vi un libro

sobre ti. Tienes talento, Lena. ¡Eres la leche de famosa, por todos los santos!».

Ahora es *ella* quien sacude la cabeza a la vez que sus tímidos ojos se mueven de un lado a otro bajo el flequillo, como si fuera una puta retrasada mental de trece años. «No, simplemente era una época en la que aquello estaba de moda. Tuve suerte. La gente del mundo del arte me criticó mu…».

«¡Esos son unos cabrones celosos y destalentados que nunca han sacado un puto chavo de la mierda que hacen! ¡Y tú vendiste una esculturita hecha de huesos de pájaros y fibra de vidrio y obtuviste ocho millones de dólares! ¡*Por supuesto* que te criticaron! ¡*Yo soy* tu puta crítica, zorra suertuda!», exclamo asestándole un puñetazo en el brazo. «¡Y eso no te convierte *a ti* en mala artista, me convierte *a mí* en una cabrona de lo más celosa! Tienes que apropiarte de tu talento, Lena. Lo que te está matando es no asumir los dones únicos y especiales que tienes. La comida basura no es más que el medio: tu propia arma personal de autodestrucción. Con la misma facilidad podrían ser las drogas o la bebida», y asiente con gesto serio. «Nadie ha escrito nunca un libro sobre la obra del tal Jerry, ¿verdad?».

«No», dice ella mientras le asoma una sonrisita a los labios que la transforma; ahora está monísima que te cagas.

«Pero seguro que él se pavoneaba por ahí en plan capullo grandilocuente, creyéndose la biblia en verso, ¿no?».

Lena sonríe y sacude la cabeza, y a continuación, como si le preocupara parecer desleal por hablar mal del mamón ese, objeta: «Pero Jerry tiene verdadero talento como fotógrafo…».

«¡Y una mierda! ¡Yo de esos rollos no sé una mierda, pero lo que sí sé es que la fotografía no es arte! No es más que enredar con la luz. Aquí en Miami los buenos fotógrafos son como las palomas», le digo mientras me saco un trozo de fruto seco de entre los dientes.

Sorenson esboza una sonrisa cómplice antes de acusar recibo de la duda y de que casi la deje doblada. «Sé que parece así…, pero no lo entiendes», suplica antes de sollozar y llevarse un pañuelo a los ojos. «Jerry no era solo malo…, era algo más que todo eso. ¡Nuestra relación fue algo más que todo eso!».

«Estoy segura de que sí, pero ahora eso ya es historia, Lena», le digo en voz baja y en tono apremiante. «En lo que tendrías que pensar es en el resultado. Te tomó por tonta, y luego seguramente fue y se folló a alguna modelo putona…». Me doy cuenta de que acabo de meter el dedo en la llaga cuando Sorenson inspira bruscamente, «… y tú mutilándote, porque eso es lo que es, Lena: ¡automutilarse a base de azúcar y grasas!».

Sorenson pone una mueca desafiante y se echa el flequillo hacia atrás. «¿Alguna vez has estado enamorada, Lucy?».

¿Qué coño tendrá eso que ver?

«Sí, claro. Y sí, unas veces da por culo, y otras acaba mal», le digo mientras pienso en Jon Pallota. Tuvimos algo, pero los dos éramos un poco más fogosos de la cuenta para que aquello pudiera funcionar en el día a día. Siempre pensé que a lo mejor volveríamos a juntarnos alguna vez, pero eso fue antes de que apareciera la barracuda y le destrozara la polla y la cabeza. «Pero jamás tiene *la menor*

posibilidad de funcionar si no te quieres a ti misma y te metes en una relación esperando que sea la otra parte la que dé sentido a tu puta vida».

«¡Jerry me dio muchísimas cosas!».

«Y también te quitó muchas, me jugaría algo». Me topo con esos tristes ojos verdes. «Lena, es evidente que su rollo artístico daba seriamente por el culo y que a nadie le importaba un carajo. No necesito que te encojas tímidamente de hombros para saber lo siguiente que pasó: lo he visto un millón de veces. El arrastrado de Jerry te fue socavando, ¿verdad, Lena?».

«Podía ser jodidamente cruel», espeta, volviendo a cabalgar su ira.

«Al mismo tiempo que se gastaba *tu* dinero, me apuesto algo», le digo mientras las dos escuálidas megazorras pagan la cuenta y se marchan. Una de ellas le lanza a Sorenson una mirada descaradamente llena de odio antes de pillarme a mí mirándola a ella. Intercambiamos unas sonrisas de anuncio de dentífrico forzadas a la vez que nos tomamos la medida. Puta guarra.

Sorenson está lívida y muda mientras tamborilea con un tenedor sobre la mesa. Juraría que si el tipejo ese de Jerry entrase aquí ahora mismo, le sacaría los putos ojos.

«Vio cómo te hinchabas de galletas a modo de consuelo, mientras él bebía, se metía rayas y se empastillaba con tu dinero, que habías ganado con tu esfuerzo».

«¡Así es! ¡Le odio! ¡Joder, cuánto le odio!».

Una pareja sentada en una mesa cercana nos mira con furia, y Sorenson, *mi Lena*, se encara con ellos y los fulmina con la mirada. ¡Dios, qué orgullosa estoy de ella! ¡Hay que ver lo rápido que crecen!

Pero tengo que mantener cabreada a esta *zorra*. Me inclino hacia su lívido perfil. «Y mientras tú te ibas convirtiendo en un tonel, él se lio con una tía más joven y más esbelta. Tú buscaste más consuelo aún en las bolsas de rosquillas. ¿La he clavado o he reventado el clavo de un martillazo?».

«Así fue», dice ella volviéndose hacia mí con gesto de desaliento. «¿Cómo es que entiendes todo esto?».

Respiro hondo. Durante un instante estoy a punto de decir algo que no debo, del tipo «conozco al tipejo ese de Jerry, todas hemos conocido a tíos como él, y lo único que cambia entre un cabrón genérico y otro es el nombre». Pero no, mantengamos el trato clientelar. «Tengo muchos clientes. Es un caso de manual. Se invierte demasiado en un tío supuestamente ideal, en unos niños supuestamente perfectos o en una trayectoria profesional totalmente de altos vuelos, y no lo bastante en TI», digo señalándola con el dedo. «Luego el gran amor se esfuma y con él el sentido de tu propia valía. Así que ese cabrón te dejó hecha una teleadicta despreciable y demasiado deprimida para poder pintar o esculpir o hacer uso de tu talento natural. ¿Trasplantó aquí abajo su idea, a tus expensas, me volvería a apostar algo, mientras se las daba de pez gordo, y luego se fue a tomar por culo?».

Asiente de forma lenta pero empática. «Está en Nueva York. En Brooklyn, creo. Vive con una ricacho… con una mujer adinerada que es propietaria de una galería». Sorenson se esfuerza por respirar de manera pausada.

La cojo de la mano y le doy un apretón. «Estoy orgullosa de ti, Lena».

Se le llenan los ojos de lágrimas y se aferra al borde de la mesa. «¿Qué quieres decir? ¡Soy una puta payasa! ¡He sido una imbécil!».

«Sí, pero muéstrame a una sola persona de este planeta que no lo sea, y yo te mostraré a un mentiroso o a un gilipollas muerto, o peor, a alguien a quien más le valdría estarlo. Al menos tú estás yendo a la raíz del problema. Te estás enfrentando a cosas tuyas que es más fácil reprimir y enterrar», le digo mientras el italiano macizo se acerca con la cuenta. «Enterrar bajo capas de grasa».

«Cuando no produces, el mundo del arte puede ser muy cruel», gime. «Creía que tenía amigos allí. Supongo que me equivocaba. El gregario siempre fue Jerry. Yo no era más que una solitaria».

«No, él levantó una cárcel psicológica a tu alrededor y te entregó la llave. Y entonces te dijo: "Enciérrate tú misma". Y tú lo hiciste, porque él y los demás gilipollas que había en tu vida habían socavado tu sentido de la autoestima hasta el extremo de hacerte pensar que no te merecías otra cosa. He visto esta mierda demasiadas veces».

Sorenson se está cociendo silenciosamente en su propio sudor.

«Oye, ¿alguna vez has oído hablar de las Páginas Matinales? ¿O de Julia Cameron?».

«Sí…», dice Sorenson con cautela, «mi amiga Kim me dijo que las probara. Lo hice, pero no sé, no me pareció que fueran lo mío…».

«A lo mejor valdría la pena darles una segunda oportunidad», digo, y me mira con cara de desconcierto mientras pagamos la cuenta y vamos caminando por la arena hacia la playa a propuesta mía. Hablamos del concepto que hay detrás de la redacción de esas páginas, y de que están pensadas para artistas y gente creativa.

«Eso es lo que me dijo Kim…, volveré a probarlas, y esta vez seré constante».

«Guay», asiento, pero si la he traído aquí es para que vea el aspecto que tiene que tener la carne de Miami Beach, es decir, el que debería tener *ella*. Estoy echándole el ojo a unos jovencitos de colegio mayor muy follables, todos ellos morenos y depilados, que están jugando al frisbee e intentando impresionar a las risueñas muchachas que hay despatarradas en las tumbonas. Luego nos cruzamos con un partido de voleibol disputado por unas brasileñas dotadas de fabulosas mejoras quirúrgicas, que han acaparado este sector de la playa para sí. Lena sigue jodida y triste, y con la mirada perdida. Vamos dando un paseo por la arena, hacia el sur, mientras nos fijamos en relucientes cúpulas de piel rellenas de silicona, y en los pervertidos de los barcos de pesca que las contemplan boquiabiertos; los más desvergonzados hasta toman fotos.

«Volvemos a empezar», le digo a Lena.

«¿Qué?».

«Venga», la espoleo a la vez que echo a trotar. Vacila un poco, pero empieza a seguirme.

Salimos de la playa y vamos recorriendo 5th Street rumbo a Biscayne Bay. Lena es lenta, muy lenta, pero constante. Pasamos West Street, y los rascacielos van desapareciendo hasta llegar a Alton, donde noto un calor ardiente en mi espalda cuando el sol cae implacablemente sobre nosotras, proyectando nuestras sombras ante nosotras como si fuéramos gigantes. Ahora Sorenson empieza a

sudar como una puta de bar de carretera esperando a la siguiente caravana. «No pienso…».

«¡No hace falta que pienses! ¡Limítate a hacer! ¡Venga! ¡Compite!».

Volvemos hacia el océano y paramos en Flamingo Park, donde Sorenson, eufórica, intenta recobrar el aliento. «Me encuentro… de maravilla…».

«Respira profundamente por la nariz, aguanta… aguanta… y ahora échalo por la boca…».

Una vez repuesta, nos dirigimos al Starbucks de Washington Avenue, donde pido dos tés verdes. Sorenson echa una mirada envidiosa al moca de la mujer de al lado, que habría diezmado su ingesta calórica para el resto del día. Me cuenta que suele tomarse un bollo de arándanos (400 calorías) o un par de galletas de avena (430 calorías), porque los arándanos y la avena son muy sanos. Y eso sin contar el puto café…

«La avena hay que tomarla en forma de avena, y los arándanos en forma de fruta fresca, no como condimento de un asqueroso mazacote de harina, masa y azúcar. En una sola visita a Starbucks, una mujer de tu talla puede consumir perfectamente la mitad de las calorías que tendría que ingerir en un día».

«Pero… yo voy dos veces al día».

«Ya ves. Yo también voy dos veces al día. Y solo tomo té verde. Calorías: cero. Antioxidantes: muchos».

Han dejado sobre nuestra mesa un ejemplar de *Heat*. Las gemelas ya se han convertido en celebridades de pleno derecho. Alcanzar esa condición empezando como noticia en la prensa parece costar unos dos días. Las Valerie Mercando de este mundo no dejan que la hierba crezca bajos sus manicurados pies. En el titular dice:

AMY: ESTOY DISPUESTA A DEJAR QUE ANNABEL
SE ACUESTE CON STEPHEN

Un poco más abajo aparece una foto de Stephen haciendo pucheros y con cara de ofendido. El pie dice:

Stephen: «Esto es insoportable».

Oigo la voz cantarina de Lena diciéndome al oído: «Esas chicas me dan muchísima lástima».

«Ya, lo tienen crudo», respondo antes de añadir: «¿Te gustaría que saliéramos por ahí esta noche?».

Sorenson me mira con expresión avergonzada. «Llevo siglos sin salir por la noche».

«Razón de más. Ven a recogerme a la nueve y media».

Así que nos marchamos de la cafetería al ponerse el sol. Sorenson sale por la puerta rebosante de energía. Cuando llego a casa, tras haber pasado primero por Whole Foods, me preparo un poco de salmón con mucho omega 3 y arroz integral, ya que hoy llevo la cuenta calórica un poco baja. Me doy una hora para que me baje la comida y luego entreno con las mancuernas y la espaldera. Ojalá tuviera aquí un saco pesado de gimnasio, porque tengo ganas de descargar un poco de

agresividad a guantazo limpio, pero en esta puta caja de zapatos no hay sitio.

Sorenson llama al interfono hacia las nueve (le he dicho a las nueve y media). Le abro y luego escondo el ejemplar de *Futuro humano* en el armario de mi dormitorio. Va hecha un adefesio; no hay duda de que haciendo tándem con esta petarda esta noche no me como un torrao. Por lo visto, ni siquiera está al tanto de lo que puede hacer una gordita normal para minimizar los daños causados por una boca glotona. La ropa que lleva es de una talla demasiado pequeña y pertenece a una vida anterior: una falda que la corta por la mitad permitiendo que sus mantecosas carnes desborden la pretina, y una blusa color canela más ceñida que una segunda piel. Hago un esfuerzo sobrehumano y guardo silencio, pero mientras nos acercamos por Washington Avenue, el portero pandillero que custodia la cuerda de terciopelo que hay delante del Club Uranus le echa la típica mirada de «quién es esa retrasada». Hasta me preocupa que se niegue a dejarnos entrar. Por suerte, al tío le suena mi cara y, con una mezcla de desdén y de compasión, me mira primero a mí y luego a Lena.

Menos mal que dentro está oscuro, joder. El DJ acaba de poner el pegadizo tema «Disco Holocaust», de Vynil Solution. Encontramos un rincón agradable, lejos de las luces intermitentes. Se presenta una camarera y pedimos unas consumiciones; vodka y tónica light para las dos (a ojo de buen cubero, unas 120 calorías). Algunos rostros me saludan con gestos de asentimiento, pero no se detienen a conversar por encima de la pista estrepitosa y machacona, en la que la diva vocalista pregunta y responde: *¿De verdad bailaron seis millones? ¡Sí, así fue!* Una robusta zorra heterosexual decorada con esos tatuajes por todas partes que se hace la gente en Washington Avenue después de pegarse un año metiéndose coca o recuperándose de una relación larga y volátil, nos mira con expresión embobada, primero a mí y luego a Sorenson. La Cabrona Liposucción, una rubia de rostro cincelado que se ha hecho más reformas que el puerto de Miami, enarca una arrogante ceja y agita su vino blanco mientras tontea con un pretendiente euroescoria al que le dobla la edad. Dos muchachas anoréxicas prácticamente muertas, conocidas por pasarse tres horas al día en la elíptica y por haber sido expulsadas de al menos cuatro gimnasios de SoBe porque no paran de entrenar hasta alcanzar (y muchas veces rebasar) el punto de colapso, interrumpen brevemente su pacto suicida para contemplar boquiabiertas, y con un horror sombrío y manifiesto, a mi acompañante. Pues sí, estoy con una gordinflona, y en Miami Beach ser obeso equivale a padecer lepra en estado terminal e ir cayéndote a trozos por la pista de baile. He metido la pata hasta el corvejón al ir con una ballena a un club nocturno. Merezco ser excluida, y si no fuera yo la responsable, sería la que encabezara el puto ataque.

Lena mira a su alrededor preguntándose —como prácticamente todo el local— qué hace exactamente aquí. «La verdad es que nunca me ha gustado ir de discotecas. Nunca me ha gustado el ruido. Y esa canción es de un mal gusto de cuidado».

«Tiene buen ritmo y los artistas no son más que unos críos a los que todo ese rollo de mierda de la guerra no les dice nada. Yo solo salgo por no quedarme vegetando en casa. Pero existe un sur de Florida que no es todo fiestas y

hedonismo. Deporte. Playa», digo señalando con la cabeza a un tío bueno rubio y musculoso que sonríe afectadamente a un acompañante latino en la barra. Si es quien yo creo, en aquel entonces no recuerdo que fuera maricón. «Creo que ese tío fue a la Universidad de Miami en la misma época que yo».

«Me han dicho que la Universidad de Miami es buenísima», asiente Lena.

«No me tomes el pelo, chavala», le digo con un tono resabiado y de hastío que me recuerda de manera desconcertante a mi padre. «Cuando tus estudiantes más conocidos son Sly Stallone y Farrah Fawcett, sabes que una licenciatura de esa universidad vale menos que el envoltorio de un caramelo. Y pensar que hubo un tiempo en el que me sentía *orgullosa* de asistir a un centro de enseñanza cuya librería del campus solo tenía en el escaparate ropa deportiva, sobre todo de los Miami Hurricanes, y donde los libros de texto tenías que pedirlos, porque las pocas existencias que había estaban guardadas en un rincón de la parte de arriba. Ahora me siento como una gilipollas y me gustaría haber asistido a una *escuela* de verdad».

«Pero eso es lo que querías hacer, el rollo de titularte en deporte».

«Sí, era lo que quería hacer».

«Es importante hacer lo que queremos. Demonios, ojalá yo hubiera sido más deportista. Nunca me enganchó».

«Yo siempre lo fui. Mi padre estaba loco por el deporte. Habría querido tener hijos varones, así que a mi hermana y a mí nos apuntó a todos los equipos: de baloncesto, de fútbol, de softball o de tenis, hasta que a ella le dio por hacerse ratón de biblioteca, pero yo seguí estando loca por el deporte. Hice atletismo, karate, kickboxing, de todo».

«Debió de ser duro», sugiere Sorenson, «es decir, agotador».

«Qué va. Me proporcionó disciplina y fortaleza», le espeto con frialdad. Puta tocina trol. ¿Qué derecho tiene esta fracasada a intentar psicoanalizarme *a mí*? «¿Y qué más haces en tu tiempo libre?».

«Pues leer mucho y ver películas».

«Ya, yo a veces voy al sitio ese de Lincoln Road. La última película que vi allí fue *Linterna Verde*. Solo fui porque mi amiga decía que Ryan Reynolds estaba bueno», le explico mientras me entra un mal sabor de boca por haber empleado la palabra «amiga», ya que fui allí con Mona.

«Yo prefiero la Cinemateca de Miami Beach. ¿Has estado alguna vez allí?».

«No…».

«Es una filmoteca de arte y ensayo. Dan cosas realmente interesantes. ¡Tenemos que ir algún día!».

«Eh…, vale…, sí, claro», digo haciendo un esfuerzo. Eso sí, ni de coña voy a ir a ver alguna mierda bosnia, iraní o escocesa subtitulada llena de gente en baja forma y vestida de forma rara. Joder, Lena ya se ha echado al coleto su copa y quiere otra. «No», le digo con firmeza. «Ya sabes cuántas calo…».

«Pero es que lo NECESITO». Y acaricia el amuleto que luce alrededor de ese cuello fofo. Como si alguien pudiera querer llamar la atención sobre *eso* con joyas.

«Claro…». Oigo cómo adopto ese tono afectado y pasivo-agresivo de mierda que le sale a mi madre, y me odio primero a mí misma y luego a Sorenson por ello.

Debo de estar llegando a esa etapa de la vida en la que reconoces las peores facetas de tus padres en tu propia conducta.

Sorenson se levanta y le indica a la camarera que se acerque; esta me mira con leve expresión de bochorno, como diciendo: «¿Qué coño haces en compañía de *eso*?».

Pero volvemos a pedir lo mismo, y mientras esperamos a que lleguen las consumiciones, me vuelvo hacia Sorenson y le digo: «A mí no me gusta mucho beber y soy antidrogas. No me gusta descontrolar. Me gusta ser disciplinada. Eso lo joden las drogas».

«Ya veo. Supongo que yo pasé por una etapa en la que salí demasiado de marcha, y no me hizo ningún bien», dice ella llevándose el vaso alargado lleno de vodka a la boca. «Interfería con mi trabajo».

Hago un gesto de asentimiento. «Eso lo hace, de eso no hay duda. ¿Tus padres beben?», pregunto mientras me llevo el vaso frío a los labios y experimento una agradable sensación de entumecimiento.

«Muy poco. Y no saben lo que son las drogas. Bueno, eso no es cierto. El botiquín de mi madre está lleno de toda clase de fármacos que le recetan para la ansiedad, la depresión y la fatiga. Pero muchas veces pienso que si dejara de tomarlas todas, en definitiva el resultado sería el mismo».

Es evidente que quienes más daño han hecho a Sorenson son sus padres. Pero mientras voy dando pequeños sorbos a mi consumición, noto que la cabeza empieza a arderme de una manera horriblemente *descontrolada*. No estoy acostumbrada a beber y detesto estar borracha. Echo una mirada en torno a los rostros del local, distendidos y colapsados por el alcohol, la lujuria y la desesperación. A partir de cierta hora aquí el ambiente siempre se descompone. Una camionera repugnante a la que una vez le hice un enema como parte de un paquete general de salud (todos nos metemos alguna vez en un callejón sin salida), y que ahora es una borrachina sin remedio, tamborilea con unas uñas inverosímilmente largas sobre un vaso lleno hasta el borde de martini. Es un espectáculo tan lamentable como el de intentar coger un juguete barato con una garra mecánica en una feria. Temiendo derramarlo, admite su derrota y arrima unos arrugados y apergaminados labios al borde del vaso, chupándolo como si fuera un coño. Aparece contoneándose una chica que lleva pantalones de chándal, una camiseta sin mangas, joyas caras y un moreno falso anaranjado. La Cabrona Liposucción —nunca volvimos a hablarnos tras un encuentro confuso en una fiesta a bordo de un barco el año pasado— me lanza una mirada de esas que dice «lo sé». En este sitio se forman extrañas alianzas, pero estamos en Miami Beach y hay que mantener la euroescoria a raya. Peor aún, siento una sacudida de atracción, como si una mano me agarrase de los intestinos y me los retorciera, y un minúsculo metrónomo de pavor me pulsara por dentro. Quisiera que Sorenson se fuera a tomar por culo, pero a la vez estoy extrañamente contenta de que esté aquí, aunque en la sombra, fuera del alcance de las luces estroboscópicas.

Entonces se acerca mi amigo Dominic Rizzo, el Masterchef, que sonríe cada vez más cuando me reconoce mientras zigzaguea entre la multitud. Llevo *meses* sin verle como quien dice. «¡Dominic!».

«Mátame, bonita, mátame», suplica histriónicamente, poniendo los brazos en cruz.

«¿Dónde has estado? No he parado de llamarte, de enviarte SMS y correos… Bruce me contó lo de la separación».

«Nombre *verboten*, cari. La vida continúa. Me lo quité de encima: F-U-E-R-A, con mayúsculas. No te puedes ni imaginar el pozo en el que había caído, tanto psicológica *como* físicamente. Pero a base de follar y de beber por fin *he conseguido* sacarme de encima a ese hombre. La semana que viene me acercaré por Bodysculpt», dice con mirada suplicante mientras me enseña su tripita. «¿Podrás volver a hacer que parezca un príncipe de cuento de hadas?».

«Lo primero es la dieta. ¿Qué has estado comiendo? ¿Te has puesto ciego con tus propias recetas?».

«Ay, cielo, es el demonio de la bebida el que me ha hecho *tanto* daño. ¡Me olvidé de esa botella de vino que tengo en la bodega donde había guardado las respuestas a los enigmas de la vida y el amor!».

«Avísame cuando las descubras», tercia Sorenson, achispada.

«Soy la persona *menos* indicada del mundo a la que preguntar», dice Dominic sin presentarse y volviéndose de nuevo hacia mí con una sonrisa. «Pero aquí estoy; llevo quince días sobrio y estoy colado por mi patrocinador hasta las cachas. Es arquitecto. Pero nunca me ha ido bien con la gente que trabaja de nueve a cinco».

«Sí, ya lo sé», coincido. «En fin, ahora que vuelves a pensar en ti y no en quien tú ya sabes», le digo a la vez que le echo una mirada severa a Sorenson, «debería resultar todo muy sencillo».

«Sabes, Brennan», dice Dominic mientras me mira con una mezcla de gratitud y hastío, «ojalá fueras el hijo que tu padre siempre quiso tener. Ahora estaríamos en Canadá legalmente casados».

«Es lo más cerca que he llegado a estar nunca de una propuesta de matrimonio, pero vale».

Dominic arquea la espalda a la vez que se pone las manos en las caderas. «¿Y qué me dices del bombero cachas aquel?».

Noto que Sorenson se interesa y pasa el peso de una gorda nalga a otra. «¿Me estás vacilando? ¡Ya sé que vosotros los gays os creéis más narcisistas que nadie, pero ese cabrón hetero está a vuestro mismo nivel!».

«Pues en fin, guapa, yo me voy; a otra cosa mariposa, literal y metafóricamente», dice Dominic antes de darme un beso en la mejilla. «Aquí dentro sobran felpudos y faltan rabos», sentencia despidiéndose de Lena con un mohín de disgusto. A alguna gente le parecería grosero y superficial, pero lo cierto es que tener un aspecto tan de no estar en forma como Sorenson *es* un delito contra el orden estético de South Beach, posiblemente el bastión de cordura final en un mundo hecho polvo.

Pero el alcohol se me ha subido a la cabeza. Me descubro acariciando el brazo de Lena; es muy abultado, pero su piel sigue siendo joven y tersa. Tiene aproximadamente dos años para perder todo ese peso antes de que haya de recurrir a la cirugía estética y tengan que retirarle grandes extensiones de piel. Si

lo pierde ahora mismo, su piel volverá a donde estaba antes. Le sonrío y recorro su brazo con el dedo provocando una risita bastante cautivadora. «Hay una gran diferencia entre ser una mujer saludable de 60 kilos y otra obesa de 90. Pero el trecho que hay entre ser una mujer obesa de 90 kilos y una mujer mórbidamente obesa de 140 es pequeño. ¿Quieres acabar teniendo unos tobillos como hogazas de pan?», pregunto sacudiendo la cabeza en las narices de Lena.

«Podríamos no hablar de…».

«No. No podemos no hablar de ello. Porque esas mujeres gigantescas no hablaban de ello. Engordaban, se deprimían, se quedaban sin energía, se enganchaban al azúcar y se refugiaban emocionalmente en la comida para darse ánimos, y luego ya entraban en barrena. Siempre serán mutantes. Incluso en el caso de que pierdan peso, tendrán cicatrices horrorosas en los puntos donde les han quitado pliegues de piel o tendrán que rellenar esos paquetes de piel vacía con megamúsculos, como las gordas más viejas que salen en *The Biggest Loser*. Tú no. Tú todavía puedes volver a tener un aspecto normal. Tú eres joven y tienes buena piel».

«¡Ay, gracias! ¡Pero si tú tienes una piel estupenda!».

De repente me doy cuenta de que me quiero pasar esas carnes por el aro. ¡Su coraza me fascina! Se me escapa. «Háblame de tu primer beso, Lena».

«¿Qué?». Pese al subidón del alcohol, los amaneramientos pseudobohemios pasan a segundo plano y sale a la superficie esa personalidad de institutriz de pueblo sentimentaloide. Yo quiero encontrar a la artista formada por la MTV. Esa es la Sorenson que yo busco.

Ahora ya no hay vuelta atrás. Se lo digo con todas las letras. «Háblame-de-tu-primer-beso», y añado con una sonrisa de oreja a oreja: «¡Lena!».

Sorenson me mira con gesto desafiante. «¡No!». Y a continuación vuelve a sofocar una risa antes de matizar: «O sea, tú primero…».

De repente me pitan los oídos un huevo. No oigo una puta mierda. El primer puto beso…

«Lucy, ¿te encuentras bien?».

«Es que no estoy acostumbrada al alcohol».

«¡Y yo pensando que te daba corte hablarme de tu primer beso!».

Trago un poco de aire. Tengo que pensar más allá de él, más allá de ese cabrón, de ese puto gilipollas de Clint, y pensar en el inofensivo Warren.

«Vale, no hay problema. Fue un chaval llamado Warren Andover. Tenía unos dientes de conejo enormes, ya sabes, unas palas, así que le habían puesto un nombre de pila muy poco afortunado[21]. Pero cada vez que lo veía me mojaba a tope. No podía pensar en otra cosa que en esos dientes blancos raspándome el clítoris».

Sorenson se lleva la mano a la boca. «Dios, Lucy», dice semisonrojada, «¡me recuerdas a mi amiga de la universidad, Amanda!».

¿Esta tía fue a estudiar a bellas artes o a un puto colegio de monjas? Levanto la vista y me fijo en que una chica que está en la barra me está guiñando el ojo; es una morena con el pelo lacio y cortado en capas, pero que tiene unos pechos dentro de ese top morado y, según recuerdo de un repaso anterior, un culo dentro

de esos pantalones amarillos ceñidos. Ve a Sorenson y aparta enfáticamente la mirada. Ahora el barco ya habrá zarpado, y sin duda me tiene fichada como una tía a la que le van las gordas. Así que me vuelvo hacia Sorenson. «¿Sigues en contacto con tus amiguetes de la universidad?».

«Sí, aunque claro, estando aquí no los veo mucho…», empieza a irse por las ramas. La forma que tiene de hacerse un ovillo en ese sofá, como un gran gato de peluche, pero gato a fin de cuentas, confirma que el traje de grasa no siempre ha estado ahí. La memoria muscular suele ofrecer pistas. «Kim trabaja en una galería, Amanda regresó al este y está comprometida con un tío superenrollado que es corredor de bolsa. Suena un poco vulgar y aburrido, pero…».

Quiero ver esas venas azules abrirse paso hasta la superficie de la piel de tus pechos. Quiero ver esa piel arder bajo mis caricias como hubiera sido lo propio antes de que la convirtieras en masa para galletas. Quiero devolverla a su estado anterior.

«… muchísima de aquella gente era más amiga de Jerry que de mí; de esas cosas solo te das cuenta cuando te separas. En esas circunstancias descubres quiénes son de verdad tus amigos…».

Pero primero quiero atarte a la cama, zorrita gorda, con la sábana de goma puesta, y hacerte cosquillas hasta que te mees. No quiero que se me quede seca; deshidratada no me vale. «Tomemos un poco de agua», le propongo.

«Vale…».

Leaner Lena Leaner Lena.

Leaner Lena Leaner Lena[22].

Mierda, el vodka este me está enloqueciendo. Ella es una clienta. *Tranqui*. Tiro de las riendas y me recuesto en el sofá, fijándome en el frenesí cada vez mayor que nos rodea. Lo peor llega cuando a Sorenson le da por bailar. No creo que esté *tan* borracha, pero salimos a la pista, ella bailando un espantoso y cohibido vals de asilo de ancianos. Noto que todo el mundo nos mira y quiero irme a tomar por culo de ahí antes de que esta hija de puta destroce completamente mi vida social y me convierta en el hazmerreír de todo Miami Beach.

A petición mía, nos marchamos y regresamos a su casa. Cuando llegamos, la camelo para que me lleve al taller y me enseñe más cosas suyas. Esta vez está descubierta: una criatura esquelética de tamaño natural. Tiene todos los huesos ensamblados con alambres: piernas, brazos, columna y costillas. Lo único que es de repuesto, me explica Sorenson, son la cadera y el cráneo, que están hechos en un molde de plástico, y que tienen un color y una textura ligeramente diferentes.

«Es una obra en curso», dice Lena. «Pero no sé si esa sigo siendo yo. Me refiero a lo de los huesos de los animales. Jerry solía decir…», y se lleva la mano a la boca cuando se da cuenta de lo que acaba de decir.

«¿Decía qué ese cabrón?», la provoco. «¿Qué decía el gilipollas sin seso que te fue minando?».

«Solía decir que era demasiado morboso. Que me estaba deprimiendo demasiado. Que tenía que trabajar en cosas más alegres y edificantes. Que no tenía suficiente *personalidad* para el rollo tétrico».

«Pues si dijo eso ya no necesitas saber nada más, ¿no te parece?». Me arrimo

a ella, la cojo de la mano y le susurro al oído: «Termínalo. Y mañana empiezas con las Páginas Matinales. Porque algo te está bloqueando, como si llevaras un nabo gigante metido en el culo…», y empiezo a reírme incontrolablemente ante la cara que pone. «Que conste que he dicho “nabo”…», y ahora Lena también se parte de la risa, y veo lo repulsiva y lo acojonantemente hermosa que es.

15. CONTACTO 6

Para: michelleparish@lifeparishioners.com

De: lucypattybrennan@hardass.com

Asunto: ¡Tienes lo que hay que tener, guapa!

… ¡y cómo! ¡Acabo de verte en la tele! ¡Eres la mejor, Michelle! Espero que no te lo tomes a mal si te digo «esta zorra se lleva a la peña de calle».

¡A mi propia zorra la he puesto a hacer Páginas Matinales! Veremos qué tal le va. Como dices tú, quien no arriesga…, ¿no?

Lx

16. ART WALK

Las multitudes recorren Lincoln Road de un lado a otro. Los lugareños se exhiben: se pavonean, posan o van en monopatín. Los turistas lo hacen rezumando dinero y caminando relajadamente. En los portales, se ve algún que otro vagabundo o estafador al acecho, a menudo bajo la no tan discreta vigilancia de un poli gordinflón.

Yo sigo pensando en el estudio de Sorenson, en lo mucho que se diferencia de su insulsa vivienda. Aquello era un caos fabuloso. Nada que ver con un rollo disipado, irreflexivo y alcoholizado; al contrario, rezumaba sudor, industriosidad y concentración. Me mostró el interior de una cabeza que sabía que la planificación abstracta y fría como el hielo, aunque sea fundamental, solo puede llevarle a una hasta cierto punto, y que para lograr cualquier cosa en la vida hay que ensuciarse las manos. El taller me dijo que hubo un tiempo en que eso Sorenson lo sabía. Tiene que volver a aprender esa lección. Tiene que poner manos a la obra y echar el resto, coño. A esa zorra la voy a joder. ¡Se va a enterar de lo que vale un puto peine!

Toca comer con Miles en el World Resource Cafe. Como pago yo, Miles, que tiene cara de sueño y una pinta más blanda de lo habitual últimamente, se atiborra con un bocata de ternera y patatas fritas (800-900 calorías). Ración doble de carbohidratos, macho: eso no se hace. Triple, si contamos la Peroni (180) que se está tomando. ¿Llegar a las *cuatro cifras* durante *la comida* en *South Beach, joder*? ¿Pero cómo de repugnante puede llegar a ser? ¡Piloto a navegante! ¡Asistencia, por favor!

«A ver si me aclaro», pregunta Miles mientras mastica. «¿Me estás diciendo que lo único que tengo que hacer para sacarme quinientos pavos es cepillarme a una gorda fracasada?».

«Eso es».

Miles sacude la cabeza y deja de lado el bocadillo para dar otro sorbo apresurado a su cerveza. Entorna los ojos mientras deposita de nuevo la botella sobre la mesa. «Y entonces, Brennan, ¿por qué me huele esto a cochino gato bostoniano encerrado? ¿Qué sacas tú de todo esto?».

«Quiero que pierda peso. Está deprimida y come demasiado. ¿Por qué? Porque algún gilipollas del que estaba enamorada la dejó. Quiero que te la folles bien y que recobre algo de perspectiva. Una buena follada la hará sentirse mucho más digna que mil discursos motivacionales que yo le pueda echar. Y en ese campo la verdad es que tienes cierta pericia», miento coquetamente para engatusar al bobo este.

«Vaya, pues en tal caso supongo que has acudido a la persona más indicada», dice sonriendo antes de fruncir el ceño. «¿Y cómo de gorda exactamente es esta chica?».

«Pesa ochenta y dos kilos», le digo, dándome un poco de margen y haciendo trampa con las cifras, igual que hace Sorenson. Pero yo lo hago por el bien común.

«Puedo hacer de tripas corazón», dice echándole otro trago a su cerveza, «y sacrificarme por el interés general. Una vez, cuando iba bolinga, me tiré a una

gorda en Las Vegas. Larry, Joe y yo hicimos una apuesta después de un combate de Floyd Mayweather».

«Qué delicia para ambos», le digo sonriendo mientras indico que me traigan la cuenta.

«¿Cuándo… lo sabrás?».

«Nada de adelantos, esta es una misión estrictamente contra reembolso».

Miles está a punto de protestar pero se encoge resignadamente de hombros. Me pregunta si he estado en la peluquería, y me dice que me parezco a Blake Lively, la de *Gossip Girl*. No sé quién coño es esa. «Nunca he visto esa serie».

«Pues deberías. Te gustaría más que a nadie».

«De acuerdo», digo, consciente de que ahora no la veré *jamás*.

Así que me encuentro con Lena Sorenson en mi casa y luego ella nos lleva a las dos en coche por el Julia Tuttle, donde empezó todo. Creí que se me revolverían las tripas al pasar por aquí, pero no sucede nada; es más, lo único que me da náuseas son los obsesivos ojos de plato que pone Lena mientras aguarda una reacción por mi parte. Yo no le hago caso, y aparto la vista para mirar más allá del puente y contemplar la bahía. Estos no son más que lugares, y los lugares no pueden dar miedo. Después del incidente del parque en Weymouth, solía ir caminando al mismo sitio sola y de noche, y no sentía nada. Son las personas las que hacen que algunos sitios den miedo, concretamente una, y era a esa persona a la que esperaba. Pero nunca apareció, joder.

Ahora nos dirigimos hacia el Design District y el Art Walk. Solo he estado aquí una vez, da la casualidad de que con Miles, que acabó como una cuba con la cerveza gratis que ofrecían las galerías, mirando lascivamente a todas las tías e intentando liarme para montar un trío con alguna de ellas. Cuando se emborracha es de lo más repulsivo. No, eso no es verdad: es repulsivo a todas horas.

Hace una noche calurosa, y la brisa marina parece haberse apaciguado. De repente noto un cansancio tremendo en las piernas, y me cuesta enormemente caminar en este ambiente tan denso y sofocante. Con gran sorpresa por mi parte, Sorenson, pese a ir sudando como una cerda de campeonato, camina dando grandes zancadas y se la ve emocionadísima. Todo porque en su báscula de mierda ha bajado de los noventa kilos. Eso no supone ningún puto progreso; con la caña que le estoy dando debería estar perdiendo al menos medio kilo a la semana. ¡Pero es una puta trituradora de basura que me hace perder el tiempo!

Salimos de la calle concurrida y entramos en una galería (en la que tienen aire acondicionado: ¡bien!) que vende libros de arte, y uno de ellos contiene más láminas de las cosas de Lena, sus extraños y monstruosos hombrecillos y mujeres. Sé que es rollo friki, pero la verdad es que me gusta lo que hace. «Esto es buenísimo», le digo. «No deberías dejarlo nunca».

«No sé si me lo dices en serio o solo intentas ser amable, pero la verdad es que es exactamente lo que necesitaba oír ahora mismo».

«Lena, a mí el rollo amable no me va. Me va el rollo directo. A mí lo que me va es la sinceridad brutal a tope».

«A veces creo que te infravaloras».

Me encojo de hombros e intento que no vea que por dentro estoy encantada.

Las alabanzas siempre son una debilidad; son la dieta básica de los que tiran la toalla. Una mujer fuerte no necesita esa mierda. Una mujer fuerte *sabe* y punto.

Una zorra flacucha con pintas superguays vestida con una blusa negra y con unas extensiones tipo Medusa asomándole bajo un sombrero negro con una banda llena de plumas repasa de arriba abajo a Lena. Se separa de su bandada de culturetas ceceantes para acercarse y dirigirle la palabra. «Eres tú…, ¿no?».

«Andrea», sonríe Lena. «¡Qué alegría volver a verte!».

«Casi no te reconozco».

«He engordado un poco», admite Lena.

«Te sienta bien, querida», dice la muy zorra luciendo una sonrisa patibularia. «¿Estás trabajando en algo?».

«Bueno, lo intento».

«Muy bien. De todos modos», dice haciéndome una mueca que yo le devuelvo, «ha estado superbién verte, pero me temo que tengo que salir pitando. Tenemos una reserva para cenar. ¡Llámame!».

Sigo la pista de su culo de farsante hasta el grupo del que forma parte, y veo cómo se largan con la multitud que está saliendo a la calle. «¿Quién coño era esa gilipollas?».

«Ah, una vieja amiga. Siempre pensé que ella y Jerry…».

Dios mío, tiene que aprender a elegir sus amistades. Las que sean, coño. En la vida he conocido a una hija de puta tan aislada. No cabe duda de que el encuentro le ha tocado la moral, y cuando me deja en casa, ni siquiera consigo persuadirla de que suba a tomarse un batido de proteína. En ausencia de Sorenson, intento reposar en el sofá delante de la tele, cuando de repente llaman a la puerta. Es el chaval DJ de abajo, y lleva un gran paquete de FedEx casi tan largo como él. «Han traído esto para ti», dice.

Lo cojo y lo abro: es el Total Gym gratuito que enviaron a la agencia. Así que lo monto y lo pruebo. Comparado con el equipo de gimnasio de verdad parece endeble, pero la verdad es que está bien hecho y lo han dotado de un sistema de tecnología de cables. Después de sujetar los manillares conectados a los cables, me tumbo y empiezo a trabajar el pecho. Al cabo de unas pocas series me pongo a hacer otros ejercicios: unas patadas de tríceps y remo sentado para trabajar los músculos de la espalda. Puedo trabajar todas las partes del cuerpo y me gustan las variaciones posturales que puedo hacer: elevaciones de piernas para los abdominales y flexiones de bíceps. En una máquina de press de banca tengo los brazos en una sola posición. En el Total Gym puedo reproducir esta posición con los cables, pero dispongo de cierto margen de variación. Llevo más de quince años entrenando, y es posible que el Total Gym sea demasiado flexible para un novato. Incluso con supervisión, alguien como Marge o Sorenson podría hacerse daño con él si no hicieran los ejercicios correctamente. Creo que una máquina más controlada sería más eficaz y segura para personas como ellas. Y al igual que sucede con todas las máquinas, aun cuando tenga ciertos beneficios cardiovasculares, no puede reemplazar a sudar en la cinta, la bici elíptica o incluso caminar al aire libre. Es la clase de máquina que valdría para alguien como Lena Sorenson, *pero* solo en un entorno controlado.

Ahí está la madre del cordero: hay que *controlar* el entorno de Sorenson.

Debería irme a la cama, pero no consigo relajarme después del entrenamiento, así que sin ser consciente de lo que hago, me ducho, me arreglo y salgo a la calle de madrugada, haciendo un recorrido que me resulta familiar.

Vuelvo a entrar en el Club Uranus buscando a la chica que me hizo ojitos anoche, cuando estaba con Sorenson. A esta hora hay una clientela más pervertida y más lanzada, y la mayoría ya están listos para ir a por su presa. Me he traído una polla de veinte centímetros sin muchas venas y unas esposas forradas de piel. Me he puesto un vestido de noche y voy *femme* a tope. Alguna camionera se va a llevar el susto de su vida cuando le saque todo esto. Quiero hacer llorar como un bebé a una tía dura de pega.

No me cuesta demasiado encontrar a mi chica. Está en la barra, como si no se hubiera movido de ahí desde que la vi anoche luciendo ese aspecto de marimacho pobre y traviesa de catorce años a lo Hilary Swank en *Boys Don't Cry* que les gusta a tantas machorras para ir a tiro fijo. ¿Una machorra con pantalones amarillos? ¿A quién pretende engañar esta zorra? Me aproximo discretamente a ella y la saludo: «Ey».

«Ey…», dice ella a su vez. «¿Qué ha sido de tu amiga, la gordita?».

Me hago la tímida y hasta me muerdo un nudillo. «Ah, supongo que fue un pequeño experimento».

«A mí los experimentos me gustan».

Sabemos cómo acabará esto: derechitas a la calle, y de ahí al Blenheim, en Collins Avenue. Nos registramos en un abrir y cerrar de ojos y el pillo del recepcionista nos cobra la tarifa extraoficial por horas. Nos entrega la llave y subimos las escaleras. Nada más entrar en la habitación el tufillo a pis de la alfombra vieja nos asalta las fosas. En los trópicos las alfombras siempre son una cochinada, y las de un motel de mala muerte diseñado para el derramamiento de todos los fluidos corporales imaginables ya ni te cuento. Hay una cama de aspecto destartalado, dos mesillas de noche maltrechas, y un viejo reloj de pared parado en las 9.15, en el que una segunda manilla intenta subir como una araña en una bañera chasqueando lamentablemente al volver a su posición original.

Las paredes amarillentas de la habitación tienen una mancha dorada de nicotina, y también hay unas persianas pegajosas que no cierran correctamente. Una mirada somera al cuarto de baño evidencia una taza de váter y un lavabo profundamente manchados, además de un espejo resquebrajado y un plato de ducha en el que dudaría en meterme, que está cubierto por una cortina de plástico adornada con una erupción de esporas negras y azules. Pero no hemos venido aquí por la puta decoración. Me arrimo a Swank Boy[23], y mientras intercambiamos unos besos intensos y húmedos dejo que sienta la protuberancia de mi plástico contra la suya. Una caja de aluminio con conductos de ventilación situada bajo la ventana cobra vida ruidosamente y acto seguido se apaga con un estrépito impresionante. Sus ojazos verdes se dilatan. «¿Eres una trans? Quiero…».

Alargo la mano y le tiro del cabello. Lo lleva corto, pero tiene justo el suficiente para agarrarse. «Ay…», dice cuando la cojo con más fuerza y rodeo su cuello con el otro brazo y me coloco detrás de ella para aplicarle una llave.

«Ay…, esto no mola…». Forcejea un poco y está sorprendida por mi fuerza.

Mientras Swank Boy se va retorciendo con menos energía entre mis brazos le cuchicheo al oído: «Eres un chico muy malo y te voy a tener que dar una azotaina», a la vez que camino hacia atrás y la arrastro conmigo hasta la cama. Me vuelvo rápidamente sin aflojar mi presa y le aprieto el rostro contra la asquerosa colcha mientras busco las esposas dentro del bolso.

«¡No! Yo no recibo», protesta Swank Boy. «No hago el rollo *femme*, yo solo doy…».

«¿Que no recibes qué?».

«Polla…».

Dejo caer las esposas a su lado. Son superfluas. «Creo que me estás vacilando, Pantalones Amarillos. ¡Me tomas el pelo, guapa!».

«No, es cierto», chilla. «Nunca…».

«¡Chorradas! ¡Creo que lo que quieres es que te la meta!».

«No», grazna en tono gutural, y se revuelve un poco más mientras yo la sujeto con mayor firmeza.

«No se te ocurra intentar escapar, Judy Garland», le espeto al oído, pero ahora es todo teatro. «¡Te puedo partir ese puto cuello de zorra esmirriada igual que un palillo!».

«Pero yo…, ay, Dios mío…, esto *no es* lo que…».

Sus histriónicas protestas caen sobre oídos sordos mientras le voy quitando los pantalones amarillos, y de hecho me ayuda a quitárselos mientras sigue con sus ridículas protestas a medias: «Yo no contaba con esto…», mientras saco la polla, que empuja contra su culo y mi pubis. Aparto sus bragas y la meto en su coño reluciente.

Su cuerpo está tan tenso como un cable conectado a la corriente, pero ese coño tiene hambre, y devora lentamente hasta la última pulgada. «¡Ay, Dios!… ¡Yo no hago estooo!».

«Si hay dos zorras en una habitación, la psicópata *soy yo*. ¡Siempre!».

Se la meto hasta el fondo y le arranco un jadeo. «Ay…».

Estoy aporreándola con todas mis fuerzas al tiempo que trazo surcos con la base del consolador contra los bordes de mi clítoris.

«¡Más suave, joder! Me estás haciendo da…».

«Cierra la puta boca; no hay miel sin hiel», me burlo mientras empujo, y raspo la base del consolador con dureza contra mi pubis con movimientos largos y aparatosos, acompañados por golpes de cadera. Las dos nos corremos como generalas en lo que parece un pispás.

El reposo de después del coito es somero, y enseguida me quito de encima y me visto mientras ella sigue en la cama en estado de shock, con las rodillas debajo del mentón, en un estado disonante que oscila entre el de una víctima de violación y alguien que acaba de tener la mejor experiencia sexual de toda su vida. «Gracias, encanto».

«Eh…, sí, vale. Gracias», logra articular a duras penas. Pasará años intentando superar esta crisis de identidad. Entonces levanta la vista y dice con una semisonrisa: «Mira que ponerse elegante y entrarme como si fueras una de las

gemelas Olsen… ¡Eres una puta mala y retorcida!».

«No te quepa la menor duda», admito mientras le guiño el ojo y salgo por la puerta.

17. CONTACTO 7

Para: lucypattybrennan@hardass.com
De: michelleparish@lifeparishioners.com
Asunto: ¡Tienes lo que hay que tener, guapa!
¡Pues gracias!
¡Ya verás cuánto te ayudan las Páginas Matinales con esta clienta tan difícil!
Michelle X

Para: michelleparish@lifeparishioners.com
De: lucypattybrennan@hardass.com
Asunto: Éxito
Michelle:

¡Estoy en ello, cariño! ¡Espero que las Páginas Matinales me ayuden a encontrar el bloqueo y luego a disolverlo para que la gordura de mierda se marche y no vuelva a meterse dentro y se nos hinche como a Jabba el Hutt!

¡Superestrella Chel! ¡Te adoro!

Con mis mejores deseos,
Luce x

18. LAS PÁGINAS MATINALES DE LENA 2

Lucy me ha puesto la tarea de redactar las Páginas Matinales estas; son como las que Kim me dijo que probara. No pienses, dice, solo escribe. Pues vale. Pero no lo he hecho. Ahora me duele el culo espantosamente por la picadura de algún bicho, y Lucy acaba de decirme que viene a verme. Así que más vale que escriba, aunque sea de noche y no por la mañana y apenas pueda sentarme. A ver, ¿qué ha pasado hoy?

Cada cosa a su tiempo, y una cita no es una reunión de negocios. Pero hay límites definidos. Cuando Miles me propuso ir a tomar un café tuve mis dudas. Sabía que tenía alguna clase de rollo con Lucy pero que desde luego no eran pareja. Lo conocí en el gimnasio, ¡en un momento en que me sentía de maravilla conmigo misma porque me había esforzado como una loca y pesaba 89 kilos! ¡Era la primera vez en muchísimo tiempo que bajaba de los 90! Estaba encantada y le dije a Lucy que no pensaba volver a ponerme así jamás. Pero ni aun así se mostró satisfecha, y me echó una de sus miradas de cascarrabias.

Fue entonces cuando Miles se aproximó y empezó a darme conversación. Era una rata de gimnasio de pelo oscuro, mandíbula cuadrada y sonrisa nacarada Desprendía un no sé qué lustroso y sólido, casi como si fuera una encimera de mármol parlante. (Me pregunto si será que Miami atrae a la gente inane y limitada intelectualmente, o si son el sol achicharrante y la permanente exhibición de carne esculpida los que provocan cortocircuitos cerebrales e inducen semejante grado de simpleza). Me preguntó si me apetecía ir a tomar un café.

En cierto modo me sentí halagada; de hecho, lo primero que pensé fue «¡Chúpate esa!». Pero como Lucy es tan susceptible, pensé que sería mejor consultarlo antes con ella. Me acerqué a ella volviéndome para mirar a Miles, que estaba sentado en el bar de zumos naturales hablando con Toby, el recepcionista. Le dije a Lucy que me había pedido una cita. No pareció que ella estuviera celosa ni enfadada, más bien todo lo contrario. «Deberías aceptar», me recomendó. «Es un tiarrón inofensivo, más tonto que Abundio. ¡Podría ser divertido!». ¡Y a la vez que me lo decía me guiñó el ojo de forma muy lasciva!

¡Yo le respondí que solo se trataba de ir a tomar un cafelito de nada!

Así que Miles y yo salimos a la calle, y mientras nos marchábamos Lucy me recordó que no tomara otra cosa que no fuera té verde. Hacía un tiempo delicioso, cálido y fragante, y los edificios art déco despedían una dorada luz difusa. Fuimos al Starbucks de Alton. Miles estuvo amable, encantador incluso, a su peculiar y limitada manera. Parecía tan de pueblo que pensé que quizá hubiera salido de un sitio como Potters Prairie, y casi me llevé un chasco cuando me enteré de que era natural de Baltimore.

«Me gustaba mucho The Wire: era una serie estupenda».

«Donde esté Baltimore que se quite todo lo demás», replicó en un tono de aparente irritación mientras apretaba el paso por la calle. «Todas las ciudades tienen su lado oscuro, pero también deberían mostrar lo que cada una tiene de bueno. ¡Esos capullos de la tele son unos irresponsables!».

Entonces yo le dije: «Sin embargo, la única responsabilidad de los artistas es

ser fieles a sí mismos y contar la historia que tenga sentido para ellos…».

«Los Soprano, esa sí que era una serie guapa», me interrumpió Miles a la vez que abría la puerta de la cafetería y se acercaba al mostrador. No había cola «¿Qué quieres tomar?», preguntó, y sin aguardar mi respuesta, se volvió de nuevo hacia el camarero. «Para mí un café con leche largo con leche desnatada y soja».

A mí lo que de verdad me apetecía era uno de esos bollos de arándanos con azúcar glas y un capuchino Pero me había esforzado mucho, así que me limité a tomar un café americano. Seguro que Miles informaría a Lucy, y podía notar el peso de su hoja de dieta (tan difícil de seguir) en el bolso.

Miles y yo hablamos durante mucho rato, principalmente de (sus) regímenes de dieta y ejercicio, así como de su trabajo. «La gente se hace una idea de lo que somos los bomberos a partir de series como Rescue Me No somos una panda de tipos vanos y machistas, bueno, no todos», dijo exhibiendo una sonrisa tan infantil como forzada.

«Estoy segura de que así es», respondí yo con un poco de vergüenza ajena.

«¿Y tú de dónde eres?».

«De Minnesota».

«Vosotros tuvisteis La casa de la pradera y Entrenador, pero después de eso también tuvisteis muchos fracasos; Búscate la vida y Happy Town, por ejemplo, nunca cuajaron».

«Parece que ves mucha televisión».

«Solo programas de primera. No vayas a pensar que soy de los que se quedan en casa atontados viendo basura». Casi parecía ofendido. «La vida pasa volando, ¿no?».

Fue Miles quien propuso ir a tomar algo más fuerte Yo tenía mis dudas, porque el cielo se había cubierto y tenía pinta de que podía empezar a llover en cualquier momento.

A mí no me apetecía quedarme por ahí, pero tenía menos ganas aún de volver sola a casa. Supongo que eso dice mucho de la vida que llevo. Me llevó a darme cuenta de que no sabía lo que estaba haciendo, ni en aquel Starbucks concreto ni en Miami siquiera.

Fuimos un par de manzanas más al norte, a un sitio de la 14th Street que se llama Club Deuce. Estábamos entrando en el mismo instante en que un trueno hacía retumbar la densa atmósfera y un rayo amarillo laceraba el cielo oscuro y magullado como si de un látigo se tratara. Allí todo el mundo parecía conocer a Miles. Nos sentamos en unas banquetas de la esquina del fondo de una barra cuadrada larga y serpenteante. Yo me ceñí al vodka con soda, y Miles optó por ron con Coca-Cola. Continuamos charlando mientras oíamos repiquetear la lluvia en la acera y veíamos a bebedores empapados refugiarse agradecidos en el bar. La bebida me estaba sentando bien; me procuraba calor y relajación, y el ambiente distendido del bar contrastaba agradablemente con la tormenta salvaje que estaba cayendo en el exterior. Pedimos otra ronda. El panorama cambió cuando Miles me miró a los ojos con una sonrisa y me dijo. «Estás buenísima, ¿sabes? Te he estado observando mientras entrenabas con Lucy».

Empezó a presionarme más y eso no me gustó. Intenté cambiar de tema

hablando de Lucy, pero él se fue arrimando mientras me decía que entre ellos no había nada. Su aftershave me asaltó las fosas a despecho del humo de tabaco. En la solitaria pantalla de plasma que había detrás de la barra estaban echando algo sobre las gemelas siamesas, las hermanas Wilks de Arkansas «Supongo que lo que quiero decir», dijo Miles bajando la voz a la vez que entornaba los ojos, «es que me parece que sería estupendo hacer el amor contigo».

Cuando le dije que yo no era así, me malinterpretó y enarcó las cejas: «¿Te van las tías?».

Le dije que no me acostaba con gente a la que acababa de conocer. Él se encogió de hombros y dijo que su problema debía de ser que tendía «a currarse esa faceta a la velocidad de South Beach». Esbozó una sonrisa, levantó las manos y tiró de unas riendas imaginarias. «¡Sooo, vaquero!».

Yo tenía ganas de decirle a los Miles y Lucys de este mundo que a mí no me va el sexo sin compromiso, y no porque sea una mojigata, sino simplemente porque antes de acostarme con alguien, hace falta que esa persona me guste o al menos me excite. Y desde luego no lo haré por segunda vez sin que como mínimo le tenga cariño. «Soy así y punto», le dije. «El sexo sin compromiso siempre me ha parecido una forma de masturbación con pretensiones en compañía de un narcisista que necesita un público».

Esperaba que eso lo pusiera en su sitio, pero por lo visto ni se enteró. «Sabes, respeto eso que dices, pero tengo que serte sincero: creo que estás cañón y realmente quiero llegar a conocerte mejor».

Noté que me palpitaban las sienes, y una de esas migrañas a las que soy propensa se me echó encima como una inundación. El dolor suele ser tan intenso que suscita imágenes ardientes y atroces detrás de mis retinas. Necesitaba de verdad quedarme tumbada en el sofá a oscuras o distrayéndome; viendo animales monos en internet, respondiendo a correos electrónicos o hasta mezclando resina en el taller. Ya no quería seguir en el bar ruidoso aquel con ese tío.

A medida que la gramola iba subiendo de volumen, yo me sentía cada vez más ausente. Los ojos de Miles parecían hundirse cada vez más en sus oscuras cuencas Apenas los veía, pero seguía oyendo su voz, suave pero insistente: «… Y tampoco juego a rollos raros y desastrosos», a la vez que su expresión torva delataba la respuesta dolorosamente sincera que se suponía que yo tenía que darle.

«Muy bien…».

Entonces añadió: «… porque la divisa más chula que puede circular en cualquier relación es la sinceridad».

Era exactamente el tipo de frase que habría soltado Jerry. Casi me entraron ganas de echarme a reír; lo que fuera con tal de olvidar el insistente y punzante dolor de mi mandíbula, que iba imponiéndose a la depre en la que estaba cayendo. Demasiado alcohol. Mientras Miles pedía a voz en grito otra ronda, yo no paraba de pensar en Jerry: en la forma en que me incitaba a beber y luego me pedía que me desnudara completamente y me quedara inmóvil y de pie junto a la puerta del baño. Y luego que me diera la vuelta. Una y otra vez. Y tampoco paraba de pensar en Lucy haciéndome pasar por el mismo maldito rollo.

Tendría que haber dicho algo. Y precisamente cuando iba a hacerlo, noté la lengua de Miles en el oído.

«¡No!», grité. Algunas personas se volvieron. Le aparté, me puse en pie y salí corriendo a la calle, desde donde me dirigí a Collins Avenue y cogí un taxi. No sé si Miles salió detrás de mí gritando mi nombre «LENA,

ESPERA», o si solo me lo imaginé por culpa del caos que tenía en la cabeza.

El conductor del taxi —un latino que tenía un crucifijo colgando del espejo retrovisor y estatuillas de Jesús y de la Virgen María a ambos lados del salpicadero — me sonrió con una expresión que rozaba la lástima. Mientras el taxi se iba abriendo paso entre las calles atestadas, yo permanecí en silencio.

Ya en casa, no podía dejar de acordarme de Jerry. De los buenos tiempos en que nuestra relación era intachable. Empecé a llorar. Le envié un correo electrónico a mamá y luego seguí navegando por internet y pedí una pizza de chorizo de masa fina y una tarta de lima entera. La presión de la migraña amainó cuando me metí en Cute Overload y llegó la comida unos cuarenta minutos más tarde. Me arrellané en el sofá y encendí la tele: echaban una película en la que Al Pacino interpretaba a un director de cine de Hollywood que le oculta al mundo que en realidad la joven actriz protagonista supuestamente descubierta por él es un programa generado por ordenador. Me fijé en la pizza, en el aceite que impregnaba la caja de cartón, y en las lonchas rojas de chorizo, que contrastaban vivamente con el queso fundido en el que estaban inmersas. Luego me concentré en la tarta, metida en su contenedor de plástico, pensando en el sabor a cítrico, afilado como una navaja, que desprendería cada bocado. Pero primero la pizza. Una tajada de cada una, y el resto a la nevera. Un capricho que duraría toda la semana.

El personaje de Pacino utilizaba a la estrella generada por ordenador para vengarse de su exmujer, interpretada por la encantadora Catherine Keener, actriz que jamás en su vida ha tenido ni tendrá un kilo de más.

Al final aparecen los títulos de crédito y salgo del trance. Me fijo en los envoltorios vacíos desparramados por el suelo. Toda la comida había desaparecido. Sentí la ardiente contracción provocada por el miedo alojado en mi pecho mientras las lágrimas me surcaban las mejillas. Calculé las calorías y lloré de pena.

Mi primer impulso fue levantarme para ir al cuarto de baño, meterme los dedos en la garganta y vomitarlo todo. En lugar de eso, me fui al estudio y empecé a afrontarlo, como me había sugerido Lucy que hiciera Estaba en el jardín debatiéndome frenéticamente con la llave en la cerradura, tratando desesperadamente de trasladarme a un lugar donde pudiera olvidarme de lo que acababa de hacer, ¡cuando sentí un dolor agudo y horroroso en la nalga, igual que si acabara de picarme alguna clase de insecto!

Me metí otra vez en casa cojeando y con un dolor tremendo, y me tumbé boca abajo en el sofá llorando desesperadamente a moco tendido. Empezó a vibrar el móvil: era Lucy. Le conté lo que me había pasado (lo de la picadura, no lo de la comida) y me dijo que se acercaría inmediatamente. Me levanté a duras penas y escondí las cajas vacías debajo de la cama, porque sabía que registraría todos los

armarios. Tenía que hacer las Páginas Matinales esas, cosa que de hecho me hizo sentirme mejor. Luego puse en marcha la cinta de correr que había instalado en el cuarto de estar, y aunque todavía me dolía el trasero, empecé a caminar.

19. ASESINA DE CULOS

Me levanto temprano y meto el Total Gym en el maletero del coche. Por la mañana toca ir al MMMA y hacer un poco de kickboxing con una pareja de camioneras; las dos son funcionarias de libertad condicional estresadas cuya zona incluye Little Haiti. *Sacré bleu*! Luego voy a comer a Whole Paycheck[24]: una lasaña de trigo integral y espinacas sobre un lecho también de espinacas; la app Lifemap del iPhone no marca más de quinientas calorías. Y después salgo pitando hacia el mal llamado Bodysculpt para encontrarme con Lena Sorenson.

Sorenson da un peso de exactamente 89,5 kilos. Y sí, ha sido en la báscula oficial. Pero sigue perdiendo peso de forma mucho más lenta de lo deseable. La forma en que ha chillado de alegría por haber bajado de los noventa me irrita que te cagas. Decido someter su culo a cardio y hacerla quemar grasas a tope. Primero la pongo en la bici elíptica para que haga un entrenamiento de 4 × 15 minutos, y aumento el nivel de resistencia de entre 8 y 10 a entre 12 y 14. Luego, cuando aparece Miles luciendo esa sonrisa promiscua que en un primer momento pasa por guay —hasta que te das cuenta de que el tío es, en fin, un poco lerdo—, me llevo a Sorenson a una de las cintas y la pongo a 9,5 kilómetros por hora.

Tras hacer unos estiramientos, Miles se sube a la cinta de al lado. Cuando saluda a Sorenson con un gesto de la cabeza y una sonrisa, ella se vuelve hacia él. Él le hace algún comentario cursi que no capto. Sorenson responde con una sonrisa vacilante, pero no se la ve nada contenta. No solo la hice trabajar en pendiente, sino que cada cuatro minutos la obligué a ir a tope durante un minuto entero. «Estoy intentando hacer arrancar tu metabolismo».

Reacciona con la cara de morros recalcitrante habitual de los tocinos fracasados, lo que me deja fría. *Harás lo que yo te diga, pues yo soy el poder supremo; soy la diosa del cuerpo y te someterás a mí*… Durante los últimos cinco minutos subí la intensidad hasta los 16 kilómetros por hora y le pedí que fuera a toda máquina durante los dos últimos. Cuando iba boqueando, hacia el final de la sesión, señalé el contador de calorías con el dedo. «¡Setecientas veintidós! Eso es lo que espero de ti. ¡Eso es lo que tienes que darme!».

Sorenson responde temblorosamente, choca su palma contra la mía, y se marcha, sudorosa y jadeante, al bar de zumos naturales a tomarse un brebaje de zanahoria y brócoli. Es entonces cuando Miles, con la toalla alrededor de los hombros, se acerca tranquilamente a ella, y oigo cómo le dice: «Parece que hoy estabas echando el resto».

Y entonces aparece mi simpática ancianita judía, Sophia Rosenbaum. Sophia acaba de enviudar. Le ha costado mucho volver a salir a la calle y empezar a hacer cosas. Así que la someto a un entrenamiento suave en la bicicleta para proteger una rodilla reducida a esquirlas de hueso y rodajas de cartílago por los estragos del tiempo. Escuché sus relatos sobre hijos y nietos en lugares remotos sin dejar de espiar en todo momento a Miles y Sorenson.

Y en efecto, después de haberse pirado para ir a ducharse, Lena se acerca en plan sumisa y me pide el visto bueno para irse con Miles, que la espera junto a la puerta, ya duchado, con el pelo mojado peinado hacia atrás y los piños fuera.

¿Que si me parece bien? ¡Ay, si esta tonta del culo supiera que todo esto es un montaje urdido por mí para que la maten a polvos…! Vuelvo con Sophia mientras Miles y Sorenson se marchan del gimnasio.

Después de terminar de entrenar a Sophia y tomarme un té helado con ella, recojo las llaves de la conejera que mamá y Lieb tienen en el centro y me voy para allá. Desde la última planta me asomo a la calle y miro hacia abajo. En uno de los lados podía ver los coches surcando la Interestatal 95 a toda velocidad, pero las aceras estaban vacías. Pues sí, aquí se puede entrenar, y con una privacidad total, así que vuelvo a bajar las escaleras, saco el Total Gym del maletero del Caddy y lo subo en el ascensor. A continuación lo monto en el piso de mamá. Luego me voy al gimnasio de al lado, donde me doy cuenta de que las cintas de correr tienen unas ruedas que se pueden bajar con un pedal. Empujo una de ellas hasta el piso. Eso no está bien, pero, en fin, solo la estoy tomando prestada. Levanto la vista hacia la viga de acero del techo y hago un poco de pole dancing en plan stripper en uno de los pilares de sustentación —del grosor de un andamio— sujetándome a él con las piernas, colgada boca abajo y soportando fácilmente mi propio peso mientras la sangre se me baja a la cabeza. ¡Imagínate a una de la cuerda de Sorenson haciendo eso! Luego me pego un buen entrenamiento mientras veo mudar el cielo detrás de todos los edificios vacíos que tengo alrededor.

Hacia el final de la tarde me acerco a MMMA y hago una sesión de combinaciones con guantillas de foco con Emilio en el cuadrilátero. Si Bodysculpt parece un club nocturno impoluto, entonces MMMA es una fábrica de sudor. En la sala de máquinas, el sonido de los gruñidos provocados por el esfuerzo que se oyen por encima del entrechocar de metales hace pensar en un cagadero para estreñidos crónicos ubicado en una estación de mercancías ferroviaria en desuso. El estrepitoso sonido del reloj de asaltos, que da por culo con su secuencia autoritaria de luz verde-ámbar-roja, intensifica el efecto. Al otro lado del hangar hay grupos de boxeadores golpeando sus sacos en función de las combinaciones que les va espetando el entrenador, ahogando la machacona insistencia del hip-hop urbano.

A Emilio y a mí nos une el hecho de que los dos somos guerreros, y casi casi lo bastante buenos pero no del todo. Digan lo que digan, primero están los ganadores y luego todos los demás. Ser el número dos es lo mismo que ser el último. Yo toqué techo en 2007, en el Marriot Orlando World Center, cuando perdí mi última oportunidad de ser campeona del mundo de Muay Thai. El año anterior había conseguido a llegar a la semifinal de Cedar Row, Iowa, pero me topé con una machorra inquebrantable cuyo nombre no puedo ni pronunciar, pero que era como Marvin Hagler en mallas, pero con unas manos más rápidas y más potentes. Al año siguiente volví a enfrentarme a ella. Había entrenado como una hija de puta y me encontraba en forma óptima para la revancha. Una vez más, peleé con valentía, pero aquella puta bestia de camionera estaba doctorada en hacer pupa y pateaba como una mula. Mortificarse a cuenta de dos malas derrotas no es bueno para el alma, así que solo diré que me di cuenta de que no iba a poder vencer a aquella hija de puta, que era casi cuatro años más joven que yo. Mi trayectoria como competidora había terminado.

Emilio eso lo entiende. Hay una foto estupenda de él tendido en la lona cuando lo noquearon por primera vez. Evidentemente no la tiene colgada aquí, pero yo la he visto y me identifico con él. Es esa expresión de pero-qué-coño-ha-pasado, menos de temor que de lenta y triste comprensión de que mientras tu verdugo se pavonea en vertical, tú acabas de toparte con tus limitaciones. Pero me encantan los huevos que le echa Emilio; ha optado por una Warrior Pro Strike Pad en lugar de un escudo de cuerpo entero, lo que significa que tendrá que protegerse con rapidez de las combinaciones que me grita que le lance. Se le ensanchan las fosas nasales, y luce una expresión de concentración ardiente mientras yo suelto una sucesión de puñetazos y patadas.

Cuando terminamos, hago mi primera sesión con Annette Cushing, que mantiene de forma impresionante la compostura al entrar en el cavernoso edificio. La mayoría de los clientes de Bodysculpt jamás lograría atravesar esas puertas. La llevo hasta uno de los sacos pesados y le enseño cómo vendarse las manos. Luego hacemos un calentamiento de quince minutos largos antes de mostrarle las distintas guardias y los desplazamientos fundamentales. La tengo haciendo sombra conmigo ante el espejo durante diez minutos. Luego le enseño toda la gama de puñetazos y patadas en los sacos y la llevo hasta el máximo de intensidad, haciéndola parar solo para pulir su técnica. Terminamos con unos ejercicios de abdominales y unos estiramientos. Annette acaba agotada y sudando a chorros. Y también lleva un subidón más gordo que una puta de crack con un billete de lotería premiado en el bolso. «Nunca había hecho un entrenamiento así, Lucy. ¡Lo tiene todo!».

Aquello es como música para mis oídos, porque sé que Mona, con su Pilates de *femme*, se va a poner furiosa. Así que todo bien. Concertamos otra cita antes de que entre por la puerta Grace Carrillo y entrenemos juntas con las pesas y la barra de dominadas.

Luego, mientras nos duchamos, intento no pensar en el coño de Grace (rasurado, supongo, con el estremecedor interior rosado expuesto y contrastando con su hermosa piel color ébano), y por último, antes de marcharme, me tomo un zumo con Emilio.

Así que vuelvo a casa, donde no hay fotógrafos ni periodistas a la vista, e intento disfrutar de unas reposiciones de *The Biggest Loser* (a veces Bob y Jillian tienen más paciencia que un santo) pero sin dejar de preguntarme si Miles estaría follándose a Sorenson.

Saco el vibrador, totalmente decidida a saciarme el coño; sin embargo, cosa frustrante, estoy demasiado distraída hasta para *Terminator 2*, que tengo permanentemente puesta en el reproductor de DVD. Es la mejor película realizada jamás, y una de las mejores películas feministas de todos los tiempos. Olvídate del monstruo de polla atrofiada por los esteroides; Linda Hamilton es el epítome de la agresividad pasada de rosca de puta madre. ¿Y qué decir de la cerda anoréxica que sustituyó a Hamilton en el papel de Connor para la serie de televisión? Ni de coña, tío. Esas extremidades enclenques nunca podrían izar ese cuerpo hasta una barra de dominadas. Hay que fijarse en cómo nunca ruedan las dominadas en plano largo. ¡Dejad de vacilarnos, cadenas televisivas!

Para compensar, hago unas llamadas y hablo por teléfono con Chef Dominic; luego envío unos cuantos correos electrónicos, sobre todo a clientes. Sin embargo, no logro pensar en otra cosa que en Miles y Lena. Finalmente la curiosidad me puede, así que me subo al Caddy y me dirijo al norte, a casa de Sorenson. Cuando llego allí el ambiente está cálido y pegajoso y está empezando a caer la noche. Aporreo la puerta. Otra vez. Y una vez más. ¡No está en casa!

Espero fuera, en el Cadillac, e intento imaginar cómo sería un encuentro sexual entre ambos. Miles es un tío estrictamente *ground and pound*[25], sin una pizca de sensualidad en todo su cuerpo de robot. Cuesta concebir qué podría aportar una gordita como Sorenson al menú carnal. Solo espero que Miles la esté machacando hasta hacerla llegar a alguna clase de éxtasis.

Me doy una vuelta con el coche mientras suena a todo trapo la versión de «Roadrunner» de Joan Jett, que acompaño a voz en cuello. Me descubro atravesando Little Haiti, donde siempre me sorprende el pub inglés situado en pleno centro del distrito, en el que veo entrar resueltamente a grupitos de varones británicos obesos expatriados, todos con pinta de paquetes de salchichas de Frankfurt empaquetadas.

Son aproximadamente las once cuando vuelvo a casa de Sorenson. Su coche está aparcado a la entrada. Aparco el mío en el parking Publix y me acerco a la verja, desde donde me agacho y observo a través de la ventana. Tiene que haber estado en casa de Miles. Pero no tiene pinta de recién follada. Se la ve inquieta, y sale fuera y luego se mete en casa otra vez mientras yo me oculto detrás del arbusto de hibisco. Esas constantes idas y venidas entre la casa y el estudio, sin ningún motivo concreto, empiezan a mosquearme un huevo. Vuelvo a hurtadillas al Caddy y saco la pistola de aire comprimido del calibre 22 del maletero mientras echo miradas furtivas a un lado y a otro de la calle. Por aquí nunca hay nadie, pero no deja de seguir siendo un posible riesgo.

Espío tras un gran arbusto floreciente que está en la parte trasera de la casa. Entonces Sorenson sale de nuevo al patio trasero y activa una luz de jardín automática, lo que me hace pegar un salto hacia atrás para ocultarme detrás del hibisco. Algo cruje bajo mis pies, pero mientras forcejea bajo la tenue luz del foco autosensor con la cerradura de la puerta del estudio, Sorenson no parece oír nada. Apunto con la pistola a su voluminoso culo enfundado en pantalones cortos de licra; es un blanco al que resultaría casi imposible no acertarle. «Dita sea», musita en voz baja mientras aprieto el gatillo y escucho un *pffft* de aire seguido por un «Aayy… qué… ay, Dios… ay… ay… ay…» y veo a Sorenson, boquiabierta y acariciándose el culo mientras mira a su alrededor con expresión de desconcierto y de dolor.

Mientras ella vuelve a casa cojeando entre muecas de dolor y masajeándose el culo, yo retrocedo sobre mis pasos y salgo de nuevo a la calle, atravesando la verja abierta y doblando la esquina hasta llegar a mi coche. Cojo el teléfono y marco el número de Sorenson.

«¿Lena S? Soy Luce», digo en un tono agudo y picarón de chica de gueto. «¿Qué coño pasa, bonita?».

«¡Ay, Lucy, no me encuentro bien! ¡Acaba de picarme un bicho en el culo! ¡No

sé qué ha podido pasar!».

«¿Picado? ¿Te refieres a un insecto?».

«Creo que sí, pero me duele una barbaridad. ¡Es como si me hubieran apuñalado!».

«¿Dónde? ¿Dónde te ha picado ese bicho?».

Silencio. Y a continuación: «Te lo acabo de decir: en el culo».

«Guau…», y resisto el impulso de soltar un puto torrente de carcajadas. «Lo siento, pensé que cuando has dicho que te habían picado en el culo lo decías en sentido metafórico, no literal. Voy para tu casa. Estaré allí dentro de media hora aproximadamente».

Cuando regreso a casa de Lena y entro caminando detrás de su tembloroso culo, ella sigue haciendo muecas de dolor. «Me duele tanto el trasero…».

«Qué lástima…», me compadezco mientras pasamos al cuarto de estar. «Lo malo de este clima es que acabamos llenos de especies invasoras. Dudo que el bicho ese que te ha picado sea autóctono. Anoche en la PSB vi un programa sobre cómo se enfrentan las pitones a los caimanes en los pantanos de los Everglades…». Me quedo completamente anonadada cuando veo una cinta de correr montada delante de la televisión. ¡Si dijera que estoy impresionada me quedaría corta! «¡Muy bien hecho!».

«Pensé que podría quemar calorías mientras veía series de HBO y Showtime».

La muy hija de puta tenía que concretar la mierda de televisión por cable que ve y refrotármela por las narices, a sabiendas de que yo solo puedo ver la programación de las cadenas.

«¿Has hecho las Páginas Matinales?».

«Sí…», dice señalando seis folios que hay encima del escritorio de su despacho.

«Estupendo. Tráelas».

«Tengo que confesar que acabo de hacerlas ahora, esta mañana se me ha olvidado».

Tiro las hojas sobre el escritorio.

«¡Pero fueron útiles!».

«¿Por qué te crees que las llaman Páginas *Matinales*, eh? ¡Eh! ¡Porque se hacen por la mañana, coño! Estas no valen para nada», le espeto.

«¡No me grites! ¡He tenido un mal día!».

Bajo un poco el volumen, porque tengo que examinar ese culo. «De acuerdo, Lena, disculpa», digo suavizando el tono. «Déjame ver esa herida…» y enseguida acaba tumbada en el sofá conmigo en cuclillas encima de ella, con los pantalones en torno a los tobillos y las bragas todavía puestas, pero arrebujadas alrededor de la raja del culo, dejando a la vista esas grandes y pálidas nalgas llenas de piel de gallina. Sorenson debe de ser la tía más blanca de todo el sur de Florida. ¡He marcado al rojo el culo blanco azucena de esta zorra! «Tiene mala pinta», le digo mientras doy ligeros toques a la herida con antiséptico. Ya se está poniendo amarilla y amoratándose en torno a la lágrima roja provocada por el balín. «Una especie invasora…, me jugaría un dineral».

Vaya que sí, joder: podría separar esos temblorosos globos hasta ver el vello

púbico de su coño enroscándose en torno a esas bragas y… pero no, mantengamos la profesionalidad. «Voy a limpiar esto un poco…», digo con voz grave y ronca.

«Mmm…», farfulla Sorenson boca abajo contra el cojín.

Tras limpiar la herida y ponerle una tirita, me levanto. «Ya está».

Luego nos sentamos una al lado de otra en el sofá a ver ese televisor de plasma de setenta pulgadas mientras Sorenson intenta no cargar el peso sobre la nalga perjudicada. Las siamesas han vuelto; dan un programa muy documentado sobre su enfermedad. Nos muestran fotografías históricas de personas que la padecieron anteriormente. Comentario del envarado actor mariquita: «Los gemelos siameses se clasifican según el punto del cuerpo por el que están unidos. Amy y Annabel Wilks pertenecen al tercer tipo más común de gemelos siameses, el de los gemelos onfalópagos, que constituyen aproximadamente el quince por ciento de los casos. Ambos cuerpos están fusionados por el tórax inferior. Sus corazones están separados pero comparten parcialmente un hígado, el sistema digestivo y algunos otros órganos».

«¿Compartir coño? ¡Vaya una puta mierda!».

«Pobres chicas», se lamenta Lena. «Dudo que compartan una vagina, pero sí determinadas terminaciones nerviosas. Así que a todos los efectos eso significa que si el tal Stephen mantiene relaciones sexuales con una, entonces técnicamente lo estará haciendo con las dos. Es espantoso. ¡Es una violación!».

«¿Qué?».

«No cuenta con su consentimiento. El de Amy».

«¡Ni de coña! ¿Me estás vacilando?».

«¡Es así!».

«Yo no lo veo así. ¿Me estás diciendo que está bien que la pobre Annabel no pueda follar con el chico al que quiere porque la puta frígida de su hermana, Amy, ese adjunto de mierda, no está dispuesta a sacrificarse por el interés general?».

«Eso es repugnante, Lucy. ¿Qué clase de feminista eres?».

«De las que de vez en cuando se come un rosco. Parece ser que tú eres de las otras», insinúo mientras las mejillas de Sorenson se ruborizan. «Y ya que estamos, me muero de ganas de preguntarte: ¿qué tal te fue con Miles, el del gimnasio?».

«Bien», dice Sorenson, mirándome mientras se despelleja las uñas.

«Dame todos los detalles escabrosos. ¿Te lo montaste con él?».

«Ya basta».

«¡Venga! ¡Por Dios, Lena! ¿Habéis follado o no?».

«¡Eso no es asunto tuyo!».

«¿Eso quiere decir que no?».

«A veces, Lucy, te comportas como una pava bocazas de colegio mayor de mucho cuidado», dice poniéndose de morros antes de levantarse y subirse a la cinta. Solo está puesta a 6,5 kilómetros por hora, pero por lo menos lo ha hecho sin que yo la haya inducido.

«¡Venga, Lena!».

Intento ver más allá de la grasa, de la horrorosa y antiestética grasa. ¿Y qué es lo que veo? Una mirada que se te clava y una boca contraída en una cara pálida

con unas pequitas en forma de media luna a un lado, como una constelación: lo único que le impide ser bella es su aspecto de susto y tensión. Y un cabello encrespado que le llega hasta los hombros, que siempre anda apartándose de los ojos y colocándose detrás de las orejas.

Después de su «entrenamiento», entramos en su estudio. El olor a resina y productos químicos me hace lagrimear otra vez. Parpadeo hasta volver a ver claro y entonces veo un montón de huesos de plástico que Sorenson ha fabricado con sus moldes, sentada en su mesa de trabajo. Ahora el esqueleto del gran alienígena está colgado, como una marioneta, de una serie de alambres conectados a una de las vigas del techo. Resulta tan expresivo como macabro. «Estás adelantando mucho».

«Lo sé, pero hay algo que sigue sin convencerme del todo», dice ella mientras coge una cámara y le saca más fotos para complementar las que ya ha tomado desde ángulos diferentes, que están todas colocadas con chinchetas en una serie de tablones. A continuación coge un cráneo de uno de los bancos, lo sostiene a contraluz y luego lo sostiene junto al cráneo de fibra de cristal del alienígena.

«¿Eso no será un cráneo humano?», le pregunto.

«No. Es de un gorila que murió recientemente en un zoo de Atlanta. Me costó mucho dinero conseguirlo. Por desgracia, no me va a valer». Me sonríe y por un instante experimento un desasosiego terrible; pero luego vuelve a dejar el cráneo donde estaba y la sensación desaparece.

20. FUTURO HUMANO – EL PROCESO

Como artista, Lena Sorenson se muestra esquiva acerca de los procedimientos que emplea y que describe diciendo que «varían de un proyecto a otro». Pero está claro que hace bocetos pormenorizados de sus paisajes y que luego inserta en ellos a sus personajes. También se sabe que Sorenson ha empezado a utilizar herramientas de previsualización de software, y que construye espacios en los que después sitúa a sus figuras, manipulando sus posturas y sus relaciones mutuas. «Quería crear la sensación de que aunque la imagen formara parte de una escena cambiante, produciría la misma impresión estática de permanencia que un boceto. Y estas herramientas me ayudan a establecer relaciones espaciales completamente correctas entre mis figuras».

A continuación, Sorenson, que ha estudiado taxidermia, monta la estructura esquelética de las criaturas. Habitualmente, cuando se trata de las piezas más pequeñas, lo hace a partir de los huesos conservados de las aves y los mamíferos más pequeños. Sorenson crea una «nueva» criatura combinando las partes esqueléticas de las viejas para constituir el marco, mezclando fragmentos óseos de brazos, las piernas y columnas vertebrales. Las composiciones más grandes, debido al mayor tamaño de los huesos (sobre todo el cráneo y la pelvis, que ayudan a definir el aspecto y la postura, y por consiguiente las expresiones y la forma de moverse de la «nueva» criatura), presentan más problemas. Suele crearlos a partir de cero construyendo moldes. Después Sorenson une los huesos con alambres por secciones. La siguiente fase consiste en cubrir esos huesos de «carne». Sorenson se ha mostrado hermética respecto de cómo hace esto, pero es probable que requiera el empleo de algún material sintético parecido a la arcilla, que se esculpe en torno a los huesos para formar la figura antes de colocar la estructura entera dentro de una caja enorme y hacer modelados de la forma. A continuación Sorenson retira la «carne» de las estructuras óseas, las introduce en los moldes hechos de antemano y vierte en estos una resina que se solidifica en torno a ellas.

El resultado es una estatuilla o, cada vez más a menudo, una figura a escala natural dotada de una «piel» externa de color verde parduzco. La resina moldeada apenas es lo bastante translúcida como para que los huesos suspendidos en su interior resulten visibles. Sorenson sostiene que se vio subliminalmente influida por los pedazos de fruta suspendidos en los postres de gelatina que preparaba su madre. Finalmente, aplica los conocimientos de un maquetista para añadir detalles; por ejemplo, a menudo coloca sobre el cuerpo púas hechas de cabello humano real.

21. CONTACTO 8

Para: lucypattybrennan@hardass.com
De: michelleparish@lifeparishioners.com
Asunto: Éxito

Yo lo único que puedo decir es que mi mantra siempre ha sido «lo que haga falta para lograrlo». No admito el fracaso. Jamás. Hay que triunfar por todos los medios necesarios.

¿Qué tal resultado te están dando las Páginas Matinales?

Michelle

Para: michelleparish@lifeparishioners.com
De: lucypattybrennan@hardass.com
Asunto: Éxito

Gracias. Esperaba desesperadamente que dijeras eso, pero en última instancia sabía que lo harías. Ahora estoy más convencida que nunca de tener razón. ¡Realmente eres una visionaria tremendamente inspiradora, Michelle!

Luce x

Para: lucypattybrennan@hardass.com
De: michelleparish@lifeparishioners.com
Asunto: Éxito

¡Vaya, cuántas alabanzas! ¡Gracias! ¡Lo intento!

M x

P. D.: ¿Cómo van las Páginas Matinales?

Para: michelleparish@lifeparishioners.com
De: lucypattybrennan@hardass.com
Asunto: Éxito

He probado con las Páginas Matinales y sigo haciéndolo. Tú tienes una clientela motivada, Michelle, pero esta zorra…, francamente, carece de respeto. Le dije a la muy vaga que escribiera unas Páginas Matinales. Por supuesto, no lo hizo, sino que redactó apresuradamente una mierda aquella misma noche, cuando fui a visitarla, porque le había picado en su enorme culo algún bicho.

Le dije que esas páginas no valían para nada y que no quería verlas. ¡Le comenté que se llaman Páginas Matinales porque se hacen por la MAÑANA! ¡Obviooo!

L x

22. UN ENTORNO CONTROLADO

Vuelve a haber unos cuantos ahí fuera, en la entrada, de pie parados o sentados en el interior de coches aparcados. Lo habitual es que sean por lo menos dos, a veces más. ¿Por qué lo hacen? ¿Qué coño quieren? Todos los días hay un centenar de celebridades menores haciendo el ridículo en fiestas de South Beach. Y, no obstante, cada vez que los medios se olvidan de mí, Quist y Thorpe vuelven a interpretar en pantalla su tóxico numerito de dúo cómico. Valerie no me devuelve las llamadas; quitando algún SMS que otro en el que me dice *Mantén bajo el perfil* y haber comprobado que recibí el Total Gym de obsequio, la muy hija de puta me ha dejado tirada.

¿Putas Páginas Matinales? ¿Acaso se puede salir de una situación de mierda *escribiendo*? Ni de coña. Pongamos los pies en la tierra.

Las estadísticas de Sorenson sencillamente no cuelan. Llevamos casi dos semanas con el programa y solo ha perdido tres kilos y medio. A este ritmo, ponerle las pilas a esta fracasada que me hace perder el tiempo me llevará PUTOS AÑOS DE LOS QUE NO DISPONGO. Cuanto más me llama y más la veo, más empeora mi vida. Me revienta que esa puta chalada me haya metido en semejante follón. Si esa tocina acojonada de los huevos no me hubiera filmado con el móvil y no hubiera entregado luego la grabación a esos capullos de la tele, nunca habría tenido que apechugar con este grado de celebridad ni con la caza de brujas consiguiente. ¡Y ahora sigue tocándome las narices!

Hay que tomar medidas drásticas.

A la Reina del Orgullo Porcino de Potters Prairie no voy a sacarle una palabra, así que llamo a Miles. «Entonces, ¿hubo tema o no? ¿Quién le hizo una limpieza de bajos a quién? ¿Echaste mano de la manguera de bombero o no?».

Silencio cauteloso seguido por una confesión de medio pelo. «No conseguí tirarme a la tal Lena. Supongo que aún se siente mal por lo de su ex. A todos nos han roto alguna vez el corazón, Lucy. No conoces el pasado de la gente. No está bien aprovecharse de alguien que se encuentra en esa situación. Es una tía maja».

Capullo inútil. Que le den. «Vale. Lo intentaste. Fracasaste. Culpa mía. Está claro que la tarea te venía grande en todos los sentidos».

«Lucy…».

Le cuelgo. Otro mariquita dispuesto a mimar a los débiles. ¿Por qué? Porque es uno de ellos. Una tableta de chocolate y unos pectorales bien definidos no cambian nada al respecto.

Conque a tomar por culo. Si quieres que algo se haga bien tienes que hacerlo tú misma, coño. No puedes fiarte de nadie. Todo el mundo va a la suya y te joderá por cualquier ventaja personal de mierda de tres al cuarto. Así que tienes que ser dura. Tienes que aplastar a todos esos hijos de puta bajo el talón, porque, no nos engañemos, ellos te harán lo mismo a ti en cuanto des un puto indicio de debilidad.

Me paso por casa de Sorenson. Pese a que se sube al Caddy con gesto receloso, se la ve animada. «¿Adónde vamos hoy? ¿Al gimnasio? ¿A Lummus

Park? ¿O a Flamingo?».

«Vamos a variar un poco», le digo mientras atravesamos el puente MacArthur rumbo al centro de Miami. «Es una sorpresa».

«¡Me encantan las sorpresas!».

Así que subimos en ascensor hasta la planta veinte del edificio de mamá. Cuando bajamos, le digo a Sorenson que vamos a subir corriendo las escaleras hasta el ático de la planta cuarenta. Prorrumpe en una protesta lamentable. «¿Por qué no puedo utilizar el StairMaster del gimnasio?».

«No, tenemos que variar un poco. Esta vez vamos a subir escaleras de verdad. Hasta arriba del todo. Pero en el piso de mi madre nos espera una recompensa: comida sana y nutritiva, y también uno de esos batidos de proteína con manteca de cacahuete y chocolate negro que tanto te gustan».

En la mirada de Sorenson brota el brillo del apetito, haciendo saltar por los aires las atrofiadas sinapsis escandinavas que sin duda llevan generaciones aquejando a su familia. Prácticamente puedo ver bailar sus papilas gustativas en esa caverna voraz que tiene por boca.

Y allá vamos…

«Venga, Lena; ¡un, dos, tres, cuatro!», le espeto mientras señalo las escaleras y dejo a Sorenson boqueando tras mi estela. Al cabo de unos pocos tramos, los jadeos resultan menos perceptibles. Enseguida me doy cuenta de que he dejado a la puta bola de sebo muy atrás.

Voy subiendo de espaldas, antes de pararme en un recodo y ver cómo ese caracol abotargado y con la cara roja se afana por completar otro tramo. «¡Venga! ¡Tú puedes!».

Al llegar a la planta treinta y dos, Sorenson levanta su rostro escarlata y me mira. Es la cara de una criatura obesa y mimada. «Uf… uf… uf…».

«¡Venga, Lena Sorenson! ¡Puedes hacerlo!».

«Lo intentaré…».

«No lo intentes: ¡hazlo! Solo los lloricas lo intentan. ¡Los triunfadores no lo intentan, coño, los triunfadores lo hacen! ¡Intentarlo es predisponerse a fracasar! ¡Hazlo! ¡HAZLO! ¡HAZLO! ¿Has escrito tus Páginas Matinales esta mañana?».

«No lle… tenía intención de escribirlas, pero…».

«¡ESO NO VALE PARA NADA! ¡ESO NO VALE PARA NADA, JODER! ¡VENGA! ¡HAZLO! ¡HAZLO! ¡HAZLO!».

Vamos por la planta treinta y seis, y la fracasada desobediente de mierda de Sorenson ya va a paso de caracol. Esas piernas débiles y achaparradas se afanan por encontrar la energía neumática suficiente para propulsar ese repugnante montón de manteca hasta el siguiente escalón de hormigón. «Ay, Dios mío…».

«¡Quita las manos de la puñetera barandilla!», le grito. «Venga, Lena, cariño, venga, ¡enséñales quién es Lena Sorenson! ¿Es una gigantesca víctima culogordo?».

Sorenson me mira con gesto lúgubre. «Por favor…», suplica.

Bajo y la cojo con fuerza de los *hombros*. Siento carne. *No* debería estar sintiendo carne fofa y floja en sus hombros. Hinco las uñas en esa horrible manteca. «¿ES UNA GIGANTESCA VÍCTIMA CULOGORDO? ¡NO! ¡DILO, JODER! ¡DI NO, LENA!».

«¡NO!», resuena el grito desafiante y desolado de Sorenson por el hueco de la escalera del edificio fantasma. Escarba en lo más profundo de su ser, sacando fuerzas de flaqueza de su gelatinosa estructura corporal.

«¡ÉSA ES MI CHICA! ¡GUAPÍSIMA! ¡LENA SORENSON ES UN PEDAZO PIBÓN QUE VUELVE CABEZAS EN TODOS LOS PUTOS BARES DE OCEAN DRIVE!».

«¡SÍ!».

Volvemos a ponernos en movimiento; Lena resopla y gruñe, luchando para dar cada paso, con el metabolismo movilizado hasta tal punto que estará quemando grasas durante horas. «¡Estás hecha una máquina de quemar grasas, Lena S!».

«Máqui… na… de… quemar…».

Para cuando llegamos a los últimos tramos de escalera, Sorenson prácticamente se está arrastrando. Acaba literalmente de rodillas. «¡Venga, Lena! ¡Arriba!».

Se levanta y yo la acompaño al interior del piso sin amueblar. Lo único que hay en él son la cinta de correr de mamá, el Total Gym, una silla, un colchón hinchable y el edredón que traje ayer, en el que Lena se deja caer agradecida.

Y en la cocina, mis suministros, y empiezo a trocear unos plátanos. «Relájate. Estira esas piernas», le grito mientras echo la fruta a la batidora con yogur desnatado, manteca de cacahuete, polvo de proteína con sabor a chocolate, leche de soja y hielo. Lo hago todo picadillo y luego le añado una pizca de mi ingrediente secreto.

Llevo el batido al cuarto de estar, y veo que Sorenson continúa jadeando en el colchón, apoyada en los codos y despatarrada en el parqué de maderas nobles, afanándose por llenarse los pulmones de aire. Pero el impulso del apetito se impone a todo lo demás, y cuando meneo el batido delante de ella, una zarpa regordeta sale disparada y lo agarra, e inserta la pajita en esa cara de tomate supurante. Como lo chupe todo de la misma manera que esa puta pajita, lo siento, Miles, no sabes lo que te has perdido.

Se bebe el batido entero, pero no se levanta del suelo. Al contrario, a la vez que se estira y se queda aturdida, se le cierran los párpados. El Rohypnol ha hecho su trabajo, aunque con lo agotada que estaba, ha sido como empujar una puerta ya abierta.

Unos veinte minutos más tarde, la sacudo para desperezarla y le pongo delante un café solo tibio. «¡Arriba, perezosa!».

«¿Qué?».

«Te has desvanecido. Toma esto…». Frunce sus finos labios en torno al borde de la taza y sorbe un poco de café frío.

La cafeína le hace efecto de forma prácticamente instantánea. «¿Me he desmayado…? Estoy completamente hecha polvo… ¿qué…?».

Mientras me incorporo, Sorenson ve que una de sus muñecas está aprisionada por unas esposas forradas de pelo a un tramo de cadena de cuatro metros y medio con eslabones de soldadura, y que el otro extremo está unido por otro par de esposas a uno de los pilares de sustentación.

Sorenson sacude el grillete. «¿Qué *es* esto? ¿He perdido el conocimiento?», pregunta enfocándome con la mirada. «¿Qué pasa aquí? ¿Lucy?».

Frota su muñeca regordeta y me mira con cara de incredulidad mientras yo le voy explicando las nuevas reglas del juego. «Esta va a ser tu casa durante el próximo mes por lo menos. El tiempo que vayas a estar aquí luego depende completamente de ti».

«Pero… tú…».

«El único "pero" que me interesa es el pero mantecoso sobre el que estás sentada[26]. Sé que me odiarás por esto, pero me ha quedado meridianamente claro que no puedo hacer mi trabajo y conseguir que pierdas peso a menos que controle tu entorno».

Sorenson me mira primero a mí, muda de asombro, y luego a las esposas, antes de volver a agitarlas. Se ríe como si todo fuera una gran broma universitaria. «¡No puedes retenerme aquí durante un mes! ¡Es una locura!».

La miro a los ojos. «No hay nada más demencial que intentar matarse a fuerza de comer. Como dijo Einstein, la locura es hacer lo mismo una y otra vez esperando obtener resultados diferentes. Eso se acabó. Sé que es drástico, pero también imprescindible».

Ahora sabe que no bromeo. «Pero… no puedes encadenarme como si fuera un animal». Se levanta, tambaleándose al principio, y sacude el grillete que lleva en la muñeca, haciendo tintinear la cadena contra el suelo. «¡Esto es *ridículo*! ¡Yo te *pago*!».

«Me pagas para que lo consiga, y eso es exactamente lo que voy a hacer».

«¡Suéltame! ¡Estás despedida!».

«Tú ya no tomas las decisiones, Lena. Eres *incapaz* de decidir como una persona adulta».

«¿Quién te has…?».

«Tus presuntas decisiones son los caprichos de una cría gorda, ávida y mimada de mierda». Sacudo la cabeza como un cachorro al salir del mar. «Me engañaste. Me mentiste acerca de lo que estabas comiendo. ¡Te di una puta hoja de dieta y me dijiste que la estabas siguiendo! ¡Me engañaste, joder!».

Sorenson mira en torno a la habitación, y luego a mí, completamente sumida en la confusión. «Pero lo intenté…».

«Hasta que no te conviertas en una adulta de verdad, en una mujer como mandan los cánones, yo tomaré todas tus decisiones por ti, como tu representante. ¡Porque tus malas decisiones están teniendo un impacto negativo sobre mi vida! Entregaste a la gente de la tele aquel videoclip en el que salía yo: ¡mala decisión! Te atiborraste de mierda cuando yo estaba intentando hacer que bajaras de peso: ¡una mierda de decisión!».

Sorenson da un paso en mi dirección, pero la cadena no le permite avanzar más. «¡No puedes hacerme esto! Joder…, ¡me estás secuestrando! ¡ME ESTÁS RETENIENDO AQUÍ EN CONTRA DE MI VOLUNTAD!».

«¡¿QUÉ PUTA VOLUNTAD!? ¡TÚ NO TIENES VOLUNTAD! ¡SI TUVIERAS VOLUNTAD NO ESTARÍAS METIDA EN ESTE MALDITO LÍO!», le grito a su cara de tocina mientras doy un paso hacia ella y veo cómo se encoge. «Sé que es drástico, pero has alcanzado los límites de mi paciencia y los has rebasado. Aquí arriba puedo controlar las calorías que entran y las que salen. Quiero que pierdas una media de cuatro kilos y medio por

semana, para que puedas largarte de aquí en un mes. Esas luces», digo señalando dos pequeñas lámparas que he colocado en extremos opuestos de la habitación, «son temporizadores permanentemente activados. Se encienden a las seis, cuando se hace de noche, y se apagan a las diez, que es cuando te acostarás. Yo vendré todos los días, a veces más de una vez al día, para asegurarme de que consumas tres comidas con las calorías controladas y todos los nutrientes que necesites. Esos cubos», digo indicando con la cabeza unos grandes receptáculos de plástico llenos de agua y desinfectante, «son para el pis y la mierda. Lo vaciaré al final de cada día, o por la mañana. Tengo tu teléfono; la mayor parte del tiempo lo dejaré en la cocina en modo silencioso, aunque lo estaré controlando por si hay alguna llamada de emergencia».

Sorenson se acerca hasta la ventana para comprobar los límites de su cadena. Pero no deja de volver la vista hacia mí. «Por favor, Lucy, no puedes…».

«Sí puedo hacerlo, lo voy a hacer y lo he hecho otras veces». Saco sus llaves del bolso. «También me pasaré regularmente por tu casa a recoger el correo y comprobar que todo está en orden. Pero este es tu nuevo hogar, así que vete acostumbrando». Echo una mirada en torno a la habitación. «Vas a estar aquí algún tiempo, así que tenemos que solucionar determinadas cuestiones de higiene. Para poder mantenerte limpia y que no acabes con una cistitis de la muerte, voy a traer una piscina infantil en la que podrás bañarte cada dos días».

«Esto es… yo no… cómo…», balbucea Sorenson con voz entrecortada.

Hago caso omiso de sus quejas y me acerco al termostato de la pared. «La temperatura la dejaré fijada en 21 ºC. Deberías encontrarte cómoda en sujetador deportivo y bragas, además de tus repulsivos pantalones cortos, si así lo deseas», digo señalando una bolsa de plástico llena de dichos artículos.

«¡No puedo quedarme aquí! ¡No puedes hacer algo así!».

«Como he dicho, el tiempo que vayas a estar aquí depende de ti. Y estas», digo señalando la cinta de correr y el Total Gym, «son las herramientas con las que vas a escapar. No habrá mancuernas ni bandas de resistencia ni tampoco balones medicinales. No vas a disponer de otra cosa, así que te sugiero que les saques partido. Y además», añado con una tensa sonrisa mientras arrojo al suelo un cuaderno y un lápiz corto y grueso, «¡*vas* a hacer Páginas Matinales!».

Me echo el bolso al hombro.

«Pero… ¡estás loca! ¡ESTÁS COMO UNA PUTA CABRA! ¡La gente se preguntará dónde estoy!».

«¿Quién exactamente?», pregunto mientras le enseño su móvil. «¿Tu familia? ¿Tus amigos? ¿Kim? ¿Jerry?». Transcurre un momento horroroso en el que una loncha de su ser perece. Me ablando y noto que suavizo el tono. «Tú cumple con tu parte y estarás fuera de aquí en un pispás», digo mientras vuelvo a la cocina y pongo su móvil en modo vibración antes de dejarlo sobre la encimera.

«Espera…, Lucy, por favor, espera…, ¡no puedes dejarme aquí sola!». Empieza a agudizar la voz, pasando del tono de súplica susurrante al de un grito prolongado: «¡¡¡¡ESPERAAAA!!!! ¡¡¡LUUCYYY!!!!».

Estoy poco dispuesta a escuchar, así que me largo, cerrando de golpe primero la puerta del cuarto de estar y luego la principal, más pesada, antes de dar dos

vueltas a la cerradura y ahogar los gritos de Sorenson hasta reducirlos a un vago ruido de fondo. A continuación me meto en el ascensor y bajo al vestíbulo, donde echo un vistazo a los buzones para asegurarme de que no esté previsto que aparezca ningún cliente ni inversor preguntando por las condiciones de compra o de alquiler. Satisfecha de que la gordi está realmente sola, me subo al coche y regreso a South Beach. Nada más incorporarme al denso tráfico del puente MacArthur, me llama Miles. «He estado meditando acerca de nuestro pequeño trato. Me gustaría volver a intentarlo».

«Ha quedado anulado. No cumpliste con las expectativas».

«Si esto tiene algo que ver con *Heat*[27]…».

El muy cabrón; mira que mentar la NBA en un momento como este; yo pienso en LeBron, Dwyane y Bosh. «¡Que le den a los Heat, vivan los Celtics!».

Miles guarda silencio durante un instante, y acto seguido dice: «Perfecto. El caso es que Lena me gusta de verdad. Me gustaría salir con ella en plan colega. Es una tía bastante interesante».

No es buena idea, pero si se lo digo, no la dejará en paz y eso no puede ser de ninguna manera. «¡Haz lo que te apetezca, joder!».

«¡Eehh! ¿Acaso percibo algo de celos? Al fin y al cabo, si esa tía tuviera un poco menos de carnes, ¡sería un pibón!».

«¡En tus putos sueños! ¡Dios mío! ¿Se puede ser más trivial e inconsecuente como ser humano?».

«Sé que Lena vive en alguna parte de MB. ¿Dónde exactamente?».

«Es una clienta y evidentemente no te puedo dar su dirección privada. Se llama confidencialidad», digo avergonzándome del tono de voz puritano y defensivo que me sale.

«Descuida, Miami Beach es una charca bastante pequeña. Paso mucho tiempo allí. Ahora que la tengo en el punto de mira, seguro que me la encuentro por ahí».

«Qué suerte para los dos», digo antes de apagar el móvil.

Llego a casa, aparco, me ducho, y luego me relajo y leo más acerca de los días de gloria de Lena Sorenson en *Futuro humano*.

23. FUTURO HUMANO – REACCIONES Y COMERCIALES ANTE LA OBRA DE LENA SORENSON

Pocos artistas han sido condenados de forma tan virulenta por el *establishment* crítico como Lena Sorenson. Y, no obstante, muy pocos han gozado de tanto éxito comercial. Resulta extraño que esta apacible y esquelética joven del Medio Oeste casi chapada a la antigua consiga inspirar semejantes invectivas. Por su parte, la prolongada reticencia de Sorenson a hablar de sí misma y de su obra sigue siendo un rasgo entrañable de esta enigmática artista.

Ahora bien, pese al abundante desdén del que es objeto por parte de la crítica, el atractivo de la obra de Sorenson no es difícil de entender. Lena Sorenson hace que sus personajes evolucionados/en regresión hagan esas cosas que nos hacen humanos. No se limitan a hurgar en busca de comida en basureros ni a despedazarse mutuamente, sino que también comparten, celebran y, sobre todo, alimentan a niños. *La familia posnuclear*, adquirida por la Fundación McCormick para el Art Institute, es una de las composiciones más tiernas y emotivas del arte contemporáneo. El arte de Sorenson encuentra eco entre la juventud occidental, pues atrae a una generación desprovista de esperanza en otra cosa que no sea un futuro distópico, que para la mayoría será de una calidad inferior a la existencia que disfrutaron generaciones anteriores.

Por tanto, resulta muy taimado burlarse de Lena Sorenson calificándola de «dibujante de cómics con pretensiones». Su obra conecta con la juventud y con las inquietudes de esta ante el futuro (o la falta de futuro) en una era de capitalismo consumista que ahora se muestra incapaz de ampliar el crédito para que sus ciudadanos continúen con su implacable programa de consumo y reproducción de la especie, y que ahora que ha quedado en evidencia en lo fundamental como un chanchullo destinado a beneficiar a los megarricos, ya no tiene conejos que sacar de la chistera.

En cierta ocasión, Andy Warhol hizo un memorable comentario al decir que él no leía las reseñas que le hacían, sino que las pesaba. Mientras los críticos de arte sigan consagrando espacios en sus columnas a contarnos lo mala artista que es Sorenson, parece indudable que ella seguirá riéndose cada vez que cobre. Ahora bien, aunque sea muchas veces de manera inconsciente, muchos críticos de mentalidad más abierta, al ver lo que representa Sorenson, descubren invariablemente su peculiar genio.

24. CONTACTO 9

Para: michelleparish@lifeparishioners.com
De: lucypattybrennan@hardass.com
Asunto: Éxito

Mágica Michelle:

Lo que me joroba de esta clienta es que la muy hija de puta tiene talento. Mucho. Así que no pienso detenerme ante NADA para conseguir que logre controlar su maldito peso. Tienes razón: a veces sencillamente hay que enseñarle a una tocina quién manda.

Luce x

P. D.: ¡Las Páginas Matinales SÍ las va a hacer!

25. HEAT

Asomarse al mundo a través de unas Ray-Ban de cristales verdes hace que Miami resulte menos intensa, menos opresiva y alucinógena. Con la garganta seca y áspera como consecuencia de alguna mierda de esporas tropicales que anda flotando en el ambiente y que ha estado poniendo de rodillas a los trasplantados del Cinturón del Óxido. Desayuno en Taste un brebaje llamado «solo para los más aptos», y luego arrastro el carrito por Whole Paycheck. Hay dos modelos discutiendo apasionadamente sobre suplementos. Un tío escruta el culo enfundado en vaqueros de otro. Un poli barrigudo se aprovisiona de productos de pastelería con una gran sonrisa en la cara. ¿Es que en el departamento de policía no tienen putas normas sobre la obesidad?

Sorenson: me pregunto cómo habrá pasado la noche esa gorda mentirosa. Comprar para dos es un puto rollo. Hago acopio de: proteína en polvo, bayas, avena, yogur desnatado, tofu, salmón, frutos secos, semillas, aguacates, espinaca, lechuga romana, tomates, plátanos, mangos, manzanas, brócoli y queso feta desnatado. En la caja, mientras me despluman que te cagas, me fijo en un ejemplar de *Heat* que hay en el estante, ¡y me quedo estupefacta cuando veo a *Miles* en la esquina de la parte inferior izquierda! La cojo y, ¡*ay Dios mío*, ahí estoy!

LOS TRIÁNGULOS AMOROSOS LÉSBICOS DE LA INSACIABLE HEROÍNA LUCY BRENNAN ENTRISTECEN A SU EX AMANTE MILES

El macizo bombero Miles Aborgast, de 28 años, está desolado por su reciente ruptura con la atormentada Lucy Brennan, la «heroína del puente elevado de Miami», que desarmó a un pistolero desquiciado solo con las manos. Y culpa de haberse interpuesto entre ellos no solo a su recién hallada fama, sino también a su afición por los encuentros sexuales con personas del mismo sexo. «Es una tía bastante insaciable, y al principio no es que yo tuviera ninguna queja. Sabía que era dominante y que le daba a todo, por lo que no puedo decir que me entristeciera cuando introdujo a otras mujeres en la ecuación, y menos teniendo en cuenta que a los dos nos gustaban los pibones. Luego, sin embargo, me sentí como un peón más de uno de sus juegos. El problema de Lucy es que es incapaz de amar».

Eso era lo que había querido decir el muy hijo de puta cuando dijo lo de *Heat*, ¡se refería a la puta revista, no al equipo de baloncesto! Dejo el asqueroso pasquín del revés en el estante. La cajera me echa una vomitiva pero depredadora mirada fulminante tipo «¿no nos conocemos de alguna parte?». Intento no reaccionar. Echo una mirada hacia el aparcamiento. La cabrona de la cajera marca mis compras y las embolsa, y yo pago, salgo y me subo al Cadillac con el corazón palpitando como si acabara de bajarme de la cinta.

Durante todo el trayecto sobre el puente MacArthur tengo una sensación fría y húmeda en las manos mientras conduzco. Estoy ansiosa y excitada a la vez por ver cómo lo lleva Sorenson. Aparco y saco las provisiones del coche. También llevo la piscina infantil, lista para ser hinchada. El edificio sigue siniestramente desierto. ¿Acaso no hay *nadie* aquí además de la Princesa del Ático de Potters Prairie? Subo en el ascensor, abro silenciosamente la puerta principal y entro a hurtadillas por el pasillo. No se oye ningún ruido procedente del cuarto de estar. Resisto la tentación de ir inmediatamente a ver qué tal está; en su lugar, me acerco a la cocina y cojo su teléfono de la encimera, donde lo había dejado. Cero

llamadas, y los seis correos o son spam o proceden de los sitios web para perdedores a los que está suscrita.

Pongo la tetera y a continuación me pongo a hinchar la piscina. A medida que se va inflando, empieza a tomar forma un oso de dibujo animado con una asquerosa sonrisa de depredador sexual que me recuerda a Winter. Aparece de pie, en la playa, con una pala en una de las zarpas y un cubo en la otra. De repente oigo el ruido de alguien arrastrando los pies y un tintineo de cadenas procedente de la sala de estar. «¡Hola! ¡Lucy! ¡Eres tú! ¡Tienes que soltarme! ¡Apenas he dormido! ¡Esto ha llegado demasiado lejos! ¡Ya has dejado clara tu postura! ¡TIENES QUE SOLTARME!».

«Buenos días», digo con una sonrisa, entrando en la habitación a saludarla mientras extiendo la piscina infantil sobre el parqué de maderas nobles junto al colchón, en el que ella está sentada con las piernas cruzadas y con el edredón alrededor de los hombros. Me fijo en que no se ha cambiado de bragas ni de sujetador deportivo. «¿Has hecho las Páginas Matinales?», le pregunto a la vez que miro el cuaderno en blanco. «Evidentemente, no. No es muy buen comienzo, ¿verdad?».

«¡SUÉLTAME!», grita de repente, antes de mirar al suelo y empezar a golpearlo ridículamente con uno de sus puños gordezuelos. «¡SOCORRO! ¡SOCORRO!».

Dejo que siga, mientras observo cómo su rostro contraído enrojece cada vez más. Luego se derrumba, convulsionada por un intenso llanto que hace rodar las lágrimas por sus mejillas encendidas.

«Grita todo lo que quieras. El edificio entero está desocupado», la informo mientras hago bocina con las manos y la imito paródicamente: «¡ME LLAMO LENA! ¡COMO DEMASIADA MIERDA!».

Sorenson levanta su cabeza semiinclinada y me muestra su rostro saturado de lágrimas. «¿Por qué me tiene que pasar esto a mí?», cuchichea al vacío. «¡No he hecho nada malo!».

«Ahórrame la autocompasión, a mí no me pone una mierda».

«Pero ¿qué he hecho? ¿A ti qué te he hecho-oo…?».

«No hablo gorrino. No hablo víctima. Tú también deberías dejar de hablar esos idiomas», le digo mientras me mira como una criatura de la que hubieran abusado sexualmente. Noto que respiro hondo. «Considera esto una oportunidad. Toma». Le entrego el nuevo plan de dieta y comidas.

Lo coge con su pezuña gorda y repulsiva y lo deposita en el suelo delante de ella.

«Te voy a preparar un desayuno a base de arándanos y avena, con semillas de lino y una pizca de miel. Trescientas calorías, y a tope de carbohidratos complejos y antioxidantes. Todo ello acompañado de un té verde».

Cojo el cubo de pis —en el otro no hay mierda— y echo el contenido por la taza del váter antes de volver a llenarlo de agua. A continuación preparo la avena. Se la voy a servir en un cuenco y con una cuchara de plástico. Se lo llevo con un poco de té tibio en un vaso de poliestireno, para que Sorenson no pueda emplearlos como armas, suponiendo que se sienta con huevos como para intentarlo.

«Esto es retorcido…, es humillante…».

«Como sigas así, te quedas sin desayunar», le digo manteniendo el cuenco fuera de su alcance.

«¡Vale! ¡Vale!». En cuanto me pongo a tiro lo coge con ganas y empieza a atacar ansiosamente la comida con la cuchara.

«Despacio. Te tiene que durar. Saborea cada bocado. Mastica. No te lo tragues sin más».

Pero Sorenson no escucha, y enseguida vacía el cuenco. «Sigo teniendo hambre», protesta.

«Bebe agua», le digo mientras le pongo una botella de litro de Volvic delante de las narices. «Venga, súbete a la cinta. Vas a perder doscientas cincuenta calorías».

«¡No pienso subirme ahí! ¡Apenas he dormido! ¡Estás como una puta cabra!».

«¡Y tú vas *de cabeza* hacia una *puta* diabetes del tipo 2! ¿Sabes lo que pasa cuando contraes diabetes del tipo 2?».

En su mirada se enciende una chispa de temor.

«Si crees que voy a dar marcha atrás, no tienes ni puta idea de quién soy. Cuanto antes pierdas esos kilos, antes podrás irte a tomar por culo de aquí. ¡Venga!».

Se incorpora dificultosamente, arrastrando la cadena y haciendo pucheritos antes de subir su culo de tocina al aparato. La cadena cuelga junto a su costado. «La cadena es incómoda…», dice levantando la muñeca. «Pesa mucho…».

«¿Y yo qué quieres que te diga? Búscate la vida. Encuentra una forma de que no moleste. Sencillamente tendrás que entrenar el lado izquierdo un poco más con el Total Gym para compensar».

Sorenson me mira como una adolescente rebosante de hormonas a la que le hubieran dicho que tiene que recoger su habitación. Pero empieza a correr sobre la cinta a 5 kilómetros por hora y va aumentando gradualmente el ritmo hasta llegar a los diez. «¡Quita las manos de encima de la máquina! ¡No quiero que la sujetes! ¡Mueve los brazos con energía mientras corres!».

Obedece, lo que me demuestra que la muy zorra es capaz de hacerlo sin que yo le grite, así que ¿a qué viene tanto cuento? La dejo y me voy a la cocina a prepararle un almuerzo a base de ensalada de tofu y espinacas. Cuando vuelvo, me la llevo al Total Gym para una sesión de demostración. Prefiero las pesas libres para el equilibrio y la fuerza central corporal, pero por improbable que parezca, Sorenson podría sentirse tentada de utilizarlas como arma o lanzar una por una ventana para tratar de obtener ayuda. Iniciamos una rutina, que interrumpo haciéndola bajar del aparato para hacer series de saltos de tijera, sentadillas con salto, burpis y abdominales. Sigue quejándose de la cadena, pero a pesar de todo los hace.

Cuando hemos terminado, ella se relaja en silencio sobre la esterilla y se sujeta las rodillas con la mirada perdida mientras jadea. Lleno la piscina infantil de agua tibia, inquieta por la imagen del oso remilgado y depredador que me mira desde el fondo. Yo me lo pensaría dos veces antes de meterme en esa piscina. Es de locos que esté diseñada para niños. Aun así, eso es problema de Sorenson, y le dejo su almuerzo ligero para que se lo coma. «Esto es todo lo que vas a tomar antes de las

cinco y media, cuando vuelva para prepararte la cena. Cómetelo ahora si quieres, pero que sepas que vas a tener que esperar mucho rato».

Me mira con ojos de posesa. «No puedes…».

«Inadmisible», digo sacudiendo la cabeza. «Yo no utilizo esa expresión», añado fulminándola con la mirada a la vez que me tapo los oídos. «No emplees nunca esa expresión de fracasados en relación conmigo. Yo *puedo*. Lo *haré*. Lo *he hecho*. Y ahora me voy a tomar por culo», le digo, gritándole mientras me dirijo hacia la puerta: «¡TRABAJA!».

«¡ESPERAAA!».

«¡Y báñate!», digo indicando la piscina antes de pirarme, largándome del tugurio este y volviendo a atravesar el puente elevado MacArthur, lejos de la ordinariez de Miami y regresando al *mundo real* de SoBe.

South Beach es una maravilla, tan impresionante y única a su manera como el barrio francés de Nueva Orleans. Estoy encantada de que, a excepción de unas cuantas bajas muy señaladas, el distrito art déco se librara de las garras de los bulldozers. A veces, sin embargo, cuando dejo el coche en un parking de varias plantas, tengo que reconocer que las pretensiones de Lincoln Road de ser una especie de Rodeo Drive se quedan un poco cortas, y que durante las vacaciones de primavera Ocean Drive suele parecerse más a Cancún que a la Costa Azul.

Ahora es la época del año en que el sitio se llena de niñatos de colegio mayor que apestan a cerveza y que han venido a encanallarse. Hay un par sentados al sol, con un sombrero boca abajo delante de ellos y un cartel: VIAJE POR CARRETERA INDEFINIDO: NECESITAMOS DINERO PARA BIRRA Y BAILARINAS DE STRIPTEASE, pero con esos ojos de pícaro arrogante a lo Vince Vaughn tienen un aspecto demasiado limpito y reluciente para triunfar como pordioseros.

Vuelvo la esquina y salgo a Washington Avenue, la verdadera calle principal de Miami Beach, llena de clubs, bares deportivos y garitos de comida rápida. Durante los meses de invierno se llena de vagabundos errantes que llegan a la ciudad a bordo de autobuses Greyhound y Trailways huyendo del frío norteño. Al lado de cada cajero automático y cada franquicia de las farmacias Walgreens y CVS, descubres que algún tirado ha establecido allí su negocio de gorroneo.

Estoy pensando en un té verde en la puerta del Starbucks de la esquina de Washington Avenue y 12th Street y se me hiela la sangre cuando sale tambaleándose por un portal un gilipollas sudoroso con camisa hawaiana, cara de sueño y morros de pez que se para delante de mí. *Winter*.

«¿Llevas un cigarrillo?».

Aparto instintivamente la mirada.

«¡Eh! ¡A ti te digo! ¡Te he preguntado si llevabas un cigarrillo!».

Tendría que tumbar a este mamón de una hostia, pero en vez de hacerlo doy media vuelta y entro en el Starbucks. ¡Ya van dos veces que el gilipollas este ni me reconoce como la persona que le salvó la puta vida! ¿Por qué no pude haberme quedado al margen y dejar que el monaguillo maricón de McCandless le metiera una bala en su enfermiza sesera?

Tiemblo de rabia, pero soy consciente de no estar del todo presente en este momento, como si me hubiera entrado una repentina fiebre. Pido un té verde, y

apenas me fijo en la mirada ritual de reproche que me lanza el camarero por rehusar el ponzoñoso café. Acto seguido me siento junto al escaparate y me quedo viendo cómo ese bicharraco indeciblemente abominable de Winter acosa al personal. Se paran un par de turistas, y un chico universitario con aspecto sincerote le entrega lo que parece un billete de cinco dólares. Winter se lo guarda en el bolsillo con una sonrisa fría y se larga. De repente noto un dolor ardiente en la mano; estaba estrujando la taza y el té me ha escaldado. La dejo en la mesita del alféizar para que se enfríe y sigo al hijo de puta del pederasta, con la mano escociéndome dolorosamente.

Winter atraviesa la calzada y baja por 12th Street rumbo a la bahía. Lleva la parte de atrás de sus pantalones cortos manchados, como si se hubiera sentado encima de algo, pero por lo demás no tiene pinta de haber estado viviendo en la calle. Se mueve con aire resuelto y camina ligeramente de lado. Le sigo con la mirada mientras se dirige derechito a Alton, deteniéndose solo para dedicarle un piropo no deseado a una jovencita con la que se cruza, y que sigue su camino sin alterar su ritmo. Entonces Winter gira hacia el norte al llegar a Alton y se detiene a la puerta de una licorería. Sale de ella luciendo una tersa sonrisa y con una botella de tres cuartos de litro de alguna mierda espantosa antes de seguir caminando hacia Lincoln Road. Compruebo la hora. Tendría que estar en Bodysculpt.

Solo llego unos cinco minutos tarde, pero Marge Falconetti ya está ahí esperando con gesto de impotencia a que le diga lo que tiene que hacer. ¿Por qué no calientas un poco, cacho zorra? La pongo a hacer su rutina y la verdad es que la hace razonablemente bien, y que ha perdido algún kilo que otro. «Volvemos a ir por el buen camino», le digo.

Esta migaja de reforzamiento positivo es como carne para un perro famélico. «Eso creo, me siento bien…».

«Pues eso solo quiere decir que tenemos que esforzarnos todavía más».

Se le cae el alma a los pies porque sabe lo que viene a continuación. Echo una ojeada a su estructura achaparrada. Esta hija de puta nació para hacer sentadillas. «Venga, diez sentadillas y diez burpis», canturreo.

Por supuesto, ella los odia. «¿Por qué siempre tengo que hacer sentadillas y burpis?».

Doy un sonoro cachete a sus mantecosos muslos, enfundados cual carne de salchicha en una licra negra estirada hasta un extremo absurdo. «Estos son tus cuádriceps. Son los músculos más grandes que hay en tu cuerpo. Si los desarrollamos, queman grasas como nada. Los utilizamos», digo mientras le manoseo el muslo, «para quemar grasa aquí», digo cogiendo un puñado de su sebosa barriga. Me mira con cara triste, y luego me paso una hora entera viendo sufrir a la zopenca mimada esta.

Mientras Marge se marcha tambaleándose y jadeando para poner su sudorosa mole bajo el chorro de la ducha, yo me voy de cabeza al bar de zumos y me uno a Mona y nos tomamos un batido de proteína y bayas de acai. Parece distraída, y su rostro gélido está iluminado por una férrea mirada de furor.

«Se te ve un poco decaída, cariño», disfruto diciéndole. «¿Te acostaste tarde ayer?».

«Ay, Dios mío». Mona se esfuerza por contraer los músculos de la cara y expresar así una cierta vitalidad, pero una no puede inyectarse tantas toxinas y esperar disponer de una gama amplia de expresiones faciales.

«Hay que ver las cosas que hacemos por amor», digo con una sonrisa mientras entra mi próxima clienta, Sophia, la adorable viudita con problemas de rodillas. La pongo delicadamente a prueba, utilizando la elíptica de bajo impacto para el cardio. Me gusta oírle hablar de su difunto marido; no sé si en aquellos tiempos los hombres realmente eran mejores o si yo solo me topo con gilipollas. «Es evidente que lo querías muchísimo», comento mientras me cuenta otra anécdota a la vez que va quemando calorías poco a poco.

«Sigo queriéndole. Siempre le querré. Sé que ya no está, pero el amor que le tengo nunca morirá».

«Tienes suerte. Por haber conocido esa clase de amor, quiero decir…». Miro al aparato. «… y cinco… cuatro… tres… dos… uno».

«Ah, eso lo sé», dice mientras recobra el aliento y me coge de la mano para bajarse de la bici elíptica.

«No intentes sustituirle con tentempiés llenos de azúcar y comida basura. Él habría querido que estuvieras en la mejor forma posible».

«Lo sé…», dice ella rompiendo a llorar. «Es que lo echo tanto de menos…».

La rodeo con el brazo. Huele a talco y a perfume de otra época. «Vamos a quitarte esos kilos de encima y a aliviar la presión sobre esas rodillas lesionadas. Así te será más fácil salir por ahí más a menudo. Él lo habría querido así, ¿no?».

«Así es». Me mira con unos ojos llenos de energía tras el prisma del miedo. «Eres una chica maravillosa y realmente amable».

«Tenemos que estar aquí para apoyarnos unas a otras», le susurro con suavidad mientras la suelto y le acaricio el brazo. «Es lo único que tenemos».

Entonces vuelvo al parking de Lincoln Road a recoger el coche, y avanzo a paso de caracol por el puente elevado entre un tráfico intenso tratando de llegar al centro de Miami.

En la torre-no-tan-de-marfil le llevo a Sorenson un pollo asado y una ensalada que he comprado en Whole Paycheck. Si a eso le sumamos la verdura y el boniato, en Lifemap me sale un total aproximado de 450 calorías, aunque claro, sin que me agradezcan apenas mis putos desvelos. «¡Estoy enferma, Lucy, de verdad que tienes que dejarme ir!».

«Si haces treinta minutos, Lena, tres-cero, hoy habrás quemado 1500 calorías».

«¡No! ¡No puedo! ¡Te he dicho que estaba enferma!».

«Eso es que tu cuerpo se está adaptando. Es como el mono. ¡Tienes que echarle narices a esa mierda! Hablando de mierda… bien hecho». Cojo el cubo.

La cochina zorra prácticamente ha cagado su propio peso en asquerosas castañas. Le he estado echando semillas de lino a su comida, y con toda el agua que le estoy haciendo beber, ya está empezando a dar sus frutos. Me llevo la guarrada apestosa y tóxica al retrete, la echo por el váter y tiro de la cadena. Pronto esas heces serán largas, lisas e ininterrumpidas, no como si acabara de cagar a La Cosa de los Cuatro Fantásticos. Y ha utilizado la piscina y se ha cambiado de ropa. Recojo la ropa que se ha quitado y la llevo a la lavadora.

Cuando regreso, Sorenson sigue suplicando. «¡Necesito una Coca-Cola o un Sprite! ¡Solo uno! La cabeza…».

¡Dios, qué asco me da! Tirada en ese colchón, con su gordo cuerpo envuelto por ese edredón como una refugiada obesa. ¡Fra-ca-sada! «La cinta», digo dándole una palmadita al aparato.

«¡No puedo!».

«Ah, ah, ah…, ¿qué coño te he dicho acerca de la imperdonable grosería de esa expresión?».

Se ciñe el edredón un poco más alrededor del cuerpo y me mira con expresión suplicante. «No…, por favor…, ¡suéltame! Por favor, Lucy…, ¡esto ya pasa de castaño oscuro! ¡Haré lo que quieras! ¡Seguiré el puto programa! ¡El mensaje ya ha quedado claro! ¡Suéltame!».

Me acerco y me arrodillo delante de ella. Señalo la cinta. «Si haces lo que te pido, supondrá un débito de mil quinientas en tu cuenta de calorías diaria. Casi un cuarto de kilo de grasa. Aquí», digo pasándole el dedo por debajo de la barbilla, «y aquí», añado pinchándole la barriga y provocando un respingo.

«No puedo…», gimotea con una vocecita. «No he dormido bien, estoy cansadísima».

«Como te he dicho, eso no es más que tu cuerpo, que se está adaptando». Me incorporo bruscamente. «Venga», le digo, intentando tirar de ella para ponerla en pie, «¡vamos!».

«¡Es que no puedo!».

«Los fracasados buscan excusas, los triunfadores encuentran soluciones», le espeto. Respiro hondo y tiro del inútil saco de mierda hasta obligarla a levantarse y la llevo a empujones hasta la cinta, mientras la cadena tintinea a sus espaldas. «¡Encuentra una solución!». Busco el iPod en mi teléfono y pongo «Love is Pain» de Joan Jett, acompañándola con la voz mientras sitúo los controles en 6,5 kilómetros por hora.

«Vale…, vale», dice Sorenson mientras va cogiendo a regañadientes su ritmo de footing.

Doy un paso atrás para ver cómo esa hámster gordinflona mueve el culo para obtener la libertad. Pero ¿sabéis lo que os digo? Eso no basta. Me abalanzo hacia la máquina y pulso los controles. 8 kilómetros por hora.

«¡Vale! ¡Vale!».

O sudas o cobras, zorra. Hasta los 9,5 kilómetros por hora, un ritmo moderado.

«¡AGGHHH!». La tocina fracasada se baja de la cinta como un grotesco personaje de dibujos animados con la cadena tirándole del brazo, y el culo gordo calzado entre el aparato y la pared. Vuelve su rostro petulante hacia mí. «Ay, Dios mío…, esto es una pesadilla…».

«Esta pesadilla es obra tuya», digo señalándola. Noto cómo el desprecio y la burla brotan de lo más hondo de mi ser mientras Joan canta acerca del amor como dolor y sobre no sentir vergüenza. «¡Intento salvar tu enorme culo! ¡Ahora súbete otra vez a esa cinta, puta zorra desagradecida, que no haces más que hacerme perder tiempo!».

Sorenson obedece tímidamente, poniéndose en pie y subiendo a la cinta.

Capta el mensaje. Esta vez corre con ganas. «¡Mejor! ¡Echa unas putas monedas a la gramola[28]!»

La hago eliminar otras cuatrocientas calorías hasta alcanzar la marca de las mil quinientas antes de dejarla comer como recompensa. «Come más despacio, joder. Presta atención a cada cucharada. Concéntrate en la comida. ¡Mastícala!».

Esos ojos nerviosos tras el flequillo, que pasan de mí a lo que hay en el extremo de la cuchara. Una puta víctima pasiva. Sin pelotas ni ganas de pelea. Mira que dejar que alguien la trate así. El tío gilipollas ese con el que salió; la forma en que dejó que ese cabrón la jodiera. Hay que pelear. Hay que hacerles daño. No se puede agachar la cabeza y aguantar sin rechistar. «Vale, Lena, lo has hecho muy bien. Si sigues así, mañana te traigo un libro. Y luego, al final de la semana», y de repente pienso en mi portátil, «puede que recibas una tele».

Sorenson sigue con cara de estar hundida en la miseria. «Por favor, Lucy. Ya has dejado claro el mensaje. Vendré aquí todos los días. Pero no me hagas pasar otra noche aquí. *Necesito* dormir en mi propia cama. *De verdad, de verdad necesito* adelantar con mi trabajo», suplica con ojos enrojecidos. «¡No me dejes aquí sola otra noche!».

Esa mirada ansiosa. Su trabajo es tan importante…, pero la muy zorra me toma por imbécil. No pienso dejarme manipular, esto no funcionará si consigue manipularme. «Aprende a ser fuerte, Lena, y *haz tus Páginas Matinales*, porque como vuelva aquí mañana y no las hayas hecho, *no habrá desayuno*. ¿Me explico? ¡Sin Páginas Matinales no hay puto desayuno!».

Y me marcho, cerrando la puerta y dando dos vueltas a la cerradura mientras ella grita a voz en cuello: «¡¡¡¡LUUUCYYY!!!! ¡¡¡¡NO!!!! ¡¡¡¡SOCORRO!!!!».

Pero sigue sin haber nadie por aquí, y mientras llamo al ascensor y oigo cómo va subiendo, pienso: *Sí, debe de ser espeluznante pasar la noche en un edificio como este*.

Le doy a la llave de contacto del Caddy, y en ese preciso momento me entra una llamada de Mona.

«¿Has visto las noticias?».

«No».

«Ah. Pues no mates al mensajero», dice tímidamente, y sé que lo que me va a contar no puede ser bueno. Por mucho que aborrezca a esta hija de puta, tengo que reconocer que tiene verdadero olfato para detectar la sangre en el agua.

Mona narra la triste historia, pero ni de coña es capaz de mantener un tono de voz tan neutral como el que tiene su rostro paralizado por la toxina botulínica, y desprende una irreprimible alegría. Llego a casa; no hay nadie en la entrada posterior del edificio y, gracias a Dios, hay una plaza de aparcamiento libre. Ya en el apartamento, un canal de noticias local ratifica el regodeo de esa puta plastificada. La niña de diez años desaparecida, Carla Riaz, ha sido hallada muerta en casa de su vecino, un tal Ryan Balbosa.

En la foto de comisaría del tipo de tez morena que estoy contemplando boquiabierta, veo al segundo hombre al que salvé en el puente Julia Tuttle. No consigo apartar la mirada de la pantalla, ni siquiera cuando un carrusel de otros delincuentes sexuales reemplaza al rostro de Balbosa. Se me hiela la sangre; el

monstruo al que yo salvé le hizo eso a una niña. *Esa* es la escoria a la que habría que haber ejecutado, *esa*.

Me llama Chef Dominic, pero no contesto. Oigo un largo mensaje de contestador diciéndome algo de una fiesta. No puedo hacer eso.

Mona vuelve a llamar; no contesto. Otro mensaje de contestador invitándome a otra fiesta. Ni de coña.

En lugar de eso, me dedico a mirar las láminas del libro de Sorenson, a contemplar a esos monstruosos hombres y mujeres que hurgan entre los desechos de ciudades en ruinas. Después salgo del apartamento y me monto en el coche. Se abren las verjas y salgo al callejón. Dos paparazzi me sacan fotos; uno de ellos, el hijo de puta al que le destrocé la cámara, me grita, pero continúo con la mirada al frente y salgo lentamente hasta la calle. Una vez allí, piso el acelerador. El Caddy quema neumático (o todo lo que puede) y sale a toda leche para Alton sonando como un secador averiado. Para llegar a casa de Lena cojo una ruta larga, cruzando el puente MacArthur, atravesando el centro y volviendo a cruzar el Julia Tuttle, emparanoiada ante la posibilidad de que esos hijos de puta me estén siguiendo.

Pero cuando dejo el coche en el Publix y voy a pie hasta casa de Sorenson no parece que haya moros en la costa. Recojo el correo y tiro los ubicuos folletos anunciando audiciones en clubs y entregas de comida a domicilio. Además de toda la basura, hay un paquete. Doy vueltas a si debería abrirlo o no. No, es de Lena. Eso sería pasarse de la raya. También decido no ir a echarle una mirada más a fondo a su estudio. Tiro el resto de la mierda a la basura y me llevo el paquete a casa, volviendo a aparcar a un par de manzanas de mi edificio, antes de dirigirme al Whole Paycheck.

Tras salir por la puerta con la compra, atravesar el aparcamiento y pasar por delante de la parada del autobús, veo a un tipo de aspecto contaminado arrastrando los pies servilmente en mi dirección. Experimento una sensación de alivio al darme cuenta de que solo es un vagabundo, no un paparazzi. «Disculpe, señorita, me preguntaba si podría ayudarme. Necesito llegar al hospital de Mount Si…».

«Ya me has aburrido», digo despidiéndome de él con la mano y yéndome directamente a Alton cuando se enciende la señal de peatones. Al regresar al apartamento veo que la calle está llena de periodistas. ¡Ni siquiera puedo entrar en mi puta casa! Vuelvo sobre mis pasos hasta coger el Caddy y conducir hasta casa de Lena, donde preparo un poco de comida e intento ver algo de televisión por cable. Pero no consigo relajarme. No paro de pensar en esa niña y en ese animal de Balbosa. ¿Qué cojones he hecho?

Enciendo el ordenador de Lena. Ni siquiera está protegido por una contraseña y se abre directamente en la página de su cuenta de correo electrónico.

26. CONTACTO 10

Para: lenadiannesorenson@thebluegallery.com
De: mollyrennesorenson@gmail.com
Asunto: ¿Recibiste los flanes?
Lena:

Contéstame, por favor. ¡Sé que llevas una vida muy ajetreada y ocupada en Miami, pero nos gusta tener noticias de nuestra niña!

Dicen que Lynsey Hall está embarazada… Sí, ya sé.

Esos flanes son tus favoritos. ¡Que los disfrutes! Hazme saber si te han llegado, últimamente el servicio de correo de UPS funciona de una manera un poco extraña.

Papá te manda besos.
Con cariño
Mamá xxxxx

Good golly Miss Molly[29] *Sorenson*. ¡Vaya una puta fracasada! Eso me recuerda que tengo que echar un vistazo a mis propios correos en el iPad.

Para: lucypattybrennan@hardass.com
De: michelleparish@lifeparishioners.com
Asunto: ¡Éxito!

No sé si yo lo diría con esas mismas palabras, ¡pero hay que tener determinación y no dejarse desviar del rumbo! ¡Quien bien te quiere te hará llorar! ¡Y las Páginas Matinales van a misa!

Te deseo la mejor de las suertes con tu clienta difícil.
M x

Para: michelleparish@lifeparishioners.com
De: lucypattybrennan@hardass.com
Asunto: ¿He sido demasiado directa al hablar de mi sexualidad?
Michelle:

Tienes toda la razón en lo de que los medios van a por la gente. Me preocupa haber sido demasiado cándida en lo referente a mi bisexualidad (que está virando muy bruscamente a favor de las tías), y tienes razón, debería haber adoptado la línea «a ti qué coño te importa», que tanto tú como Jillian Michaels empleáis con tanto éxito. ¡Y si no fíjate en cómo los muy cabrones fueron a por la pobre Jackie Warner[30]!

Haces bien en ser discreta. Bajo la mirada del público cuesta salir del armario y decir lo que una quiere ante unos medios hostiles y tan predispuestos a demonizar a toda mujer homosexual fuerte e independiente. No obstante, creo que sería

estupendo que salieras en plan «soy bi, y me enorgullece». Creo que empoderaría a muchas mujeres estadounidenses.

Amor, respeto y fraternidad femenina,

Luce xxx

P. D.: ¡Voy a acercarme a ver a mi zorra artista y más le vale haber escrito sus Páginas Matinales! ¡Porque llevo intención de leer esas puñeteras páginas AHORA MISMO!

27. LAS PÁGINAS MATINALES DE LENA 3

Hace una mañana luminosa, con cielos colorados fundiéndose con el azul celeste. Llego a la conejera del ático y me encuentro a Sorenson escribiendo en el cuaderno que tiene sobre el regazo. Arranca un fajo de hojas y me las tiende. «Gracias», le digo. Tiene ojeras y un aspecto de mierda. Y el cubo está lleno de ídem. Mejor.

«Necesito desayunar algo», refunfuña. «¿No me has traído nada de comer?».

Le hago caso omiso, cojo los papeles, y me dirijo a la cocina integral. Los dejo sobre la encimera, me siento en un taburete y me pongo a leer:

Me he despertado boca abajo, sumida en una oscuridad perfecta y agobiante, sin ser consciente de dónde estaba. Intenté respirar, pero era como si hubiera algo tapándome. Me puse a cuatro patas, gateé y me di de cabeza con algo; acto seguido se me revolvieron las tripas y sentí que iba a vomitar. Traté de sacudirme aquel peso asfixiante de encima de los hombros y la espalda, pero entonces noté un tirón en la mano, una poderosa presa en mi muñeca seguida por un sonido metálico. Recobré de golpe la conciencia de dónde estaba, que me inundó como un torrente nauseabundo, al igual que las dos últimas mañanas. Al forcejear un poco más, noté cómo el afilado borde metálico del grillete se me clavaba en la muñeca. Estoy encadenada. Pero la otra mano la tengo libre. Me aparté el áspero y rasposo edredón de la cara y parpadeé, amaneciendo en una habitación débilmente iluminada por unas lejanas luces que entraban por unos grandes ventanales. Intenté articular mi grito mañanero, «Hola», pero tenía la garganta dolorida y en carne viva. Me sentía como si me hubiera tragado una pelota de tenis.

Tuve una sensación desgarradora al coger torpemente la botella de agua con la mano izquierda y esforzarme por incorporarme con la muñeca derecha todavía esposada a la pesada cadena de entre cuatro y cinco metros, que seguía unida a un pilar de sustentación por unas esposas a juego. Tragué agua ansiosamente, vaciando media botella, y me puse en pie. Tiré de la cadena con ambas manos, como si estuviera en una competición de tira y afloja; todos y cada uno de sus eslabones de acero temperado resisten firmemente. Fui avanzando uno por uno hasta llegar al pilar, como si hiciera rápel en sentido inverso, tirando con todas mis fuerzas y cargando la cadena con todo mi peso. Seguía siendo absolutamente inútil.

Mira tú por dónde. Se llama una restricción, tonta del culo; es para evitar que puedas llegar a la comida y matarte a base de atracones. Por eso es fuerte. Tiene como finalidad *restringir*.

Me acerqué a la ventana, de nuevo para poner a prueba los exiguos límites de mí libertad. Salvo por el aparato de gimnasio casero, la cinta de correr, el colchón inflable, una almohada y un edredón, dos cubos de agua, unos cuantos rollos de papel higiénico y una nevera de plástico azul y blanca, la estancia sigue vacía. También hay una piscina infantil de plástico con un dibujo monísimo de un oso que sonríe coquetamente, en la que me baño. Todos estos elementos se encuentran en el interior de mi semicírculo de libertad, que se propaga a partir del pilar de

sustentación, uno de los tres que apuntalan la viga de acero del techo. Puedo llegar hasta una de las ventanas, que da a otro rascacielos que parece tan desierto como este.

Me asomo por la ventana y me fijo en el edificio de enfrente. Luego miro hacia abajo y pienso en las escaleras que subimos. No hay gotas en el vidrio, pero una acera reluciente y desierta me dice que ha estado lloviendo. Después me acerco a la nevera, y bebo de una botella de agua. Como estoy todo el día expuesta al aire acondicionado, tengo que beber agua continuamente para no deshidratarme. Me obligo a mí misma a levantarme en plena noche para beber y orinar. Beber y mear, beber y mear. Mis viajes al «cuarto de baño» son espantosos, y tengo que esforzarme por hacer una sentadilla sin apoyo encima de un cubo de plástico.

Bañarse en esa piscina es todo un reto. Doy la vuelta al sujetador deportivo sin tirantes para abrir el cierre (no puede ser bueno tener los pechos chafados tan fuertemente contra tu cuerpo), y me quito las bragas, antes de meterme dentro y ponerme en cuclillas, aliviada de que nadie esté presenciando esta humillación infantilizadora. Me lavo lo mejor que puedo con la mano libre, y después me seco con el reconfortante edredón echado sobre el hombro.

Me veo como una presa en régimen de aislamiento, pero mis nuevas circunstancias parecen estar mucho más allá de toda analogía. No hay otro reloj que un cielo cerúleo que se esfuma, reemplazado por una oscuridad que todo lo barre cuando el sol se pone tras las torres vecinas, o el volumen variable de coches como de juguete que recorren en una dirección u otra la Interestatal 95 abajo. La luz sigue encendida durante unas horas antes de apagarse automáticamente y sumirme de nuevo en la oscuridad. Grito de manera regular, pero mi voz, aislada en el aire, suena extraña. A veces me invade la euforia. Hablo conmigo misma. Me río en voz alta. Me pregunto si no me estaré volviendo loca.

No hay nada que «preguntarse» al respecto. ¿Matarte a base de atracones? Pues sí, eso es estar volviéndose loca.

Mi primera noche aquí fue la peor. Una tormenta cada vez más intensa silbaba y crepitaba alrededor del edificio. Mientras los últimos aviones sobrevolaban Miami, me los imaginé perdiendo el rumbo por culpa del viento y estrellándose de manera irresistible e imparable contra esta torre, dispuestos a aplastarme o reducirme a cenizas. Me imaginaba encadenada al pilar y colgando por el brazo de las ruinas derruidas del edificio. Mi mente interpretaba una y otra vez una siniestra y aterradora sucesión de posibles escenarios de mi muerte, y aquello me abrumó y me hizo llorar y chillar hasta perder el conocimiento. Pero entonces el viento me despertaba reiteradamente durante toda la noche, azotando el edificio con ráfagas enormes y de tal fuerza que tenía la sensación de que la estructura se movía a mi alrededor. Metí la cabeza debajo del edredón y me eché a llorar.

La tormenta amainó un par de horas antes del amanecer. Entonces me despertó otra cosa: un silencio implacable. La prueba irrefutable de que era una prisionera, y que estaba sola en esta torre. Me levanté y, a falta de poder hacer ninguna otra cosa, me aproximé a la cinta.

«¡TENGO HAMBRE!», grita Sorenson desde el cuarto de estar. «¿Podrías traerme algo de desayunar, por favor?».

Pongo la mente en blanco para no oír los sonidos de la gordura y sigo leyendo.

Y, pese al agotamiento inducido por la falta de sueño, lo he hecho todos los días, con los pies apretujados dentro de las deportivas, deformándome los dedos. Han empezado a salirme ampollas y me sangran. Ayer eché un vistazo y vi que la sangre rojinegra había traspasado uno de mis calcetines blancos. Eso hace que me alegre de tener la piscina infantil. He probado el gimnasio casero; ahora tengo los músculos de la espalda superior y los hombros contraídos en nudos tensos y ardientes.

Ya he consumido mi exigua asignación de nutrientes insípidos de hoy, y tengo que esperar a que Lucy venga a reponerlos. El día va pasando conmigo tumbada en este colchón tan poco elástico, sudorosa y delirante, sumida en una ensoñación a la vez extática y torturada, fantaseando sobre cheeseburgers, cubos de Kentucky Fried Ckicken, nachos, pizzas, galletas con trocitos de chocolate y, más que ninguna otra cosa, helados y tartas de lima. Bebo el último resto de agua que me quedaba.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que oigo el pavoroso rumor de esa llave en la cerradura. Dicho y hecho: aparece Lucy con expresión hosca, pero a la vez con ese brillo enloquecido en la mirada que me da un miedo que te cagas.

¡Me alegro! ¡Pero es que a ti todo te asusta que te cagas!

Como llevo haciendo desde que comenzó esta pesadilla, intento razonar con ella. Pero hace el numerito ese de atravesar la habitación, en plan profe de universidad en un auditorio lleno de estudiantes, antes de establecer contacto visual conmigo de manera tan súbita como espeluznante. «Vamos a expulsar esa basura de tu organismo», declara moviéndose con ese ritmo cautivador y austero, casi abstracto, que tiene, y el brillo mefistofélico que desprende su mirada me sume en el silencio. «La Coca-Cola no solo es una mierda, sino que hace que quieras consumir más mierda. Las personas que toman bebidas gaseosas bajas en calorías siguen pesando, de media, cuatro kilos y medio más que las que no las toman».

Y, tras ese sermón rutinario, me pone delante la avena con arándanos y vuelve a abandonarme.

¡Dios mío! ¿Pero de qué va esta hija de puta? ¡Menuda gilipollas pretenciosa de mierda! ¿Qué coño será un «brillo mefistofélico»?

Devoro el desayuno, y luego me lavo lo mejor que puedo en el agua tibia de la piscina infantil. Al cabo de un rato hago aguas mayores, esforzándome por agacharme sobre el cubo, convencida de que estoy defecando en el suelo o de que lo voy a volcar, o incluso que se me quedará el trasero atrapado en él de forma grotescamente tragicómica. Cuando termino me limpio y alejo el cubo del límite exterior de mi cadena cuanto me resulta posible, pero asegurándome de que todavía puedo recuperarlo. No está lo bastante lejos; es horrible estar en presencia de mis propios excrementos, fétidos y rancios, y me dan arcadas constantemente.

Estoy cansadísima, y vuelvo a tumbarme en el colchón inflado barato, con su bajera ajustable y su áspero edredón blanco. Ojalá pudiera dormir sobre él. Por la noche, cada vez que me quedo frita y doy vueltas, la cadena me tira de la muñeca y me devuelve a un estado de conciencia fragmentario. Entonces me fijo en cómo

la luz disminuye hasta reducirse a una especie de fulgor confuso. Las ventanas no tienen persianas, y la luz de los edificios vecinos arroja un enfermizo fulgor anaranjado sobre la habitación, suscitando toda clase de horribles sombras. Contemplo mi rostro en el reflejo del cristal y catalogo sus defectos sin piedad. ¡La imaginación se me desboca y ni siquiera soy capaz de pintar o dibujar! Mi única compañía es un temor incesante que a veces me supera. Me da tanto miedo este silencio empobrecedor, quebrado únicamente por el rugido esporádico de los motores de un avión, o me imagino que oigo el ascensor en el exterior, pasando rápida e imperceptiblemente en su subida fantasmal. Cuando empiezo a gritar, o no es nada o solo es Lucy. El día ya viene pautado por sus visitas. La anticipación, luego el pavor, mientras me atormento pensando qué clase de rollo psicópata puede estar tramando su mente enferma, pero a la vez temo que su visita se acabe y que me vea sumergida de nuevo en esta aterradora soledad.

Cuando entrecierro los ojos, prácticamente puedo ver a Lucy todavía en la habitación, su forma de moverse y recogerlo todo a su alrededor, como una máquina de funcionamiento impecable, atacando todo el caos y transformándolo en orden. Es fácil imaginarla como madre, tejiendo esa danza íntima de hábitos y rutinas. Los dibujos de niños con ceras en las paredes. Mensajes colgados en la nevera. Pero tras supervisar mi alimentación y mis ejercicios, y registrar escrupulosamente los resultados en su iPad, Lucy casi siempre me deja sola. De día. Durante toda la noche. Solo viene a visitarme por las mañanas y a última hora de la tarde con minúsculas raciones de comida insatisfactoria. Eso que ella llama comida de verdad, o buena comida.

¡Tengo mucha hambre y me siento muy cansada y sola! Lo que me apetece ahora son productos de repostería y panadería: pasteles, bizcochitos, cruasanes, pan, pero también huevos, beicon, hash browns[31]*, gofres, bistecs, hamburguesas, tacos…*

«¡TENGO HAMBRE, LUCY!». Un chillido agudo desde el cuarto de estar. Puta gorda gilipollas.

Mis malos hábitos alimenticios seguramente arrancan de cuando tenía unos diez años, allá en Potters Prairie, Otter County, Minnesota. El Medio Oeste es una extensión inhóspita y monótona, interrumpida por esporádicas y relucientes joyas. Nosotros estábamos en pleno corazón palpitante de su sosería: demasiado lejos de Minneapolis-St. Paul para que se nos catalogase de suburbio, pero lo bastante cerca para excluir todo aquello que pudiera estimular la imaginación.

Mi vida empezó a irse al garete cuando tenía diez años. Antes no había sido así. Era la niña milagro, la que apareció justo cuando mamá y papá prácticamente habían asumido que nunca iban a tener hijos. De hecho, durante los siete primeros meses de embarazo mamá pensó que yo era un quiste. Le daba demasiado miedo ir al médico. A todo aquel que quisiera escucharla, y sin duda también a muchos que no querían, les repetía: «Sencillamente recé, y mis oraciones obtuvieron respuesta». Nunca llegó a aclarar si estuvo rezando para que fuera un bebé o simplemente para que no fuera un quiste.

¡Joder, nos ha tocado la lotería! ¡Gracias, Michelle Parish! ¡Gracias, Julia Cameron!

Vivíamos en una casa pequeña y cómoda con un gran huerto, que estaba justamente a orillas del lago Adley. El hermoso lago y el bosque circundante impregnaron misrecuerdos de infancia de un sabor decididamenteidílico. Recuerdo aquellos largos y cálidos veranos, en los que el aire espeso crepitaba con los zumbidos de los grillos y los saltamontes. Solía ir en bici con mi amiga Jenny a la tienda de la esquina de Kruz a comprar una botella de Coca-Cola o de Sprite y unas cuantas chucherías. Más tarde descubrí el Couch Tomato Diner en Galvin, cerca de mi antiguo colegio, aquel sitio donde podías comprar más de treinta clases distintas de helado. Y bajarlo con más Coca-Cola o más Sprite.

Los inviernos eran blancos e intensos. La nieve era como una mortaja de silencio echada encima de la casa; salvo por el reloj grande, los únicos sonidos procedían de la cocina, donde de vez en cuando se oía moverse la tapa de una olla o rozarse una bandeja al entrar en el horno, dando fe de las labores de cocina y horneado de mamá. Incluso cuando estaba en casa los domingos (trabajaba al menos seis días a la semana en la ferretería), la presencia de papá seguía siendo poco menos que silenciosa. Cuando yo estaba jugando o leyendo en el cuarto de estar, le oía resollar o quizá pasar la página del libro o la hoja del periódico que estuviera leyendo. Pero los ruidos principales eran los que salían de la cocina y tenían que ver con la preparación de comidas. Siempre había más comida.

Pese a todo, cuando cumplí los dieciséis años, seguía siendo un palo y pesaba 53 kilos. Más adelante, en torno a mi decimoctavo cumpleaños, cuando me disponía a marcharme a Chicago para prepararme para estudiar bellas artes, ya pesaba 82.

¿Qué pasó durante aquellos dos años?

«¡LUCY!», grita Sorenson. Cojo los papeles del mostrador y voy para allá.

«¡¿QUÉ?!».

«¿Dónde está el desayuno?».

«Estaba intentando leer tus papeles».

«¡Estoy famélica!».

«¿Qué quieres que te diga? ¡Aguanta y resiste!».

«No, no quiero. Tengo que comer algo…».

«¿Sabes lo que voy a hacer? Voy a salir a buscar una cafetería local, desayunar algo *yo*, relajarme y leer esas putas páginas».

«No, tienes que…».

«Y antes de que empieces a gritar otra vez, te lo repito: la puta culpa la tienes tú», le digo mientras meneo los papeles delante de su cara, «por escribir *Guerra y paz*».

Mientras yo me las piro del apartamento, Sorenson se levanta y se pone a dar saltos en el sitio haciendo tintinear la cadena y gritando: «¡Por favor, Lucy!».

Bajo en el ascensor y vuelvo a meterme en el Caddy. En el centro mortecino de Miami escasean los servicios sociales de toda clase, y eso incluye sitios aceptables donde desayunar. Tras pasar por delante de unos cuantos agujeros infectos, encuentro un lugar pasable en un centro comercial y me tomo un té verde y un bagel integral de salmón y queso bajo en calorías, y pido lo mismo para Fatty Sorenson[32]. No puede desayunar avena y arándanos todas las mañanas. El

televisor que hay en el rincón me distrae de su diario, ya que están emitiendo un reportaje sobre las gemelas. No consigo descifrar lo que dice pero no tiene muy buena pinta, porque se están dando intencionadamente la espalda. Amy está llorando, lo que la hace parecer humana y muy distinta de la fachada ceñuda y parasitaria que suele ofrecer ante el mundo.

Pero volvamos a la mierda de Sorenson:

A medida que una iba creciendo, veía y percibía cosas. El sufrimiento humano que había tras toda esa aparente tranquilidad. Un pueblo en el que las vidas públicas se entrecruzaban y conectaban a través del hábito en estado puro, además de una cortesía y unas convenciones tan estudiadas como destinadas a negar la evidencia, que nos permitían cerrar los ojos ante la miseria, los laboratorios de metanfetamina y grandes extensiones de vacío sensiblero tapado por mierdas y chorradas. Los silencios que encerraban tanto dolor tras los muros de aquellos viejos hogares familiares.

Mamá.

¡Qué fuerte!

Cuando tenía unos quince años, nuestro hogar feliz se volvió menos jovial. Mamá y papá empezaron a comportarse de forma distinta el uno con el otro. Y ella empezó a ponerse muy muy gorda. Una vez la vi pesarse: 122 kilos. De lo que no me di cuenta es de que buscaba una cómplice: una cómplice en el delito del desamor, en el delito de hacerse imposible de amar como forma de justificar ese desamor. Así que pedíamos helado del Couch Tomato Diner y pizzas del You Betcha Pie. «¡Uff da![33] *A tu edad puedes comer cualquier cosa», solía decir ella. Me gustaba eso de poder comer lo que fuera*.

Mi padre, Todd Sorenson, era un típo bajito, aproximadamente media cabeza más bajo que mamá, con cara de úlcera permanente y aire devoto. Era pocohablador. Si alguna vez surgía algún tema polémico en el transcurso de una conversación o en las noticias, lodespachaba diciendo «puede que sea algo o puede queno sea nada». Papá apenas hacía otra cosa que trabajar y llevar a mamá a algún baile de tanto en tanto. Todos los meses se iba a cazar o a pescar con unos amigos suyos, tipos dedicados al negocio de la ferretería, que eran de lo más deprimente y que rebosaban insulsos lugares comunes. Papá me llevó con ellos unas cuantas veces, y me enseñó a cargar una escopeta, a dispararla y a limpiarla. Sentía auténtica veneración por la queme regaló él, una Remington 870 Express Super Magnum. «Va de maravilla para todo, desde las palomas a losciervos», dijo. Me gustaba dispararle a latas y a botellas, pero la idea de quitarle la vida a un ser vivo por deporte me repugnaba. Entonces les vi abatir a un ciervo joven que se había limitado a acercarse a nosotros mientras nos miraba inquisitivamente. Creí que sin duda lo dejarían marchar. Vi cómo se miraban unos a otrosdurante un segundo, como si lo estuvieran decidiendo, y entonces mi padre disparó. El animalito dio un salto de metro y medio hacia atrás antes de caer, agitando espasmódicamente las patas hasta detenerse por completo. «Justo en plena zona crítica», aulló uno de sus amigos.

Sabía por las charlas de papá que la zona crítica comprendía el área del hombro, y tras ella, el corazón y los pulmones. Vista de costado, estaba centrada

aproximadamente en la parte posterior del hombro. Ofrecía al cazador las mejores oportunidades de alcanzar los órganos vitales. A esa distancia difícilmente podría haber fallado. Aquello no era «cazar» ni por asomo.

Me sentí asqueada hasta la médula. Ver cómo unos viejos estúpidos —que lo único que sacaban en limpio de aquello era un subidón efímero y el autoengaño de tragarse una fantasía en torno a cómo aquello los definía a ojos del mundo— exterminaban cruelmente a un ser tan vivo, inocente y confiado se me antojaba inconcebiblemente despiadado y lamentable desde todo punto de vista. No dije nada, pero se dieron perfecta cuenta de la ira y el desprecio que me inspiraban.

Evidentemente, decidí que no volvería a acompañar a papá a ningún viaje de aquellos. Él no dijo nada, y aunque en cierto modo parecía aliviado, también percibí su desilusión. Y estoy segura de que mamá y él percibieron la mía. A medida que iba madurando, me sentía menos a gusto en el hogar en el que me había criado: cada vez cobré mayor conciencia de ser una inadaptada en aquella casa y en aquel pueblo, y de que pese a que a los ojos de los demás era yo la que no daba la talla, el sentimiento era mutuo.

Una mañana, a las 7.45, cuando me estaba preparando para ir al colegio, sonó el teléfono y mamá encendió el televisor. Apareció una de las torres del World Trade Center echando humo. Dijeron que se había estrellado un avión contra ella, y volvieron a pasar las imágenes. Miré a mamá y a papá; todos creímos que se trataba de un terrible accidente. Alrededor de quince minutos más tarde, otro avión se estrelló contra la segunda torre. Estaba asustada, y mamá también, así que nos abrazamos la una a la otra en el sofá.

«Nueva York», dijo papá en tono de mofa, como si aquello estuviera sucediendo en la otra punta del mundo. «Puede que sea algo o puede que no sea nada».

Hasta el día de hoy sigo sin saber si de veras lo creía así o estaba poniendo al mal tiempo buena cara, temiendo quizá que mamá y yo nos pusiéramos histéricas. Yo me quedé en casa con ella, sentada en el sofá y viendo el desenlace de los acontecimientos, comiendo chucherías nerviosamente hasta que aquello se nos hizo insoportable y tuvimos que apagar el televisor. Papá se fue a trabajar, como de costumbre, a su negocio de ferretería en Minneapolis. Jamás se le habría ocurrido hacer otra cosa. Olía igual que la tienda: a pintura, aguarrás, aceite, serrín, pegamento y partículas de metal, que parecían impregnar sus manos sobre todo. No había cantidad alguna de lavados ni de aftershave capaz de disimular aquel olor.

A veces papá hablaba tan lentamente que me sentía que me moría por dentro, desesperada por que terminase la frase para poder seguir con mi vida. En algunas ocasiones, interrumpía su discurso y hacía una pausa incómoda durante la cual parecía estar evaluando si valía o no la pena seguir hablando.

A medida que empezó a trabajar cada vez más horas, mamá y yo lo hacíamos todo juntas, y ese «todo» incluía el comer. O, más bien, lo que Lucy calificaría como mierda: porquerías edulcoradas y saladas. Devorábamos tartas enteras, pizzas y tartas de queso hasta ponernos malas. Nos tumbábamos en el sofá, inmovilizadas, casi incapaces de respirar. Estábamos como borrachas, casi

asfixiadas de comer, atormentadas por cortes de digestión y reflujos ácidos; más allá del hastío, padeciendo auténtico dolor físico y sumidas en un abyecto autoaborrecimiento que fermentaba dentro de nosotras igual que la basura que acabábamos de ingerir, pero al mismo tiempo deseosas de que la montaña que acabábamos de echarnos a las tripas fuera asimilada, descompuesta y procesada por nuestro organismo, y que los kilos de grasa se pegaran a los que ya estaban allí. Estábamos deseando que sucediera para poder volver a empezar. Porque cuando sucedía, nos sentíamos terriblemente vacías. Necesitábamos y ansiábamos volver a sentir lo mismo.

¡Pobre de mí! ¡Papi era un cretino retaco y desalmado de la Asociación Nacional del Rifle que mataba a bichitos peludos con su sucedáneo de polla! Mami era una tocina gordinflona que se hinchaba de comer porque no recibía suficiente ración de rabo. ¿Y A MÍ QUÉ COÑO ME IMPORTA, SORENSON? ¿Es que la fuerza de voluntad no cuenta para nada? ¿Y el respeto por una misma? ¿Hay algún puto núcleo de la personalidad ahí dentro? ¿Hay algún ser humano por ahí?

Entonces, justo después de los exámenes, me vi reflejada en el gran espejo de caoba recargado del pasillo. Una bola de sebo. Ya no podía comer lo que quisiera. Así que empecé a vestirme de negro y me volví gótica, una gótica gorda. Sabía dibujar y sabía pintar. Siempre había sabido hacerlo. Pero ya no podía comer lo que quisiera, porque quería más de lo que nadie podía comer.

Eso me creó problemas en el instituto. Antes de aumentar de peso no era precisamente popular, pero, pese a ser reservada, reflexiva y algo bajita para mi edad, tomaba parte mal que bien en los juegos y travesuras escolares habituales. Ahora empezaba a llamar la atención. Era curioso cómo me miraban las demás chicas: al principio lo hacían con inquietud, pero luego asomaba en su mirada una expresión cruel. Era como una pesadilla de la que una iba cobrando conciencia lentamente, en la que por fuera las personas parecían ellas mismas, pero estando en realidad dominadas por una fuerza demoníaca. Literalmente, Jenny se me había quedado demasiado pequeña. Sabía que le daba vergüenza que la vieran por ahí conmigo. Entonces, un día en clase de gimnasia, cuando un grupo de chicas empezó a atormentarme, ella se sumó al carro. Ni siquiera me sentí capaz de odiarla. Al igual que mi madre, me había autoconvencido de que era indigna de amor y de que estaba sufriendo alguna forma de castigo merecido.

No me daban tregua ni en clase de arte. Estaba trabajando en el retrato de un anciano. Una mañana al entrar, vi que lo habían pintarrajeado; alguien había engordado la figura con pintura negra y alterado el rostro de manera que se asemejara, de una forma tosca y caricaturesca, al mío. Alguien había garabateado debajo, en letras de molde, ZORRA CULIGORDA. Me sentí mortificada, y vi cómo el resto de la clase se reía, pero no podía enseñarle aquello a mi profesora. Lo tiré discretamente a la basura y empecé a confeccionar otro, con la mano temblándome mientras dibujaba.

Otras personas se daban cuenta de que me estaba volviendo cada vez más distante y retraída. Una profesora, la señora Phipps, recomendó a mamá que me llevara al médico, pues era posible que estuviera deprimida. Fuimos a ver a nuestro médico de cabecera, el doctor Walters, que me había estado

administrando antibióticos y antihistamínicos desde pequeña. Le dijo a mi madre que padecía de «apatía». «Me gustaría evitar términos peyorativos como “depresión”», nos dijo.

Hasta yo sabía que no existía ninguna enfermedad que se llamara así. Pero apenas me sentía capaz de ducharme o de cepillarme los dientes. Hasta los tres minutos del zumbido del cepillo de dientes eléctrico me parecían algo atroz, y rezaba por que llegaran a su fin, contando los segundos mientras me hurgaba con él en la boca.

Pero mamá todavía me quería. Lo demostraba mimándome. Mimos. Nuestra vida era un constante carrusel de mimos. El diccionario describe este término como «acontecimiento u obsequio extraordinario y que proporciona gran placer». Nuestro régimen de mimos no tenía nada de extraordinario. Y todos los placeres que permitía eran efímeros en comparación con las lentas y palpitantes pulsaciones de dolor en las que constantemente nos sumía.

Eh… ¡Hola, hola! ¡Espabila de una puta vez! ¿Y no sería que el médico de Potters Prairie, Otter County, era un puto matasanos? ¿A quién se le habría podido pasar por la cabeza cosa semejante?

En el instituto el único amigo que tenía era un nerd llamado Barry King. Era un muchacho tímido y torpe con gafas a lo Harry Potter, tan delgado como yo gorda. Como irónicamente suele ocurrir en ese tipo de situaciones, ahora veo retrospectivamente con toda claridad que Barry, con su figura esbelta y atlética, y aquellos ojos oscuros y de mirada perdida, apenas habría necesitado un pequeño cambio de actitud para ser visto como un chico convencionalmente bien parecido. Por desgracia, fue incapaz de dar ese pequeño paso de gigante. Al igual que yo, se encerró a sí mismo en su inseguridad: sus movimientos, su forma de caminar, sus miradas, sus declaraciones nerviosas e inapropiadas: todo ello incitaba al acoso. Respondimos a él creando un universo propio que nos sustentaba y a la vez nos avergonzaba. Los cómics de la Marvel y la literatura de ciencia ficción fueron nuestro refugio. Estábamos especialmente obsesionados con un autor británico llamado Ron Thoroughgood. Llevábamos cómics al colegio; primero dibujábamos a los superhéroes y villanos que figuraban en ellos y luego inventábamos nuestros propios personajes.

El mundo que construimos a partir de esos materiales no solo definió nuestro presente, sino que también iba a ser nuestro futuro. Hicimos planes; él iba a escribir aventuras de ciencia ficción y yo las iba a ilustrar.

Frecuentábamos el Cup of Good Hope Cafe y también Johnny’s One Stop, donde comíamos chucherías y patatas fritas, y tomábamos siempre bebidas gaseosas: Coca-Cola, Pepsi, Sprite, Dr. Pepper. Escondidos, siempre escondidos. Él detrás de aquellas gafas tan poco halagüeñas, y yo enfundada en mi traje de sebo, asomándome al mundo por detrás de la gruesa cortina negra que me había dejado crecer encima de los ojos, y que hacía que mi padre se retorciera de rabia silenciosa. Cada vez que me lo echaba en cara, me encogía de hombros y le decía: «Es mi estilo».

Siempre estaba anhelando ese reconfortante chute de azúcar, aguardando su futura promesa con asfixiante expectación. En cierta ocasión, Barry y yo íbamos

hacia el Cup of Good Hope cuando un grupo de chavales del instituto nos paró y empezó a insultarnos. A Barry lo llamaron bicho raro tarado y a mí ballena varada. Dijeron que estábamos follando y que él era un flacucho pervertido por cepillarse a una tía tan gorda. Uno de los chicos le pegó un puñetazo en la cara que le tiró las gafas al suelo, si bien no se rompieron. Se rieron mientras las recogía. Seguimos caminando durante un rato y luego fuimos al Cup of Good Hope. Barry sorbió su gaseosa mediante una pajita colocada entre sus labios hinchados. Recuerdo que dijo: «Aquí nadie nos entiende, Lena. Tienes que largarte».

Aquellas palabras me dejaron helada incluso entonces, por la forma en que dijo «tú» en lugar de «nosotros». Era como si supiera que él nunca iba a lograrlo.

Y así fue.

Yo odiaba los domingos más que ningún otro día de la semana, pues se avecinaba la certeza de tener que volver al instituto y apechugar con otra semana de acoso. De hecho, esperar aprehensivamente aquello era más devastador que el hecho en sí. El domingo también suponía el deprimente y aburrido ritual de acudir a la iglesia, lo que parecía presagiar la masacre. Los padres de mi madre, el abuelo y la abuela Olsen, venían a casa temprano a desayunar, y luego íbamos caminando juntos a la iglesia. Era una caminata horrible y aburrida, pero al mismo tiempo llena de espantosa expectación, y entrañaba caminar incómodamente en compañía de mi familia por una carretera expuesta al viento, pero aun así nunca hacíamos el recorrido en coche. Aunque estuviera lloviendo o hiciera frío, nos acurrucábamos bajo los paraguas. Si se me ocurría protestar, papá me explicaba que aquello era una «tradición familiar». La abuela iba charlando con mamá, mientras el abuelo Olsen permanecía en silencio, y solo hablaba esporádicamente con papá, siempre acerca de sus respectivos trabajos. Mamá me obligaba a ponerme ropa de colores vivos, lo que me hacía sentirme como una retrasada; era como si esas prendas atrajeran sobre mí las miradas del mundo entero mucho más de lo que jamás hubiera podido hacerlo mi color favorito: el negro. Antes de que saliéramos de casa, me obligaba a contemplarme a mí misma en el espejo. Era igual que mamá: gorda y estúpida. Una versión más joven, pero vestida con la misma ridícula indumentaria. Papá apenas nos miraba. Lo avergonzábamos. A pesar de ser ya una adolescente —una adolescente retaca, gorda y con granos escondida tras un flequillo—, me obligaban a ir con ellos.

Durante las vacaciones, acompañaba a papá a Minneapolis para trabajar en la ferretería. Odiaba el silencioso trayecto en coche, la llanura vacía abierta ante nosotros y aquel enorme cielo hueco sobre nuestras cabezas. La ferretería estaba llena de viejos cursis —tanto en lo que se refería a los empleados como a la clientela—, y entre algunos de estos últimos reconocí a los amigotes de cacería de papá, que venían a pegar la hebra sobre chorradas. Casi todos eran carcamales jubilados y aburridos que tenían proyectos de bricolaje que tardaban años en terminar, en el supuesto de que alguna vez llegaran a terminarlos.

El abuelo Olsen era como ellos. Murió súbitamente; le dio un ataque al corazón enorme en el aparcamiento de la parte trasera de su negocio cuando estaba al volante de uno de sus camiones. Por suerte, en aquel momento el vehículo estaba parado.

Durante el funeral, que se celebró en un día frío y barrido por el viento junto a una tumba abierta, mamá lloró al mismo tiempo que consolaba a la abuela, que no paraba de repetir una y otra vez: «Era un hombre bueno…». Al reparar en lo aburrida e incómoda que me sentía, papá me dijo bruscamente, con un tono muy de persona mayor y como si estuviera hablando con unamigo, que creía que el abuelo Olsen sabía que iba a morir y que por eso se había subido a la cabina del camión.

Papá y el abuelo compartían una especie de intimidad severa y desprovista de alegría, ya que a ambos les había ido bien en los negocios. Más adelante, cuando Menard's abrió una nueva franquicia en un centro comercial situado a apenas kilómetro y medio de su tienda, la suerte de papá cambió. Aquello le amargó la vida. Decía que era un síntoma de la decadencia de Estados Unidos. Empezó a mostrar su apoyo a diversos políticos de derechas pertenecientes al espectro que abarcaba desde los conservadores autoritarios a los libertarios, y finalmente se decidió por Ron Paul. Hasta participó de forma activa en una de las numerosas campañas a la presidencia de este, que se saldaron con fracasos.

Solíamos discutir al respecto. Discutíamos constantemente sobre política y cuestiones sociales. Papá estaba dispuesto a debatir hasta cierto punto, pero siempre que yo le aventajaba (cosa que sucedía cada vez más a menudo, porque era una lectora insaciable), levantaba la voz en tono amenazante y decía con actitud conminatoria: «Soy tu padre, y eso tienes que respetarlo», y ahí terminaba el debate.

Papá me dijo que me mantuviera alejada de Cherie, una dependienta de la ferretería que tenía unos años más que yo, y que parecía una chica normal y alegre. «No es la clase de persona con la que deberías hablar».

«¿Por qué no?».

«No puedes entablar amistad con los empleados jamás. Eso me desautoriza».

«Pero son compañeros de trabajo; yo solo trabajo en la tienda».

«¡A mí no me repliques! ¡Eres mi hija, y algún día este sitio lo llevarás tú!».

La sola idea me llenaba de espanto. Sin embargo, sabía que eso nunca iba a suceder. En cambio, le fui cogiendo cada vez más cariño a Menard's. Siempre que mi padre se quejaba de sus progresos y cada revelación que me hacía acerca de las dificultades que atravesaba su propio negocio, desencadenaba en mí el júbilo enestado puro. Si veía un gran anuncio de la cadena en un periódico, me regocijaba por su pujanza empresarial, y me la imaginaba aplastando a la horrible tienda de TwinCity Hardware dentro de su deprimente centro comercial, arrasándola literalmente. Habría preferido vivir comouna indigente antes que llevar la tienda de mi padre.

Entonces pasó algo terrible. Fue durante la primavera siguiente, cuando todo apenas comenzaba a cobrar vida de nuevo tras otro invierno brutal. Yo estaba sentada en el huerto leyendo Perecen en éxtasis*, la nueva novela de Ron Thoroughgood. Mamá estaba arrancando las malas hierbas y preparando la tierra para plantar algo. Alana Russinger, una de nuestras vecinas, se acercó y le dijoa mamá que Barry había muerto.*

Dejé el libro de lado y me quedé de piedra. Mamá me miró primero a mí y luego

a Alana otra vez. «Qué espanto…, ¿qué es lo que ha pasado?».

«Desconozco los detalles, pero esta mañana lo han encontrado muerto en su dormitorio».

«¿Qué quieres decir?», aullé yo a la vez que me levantaba de la silla.

Alana me miró con gesto dolorido antes de volverse de nuevo hacia mamá, bajar la voz y cuchichear: «Dicen que se ahorcó».

Entré corriendo en casa y me fui a mi habitación. Me senté sobre la cama. Traté de llorar pese a mi estupefacción. Nada. Entró mamá y se sentó en la cama a mi lado. Habló un poco, diciéndome que Barry estaba en un sitio mejor, con Dios, y que nunca volvería a sentirse triste.

«¿Cómo sabes que está con Dios?», la desafié. «Si se ahorcó, eso es suicidio. ¿No se supone que eso es un pecado que te impide ir al cielo?».

«Dios es misericordioso», dijo mamá a la vez que me daba un apretón en la mano.

La miré y nos abrazamos, y luego le pedí que me dejara sola, cosa que hizo. Saqué algunos de los relatos de ciencia ficción de Barry impresos en cuadernos de espiral que había encargado en Kinko's. Pero seguía sin poder llorar. Me sentía muerta por dentro.

Después descubrí que Barry había dejado una nota que decía escuetamente: YA NO PUEDO SEGUIR CON ESTO. AQUÍ NO HAY LUGAR PARA MÍ . Más adelante me enteré de que también había dejado escrito que me legaba toda sucolección de cómics, dato que su familia ocultó. Sus padres estuvieron de acuerdo con los míos en que éramos «unamala influencia mutua» y que teníamos una «fijacióncon la muerte». Hasta pesqué a mi padre y a mi madre en mi habitación, revisando mis CD y las descargas demúsica de mi ordenador, por los que hasta entoncesnunca habían mostrado el menor interés: Nirvana, Sisters of Mercy, Macbeth, Secret Discovery, Theatre of Tragedy, PJ Harvey, This Mortal Coil, Puressence, Depeche Mode, Crematory, Tool. Quizá estuvieran buscando los indicios de algo que alimentase una locura compartida en lostextos de las carátulas, las letras o el material gráfico de las portadas. Era casi como si me culpasen a mí delfallecimiento de Barry: los bravucones que le pegaban, le desafiaban y le atormentaban un día sí y otro tambiénfueron, por supuesto, exonerados.

Salvo para ir al instituto, prácticamente me quedé en mi habitación durante la mayor parte de un año. Sin embargo, allí precisamente, me pusieron las cosas más fáciles. Pese a que se me seguía considerando un bicho raro y una fracasada, el hostigamiento abierto cesó. No sabía si el suicidio de Barry había inducido un sentimiento de culpa colectivo o si tenían la impresión de que si a mí también me llevaban al límite habría más sangre sobre sus conciencias, pero el caso es que me dejaron en paz. Y apenas comía, cosa que tenía preocupada a mamá.

Entonces llegó la fiesta de celebración de las bodas de plata de mamá y papá en el Event Center. Me obligaron a asistir. Tenía casi diecisiete años. Mamá volvió a contarle a todo el mundo su historia de la «niña milagro» sin dejar de mirarme mientras yo me ruborizaba y pensaba «¡tierra, trágame!». No podía creer que hubiera un solo adulto en Otter County que no conociera ya aquel relato.

Me sorprendió ver en la fiesta a Tanya Cresswell, una de las chicas del instituto.

Había venido con su familia, que conocía a mamá de algún grupo parroquial del que era miembro. Tanya también era un bicho raro, pero de otra clase. Era guay, pero se mostraba a la vez distante y desdeñosa con el popular grupo de los acosadores, al que parecía intimidar un poco. Tanya habló conmigo por primera vez, fundamentalmente de música. Conseguí sacar a hurtadillas un poco de alcohol —una botella de vino blanco— y nos la bebimos en el callejón que había a un lado del centro, y también fumamos un cigarrillo. Estábamos excitadas y borrachas. Nos dimos un beso, en la boca y tal. Nos miramos la una a la otra con cara de sorpresa y temor. Ninguna de las dos sabía lo que había sucedido ni qué hacer después. Entonces oímos voces, y vimos a un tipo mayor y a una chica salir fuera y refrotarse el uno contra el otro apoyados en los pilares de la entrada del centro.

Algunos días después vi a Tanya en clase. Nos echamos una mirada fugaz de vergüenza mutua antes de apartar rápidamente la vista. Las dos sabíamos que habíamos hecho algo malo y que volveríamos a hacerlo si seguíamos estando cerca la una de la otra, pero también sabíamos que si aquello trascendía nos iba a joder la vida de mala manera. De modo que nos evitamos. Pero yo nunca renuncié al sexo; me masturbaba constantemente. A veces pensaba en chicas, imaginando que nos besábamos y nos metíamos mano, pero normalmente pensaba en chicos. Realmente lo que quería era que un chico —un chico delgado y de pelo oscuro— viniera a mi habitación de noche, me metiera mano y acariciara los pezones de mis pechitos.

Sin Barry y sus distracciones de ciencia ficción, me centré más en las tareas escolares, y empecé a «cumplir con mi potencial», como decía papá. Ahora bien, estaba obsesionada con una clase en particular. La señorita Blake, la profesora de arte, me informó en repetidas ocasiones de que era la alumna más dotada que jamás había tenido en Otter County. Me habló de una próxima presentación organizada por personal del School of the Art Institute de Chicago para posibles alumnos potenciales de nuestro estado que iba a celebrarse en un centro de formación de Minneapolis.

La abuela Olsen murió al verano siguiente de fallecer su marido; con el corazón destrozado y desorientada, nunca se repuso de su muerte. Eso contribuyó a mejorar nuestras desastrosas finanzas, diezmadas por Menard's. Los Olsen también habían depositado algún dinero en mi fondo universitario, que mamá describió como «una suma considerable». La noticia me emocionó, pero procuré contenerme, y expresé un dolor por la muerte de mi abuela que en realidad no sentía. Podrá parecer cruel, pero no podía pensar más que en el dinero: sabía exactamente lo que quería hacer con él. Fui tan estúpida como para hablarles a mamá y a papá de mis pretensiones de estudiar arte. Cerraron filas por primera vez en mucho tiempo: estudiar bellas artes era tirar el dinero. Luego no podías conseguir un empleo. Bellas artes estaba lleno de bichos raros y de pervertidos que tomaban drogas. Más me valdría centrar mis esfuerzos en las matemáticas.

Lo único bueno que tuvo aquella deprimente conversación fue que papá no sacó a colación el tema de que yo llevara la tienda de Twin Cities Hardware. Se trataba menos de reconocer mi manifiesta incompetencia para ese papel que de

que a largo plazo el triunfo de Menard’s era inevitable. Por joven e inocente que fuera, comprendí inmediatamente que no valía la pena discutir. Me limité a darles la razón: tenía más sentido estudiar empresariales.

Por supuesto, asistí a la presentación del Art Institute en Minneapolis sin decírselo a mis padres, y me llevé lacarpeta que contenía el conjunto de mis obras. Había unos veinte chavales metidos en un aula del centro deformación, todos con una emoción y unas ansias quenunca había visto entre otra gente en mi clase de arte del instituto. El tío del Art Institute tenía la cabeza afeitada y vestía de negro. El representante del centro de formación lo presentó como un profesor. Fue corregido inmediatamente por el primero, que sacudió enfáticamente la cabezamientras decía: «No soy profesor, soy artista».

Nada más oír aquello, supe exactamente dónde quería estar. Aquellas simples palabras eran las más impresionantes que jamás le había oído pronunciar a nadie. ¡Qué electrizantes y qué embriagadoras fue escucharlas para una persona desmoralizada y agotada por la constante acumulación de pequeñas derrotas! Me quitaron un peso de encima, y literalmente sentí cómo se me enderezaba la columna.

Sabía quién quería ser.

Pongo la cinta en marcha. He empezado con demasiada velocidad, ya que empiezo a sudar y a resollar de inmediato. Cada paso atronador es una ordalía…, pero pongo el aparato en la pendiente de escalada máxima, augurando así un nuevo infierno y trasladando la carga a otros músculos, que palpitan con implacable intensidad. Antes de que hayan pasado diez minutos, una voz en mi cabeza grita: «¿Qué demonios estás haciendo?». Intento hacer caso omiso. Pronto pierdo toda sensación de dónde tengo las piernas, como si nada me sostuviera, y me acosa un pánico estremecedor a caerme. Intento concentrarme en el ritmo sordo de mis pies sobre la cinta de goma a la vez que me esfuerzo por obligar a mis débiles y roncos pulmones a respirar de manera acompasada. Trato de mirar hacia donde sea salvo hacia los monitores de pantalla digitales que miden el tiempo, la velocidad, la distancia recorrida y las calorías consumidas. De repente, la cinta empieza a ralentizarse sola. ¡Me doy cuenta, eufórica, de que he estado corriendo a esta velocidad y pendiente durante treinta minutos seguidos!

Me bajo tambaleándome del aparato, con las piernas tan hechas fosfatina que, de no ser por la cadena que sujeta mi muñeca al pilar, seguramente me habría caído redonda. Me recojo hacia él como un pez enganchado a un sedal y me desplomo sobre el colchón, abrazándome a mis piernas, apretando el rostro contra mis rodillas desnudas, cerrando los ojos y haciéndome un ovillo.

Vaya, muchas gracias, señorita Sorenson. Friki foca, friki flaco, ambos inadaptados; friki foca no folló con friki flaco, pero en cambio se enrolló con decepcionante guarra de iglesia. De todos modos, friki flaco se había matado, y friki foca empieza a asistir a la universidad gracias a un fondo fiduciario. En fin, supongo que por algo se empieza. Pero nada más. ¡Discúlpeme por estar tan poco impresionada! Tampoco estoy nada convencida de la fiabilidad de Sorenson como narradora. Las personas como ella —tipo intelectualoides— se inventan lo que les parece; eso es lo que hacen.

Para cuando regreso con su bagel de desayuno, ha pasado ya una hora y Sorenson no está muy contenta, pero guarda silencio y no aparta la vista de la comida que llevo en la mano, que incrusto en sus cochinas y agradecidas zarpas.

Mientras ella come, yo cojo el cubo, y echo su mierda y luego su pis al váter antes de tirar de la cadena; después de eso viene el vaciado coñazo de la piscina del oso pederasta, lo que requiere arrastrarla hasta el cuarto de baño y volcarla hábilmente por encima del borde del plato de ducha para que la roña de Sorenson llene los desagües de Miami. Y acto seguido viene la aburrida y prosaica tarea de volver a rellenar todos los recipientes.

Después de completar todas esas horribles tareas de mierda, vuelvo con Sorenson, que, increíblemente, sigue masticando su comida. En efecto, se está forzando a sí misma a comer más despacio, y levanta la vista para mirarme entre bocados. Así que me siento en la silla que hay enfrente de ella con las Páginas Matinales en la mano. «Esto es mucho para asimilarlo de golpe. Has sido muy franca. Te felicito».

Me mira con gesto esperanzado. «La verdad es que he intentado ser todo lo sincera que he podido…».

«Sin embargo, esto no son Páginas Matinales».

«¿Cómo que no? Las he escrito a primera hora de esta mañana…».

Levanto la mano para acallarla. «Las Páginas Matinales ocupan tres páginas. ¡Aquí hay más de veinte!».

«Cuantas más, mejor, ¿no? ¡Ahí tienes para dos semanas!».

«Se hacen de tres en tres, para poder plantear los temas e ir lidiando con ellos en fragmentos pequeños y digeribles. Esto…, todo esto», digo meneando los papeles, «es simplemente abrumador».

«Las Páginas Matinales me pertenecen a mí, Lucy. Si no me crees, lee a Julia Cameron», dice con calma. «No tiene como finalidad que tú hagas nada con ellas. No eres psicóloga ni psicoterapeuta diplomada, ni consejera…».

«Pero *tú* no eres una adulta. ¿No lo ves? ¿No ves lo que estás haciendo ahora mismo? Intentas manipularme, como intentan hacer siempre los débiles, mediante engaños, seducción, subterfugios…».

Sorenson se aparta de la cara su grasiento flequillo con la mano encadenada. «Lucy, esto es estúpido. Es perverso. Mira, sé que tengo problemas y te agradezco que quieras ayudarme, ¡pero secuestrarme y criminalizarte a ti misma no es la solución!».

«Secuestro. Vaya, esa sí que es una palabra interesante. ¿Dónde está la nota de rescate? ¿A quién está dirigida? ¿Cuáles son mis condiciones? ¿Secuestro? ¡Qué más quisieras! Esto es una intervención. Esto es por tu propio bien», le digo.

«¿Por mi propio bien? ¿Qué? ¿Por qué? ¡A ti qué te importa!».

«Es una forma de hablar», salto yo, desconcertada ante su afirmación. «Estoy haciendo mi puto trabajo. Eres un reto. Te voy a poner en forma aunque acabe conmigo. Y no acabará conmigo», recalco mientras veo cómo brota el miedo en su mirada. «Tú no vas a ganar, joder», digo, añadiendo acto seguido: «porque no voy a dejar que pierdas».

«Todo esto es por lo del videoclip que filmé con el teléfono», dice Sorenson

sacudiendo la cabeza. «Me estás castigando por habérselo dado a esa cadena de televisión…».

«Cierra la puta boca con el videoclip ese», salto otra vez, «aunque, ahora que lo dices, la verdad es que me causó bastantes perjuicios. Pero esto no tiene nada que ver con eso. Tiene que ver con tu obesidad y con la forma en que la mantienes a base de mentiras y negativas a reconocerla».

«¡No!», grita Sorenson, antes de hacer una mueca de dolor y frotarse las sienes. «Maldita sea…, ¡esta migraña me va a hacer estallar la cabeza!».

Me voy a la cocina y regreso con toallas y jabón. Sorenson me suplica que le dé una aspirina.

«No. Sin dolor no hay victoria. Quiero que te sientas como una mierda, que recuerdes ese momento y lo horroroso que es. Todo esto es por la abstinencia de Coca-Cola y Pepsi», le digo mientras meto unas botellas más de Volvic en la nevera.

Sorenson arruga el rostro con gesto horrorizado. «¡Parece que el agua es tu solución para todo!».

«¡La Coca-Cola era la tuya, y no era una puta solución en absoluto!».

Me mira por debajo del flequillo con ojos hundidos y mirada perdida. «Necesito tampones».

Rebusco en el bolso, encuentro unos cuantos y se los tiro.

Ella se toca el sujetador deportivo manchado y echa una mirada a sus apestosas bragas. «¡Necesito darme una ducha como está mandado! ¡Tengo que lavarme el pelo! ¡Estoy hecha un asco!».

Tú lo has dicho, gordi. «Ahí está la piscina», digo señalando al oso de mirada burlona. ¿Qué clase de padres permitirían que sus hijos se sentasen sobre esa cara? Es como andar tentando a la suerte.

«No puedo lavarme bien en… eso», dice señalándola antes de pasarse la mano por sus grasientos mechones. «¡De verdad que necesito lavarme el pelo!».

Yo sacudo la cabeza. «El sudor no es asqueroso. La sangre no es asquerosa. La grasa sí lo es. Piérdela y ya veremos. ¡Los putos derechos te los tienes que ganar!».

Y una vez más me marcho del piso arropada por una serenata de gritos que dan paso a sollozos intensos, entrecortados y llenos de autodesprecio.

28. CONTACTO 11

Para: lenadiannesorenson@thebluegallery.com
De: mollyrennesorenson@gmail.com
Asunto: Por favor, dinos algo
Lena:

Esto ya no tiene gracia. Cada vez que te llamo sigue saltando directamente el contestador. Por favor, llámame. ¿Va todo bien? ¿Has perdido tu teléfono?

Mamá X

Ay, basta ya. Vete a tomar por culo, Sorenson sénior.

Para: lucypattybrennan@hardass.com
De: michelleparish@lifeparishioners.com
Asunto: ?!?

¿Mujer gay? ¿A qué te refieres? Para que lo sepas, soy madre y tengo previsto casarme con mi novio el año que viene. Estás chiflada. Por favor, no vuelvas a escribirme.

Para: michelleparish@lifeparishioners.com
De: lucypattybrennan@hardass.com
Asunto: ¡Venga ya!

Eres una comefelpudos impenitente y se nota a kilómetros. Ya entiendo: dejarte preñar por algún maricón viene bien para obtener contratos televisivos. Al fin y al cabo, las zorras tenemos que comer. ¡Pero válgame el cielo, mujer! ¿Cuándo zarpó del puerto el barco de tu amor propio? De verdad te lo digo: ¡tienes problemas sexuales serios que tienes que resolver urgentemente!

Álzate. Da un paso al frente. ¡No te quejes, reconócelo!

Tu hermana,

Lucy

II

REHENES
Cuatro semanas después

29. CONTACTO 12

Para: lucypattybrennan@hardass.com
De: kimsangyung@gmail.com
Asunto: Preocupada por nuestra amiga común
Hola, Lucy:

Tú no me conoces, pero Lena Sorenson copió tu dirección en un correo que me envió. Habla muy bien de ti como entrenadora y como amiga, y dice que la animas mucho. Soy buena amiga suya, fuimos compañeras de piso en la universidad. Me preocupa que no haya tenido noticias de ella en mucho tiempo; no ha respondido a mis correos ni devuelto mis llamadas. Es muy extraño, porque mantenemos contacto regular la una con la otra.

Estoy segura de que sabes que tiene problemas emocionales, problemas con los tíos, y que no se encuentra psicológicamente en su mejor momento ahora mismo.

Me preguntaba si sabías algo.

Ojalá estuviera en Miami ahora mismo: en Chicago el invierno es muy duro.

Sinceramente,
Kim Sang Yung

Esta es la cabrona que ha estado contaminando las bandejas de entrada del correo electrónico y el contestador de Sorenson.

Para: kimsangyung@gmail.com
De: lucypattybrennan@hardass.com
Asunto: Preocupada por nuestra amiga común
Hola, Kim:

En efecto, Lena ha estado entrenando conmigo y nos hemos hecho buenas amigas. El tema de los problemas con el tío ese está más o menos resuelto, y ha estado saliendo con un bombero cachas que se llama Miles. No es una relación seria, pero es justo lo que le hacía falta, ¡y creo que esa es la principal razón de que haya estado *missing*!

Pero eso también la ha motivado para volver a trabajar. En estos momentos tiene alquilada una choza en los Everglades, donde está tomando montones de fotografías del pantano para construir un paisaje para sus «humanos futuros» de cara al nuevo proyecto artístico en el que está enfrascada. La cobertura allí es mala, pero el otro día me llamó para decir que todo iba bien, y que volvería a Miami Beach dentro de un par de semanas.

Así que va todo muy bien.

Si vuelve a llamar no te quepa duda de que le contaré que estabas preocupada y también le diré que se ponga en contacto contigo, ¡pero ya sabes lo consecuente y resuelta que es cuando se pone la brida entre los dientes! A mí también me gustaría tener un contacto más regular con ella, pues me preocupa que esté allí

sola en los Everglades, pero estoy encantada de que vuelva a estar «centrada y enfocada», porque hace unas pocas semanas su estado psíquico me tenía SERIAMENTE preocupada. Sin embargo, ahora que ya lo tiene superado, no quiero entrometerme y perturbar su energía.

¡Nunca he estado en Chicago, pero tengo entendido que es una ciudad deportiva A TOPE!

Con mis mejores deseos,

Lucy Brennan

Para: lucypattybrennan@hardass.com

De: valeriemercando@mercandoprinc.com

Asunto: Esto cada vez tiene menos sentido

Lucy:

No entiendo cómo puedes pretender que siga siendo tu representante si no contestas a mis correos ni me devuelves las llamadas. Lo repetiré: Thelma, de VH1, está convencida de que el recién elegido congresista Quist ya ha dejado de interesarse por nosotras. Thelma y Waleena quieren hablar en serio de *Shape Up or Ship Out*.

Por favor, dime algo.

Con mis mejores deseos,

Valerie

Falsa. Que le den a tu programa. Tengo el mío propio, y no está en pantalla.

Para: lenadiannesorenson@thebluegallery.com

De: mollyrennesorenson@gmail.com

Asunto: Voy a coger un vuelo a Miami

Lena:

¡Ya llevamos cuatro semanas así! ¡Estamos tan preocupados que no podemos más!

A menos que tenga noticias tuyas inmediatamente, voy a llamar a la policía local y voy a reservar un vuelo para Miami. ¡No sé a qué estás jugando, jovencita, pero tu padre y yo estamos preocupadísimos y pasándolas canutas! ¡LLÁMAME! ¡ESCRÍBEME! ¡ENVÍAME MENSAJES DE TEXTO!

Mamá:

¡¡¡JODER CON ESTA PUTA SUBNORMAL CONTROLADORA Y PLASTA!!!

Para: mollyrennesorenson@gmail.com

De: lenadiannesorenson@thebluegallery.com

Asunto: Ya estoy harta

Mamá:

He perdido el móvil y aún no lo he cambiado por otro. Pero el motivo por el que no he estado en contacto no es ese, sino que ya estoy harta de tus PUTAS

CHORRADAS.

NO ME ENVÍES POR CORREO ESA MIERDA QUE LLAMAS «COMIDA», PORQUE IRÁ A PARAR DIRECTAMENTE A LA BASURA. NO LA QUIERO. TÚ HAS DECIDIDO COMER HASTA REVENTAR PORQUE ESTÁS DEPRIMIDA DEBIDO A QUE TU VIDA Y TU MATRIMONIO SON UNA MIERDA.

ME PARECE PERFECTO.

¡PERO A MÍ NO ME METAS, JODER!

SI ME RESPONDES, DÉJATE YA DE TODA ESA MIERDA EMPALAGOSA, MANIPULADORA Y PASIVO-AGRESIVA. ESTOY HARTA DE SER TU PUTA PROGENITORA. ¡MADURA DE UNA PUTA VEZ!

Toma nota, por favor, de que estoy estupendamente, mejor que nunca, a decir verdad. Acudo regularmente a un gimnasio, tengo una nueva entrenadora FABULOSA, estoy perdiendo peso, y tengo muchas ganas de volver a ponerme a trabajar. Y me siento mejor que nunca porque por fin te he dicho lo que llevaba deseando decirte durante tantos años.

L.

30. EL HOMBRE BARRACUDA

¡Como si con una Sorenson obesa no bastase, una segunda bola de sebo ha logrado colarse en mi vida y atosigarme desde el puto Potters Prairie! ¡Acosada por fracasadas! Y Michelle me ha dejado tirada; la zorra mojigata me ha amenazado con la policía y los abogados y finalmente ha cambiado su dirección de correo electrónico. ¡No me ha dejado otra cosa que las putas Páginas Matinales de Sorenson!

Fuera hace calor, pero tras una lluvia intensa las calles están mojadas. Llevo vaqueros, un cinturón con tachuelas y un top negro. Me he soltado el pelo y como accesorios llevo un collar con un corazón de oro y una pulsera a juego. Y si llevo esta mierda es porque él me la compró.

Él es el motivo por el que he empezado a frecuentar este espantoso lugar, un antro clandestino de encefalograma plano situado entre Washington y Collins Avenue. El tugurio carece de clientela, salvo dos tíos que están jugando al billar, y él, que está sentado en su esquina habitual. Ahí está Jon Pallota, apoyado en la barra y hablando con la camarera tatuada. Va sin afeitar, tiene cara de sueño, y hasta luce una perceptible barriga cervecera. Es horrible pensar que hace apenas un año era uno de los tíos más macizos con los que podrías toparte jamás. La sonrisa sigue ahí, profunda, insinuante, más evocadora que nunca, cayéndome encima como si fuera una tonelada de ladrillos e induciéndome de forma lamentable y automática a arreglarme el pelo. Echa un repaso somero a mis joyas, y luego me echa otro a mí; mantengo contacto visual durante un segundo mientras todo un universo de fatiga, dolor y orgullo se transmite entre los dos cual bumerán. No estoy preparada para esa expresión. No es de las que suelen compartirse con otros seres humanos en South Beach. Pasmada, pido un vodka con soda.

Tras un poco de charla intrascendente, la conversación se remonta, como siempre, al infortunio de Jon. Últimamente hemos vuelto a estrechar lazos, pues tenemos como enemigo mutuo a Quist, que ha aplastado a Thorpe en las urnas. «El pleito por compensación no va a ninguna parte», dice Jon sacudiendo la cabeza, ahora con su pelo en punta mucho más lleno de sal que de pimienta. «Las grandes empresas, concretamente la que tiene contratado al hijo de puta ese de Quist como asesor especial, lo tienen todo controlado». Da vueltas a su Jack Daniels doble, intentando resistirse unos segundos más, calibrando el influjo que ejerce sobre él.

«Pero sobreviviste, Jon», digo al tiempo que dejo caer mi mano sobre la suya. «Sigues aquí».

Como de costumbre, es como si acabara de salir disparado rumbo al espacio y estuviera ya a un millón de kilómetros de distancia. O quizá esté solo a unos pocos, recorriendo la costa atlántica hasta llegar a Delray Beach. «¿Sabes? Aún puedo oír los chillidos de los nadadores y de la gente que estaba tomando el sol. Sigo recordando cómo me afané en los bajíos y pensé a pesar del dolor —*¿qué es esto*?— mientras la nube en forma de hongo formada por mi propia sangre se extendía ante mí en el agua. Y luego recuerdo cuando bajé la vista y vi los horribles ojos de aquella barracuda entre mis piernas». Se estremece y suelta una

risotada amarga. La camarera se encoge un poco y finge mirar la televisión.

Las gemelas Wilks han aceptado ser operadas por un equipo de cirujanos especializados que cree poder separar con éxito sus cuerpos. «Cuando estaba embarazada de ellas», explica Joyce Wilks, «me dijeron que cabía la posibilidad de interrumpir el embarazo, pero eso no era para nosotros. El Señor decidió que Annabel y Amy fueran como son, y nosotros acatamos Su voluntad. Luego nos ofrecieron la opción de separarlas cuando todavía eran bebés, pero nos negamos. Era demasiado arriesgado».

La cámara sigue enfocando a Joyce durante un instante extra innecesario, hasta que se siente impulsada a dar nerviosamente una calada a su cigarrillo. A continuación se aleja para mostrar que la entrevista está teniendo lugar en un porche, lo que la marca indeleblemente en la psique de ambas costas del país como basura blanca sureña.

No obstante, las chicas han apelado a los tribunales y sus padres han tenido que dar su consentimiento a la operación pese a que las posibilidades que Amy tiene de salir con vida son de una entre cinco. Annabel tiene aproximadamente un 82 por ciento de posibilidades de llevar una vida normal tras la intervención. Ahora muestran un plano largo de las gemelas caminando juntas, moviéndose en sincronía de manera extrañamente cordial, elegante incluso, antes de pasar a ofrecernos un primer plano de Amy. «Sé cuáles son los riesgos», dice, «pero quiero hacerlo por mi hermana. Si una de nosotras consigue llevar una vida normal, entonces es un riesgo que vale la pena correr».

Vaya, me apetece bastante oír esto, pero Jon no está por la labor. «Dieciocho kilos de pez de ojos mortecinos amorrado a mi paquete», se lamenta antes de llevarse el Jack a la boca y echar un traguito. «Me estaba bañando desnudo; Catriona y yo habíamos estado enredando», añade en tono sombrío. «Me había quitado el bañador y lo había dejado colgado de una boya junto a la parte superior de su bikini. Seguro que fue el anillo lo que llamó la atención del bicho. ¿Te acuerdas de ese anillo que llevo?».

Noto cómo la camarera desconecta de las hermanas Wilks y se interesa por nuestra conversación. La miro fijamente, y se agacha y empieza a cargar botellas en la nevera. «Déjalo estar, Jon». Le quito la mano de encima del hombro y le acaricio la nuca.

Él vuelve a mirarme, y veo que sus dientes, antes perfectos y blancos, ahora están descascarillados y amarillentos. «¿Cómo quieres que lo deje estar? Ni siquiera te puedo decir la cantidad de visitas que ha tenido en YouTube. Tú en YouTube eres una heroína, estuviste de puta madre», dice en tono poco menos que acusador. «La cosa nunca fue así durante mis quince minutos de fama. Mi humillación es visionado obligatorio para todos los putos universitarios gilipollas del mundo», dice haciendo una mueca y soltando una risotada rancia. «Se ve aparecer a Catriona en cuanto se pone la parte superior del bikini, y quedándose ahí pasmada hasta que llegan los paramédicos. Ni siquiera quiso subirse a la ambulancia cuando me llevaron al hospital, ¿sabes?», bufa antes de darle otro sorbo a su Jack.

«Ay, Jon», le digo mientras le acaricio la espalda con más fuerza.

Es todo cierto, y confieso que he visto ese vídeo de terror. Está muy bien rodado por una bañista tipo Sorenson —otra que prefiere mirar antes que actuar— que tenía una cámara en lugar de un teléfono. Sobre todo se oye a la gente, horrorizada, dando voces entrecortadas mientras Jon chilla y luego sale renqueando del océano con ese pez gigante aferrado a sus genitales y sangre corriéndole por los muslos antes de caer de rodillas sobre la arena. La barracuda se retuerce suavemente con las manos de Jon alrededor de su cabeza, la cara de Jon de perfil, con los ojos cerrados y la boca abierta. Parece como si estuviera obligando al pez a hacerle una felación.

Jon tenía la polla bastante grande y hermosa, pero seguramente tuvo suerte de que solo se le pusiera grande cuando se empalmaba, y la tenía en buena parte encogida por la temperatura del agua, fuera de la vista del pez cuando le pegó el bocado. Luego se le ve sosteniendo a la barracuda mientras se tiende dolorosamente con ella sobre la arena, repitiendo sin parar: «Dios mío…». Al fondo se oye la voz de una mujer chillando «¡Ayúdenle!», mientras otro tipo informa instructivamente a la multitud: «Le ha pillado un pez grande».

Acto seguido la barracuda empieza a dar sacudidas y a retorcerse, igual que un caimán con su presa, arrancándole a Jon parte de la polla y uno de los testículos. Más chillidos, alguien le pasa a Jon una toalla sin que este pierda en ningún momento el conocimiento, limitándose a apretar contra sí la toalla amarilla saturada en sangre con el rostro arrugado de dolor y los ojos rebosantes de miedo. Primer plano del pez asfixiado, con media polla sanguinolenta y amputada de Jon en la boca (el huevo seguramente se lo tragó) mientras agita lentamente la cola, contrae y abre las agallas y mantiene esa fría mirada de asesino.

Por supuesto, el vídeo se convierte en viral. Mucho más que el mío.

«¿Sabes cómo quedan en esa parte del cuerpo media polla, un testículo y ciento sesenta y tres puntos? ¿Que hasta las putas más curtidas reculan nada más posar la vista sobre ese puto desastre? Catriona no tardó mucho en largarse». Entonces me enfoca con unos ojos tristes y esperanzados. «Ojalá yo, ojalá nosotros…». Sacude la cabeza, incapaz de terminar la frase, antes de girar sobre la banqueta y volver a encararse con su copa.

Yo siento vergüenza y dejo la mano colgando junto al costado. A lo largo de los años, Jon y yo follábamos de vez en cuando. En determinados momentos estuvo a punto de llegar a ser algo mucho más serio que eso, y me lanza una mirada casi esperanzada, pero *de verdad* que ya paso olímpicamente de follar por compasión. Y más cuando al tío le falta medio paquete. Además, no quiero restregarme contra el tejido cicatrizante de este pobre cabrón; porque yo nunca dejo que un hombre me sude encima; me gusta estar yo ahí, envolviendo su polla, follándola, follándole a él. Jon siempre lo entendió. Hasta Miles, cierto es que por sus problemas de espalda, se daba cuenta de que necesitaba estar encima. Pero Jon…, me encantaba follar con él. Recuerdo lujuriosamente hacerle bajar esa compacta bolsa de fruta hasta mi boca, pero ahora solo queda la mitad de ese dulce botín, todo porque un puto pez envenenado se puso goloso. Así que le presento mis excusas y le dejo con la vista puesta de nuevo en el vaso mientras yo sigo una ruta conocida que me lleva a bajar por Washington Avenue.

Entro en el Club Uranus y me encuentro con una línea de bajos lo bastante potente como para hacerle temblar a una los empastes. El índice de zumbados, que aumenta de forma exponencial a medida que van pasando las horas, parece haber alcanzado nuevas cotas esta noche. La Cabrona Liposucción me avista inmediatamente y empieza a despotricarme al oído, borracha perdida. Miro a sus ojos llorosos. «Ahora no, cariño», y me pierdo entre la multitud mientras me dirijo hacia la pista de baile, dándole esquinazo. Acto seguido empiezo a contorsionarme con un tipo negro cachas, pero hace una pirueta y va a parar a brazos de un maricón blanco que me echa una mirada perturbadora.

Tengo la sensación de que ha sido una equivocación venir aquí y que ya va siendo hora de irme a tomar por culo de este antro. Valerie me dijo que siempre saliera por la puerta principal de un club nocturno. Cualquier paparazzi o aspirante a estrella con dos dedos de frente elegiría la salida de atrás, en el momento en que estos últimos salieran dando tumbos, bolingas y estúpidos. Ambos sabían dónde se tomaban las imágenes de leyenda.

A esa hora de la noche negra como boca de lobo denominada madrugada, cuando no se puede ir a ninguna parte sin que esté llena de gente tóxica, con la mirada perdida y desquiciada por el alcohol y las drogas, y gritándose chorradas al oído los unos a los otros, hago lo de siempre y me limito a conducir. Me encanta conducir mientras oigo música. Siempre Joan Jett: cuando la descubrí siendo adolescente, mi vida despertó de repente a la realidad, como si *alguien* me entendiera, joder. Pero también Motörhead, AC/DC e INXS. Últimamente estoy *completamente* obsesionada con Pink.

Supongo que debería ir a ver a Sorenson. Ya no nos queda mucho tiempo; mamá y Lieb van a estar de vuelta dentro de diez días. Han pasado 4 semanas y ha perdido 18 kilos; solo le faltan 4 para alcanzar la meta de los 22. Semana 1-4, semana 2-6, semana 3-5, semana 4-3. Más importante: la hija de puta finalmente ha aprendido a manejarse. *Ella* me dijo *a mí* que pasaba de hacer Páginas Matinales, y que estaba «hasta las narices de bazofia frívola y egocéntrica que te jode la cabeza, y dispuesta a dar el callo». ¡Qué pena no tener la nueva dirección de correo electrónico de Michelle Parish para transmitirle esa información! Sorenson sollozó tan amargamente de desilusión ante esas últimas cifras que tuve que consolarla, diciéndole que las cifras se reducirían a medida que su cuerpo se fuese adaptando y tuviera que adelgazar menos. El inconveniente es que eso a mí me complica la vida un montón; la forma en que su cerebro se va agudizando a medida que su cuerpo se tonifica la convierte en una adversaria en potencia mucho más volátil. Vaya un esfuerzo hercúleo: rebajar ese culo y salvarlo a la vez. Puede que la muy zorra esté recuperándose, pero ha sido un curro del copón y ha estropeado todo lo demás. Al principio la muy puta incluso se negó a comer durante un par de días. Le dije: «¿Tú en huelga de hambre? ¡Como que va a durar mucho!».

La puta guarra se encaró conmigo y tiró el papeo al suelo.

Como era de esperar, cuando volví a la mañana siguiente, prácticamente había levantado el barniz del parqué con la lengua. La miré y dije: «Creo que las dos estamos empezando a comprender quién coño eres».

Ella se limitó a mirarme y decir: «¿No querrás decir *quiénes* somos?».

«No te eches flores», le dije, pero se me había subido a la chepa y las dos lo sabíamos.

Anoche se produjo otro incidente, así que ahora mismo no voy a hablar con ella. Me cuelo en el piso y voy de puntillas hasta el dormitorio. Agotada, me quedo dormida en el suelo.

31. DECISIONES INMEDIATAS

Da igual lo que ella te diga o lo que te digas tú misma, cada noche solitaria en que contemplas tu reflejo en esa gran ventana y examinas ese yo menguante, da todo por culo.

El dolor y la frustración del encierro te corroen y destilan ácido en el centro de tu ser. Cada vez que percibo el tintineo de las esposas y la cadena contra el pilar de acero, me muero un poco. Nunca me puedo librar de ellas; incluso cuando estoy descansando sobre el colchón viendo la televisión portátil que me trajo Lucy, una conciencia constante, tanto vestibular como visceral, impregna mi psiquismo.

No había comprendido lo pequeño que podía ser un rincón de una habitación. Y qué inmensa pradera constituía el resto, con la puerta representando algo que podía haber estado a un kilómetro de distancia gracias a esta cadena inhibidora y frustrante. Antes, podía correr. Minnesota. Chicago. Miami. Nueva York. Podía esconderme. Doritos, KFC, Boston Market, Taco Bell. Ahora no tengo otro trabajo que el que me manda hacer Lucy, ni dispongo de otra comida que la que *ella* me trae.

Y mis únicas formas de evasión son la cinta y el Total Gym. Me he entregado en cuerpo y alma al programa de Lucy. Mi cuerpo está perdiendo grasa y afirmándose. Mi mente también. He empezado a reflexionar acerca de mi trabajo de una forma menos abstracta y más práctica. Algunos proyectos especulativos que estaba sopesando han quedado arrumbados, y se han desprendido de mí, al desvelarse como frívolos y superfluos. Los proyectos con posibilidades reales de éxito cuajan firmemente en mi conciencia y se van definiendo cada vez más. Dejé de hacer Páginas Matinales. Me sentaban bien, pero también daban a Lucy más poder sobre mí. Y no quiero que *nadie* tenga más poder sobre mí. Me siento fuerte. ¡Pero déjame dormir en mi propia cama y trabajar en mi estudio!

¡PUTA ZORRA CHALADA!

Sigo estando hambrienta continuamente, pero mis fantasías alimentarias han dado un giro total. No pienso en huevos con beicon crujiente; ahora eso me resulta enormemente grasiento, tóxico y repugnante. Ahora visualizo avena granulosa y gruesa, con la cantidad de miel prescrita goteando sobre su superficie, cortesía del osito de plástico que lleva Lucy en la mano, y arándanos, que estallan llenando de zumo mi boca. Son las frutas naturales, básicas y saturadas de sol de Florida —las naranjas incendiarias, el exquisito néctar de los melocotones— las que ahora excitan mi imaginación. El bagel de desayuno integral de Lucy es otra delicia, acompañado habitualmente por crema de cacahuete y plátano.

Y luego está mi trabajo: el trabajo que Lucy me manda hacer.

Estoy al borde de lo que promete ser una regla intensa; varios granos palpitan visiblemente en mi rostro, tengo el pelo lacio y mugriento, y una hinchazón colosal en torno a mi estómago parece indicar una horrible regresión en materia de peso. Tengo que recordármelo continuamente a mí misma: no es más que retención de líquidos. Desaparecerá cuando empiece a menstruar. Así que me subo a la cinta y corro durante cuarenta y cinco minutos.

Pero cuando termino no descanso, me pongo en el Total Gym y me esfuerzo

hasta que mi cuerpo y mi mente ya no pueden más. Después me limpio con las toallitas para bebés que dejó Lucy. Me ha sometido a una prueba ingente, pero ahora ella también tiene que ponerse a prueba. Y esa es mi tarea. Por supuesto, al no tener otra cosa que hacer sino pensar, o te vuelves completamente loca o sacas conclusiones. Primera conclusión: ya me estaba volviendo loca, así que eso no estaba dando resultado. Segunda conclusión: he sido una pelele durante demasiado tiempo. Me sometía habitualmente a otras personas pensando que eso me simplificaría la existencia, cuando en realidad hacía todo lo contrario, como siempre es el caso. Y esas personas no eran fuertes. No merecían semejante subordinación por mi parte. Eran gente débil, vanidosa y asustada. Así que gracias, Lucy, pero ahora yo te voy a hacer trabajar a ti, psicocabrona bostoniana. Porque si soy capaz de quebrar el espíritu de una dura de pelar como tú, nada ni nadie volverá a interponerse jamás en mi camino.

Y aparece de repente, saliendo del dormitorio, donde es evidente que ha pasado la noche. Cree que no la oí entrar de puntillas como una rata furtiva. Se piensa que aquí solo está presa una de las dos.

En esta danza de locas hemos llegado a conocernos muy bien. Con nuestras reglas sincronizadas, ni siquiera tengo que preguntar si ella también se siente hinchada de líquidos o arisca debido a los dolores menstruales o por el picor de una infección del tracto urinario. El tono de nuestras voces, el movimiento de nuestros cuerpos, se ha vuelto muy fácilmente discernible para la otra. No sé de lo que ella es capaz ni, ya puestos, de lo que soy capaz yo. Una de nosotras tiene ostensiblemente el poder (pero en estas circunstancias, ¿cuánto poder puede tener realmente la otra?), aunque las dos vamos improvisando sobre la marcha. Así que la desafío: «Ah, veo que has vuelto a pasar aquí la noche».

Lucy hace una pausa, como si fuera a mentir, pero en lugar de eso me ofrece la lamentable excusa de que llegó aquí tarde y quería prepararme pronto el desayuno. Todo porque había tenido un día ajetreado.

«Discúlpame por no empatizar», salto yo.

Parece que está a punto de decir algo, pero no lo hace. Se muestra precavida, aunque tengo la impresión de que se está quedando más aislada; la única vez que hablamos de algo que no tenga que ver con mi peso es cuando discutimos acerca de las dos gemelas siamesas de Arkansas. Pero en este momento no puedo polemizar demasiado con ella, no ahora que se marcha a la cocina a ocuparse de lo suyo y sale de ella con claras de huevo revueltas, salmón ahumado y tostadas integrales, todo lo cual me encanta.

«De verdad que te agradezco lo que has hecho», le cuento entre bocados de nuestra comida. Me dispensa una sonrisa amable mientras se sienta y come de su propio plato, que tiene apoyado en el regazo. Tiene ojeras y se la ve cansada. «Ahora no podrías sacarme de aquí ni queriendo. Me ha salvado…, me está salvando la vida».

«Me alegro de que lo veas así». Deja el tenedor en el plato y se echa el pelo hacia atrás. «De verdad estás haciendo progresos, y tienes mucho mejor aspecto. Dieciocho kilos está bien». Le da un bocado a una tostada.

«Pues sí, pero ahora siento que necesito empezar a asumir

responsabilidades», le digo viendo cómo enarca las cejas. «Tengo que llegar a un equilibrio. Si me dieras mi teléfono podría registrar mis propios ejercicios, comida y peso en Lifemap…».

«No nos insultes a las dos…», se mofa Lucy.

«Tengo que salir de aquí. Tengo que volver a trabajar».

El brillo acerado en la mirada de Lucy reaparece, ese que milita en contra de la razón. Sacude la cabeza y deja el plato en el suelo. «No estás preparada».

Siento que algo se me muere por dentro. Intento mantener la compostura. «Lucy, ¿qué es lo que te da el derecho de tomar tú esa decisión?».

«Ese puñetero derecho me lo he ganado», dice levantándose de un salto y dando un paso hacia mí. De pie, delante de mí, se levanta el top y exhibe esa pared abdominal musculada. Tengo la impresión de que casi podría agarrarme a ella, como a los peldaños de una escalera, y trepar hasta alcanzar la libertad. «¡Esto es lo que me da ese derecho! Acábate el desayuno», me espeta.

Reparo en mi lamentable y cantarina réplica de niña pequeña: «¡Tráeme unos libros!».

Pero ha dado media vuelta con ademán ostentoso, y se marcha, dejándome sola con mi comida y mis pensamientos.

Tenía que largarme de Potters Prairie. Aquel pueblo era como una cárcel al aire libre. Sus calles anchas, sus grandes solares rodeados de pinos y abetos, sus infinitos cielos grises… La gente estaba deseando contarte lo mucho que compraba y rezaba, difundiendo la estupidez y pasándosela, como un testigo, a la siguiente generación. Aquella era la divisa de la América profunda. Las ciudades gemelas de Minneapolis y St. Paul estaban a hora y media. Prince era de Minneapolis. Nadie era de Potters Prairie. Tenía que irme a otra parte, a un lugar en el que pudiera ver las cosas de otra forma, que me permitiera convertirme en la clase de mujer que deseaba desesperadamente llegar a ser.

En el centro de Minneapolis, en una sucursal del Chase Bank que no estaba muy lejos de la tienda de papá, estaba el fondo universitario de sesenta y cinco mil dólares de la abuela Olsen, acumulando polvo. Mi cuota de niñata mimada y consentida del negocio de transporte del abuelo Olsen, aquel resollante anciano de manos huesudas al que apenas conocí y con el que no sintonizaba en absoluto. Y no obstante, a raíz de que él comprara un camión en otra época y en otro mundo y lo condujera por todo el Medio Oeste antes de comprar otro y emplear a alguien para que lo condujera en su lugar y así sucesivamente, su nieta —una chica pequeña, perezosa y obesa que vivía en la periferia y a la que le costaba cumplir con las menores tareas domésticas— iba a poder esculpir y pintar. He estado pensando en aquel hombre frugal de pocas palabras desde que estoy aquí. Cuando recorrió estoicamente todos esos kilómetros de carretera, ¿imaginaría alguna vez que lo hacía para esto?

Para mamá y papá sin duda sería un anatema. Tendría que obrar de manera solapada con aquello. Así que investigué opciones de estudios de empresariales en internet, y me decidí por la escuela de negocios Driehaus, en la Universidad DePaul. Tenía la ventaja de estar situada en el centro de Chicago, cerca del Art Institute. Les dije a mis padres que pensaba matricularme allí. «¿Qué tiene de malo

una escuela en las Ciudades Gemelas, querubín? Seguro que una universidad pública es menos cara», dijo mamá. Solía llamarme mucho «querubín», porque los querubines son pequeños y gordezuelos.

Les dije a mis padres que en lo concerniente a colocar a estudiantes de la escuela de negocios recién licenciados DePaul tenía uno de los mejores historiales del Medio Oeste. Papá aplaudió mi sentido de la iniciativa y me dio su bendición. «Al final resulta que sí que tienes los pies en la tierra».

«Pero te echaré muchísimo de menos», protestó mamá.

De que me iba no había duda, pero no iba a asistir a ninguna escuela de empresariales. Mi destino era bellas artes. Cogí un autobús a Chicago y me hospedé en un hostal barato de Uptown. Tenía miedo; aquel sitio y las calles circundantes parecían llenos de gente perturbada y completamente loca. Mantenía la puerta de mi habitación cerrada en todo momento. Por suerte, no tardé en encontrar una habitación en un sótano en Craiglist, en un apartamento próximo a Western Avenue. Conseguí un trabajo en un videoclub y vivía a base de café y cigarrillos. Pronto bajé hasta los 54 kilos, perdiendo peso con la velocidad de una enferma terminal.

Era demasiado joven para que me dejaran entrar en los bares, y no tenía valor para utilizar una identificación falsa, así que mi vida social se limitaba a tomar café con mis compañeros de trabajo. Empecé a quedar por ahí con un tío llamado Mikey que trabajaba a tiempo parcial en el videoclub. Era dos años mayor que yo, y estaba estudiando escritura creativa en Columbia College. Con su sarpullido de granos y una nuez que se movía como un cerdo en la barriga de una serpiente, Mikey no se parecía nada a Barry, pero de algún modo me lo recordó. Era un tío dulce y sincero; quizá un poco engreído, pero fundamentalmente inofensivo. (Más tarde me di cuenta de que posiblemente eso fuera lo peor que se puede decir de alguien). Hablábamos mucho de cine y fuimos a ver montones de películas a la filmoteca Gene Siskel y a Facets. Él insistía en leerme sus relatos, que a mí me parecían bastante sosos, pero nos enrollamos y pronto me ayudó torpemente a quitarme de encima mi virginidad como si de un viejo y pesado gabán se tratase.

Hacía un tiempo brutal; cada vez que salía por la puerta me entraban ganas de llorar. En Potters Prairie hacía frío, pero aquel primer invierno en Chicago —los gélidos depósitos de nieve se veían exacerbados por el viento restallante procedente del lago— me persiguió inexorablemente. Sentía literalmente que se me congelaban los globos oculares y que se me agrietaba la mandíbula en cuanto ponía los pies en la calle. Me daba cuenta de por qué las compañías de la luz y del gas tenían prohibido desconectar el suministro a ninguna vivienda durante los meses de enero, febrero y las dos primeras semanas de marzo. Habría equivalido a cometer un asesinato. Llegar a aquella parada de autobús y efectuar el breve recorrido hasta el trabajo y volver era un doble calvario aterrador y cruel. Estaba familiarizada con la nieve por haberme criado en Minnesota. Me había sumergido en ella, la había compactado hasta darle la forma de una granada para lanzarla, la había sacado a paletadas de la entrada de garajes particulares y había conducido con vacilación mientras caía sin cesar. La observabas desde detrás de los cristales en la pecera con calefacción de tu vivienda mientras caía durante un día tras otro

hasta formar gruesas capas que permanecían congeladas durante meses sobre un suelo inhóspito. La nieve de ciudad era diferente: tras llegar de forma benévola, no dejaba tras de sí más que desolación y mugre. Y, no obstante, cuando llegaba la primavera era como si se hubiera accionado un interruptor. La ciudad parecía descongelarse de forma instantánea, y las calles flanqueadas de árboles se llenaban de capullos que prácticamente se abrían ante tus ojos.

De acuerdo con las instrucciones del difunto abuelo Olsen, el día de mi decimonoveno cumpleaños hice que transfirieran el dinero para la universidad a mi cuenta bancaria. Antes de eso, había ido tirando gracias a mi paga del videoclub y a una asignación que mamá y papá me enviaban desde casa, creyendo infundadamente que asistía a la escuela de negocios de DePaul. Insistí en que pagaría el primer año yo misma con mis ahorros, «gesto» que hizo que papá me mirase con auténtico asombro, como si fuera una empresaria en ciernes.

Hice todo lo posible para mantener el engaño, hasta ir al campus de DePaul y comprar papel y sobres con membrete en la tienda de la universidad, así como obtener copias de los diversos programas de cada semestre. Pero lo único que estaba esperando eran esos dos decisivos días de primavera que sabía, incluso en lo peor de aquel invierno estremecedor, que iban a decidir mi destino. La semana anterior apenas había dormido de lo reventada que estaba.

Entonces llegó el momento; fui al Art Institute para solicitar lo que ellos denominaban una «decisión inmediata».

El proceso se desarrolló a lo largo de cuarenta y ocho horas: una versión igualdad de oportunidades educativas de las rebajas post-Acción de Gracias Black Friday. Llevé mi carpeta con el conjunto de mis obras al salón de baile del Art Institute y me entregaron un número: el 146. Después me uní a los demás aspirantes; éramos doscientos cincuenta, todos sentados en varias mesas redondas. Cuando llegaba su turno, el candidato subía las escaleras con su carpeta y se la presentaba a un miembro del profesorado. Entonces el profesor se marchaba y conseguía que alguien más se mostrara de acuerdo o en desacuerdo, y entonces habías entrado o no, dependiendo del caso. La decisión realmente se tomaba en ese mismo momento y lugar.

Así que pasé por el terrible procedimiento, sentada y hecha un manojo de nervios, mirando de vez en cuando a todos los demás aspirantes. Algunos entablaban conversación; los guays, los que tenían enchufe, los ansiosos y los deferentes. Pero durante la mayor parte del tiempo mantuve la cabeza enterrada en *Esporas del destino*, la última novela de Ron Thoroughgood.

Entonces llamaron al número 146 y fue como si mi esqueleto hubiera abandonado de un salto mis carnes; cogí mi carpeta y caminé hasta uno de los puestos. Cuando el resto de mi persona le dio alcance, me vi sentada delante de un tío de unos treinta y cinco años, de mirada perezosa y vestido con una chaqueta de cuero. Se parecía mucho (pero no era él) al «artista» que había venido a dar la charla a la universidad en Minneapolis. Al principio estaba tan nerviosa que sencillamente no pude decir nada, solo mirarle a aquellos ojos cansados y compasivos. Luego, cuando empecé a hablar, pensé que nunca podría detenerme. Hablé de mis dibujos de cómic de superhéroes. De cómo me encantaba dibujar y

pintar todo lo que veía, copiarlo. Luego le hablé de cómo eso no bastaba, de cómo necesitaba transformarlo, y de cómo todas mis pinturas, dibujos y modelos tenían que tener no solo una idea detrás, sino también una historia. Estaba perdida en mi relato, entusiasmada, pero luego volví a sentirme cohibida y me quedé a medio gas. El tío de la chupa de cuero recorrió impasible mi carpeta. Sentí que la gravedad me bajaba la cabeza e intentaba atornillármela a la mesa. Prácticamente podía notar cómo se estaban rompiendo los tendones de mi cuello por el esfuerzo de mantenerlo erguido. Entonces levantó la vista y le oí decir: «Interesante. ¿Te importaría esperarme aquí un rato?».

Tras decir eso, se marchó y no volvió. El reloj de la pared iba marcando el paso del tiempo. Mi tendencia al autosabotaje iba a toda máquina; estaba pensando que había quedado como una payasa incorregible por el simple hecho de cotorrear de aquella forma. Me puse nerviosa. Quería irme, simplemente marcharme de aquel lugar. Tenía una regla intensa y necesitaba cambiarme el tampón. Así que fui al cuarto de baño. Entonces, por algún motivo; no, no por «algún motivo», sino porque estaba paralizada de ansiedad, recogí mi carpeta y salí fuera, al sol. Inmediatamente vi al tío de la chupa de cuero en las grandes escaleras de la entrada del edificio fumándose un cigarrillo y hablando con una chica guapa. Estaban riéndose. Evidentemente, creí que el blanco de su humor era yo, que él le estaba hablando de la gordita boba de Otter County, Minnesota (pese a que ya no estaba gorda), que dibujaba personajes de cómic y tenía la arrogancia de pensar que era una artista. Estaba a punto de escabullirme a hurtadillas y salir de allí corriendo, absolutamente derrotada, cuando él me vio y me llamó por mi nombre. «¡Lena!».

Ni siquiera pensaba parar. Él volvió a gritar, esta vez de manera más formal. «¡Señorita Sorenson!».

No me quedó otro remedio que volverme y mirarle. Podía verle a través del flequillo, pero no podía levantar el mentón, y notaba cómo la punta de mi barbilla empujaba con fuerza contra mi pecho. Nunca en toda mi vida había sido tan dolorosamente consciente de la devastadora pasividad de aquel reflejo.

«¿Dónde te habías metido? Creí que nos ibas a dejar tirados. Me temo que no es tan sencillo». Levanté la vista y vi cómo arrugaba el rostro con una sonrisa sarcástica. «Vamos a ofrecerte una plaza aquí».

«¿De verdad?», dije con voz entrecortada y levantando de nuevo la vista.

«Sí, de verdad».

No lo podía creer. Aquella había sido una de mis fantasías más irreprimibles y obsesivas desde la conferencia en la universidad. Y ahora mi vida iba a cambiar en función de una evaluación informal y un par de frases superficiales emitidas por un completo desconocido. Luego yo lo sorprendí a él, al artista, cuyo nombre me enteré después que era Ross Singleton, echándome a llorar. «Gracias», sollocé, «gracias por esta oportunidad. No defraudaré a nadie».

«No», dijo Ross Singleton con una sonrisa irónica, «no creo que lo hagas. ¿Puedo ayudarte en algo más?».

«¿Podrías darme un cigarrillo?», pregunté, atreviéndome a sonreírle a la otra chica. Tenía el pelo rubio y cortado asimétricamente por encima de los hombros.

La ropa cara que llevaba la convertía en el paradigma de lo *cool*, y visualicé instantáneamente a las animadoras de mi antiguo instituto —para las que había reservado hasta entonces esa denominación— como un hatajo de toscas palurdas. Y en lugar de hacer una mueca o lanzarme una mirada fría de vergüenza, me dedicó una sonrisa cálida y abierta y me tendió la mano. «Me llamo Amanda. ¡También he conseguido entrar!».

«Lena», dije yo mientras Ross me ofrecía y encendía el mejor cigarrillo que nunca hubiera fumado. La cabeza me dio vueltas cuando volví la vista hacia el otro lado de la calle y vi la señal que indicaba el comienzo de la Ruta 66. Me fijé, embriagada de optimismo, en los turistas y estudiantes en potencia paseando bajo el sol. Ante mí se abrían infinitas posibilidades. Ross Singleton nos dejó a mí y a la otra chica, Amanda Breslin, de Nueva York, para seguir haciendo entrevistas. Nos fuimos a tomar un café y hablamos con gran emoción acerca de estudiar bellas artes. Entonces Amanda se llevó las manos a un lado de la cara y pataleó desaforadamente. «¡Ay, Dios mío! ¡Esto hay que celebrarlo sí o sí!».

Me llevó al bar del Drake Hotel, y pidió una botella de champán y dos copas. Asombrosamente, en ningún momento nos pidieron que les enseñáramos la identificación. Mientras el champán burbujeaba y se me subía a la cabeza y hablábamos de nuestros respectivos planes, me di cuenta de que nunca en la vida me había sentido tan feliz y que quería que ese momento no terminara jamás. Cuando Amanda me dijo que tenía que coger el tren hasta O'Hare para tomar el vuelo de vuelta a Nueva York fue como un mazazo. Intercambiamos nuestras direcciones de correo electrónico. Ella regresó a una vida que yo imaginaba acomodada, cosmopolita y sofisticada; yo volví a mi sótano y al videoclub. No podía esperar a que empezara el curso.

En el ínterin Mikey se puso más plasta; se presentaba regularmente en Western Avenue y hablaba de «planes». Evidentemente, presentía que mis planes de estudio de bellas artes iban a abrir una grieta del tamaño de un glaciar entre los dos. «Los dos viviremos en el centro. ¡Podremos quedar para comer!».

Asentí con falso entusiasmo, ya que Columbia College estaba cerca del Art Institute, pero en mi fuero interno sabía que no iba a verle muy a menudo. Todo lo que fuera a hacer iba a tener que ver con bellas artes. Mikey era como el novio que debería haber tenido en Potters Prairie, ese al que se deja atrás. Suena trillado y cruel decir que era el Barry King que había sobrevivido, pero estar encerrada aquí arriba me ha enseñado a ser sincera conmigo misma, y eso es exactamente lo que era.

Dejé de trabajar en el videoclub tras decidir que antes de convertirme en estudiante iba a pasar la mayor parte de mi tiempo leyendo, dibujando y pintando. Estaba ansiosa por alejarme de mi vecindario de Western Avenue. Pese a que era barato y que técnicamente pertenecía al barrio ucraniano, estaba al lado de Humboldt Park, lindando con un barrio hispano en el que la actividad pandillera y los tiroteos eran cosa habitual. Así que solía coger la línea azul hasta el centro, y allí frecuentaba la biblioteca Harold Washington, las cafeterías y, sobre todo, el Art Institute. Veía a toda esa gente de apariencia importante examinando fotografías, esculturas, instalaciones multimedia y artefactos ancestrales, y mientras

contemplaban y examinaban las obras o debatían acerca de ellas en los cafés o la librería, estaba deseando decirles: SOY LENA SORENSON Y TENGO UNA PLAZA AQUÍ. VOY A ESTUDIAR PARA CONVERTIRME EN ARTISTA.

Pero lo más importante es que allí vi dos cosas por las que me sentí constantemente atraída, y que iban a inspirar mi propia obra y por consiguiente cambiaron mi vida. La primera fue *Figura con carne* de Francis Bacon (1954), que en un principio me absorbió por la yuxtaposición de su nombre y la temática de su cuadro. Dadas mis morbosas obsesiones, me atrajo la visión que Bacon tenía de todos nosotros como carcasas potenciales. La segunda obra que me conmovió de verdad fue la escultura de un hombre quiropteriforme, obra de la artista francesa Germaine Richier. Lo leí todo acerca de estos y otros artistas, y estudié todas las escuelas, períodos y grandes obras. Fui a ver todas las exposiciones nuevas que llegaban a la ciudad y visitaba todas las galerías. Junto a la débil luz artificial del sótano, leía, dibujaba y pintaba hasta caer agotada sobre la cama. Luego me levantaba de nuevo, llena de emoción y agradecida de poder hacerlo todo de nuevo.

Volví a Potters Prairie una temporadita, en teoría para ver a mis padres antes de empezar el segundo curso en la escuela de negocios de DePaul. El verdadero motivo, sin embargo, era tomar fotografías y hacer dibujos de mi pueblo natal.

Mi madre contempló la versión esbelta de su hija con una especie de horror perplejo. Era como si estuviera a punto de empezar a pronunciar una frase pero sin saber qué decir. Papá se limitó a preguntarme por mis clases, y comentó solo medio en broma que pronto estaría al frente de su negocio de ferretería; por lo visto las cosas habían experimentado una leve mejoría, noticia que me heló la sangre. Maldije la incompetencia de Menard’s; hacía mucho tiempo que tenían a Twin City Hardware contra las cuerdas, como habría dicho Lucy, pero al parecer no conseguían asestar el golpe definitivo. No obstante, papá estaba manifiestamente contento conmigo; la única vez que me gritó fue cuando me pilló viendo un viejo programa de Pee-Wee Herman[34] en la tele. «¡Es estúpido! ¡Y raro! ¡Apágalo!».

La única rareza que a mí me chocaba era la de los pueblerinos aquellos. Eran capaces de hablar de cosas completamente prosaicas; de qué tal les iba a sus hijos, de qué pasaba con su coche, o de los artículos rutinarios y cotidianos que habían comprado en la tienda, y perder media hora tranquilamente hablando del tema. Me daban ganas de gritar: ¡dejadme en paz de una puta vez, no soporto oír cómo desperdiciáis vuestras vidas! Luego me inundaban oleadas sucesivas de sentimiento de culpa, pues sabía que la mayoría de ellos eran gente decente y que no tenía ningún derecho a sentirme superior a ellos.

Al regresar a Chicago, comencé a pintar las escenas del pueblo a partir de las fotos que había tomado y los dibujos que había hecho. Luego las poblé con figuras tipo zombi cuya piel en descomposición y cayéndose a trozos dejaba expuesta la carne viva que había debajo.

Y aquí, encerrada en esta torre-prisión absolutamente prosaica y a la vez totalmente estrafalaria, noto que mis propias carnes, en lugar de aflojarse y quedarse colgando, se endurecen y se tonifican.

32. CONTACTO 13

Para: lucypattybrennan@hardass.com
De: kimsangyung@gmail.com
Asunto: ¡Gracias!
Lucy:

Muchas gracias por tu correo. ¡Me dejas mucho más tranquila! Me alivia muchísimo saber que Lena ha pasado página (en no poca medida gracias a tu apoyo, estoy segura) y que se siente contenta con su vida y su trabajo.

Pues sí, sé cómo es esa chica cuando se propone algo, así que voy a dejar de jugar a mamá gallina y dejarla seguir con su proyecto. ¡Pero en caso de que la señorita Sorenson se digne salir a la superficie y honrarnos a todos con su presencia, no dejes de hacérmelo saber!

Con mis mejores deseos,
Kim
P. D.: ¿Qué tal una noche de solo chicas en Miami Beach para la primavera?

Para: kimsangyung@gmail.com
De: lucypattybrennan@hardass.com
Asunto: ¡Suena genial!
Kim:
¡Hecho!
Con mis mejores deseos,
Lucy
Jesus Heroin Christ![35]

Para: lenadiannesorenson@thebluegallery.com
De: mollyrennesorenson@gmail.com
Asunto: Ya estoy harta

No podía creer que hubieras escrito esas palabras tan crueles y se las enseñé a papá que se quedó tan dolido como yo qué le ha pasado a nuestra pequeña apenas te reconocemos he estado todo el día en casa llorando

¡No me jodas! ¡Leer para creer!

Para: mollyrennesorenson@gmail.com
De: lenadiannesorenson@thebluegallery.com
Asunto: Se acabó

¡Oh, qué terriblemente triste para tu trágico y pequeño ego! Vuelve a escribirme cuando hayas terminado con todas las chorradas en plan pobre de mí tocina y

llorica. Y a ver si aprendes a usar signos de puntuación, ¿eh, colega?

L.

¡Gilipollas!

33. PISO

Estoy bajo la ducha cuando cae sobre mí un asqueroso líquido marrón y oxidado. Doy un paso atrás, asqueada y aborrecida, estremeciéndome y dejando correr el agua hasta que vuelve a salir clara. Me enjuago el cuerpo para quitarme la porquería, temiendo nerviosamente que vuelva a caerme encima otra descarga de mierda, cosa que por suerte no sucede. Al salir de la ducha y secarme, me fijo en el moho que sale en las paredes del cuarto de baño en racimos de esporas negras; mi apartamento se está cayendo a trozos. Aquí no puedo quedarme. ¡Y esa puta de la Sorenson, *para la que estoy haciendo de chacha*, viviendo en un piso nuevo de lujo! Salgo del coche —últimamente no veo paparazzis por la calle — y pongo la radio; busco algo que no me dé demasiado asco pero no encuentro una puta mierda.

Después de haberme dado la lata sin cesar, he aceptado quedar con Valerie en el Soho Beach House. Me la encuentro sentada en el bar del patio tomando café. Me llevo un besito tieso en la mejilla sin que yo le corresponda con otro. Tras la charla intrascendente de rigor, va al grano. «No lo entiendo, Lucy, los del equipo de Quist ya no van detrás de ti. Entonces, ¿por qué no seguir adelante?».

«Porque paso del puto acoso».

Valerie me mira con expresión triste mientras sacude la cabeza y dice: «Supongo que nunca te llegué a considerar como alguien que tira la toalla».

Noto cómo la rabia me achicharra por dentro. «No estoy tirando la toalla, joder. ¡A mí no intentes manipularme, coño!».

«No estaba…».

«Sí que lo estabas haciendo», y veo cómo la muy hija de puta se funde bajo mi mirada. «A mí no me disfraces tu puta codicia personal de falso discurso motivador. ¡Ese puto libro lo escribí yo!».

Menea la cabeza de un lado a otro mientras dice con voz de pito: «Disculpa si ha salido así», dice ella con la vergonzosa mirada de la agente hija de puta que sabe que su cliente se ha dado cuenta de que si molan los harán a la barbacoa mientras se les cae la baba, y en caso contrario los dejarán más tirados que un tampax usado. «Mira», continúa, «está claro que estás estresada».

«Pues sí, lo estoy. Y tú quieres echarme encima más estrés todavía».

«Pareces cansada», maúlla súbitamente con falsa inquietud. «¿Estás durmiendo lo suficiente?».

«No, y la culpa la tiene una puta tocina», le cuento. «Son ellas las que le estropean a una las cosas. Dos tías; a una la violarán en grupo, pero la puta tocina sale ilesa, porque ¿quién va a querer follarse a una puta tocina?».

Parpadea sin comprender ante mi andanada. «No creo que mostrarte insultante conmigo sea…».

«¡Ja! No hablaba de ti. No eres el ombligo del mundo…».

«Me estás confundiendo, Lucy…».

«Aunque ahora que lo dices, la verdad es que parece que has engordado un poquito…».

«¡¿Qué?!».

«En torno a la cara, el vientre y los muslos», continúo.

«Supongo que he estado ocupada…».

«Exactamente lo que yo pensaba, y eso es lo que me inquieta. Estás ocupándote de un montón de gente», dijo bajando la voz, «pero ¿quién se ocupa de Valerie Mercando? Hijos, parejas, clientes; todos con sus exigencias. ¿Tienes tiempo para ser tú?».

«Oye, Lucy…».

«Tengo que marcharme». Me levanto. «He de ir a ver a una clienta. Ya me pondré en contacto contigo».

Me despido de la odiosa canalla mediática llena de bótox; ella y los de su ralea no son más que váteres, lisos e inmaculados a simple vista pero fundamentalmente sórdidos y llenos de pis y mierda. Bajo las escaleras hasta donde está el aparcacoches, que me trae el Caddy DeVille. Vuelvo a Bodysculpt. Últimamente las cosas van muy despacio por ahí; en lugar de volver a apuntarse, la gente se compra zapatillas de deporte nuevas y Total Gyms. Falso ahorro: esos gimnasios caseros siempre acaban acumulando polvo. En este mundo, la mayoría de la gente no es emprendedora. Necesitan que les digan lo que tienen que hacer. Ahí es donde entra la gente como yo.

En el club de fitness, el panel de pantallas de televisión sigue emitiendo mierda a toda máquina. Resulta que Balbosa, el pederasta fugitivo que mató a la niña, era inmigrante ilegal. «*Hayzoos J. Christo*[36]», bromea Lester.

A mí no me hace gracia. Quist vuelve a aparecer en pantalla y está fuera de sí. No soporto ver su enorme cara colorada. Entonces echo un vistazo a otra pantalla, en la que echan un magazín de mierda. Apenas puedo creerlo: esa puta celebridad de chicha y nabo, Miles, aparece sentado en el asqueroso sofá de piel de leopardo de su apartamento. «Le iban las tías, y yo no tenía nada que objetar. Montábamos tríos constantemente. La vida iba viento en popa».

Me vuelvo y pillo a Lester fulminándome con la mirada. Salgo corriendo de Bodysculpt, apartando a dos clientes que entraban en ese momento, saco el iPhone y marco el número de Miles. Me contesta de inmediato. Me tiro del pelo a la vez que grito por el teléfono: «¡Puto gilipollas! ¡Nunca me he montado ningún trío contigo!».

«Licencia poética, nena; a los reporteros hay que darles un poco de carnaza. No sé por qué demonios estás tan enfadada, ¡te he descrito como una puta bomba sexual! ¡Tendría que cobrarte como publicista! Te he hecho un gran favor. ¡Ahora habrá tíos y tías haciendo cola durante kilómetros para enrollarse contigo!».

«¡Ya, putos babosos como tú!».

«Oye, nena, lo siento, pero necesitaba el dinero. Ya te conté cuál era mi situación financiera».

«¡Que os den por el culo a ti y a tu situación financiera!». Apago el móvil. Echo una mirada a mi alrededor para ver si algún gilipollas entrometido ha sido testigo de mi angustia. No. Hay un par de hispanos descargando un camión de cerveza, deslizando los barriles hasta el sótano del bar de enfrente. Entonces suena otro pitido en el tono de llamada que pone en marcha «Bad Reputation», de Joan Jett, lo que quiere decir que está llamando papá. Dejo que suene hasta que el soso tilín

telefónico de uno de mis temas favoritos se vuelve insoportable y le doy al botón verde. Le digo cómo estoy y, seamos justos, él se compadece antes de regresar inevitablemente de nuevo hacia sí mismo. «Estoy en South Bend, Indiana, en el campus de la Universidad de Notre Dame, pero el fin de semana que viene estaré en Miami para el sarao de Books & Books en el Biltmore».

«¿Cómo van las cosas por South Bend?».

«Pues en realidad ni fu ni fa, pero la lectura de anoche estuvo bien. Salí a tomar unas cuantas cervezas con Charlie Reagan, el quarterback del Notre Dame. Me soltó la chorrada esa de "soy tu mayor fan", pero es buen chaval. Le han concedido una beca deportiva y está destinado a ser reclutado por la NFL, y él lo que quiere es escribir. ¿Quién lo hubiera imaginado? En fin, el caso es que nos echamos unos cuantos tragos».

«No se puede jugar al fútbol toda la vida. Eso demuestra que tiene algo de cerebro».

«Sí, de eso no hay duda. El chaval es de buena familia: dinero viejo de Boston, y de Galway y Clare antes que eso. Aunque hoy por hoy está atrapado en el puto culo del mundo, Indiana».

«¿Sabías que aparte de Ohio, Indiana —con un 29,1 por ciento de obesidad— es el único estado del norte que se encuentra entre los quince con mayor índice de obesidad de la Unión?».

«Sigues teniendo el don de las cifras, chiquilla. Me encanta. Es cierto que el sitio es un muermo, pero el campus parece bastante dinámico. Eso sí, sigo sin saber por qué los llaman "Los irlandeses peleadores" con un nombre como ese. Se ve que "Los mariquitas afrancesados" no acababa de tener el mismo gancho».

«Desde luego… ¿Y qué tal ha ido el resto de la gira de presentación?».

«Bastante bien, pero no dejo de tropezarme con la tenista lesbiana esa, Veronica Lubartski; está en el mismo circuito promocionando su biografía».

A pesar de todo, me interesa. Siempre sentí algo por Lubartski. Recuerdo haberme escapado de clase para ver el Open de Estados Unidos en Flushing Meadows y gozar de algunas de las mejores pajas clandestinas de mi vida. «Leí *Game, Set and Snatch*[37], y es endemoniadamente bueno», le digo. Es verdad. Contenía un relato estupendo de cómo se folló totalmente a una tía holandesa en la pista, y *luego* se la cepilló en el vestuario después. ¡Me pone mojada y cachonda leer a esa hija de puta!

«No sabría qué decirte. Pero les ha exigido cosas imposibles a los empleados de las agencias y editoriales y lo habitual es que esté a solo una ciudad por delante de mí en el circuito. Así que tiendo a encontrármelos de un humor de perros».

«Qué chungo es ser tú. Llámame cuando estés aquí. Besos», le grito despectivamente antes de colgar. Tengo cosas más importantes por las que preocuparme que sus chorradas. Mamá y Lieb volverán dentro de nueve días y antes tengo que conseguir que Sorenson baje hasta el peso deseado.

Cuando vuelvo al club, Toby cecea algo sobre gente que me está buscando.

«A ti no te busca *nadie*», le digo. «Y nunca lo harán».

Toby me suelta algún comentario malicioso de su cosecha, pero lo único que

oigo es un cuchicheo vago e indefinido, pues estoy concentrada en Lena Sorenson.

Cuando llego al piso del centro, oigo sus pisadas en la cinta, más ligeras de lo que las recordaba, y el ritmo tintineante de la cadena chocando contra el lateral de la máquina. Entro y la veo moviéndose bien, y sudando como está mandado. «Tres… siete… cinco… calorías», dice resollando. «Y doscientas esta mañana…».

«Pinta bien, Lena S», me oigo decir en tono lúgubre.

Sorenson se percata inmediatamente de mi estado de ánimo. Pone la máquina en modo enfriamiento, pasando de la carrera al trote en treinta segundos. Se aparta el pelo de los ojos con la mano libre. «¿Qué sucede, cariño? ¿Qué te pasa?».

Le cuento la historia de la traición de Miles.

«Los gilipollas son gilipollas», dice Sorenson volviendo su palma esposada hacia arriba sin dejar de caminar. «Siempre estarán allí. Tú misma lo dijiste».

La actitud displicente de esta hija de puta no me pone. «¿Sabes lo que se siente al ser traicionada y violada de esa forma?».

«Sí. Lo sé». Sorenson, sin dejar de caminar por la cinta, vuelve la cabeza y se me rebota. «¿Qué coño crees tú que es esta mierda?», pregunta meneando el grillete y sacudiendo la cadena contra el pilar de acero.

«Lo hago con la mejor de las intenciones y por tu bien, no el mío. ¡Prueba a ver qué tal con alguien que lo haga yendo a la *suya* y cuando sepas algo de eso, me lo cuentas!». Y mientras hablo, me doy cuenta de que quiero contarle la historia de la forma en que la traicionó ese gilipollas de Jerry. Pienso en el paquete que le enviaron y que no pude resistirme a abrir. Pero revelarle ahora lo que había dentro sería hundirla y hacerla retroceder. Y sigo siendo su entrenadora. «El tal Jerry a ti sí que te dejó traumatizada, ¿no?».

«Sí, pero ya hemos hablado de eso». Se vuelve hacia el panel de control.

«Sé que hay más, Lena».

«Te lo he contado todo», dice exhalando fatigosamente y parando la cinta antes de bajarse de la máquina. Se muerde el labio inferior sin darse cuenta de que al hacerlo delata manifiestamente que está reajustando los controles cerebrales. No es de extrañar que el capullo ese de Jerry le diera sopas con honda. «Oye, Lucy, puedo ayudarte», dice. «Dejemos todo esto», añade meneando la mano esposada y empezando con toda esa mierda de nuevo. «Quítame todo esto y pasaremos tiempo juntas como es debido. Tendríamos que estar apoyándonos la una a la otra. Ahora yo voy por el buen camino», dice dándose una palmada en el estómago, más esbelto. «Y desde luego no pienso volver a las andadas. Esto ya no hace ninguna falta», agrega sacudiendo la cadena una vez más. «¡Quiero volver a trabajar en el estudio!».

Y durante una fracción de segundo casi estaba dispuesta a complacerla. Pero veo esa chispa de duplicidad en su mirada. «Me doy cuenta de lo que estás haciendo. ¡Vuelve a subir a esa cinta!».

«No estaba…».

«¡Inadmisible! ¡A la puta cinta!».

«¡Esto no es más que torturar por torturar! ¡Eres una sádica!».

«¡A LA CINTA!».

«Quiero hacer algo tipo Chuck Norris», dice malhumoradamente mientras mira al Total Gym. «¡Ya he hecho bastante cardio!».

«Vete a la puta mierda. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Mantenemos separados los días de cardio y los días de pesas. Si vas a hacer pesas un calentamiento o un enfriamiento de veinte minutos de cardio es aceptable, pero no más. Uno de los dos hace que se acumule ácido láctico, el otro lo agota».

Lena me mira y asiente a regañadientes, pero vuelve a subirse a la cinta.

«Muy bien», asiento yo antes de marcharme.

Puta zorra manipuladora.

34. CONTACTO 14

Para: lucypattybrennan@hardass.com
De: valeriemercando@mercandoprinc.com
Asunto: Cada una por su lado
Querida Lucy:

Tomo nota, sintiéndolo mucho, de lo que dijiste ayer durante nuestro encuentro en Soho House, y acepto que ya no te sientes comprometida con este proyecto. Así que lamento tener que poner fin oficialmente a nuestra relación comercial.

Te deseo mucho éxito en el futuro.

Atentamente,
Valerie Mercando

Para: lenadiannesorenson@thebluegallery.com
De: mollyrennesorenson@gmail.com
Asunto: Dios ve lo que estás haciendo

Papá y yo estamos desolados. Anoche nos pusimos a rezar por ti. Hablamos con el corazón en la mano acerca de en qué nos habíamos equivocado. Echo la vista atrás, y me doy cuenta de que nos equivocamos cuando intentamos impedir que fueras a vivir a Chicago, y también cuando intentamos impedir que siguieras tu vocación de artista. Pero estábamos preocupados de que te fueras a vivir a esa ciudad, con sus drogas, sus gángsters y sus guetos, llena de gente dispuesta a aprovecharse de una joven solitaria. Queríamos que estudiaras en Minnesota, pero aceptamos que fueras a Chicago porque la gente del mundo de los negocios habría evitado que te metieras en problemas. ¿Es tan criminal preocuparse por los hijos? ¿Es un pecado tan enorme querer protegerlos? ¡Si alguna vez tienes la fortuna de tener hijos propios —y tú sigues siendo, pese a todo, nuestro tesoro—, entonces espero que no tengas que sentirte como nos sentimos nosotros en este momento!

Que Dios sea contigo.

Tuya con amor,
Mamá

Para: mollyrennesorenson@gmail.com
De: lenadiannesorenson@thebluegallery.com
Asunto: Dios puede ver lo que estás haciendo
Puto bla, bla, bla de mierda

35. UN INSTITUTO DE ARTE

Tanto los escultores como los entrenadores personales se dedican a modelar. Yo soy el pedazo de arcilla de Lucy. ¿Por qué, entonces, necesita ver cómo se funde la grasa bajo mi piel y sustituirla por músculos y ligamentos definidos y tonificados? ¿Puedo entender sus motivaciones a través de las mías? Hay algo que sé con toda certeza: soportar esta mierda ha hecho que mis anteriores trances parecieran menos duros y que cualquier trance futuro me resulte menos abrumador.

Por suerte, ya no me preocupa sentirme infinitesimalmente más delgada que ayer o no. Eso se debe a que esta aventura parece llena de paradojas; si bien noto que mis músculos se vuelven más fuertes cada día, también soy consciente de lo perjudicados que han quedado mis tendones y articulaciones. Me duelen las pantorrillas y las rodillas, y en los agarrotados músculos de los hombros, la espalda y los brazos tengo unas agujetas de cuidado. La mayor tortura de todas son los pies, que están inflamados y me pican: los tengo llenos de ampollas, sarpullidos, y oscuras costras allí donde la piel se ha abierto debido al roce de las deportivas. ¡Alabado sea Dios por esa piscina infantil con osito que me permite cuidar los pies cansados y llenos de ampollas y dejarlos reposar sobre ese rostro feliz y sonriente!

La segunda carrera en la cinta, una hora a 12 kilómetros por hora, me ha dejado para el arrastre. Me relajo sobre el colchón y estiro las piernas, demasiado doloridas para adoptar la posición del loto, y además, estoy demasiado agotada para concentrarme en otra cosa que no sea calmar mi agitada respiración. Me doy cuenta de que seguramente he dejado que mi cuerpo se deshidratara; es muy fácil hacer ejercicio en un espacio cerrado con aire acondicionado. Saco una botella de agua de la nevera que hay junto al colchón. ¿Por qué estoy aquí? Solemos prestar atención a la causalidad, pero en la vida no hay nada lineal. En nuestras redes sociales psicóticas fingimos que podemos ser reducidos a una cronología, pero somos como un guiso, como una cazuela que va cociéndose e hirviendo constantemente. Y estoy pensando en uno de mis ingredientes principales.

Las esculturas de Germaine Richier (1902-1959) evocan la destrucción y el ambiente de violencia que reinaba en Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Las superficies con cicatrices y llenas de hoyuelos de sus figuras, así como sus rostros mutilados, hablan del sufrimiento humano con gran elocuencia. Al mismo tiempo, la solidez de estos personajes y su poderosa presencia expresiva reivindican la supervivencia fundamental de la humanidad pese al legado de la guerra. Uno de los modelos para su escultura fue un anciano que, cincuenta años antes, había posado para la representación que Rodin hizo de Balzac, figura arquetípica de la potencia y la creatividad masculinas que Richier representaba ahora llena de cicatrices y decrépita. Cuando vi la exposición de la obra de Richier en el instituto, fue como volver de golpe a aquel día en Potters Prairie en que vi las terribles imágenes del ataque contra el World Trade Center.

Germaine Richier, nacida en Grans, en el sur de Francia, fue un personaje realmente singular. No fue universitaria ni modernista, sino que siguió su propio

camino; se marchó a París, donde trabajó con Bourdelle durante los últimos años de vida de este. El devastador impacto de la guerra tuvo un profundo efecto sobre el paisaje de su imaginación. Sus figuras femeninas, hasta entonces voluminosas, se volvieron cada vez más insectiformes sin dejar de ser decididamente femeninas, mientras que otras figuras voluminosas y sobrecogedoras (tanto de hombres como de mujeres), como *La tempestad* y *El huracán*, representaban las fuerzas brutales e indiferentes de la naturaleza.

Cabría especular con que las inequívocas opciones artísticas de esta mujer enérgica y voluntariosa, que no tuvo otros hijos que sus esculturas, fueron un medio de expresar su feminidad. De hecho, la silueta personal de Richier evoca las figuras robustas que optó por retratar.

Estéticamente, Richier rehúye el manierismo barroco de los surrealistas. A la vez que entiende claramente su idioma, lo despliega de una forma abrupta, sin excesos de afectación ni circunloquios rituales. La paradoja de la obra de Richier es que goza de gran popularidad pero a la vez suele pasarse por alto, sobre todo debido a su falta de congruencia con ningún movimiento artístico conservador o progresista establecido. Tanto por la forma como por el contenido, la obra de Richier da fe de una autenticidad espontánea, que merece ser valorada por encima de todo.

Autenticidad.

Vaya una puta palabra en boca de un artista.

¿Qué tuvo mi vida de «auténtica»?

Merece ser valorada por encima de todo; eso lo escribí yo. Lo dije yo. Me acuerdo de Nick Vassiliev, mi tutor, ruborizándose casi de manera sexual al volver a leer esa frase. Lena Sorenson, pomposa y arrogante, una superestrella del mundo del arte en ciernes. Era como si lo olieran. No había nadie en todo el planeta más idóneo para la Escuela del Art Institute. Y el Art Institute había sido concebido para que yo destacara.

Autenticidad.

Yo quería tener una vida social. Y quería tener una vida sexual, tanto como cualquier alumna de primer curso del Art Institute. Pero yo no había ido allí para salir, ir de marcha, follar y ser guay. Había ido allí para aprender todo lo que pudiera y convertirme en artista. Estaba animada por un hambre de triunfo más voraz que aquella de la que podría haber hecho gala cualquier estudiante de empresariales. Y tenía mayor determinación que cualquier otra alumna del Instituto. Sentía que llevaba algo grande en mi interior. Quería aprender cómo ser lo bastante buena para ser grande.

En la Escuela del Art Institute los alumnos de primer año tenían que cumplir dos requisitos principales. El primero era comprar un Apple Mac y el segundo era vivir obligatoriamente en las residencias de State Street. Los alumnos se alojaban en un edificio interesante situado junto a la librería Borders, y al lado de la filmoteca Gene Siskel, lo cual era maravilloso para mí, pese al posible corte de encontrarme con Mikey.

Había que compartir con otro alumno aquellas habitaciones blancas y luminosas, con grandes ventanales y focos de riel, y yo tuve la suerte de compartir

ese espacio con una encantadora muchacha coreana llamada Kim, que, junto con Amanda, se convirtió en mi amiga más íntima. Pero tuve que pagar el alquiler por adelantado: casi veinte mil dólares. Aquella caja compartida resultó ser el alquiler más prohibitivo que yo y mucha más gente iba a tener jamás en Chicago. La enorme tasa de rotación de los estudiantes suponía grandes ingresos para la escuela. Cada una de las habitaciones tenía un cuarto de baño y una cocina. Los alumnos tenían cada uno su propia mesa de dibujo, silla y armario, pero las camas estaban en buhardillas, lo que ofrecía muy poca intimidad. Había una lavandería comunitaria e instalaciones recreativas, como una sala de televisión y un gimnasio, y todos teníamos cajas fuertes de seguridad. Lo mejor que tenían las habitaciones es que estaban a muy poca distancia de la escuela.

Me encantaban las clases y los talleres, sobre todo 2D (pintura), pero para mí 3D (escultura) fue toda una revelación. Incluso estudié 4D (performance/vídeo) sin resentimiento, pese a que no sentía inclinación alguna por esa asignatura. Y luego estaba historia del arte, que adoraba. Otros estudiantes apenas podían esperar a salir del Art Institute después de un día entero trabajado. Yo siempre sentía un mazazo en el pecho cuando un maestro insistía en que tenía que irme a casa, o incluso a comer.

Aunque estaba lejos de ser una estudiante de arte muy sofisticada, estaba al cabo de la calle. Toda la plantilla tenía que estar compuesta por artistas en activo, y la mayoría de ellos abrazaba una estética marxista que veía con malos ojos las distinciones elitistas entre las bellas artes y el arte popular. Esto solía generar extraños resultados; cuando yo llegué al instituto, estaba en auge un movimiento artístico ingenuo. En sus obras prevalecían representaciones rebuscadas de unicornios y cosas por el estilo. Un arte que ahora se considera más bien ridículo y soso, como las copiosas representaciones de personajes de viñetas cómicas tipo Garfield, gozaba entonces de una credibilidad pseudowarholiana. Yo tenía claro que de aquello no quería saber nada, pero curiosamente me benefició de forma indirecta, pues mis imágenes de humanos del futuro no tardaron en ser adscritas a esa escuela populista.

También aprendí que alternar con el profesorado, así como follar con él, era una práctica muy extendida; más aún, se consideraba poco menos que de rigor para los alumnos más ambiciosos. Si en las escuelas de arte existiera algo así como una concepción de la depravación moral grave, desde luego se aplicaba de manera menos rígida que en otros sectores universitarios.

¿Qué más aprendí en bellas artes? Desde luego, habría que hacer mención de la crueldad de la crítica. A menudo las clases parecían un concurso para ver quién se mostraba más sutilmente implacable y hacía gala de mayor sangre fría, y a quién se le daba mejor justificar intelectualmente su vitriolo. Era todo cuestión de alianzas. Pronto me di cuenta de que, aunque no engendraba muchos grandes artistas, aquel sitio era una fábrica de gente capaz de recurrir al sadismo verbal con gran aplomo.

No obstante, las lecciones más importantes las aprendí enseguida: lo importante que son los conservadores, y lo fundamental que era conocer a la gente apropiada.

Y entonces conocí a Jerry.

Y cuando todo eso empezó a encajar, pensé que lo *tenía* todo. Y así era. ¿Y qué tengo ahora?

El rugido de los motores de un avión volando por las alturas al entrar desde el océano, preparado para salir hacia los Everglades antes de dar vueltas sobre la ciudad y aterrizar en el Aeropuerto Internacional de Miami. A veces, cuando planean, vuelvo a pensar en aquellas imágenes del World Trade Center viniéndose abajo, imaginándome aplastada por los escombros o abrasada por las llamas, hasta que las palpitaciones me marean o me dan náuseas.

Me acerco cautelosamente a la fría ventana de cristal, ya mugrienta de las marcas de mi frente, mis huellas digitales y mi aliento. Me asomo a la red lumínica callejera y automovilística que emerge a medida que el día se desvanece. Esta es la única ventana que hay a mi alcance; he aprendido instintivamente a reconocer los límites de mi libertad antes de que ese cruel grillete metálico me retuerza el brazo y me lo hiperextienda. La forma en que el acero templado de las esposas atraviesa el suave pelo y me reprende con un tajo si forcejeo demasiado. Pienso en lo que puede que haya hecho Lucy con esas esposas, en la posibilidad de que las haya empleado con otras personas antes que conmigo. Aherrojadas por esa terrible extensión de cadena carente de eslabones débiles. Tan invencible.

Miro por la ventana hacia un edificio adyacente. En una de las plantas se enciende una luz a las 8.15 y se apaga a las 12.30. Está conectada a un temporizador, como las de aquí, y proporciona mantenimiento a un piso fantasma. Una vez vi a dos hombres dentro de ese bloque discutiendo de forma bastante animada. Intenté saludarles con la mano (gritar carece de sentido pero resulta irresistible) pese a que sabía que sería inútil; aunque hubieran mirado en mi dirección, no habrían visto más que una ventana negra y fría.

Lucy suele volver hacia el final de la tarde, y con suerte trae consigo el lujo que representa la comida caliente. Cuando me trae comida fría la aborrezco con toda mi alma. Por lo demás, tengo sentimientos encontrados. El pequeño televisor que trajo después de que mi semana inicial de régimen alcanzase las dos cifras de pérdida de peso es un don del cielo total. Me permite saber qué hora es y enterarme de lo que pasa en el mundo exterior; eso significa que puedo hablar con ella de las gemelas siamesas.

El papel de Stephen como galán principal de este drama ha sido usurpado por Troy Baxter, un joven y apuesto cirujano telegénico que va a dirigir al equipo de treinta médicos que va a separar a las chicas. Vuelve a estar en el Canal 8, revisando al alza su opinión sobre las posibilidades de Amy de sobrevivir tras la intervención hasta el 40 por ciento, y las de Annabel hasta alrededor de un 90 por ciento. «Las chicas comparten hígado, pero tienen corazones independientes y, cosa decisiva, no comparten conducto biliar, que es uno de los aspectos más fundamentales a la hora de separar a los gemelos siameses».

La cámara cambia de plano y pasa a la madre de las Wilks, que una vez más aboga robóticamente a favor de la oración como única estrategia para lidiar con algo semejante. En tiempos abominaba de esta pertinaz insensatez, pero ahora sé cómo se siente. Ahora bien, también sé que la animan tanto la desesperación

como el miedo, porque en eso ha consistido mi vida aquí. Lo más aterrador es que sigo sin saber qué planes tiene Lucy para mí una vez que haya perdido el peso deseado. No paro de repetirme a mí misma: *no es una asesina*.

Lucy deja mi teléfono en la cocina en modo vibrador. Oigo cómo zumba y pita sobre la encimera. Lo mantiene cargado, pero no me dice quién me llama ni me envía correos. Me invento situaciones imaginadas acerca de quién podría estar llamando, largas y conmovedoras narrativas en las que figuran mamá, papá, Kim y Amanda. Pero sobre todo pienso en Jerry; es de lo más estúpido y lamentable, pero soy incapaz de desprenderme de la fantasía agridulce de que derribará la puerta de una patada, me rescatará y me abrazará, y será otra persona: esa que sus palabras siempre prometieron que sería.

Recorro el alféizar con la mano y allí está, ¡una manivela dentada! Se me acelera el pulso mientras la despliego, empiezo a darle vueltas y la ventana se abre unos cinco centímetros. La habitación se inunda de aire fresco procedente del océano, lo que supone un grato contraste con la porquería reciclada que sopla por los conductos de ventilación y me hace sentir mariposPitas de forma instantánea. Este pequeño hueco no me sirve de nada; pero aun en el caso de que fuera lo bastante grande como para atravesarla, aquí a cuarenta pisos de altura seguiría estando igual de prisionera. Entonces me vuelvo hacia el edredón y los cubos, y se me levanta el ánimo de manera eufórica.

36. PERROS

Mona: ¡juro por el cabrón de Dios que algún día reventaré el coño a mazazos a esa zorra de plástico! Voy conduciendo por el puente elevado Julia Tuttle rumbo a Midtown cuando me entra un SMS suyo en el que se regodea contándome que Carmel Addison, un gnomo cara bótox con revestimientos de vinilo, pero buena pagadora, ha sido la última de mis clientes en darse de baja del gimnasio.

Que te follen falsa de mierda que te follen falsa de mierda que te follen falsa de mierda.

Voy tan de aquí para allá, me doy cuenta con desesperación, que hasta llevo un par de días sin introducir mis datos en Lifemap. Intento recordar febrilmente lo que he comido y lo que he hecho, pero estoy pasando por el lugar donde tuvo lugar el incidente, y pese al bochorno que hace, me recorre la columna un escalofrío. Cuando llego a casa de Miles, lo pillo saliendo del edificio y subiéndose al Jeep con unas Ray-Ban envolventes, una chaqueta de piloto que parece de piel de becerro y unos holgados vaqueros láser azules. Lleva a remolque a una euroescoria rubia demacrada cuyos mechones rizados se salen de la puta boina. Tiene pinta de acabar de bajar del avión y que su novio gángster le haya dado mil dólares para que se los funda en ropa, pero a condición de que se lo gaste en la boutique rusa de su propiedad, cutremente abastecida para blanquear dinero.

Ella ve cómo cruzo sigilosamente la calle y me aproximo hacia ellos y le da un golpecito con el codo a Miles. Mientras él se vuelve, le grito «¡Puto gilipollas!».

A él le entra el pánico y empieza a empujar apresuradamente a esta puta que aspira a un permiso de residencia para que se meta en el vehículo. Todavía lleva puesta en el parabrisas esa irritante pegatina publicitaria: ES COSA DE JEEPS, NO LO ENTENDERÍAS.

La hija de puta me mira y dice con acento rojeras: «¡Es ella! ¡Es la chalada chica kung-fu esa!».

«Métete dentro, nena», dice Miles. «Yo me ocupo».

Chico, el perro, está meando contra un árbol. Miles, que lo lleva con la puta correa extensible, avanza hacia mí con los brazos extendidos y las palmas de las manos hacia arriba. «Lucy…, tenemos que hablar…».

Ha adoptado una mala posición porque le lanzo una patada directamente a los huevos, pero él se vuelve bruscamente y solo consigo darle en el muslo. Da un salto hacia atrás. «¡Estás loca, cabrona!».

«¡MENTIROSO DE MIERDA!».

Corre hacia el Jeep, entra y cierra la puerta de golpe antes de buscar la llave de arranque a la vez que yo pateo el chasis y abollo uno de los paneles. «¡¡PUTA ZORRA!!», chilla él mientras sale del aparcamiento a toda prisa, olvidándose de Chico y sin fijarse que la correa está pillada por la puerta y a punto de llegar a su plena extensión. Le grito para que se detenga pero no hay manera, y cuando la correa alcanza el límite, el chucho meón, todavía sujeto por la correa, sale disparado del árbol como si fuera un misil. Al oír los gañidos, Miles frena en seco y Chico pasa por delante de la ventanilla del copiloto como una exhalación antes de estrellarse contra la calzada e ir rebotando por ella como una pelota hasta que la

correa tira de él hacia atrás. Miles sale del Jeep. «Chico…, muchacho…».

Milagrosamente, Chico sigue vivo; el pobre bicho tira de sí mismo con las patas delanteras, arrastrándose con las dos patas traseras rotas hasta llegar a la acera y meterse debajo de un arbusto. Miles, con lágrimas en los ojos, le suplica al animal que salga, y cada tirón de la correa recibe como respuesta un gruñido escalofriante. «¡¿PERO QUÉ HAS HECHO?!», dice volviéndose hacia mí, con la agonía grabada en su rostro.

«¡¿Pero qué has hecho TÚ?!».

«La polisía…, tenemos que llamarr a la polisía», exige la rusa, que se ha bajado del coche.

Miles consigue agarrar al perro maltrecho, que gruñe suavemente, y lo lleva al Jeep. La rojeras se sube al asiento del conductor y salen pitando camino del veterinario. Tengo los nervios deshechos al subirme al Caddy DeVille y empezar a conducir. Paro en una gasolinera y compro un aerosol de pintura negra en la tienda. Luego, después de regresar al piso de Miles, consigo entrar en el edificio llamando a todos los timbres. En su puerta, de color blanco, escribo con mayúsculas: *ES COSA DE GUSANOS Y LO ENTIENDO QUE TE CAGAS*.

Me dirijo hacia el centro, hecha polvo: no era mi intención que su perro resultara herido, pero ha sido culpa suya por ser un puto cobarde tan despreciable. Busco la ensalada de huevo duro aquella de la que ayer me olvidé, y también recuerdo haber hecho tres series de dominadas para combatir el estrés, y mientras controlo el Caddy con una mano, un gilipollas que va al volante de un camión que quiere cambiar de carril me adelanta sin indicar siquiera…

JODER.

A la vez que reduzco la velocidad y piso los frenos, levanto la vista, me fijo en el edificio desde la Interestatal 95 y me hundo de pavor en el rígido asiento del Caddy. Hay una pancarta colgando del último piso… de nuestro edificio… ¡De nuestro piso!

Una palabra gruesamente trazada sobre un edredón blanco con lo que parece…, coño, no puede ser…

SOCORRO

¡PUTA SORENSON!

Me salgo de la carretera en Bayshore Drive y aparco delante del edificio; entro corriendo y pulverizo el botón de llamada del ascensor. ¡VENGA! Desciende rápida y ruidosamente atravesando las plantas vacías hasta que la puerta se abre de golpe. Se me acelera el pulso cuando pulso el botón de la última planta y la puerta se cierra mientras el ascensor sube y empieza a coger velocidad. Espero que los automovilistas que circulan por la Interestatal 95 y que hayan visto la pancarta piensen que es alguna clase de broma pseudohipster: el edificio vacío gritando socorro en el desierto inmobiliario. Seguro que nadie se habrá parado a investigar. Pero la poli… Joder, ¿cuánto tiempo llevará ahí?

Entro en el piso y atravieso sigilosamente el pasillo, y me asalta una peste insoportable en cuanto pongo los pies en el cuarto de estar. Sorenson está sentada en el suelo sobre el colchón, pero los cubos volcados reposan dentro de

un lago de pis estancado y de grotescos zurullos en descomposición desparramados sobre el parqué de madera de mamá. «¡PERO QUÉ PUTA ASQUEROSA DE MIERDA ERES, DIOS MÍO!».

«¡VETE A TOMAR POR CULO!». Sorenson parece un duendecillo malévolo, una auténtica gorda retorcida y llena de odio, como siempre son todos los obesos, más allá de la repugnante fachada de payaso alegre. *Puede que esta zorra haya perdido peso, pero sigue teniendo alma de tocina*.

Voy corriendo directamente hacia la ventana y recojo el edredón a puñados. Está lleno de mierda. ¡La hija de puta esta ha garabateado con su propia caca! Me pongo a gritar «Puta asquero…», y entonces oigo un sonido metálico a la vez que algo me ciñe estrechamente la garganta. Me llevo las manos al cuello y toco un metal frío y de forma irregular. La tocina me ha puesto la cadena alrededor del cuello y me está estrangulando…, estirando las manos detrás de la cabeza, la cojo de las muñecas y tiro hacia mí a la vez que apoyo los pies contra el cristal laminado y me doy impulso contra Sorenson, asestándole un cabezazo inverso que le parte ruidosamente la nariz. La estridencia animal del grito que suelta me dice que está sumida en el dolor y que el shock es inminente y, como era de esperar, afloja la presa. Le sacudo un potente codazo en el estómago y, en efecto, relaja su agarre y pivoto para ver cómo se desmorona poco a poco sobre el suelo. La cadena que tengo alrededor del cuello, la gravedad y su mole tiran de mí hacia ella, así que aprovecho el impulso para aterrizarle encima, chafándola contra el suelo con la palma de la mano sobre su pecho. Con la mano libre me arranco del cuello la cadena, ya aflojada. «¿Quieres jugar duro, tocina?».

Para sorpresa mía, Sorenson ha recobrado la rabia. Le chorrean sangre y mocos de las narices, pero sus ojos están encendidos de rebeldía mientras me coge de las muñecas. «¡Vete a tomar por culo!».

Le sacudo en todos los morros, le asesto un crochet de izquierda, y cuando me suelta el brazo, remato con un virulento derechazo en la nariz. Le brota la sangre a chorros y la ciegan las lágrimas. Siento que se le van quitando las ganas de pelea. «¿Quieres que te joda viva? ¿Eh?».

«No…, perdóname…», gimotea.

Me quito de encima de ella y le tiro del pelo, arrastrándola como un perro hasta una pila de su asquerosa mierda diluida. «¡NOOO! ¡SUÉLTAME, JODER!».

Patalea y se resiste con la máxima intensidad contra las esposas y la cadena mientras yo fuerzo su cara directamente hacia abajo, girándole la cabeza cada vez más contra la caca mientras ella se asfixia y le dan arcadas. «¡HE TENIDO UN DÍA DE MIERDA, SORENSON! ¡HE LLEVADO UNA VIDA DE MIERDA DESDE QUE TE CONOCÍ! ¡TÚ Y TU PUTO VIDEOCLIP!».

A la vez que se ahoga y le dan arcadas, Sorenson vomita sobre los excrementos, por lo que me veo obligada a relajar la presión sobre su cabeza. Ella aprovecha para zafarse a toda velocidad y me mira con los ojos desorbitados y la cara cubierta de sangre, mocos, mierda y potas. «¡BIENVENIDA A MI PUTO MUNDO! ¡YO SÍ QUE HE LLEVADO UNA VIDA DE MIERDA! MI MADRE…», dice jadeando de forma rápida y entrecortada mientras me clava una mirada demente debajo de la mascarilla de mierda y potas, «… ella y mi padre se opusieron a todo lo que hacía, a mi arte,

cuando todo el mundo les decía lo buena que era…, me cebó para intentar volverme tan gorda y deprimida como ella… Jerry… y ahora…», dice fulminándome con la mirada, «¡TÚ, COÑO!».

A continuación se llena los pulmones de aire, se lanza hacia delante como un luchador de sumo y me agarra por los hombros. De no ser por la cadena, que la hace retroceder como un bulldog de dibujos animados, juro que la muy puta me habría tumbado. Nos revolcamos por el suelo, forcejeando entre los apestosos y nauseabundos excrementos hasta que le aplico una llave de brazo de jiu-jitsu, y estoy a punto de arrancarle el puto jamón de su tocino corpachón cuando empieza a suplicar piedad a gritos y vuelve a sosegarse en una cacofonía menguante de sollozos y arcadas.

Cubierta de su acerba mierda, le digo: «Estoy intentando hacer que tu vida sea mejor, Lena, en serio te lo digo».

Ella sacude su cabeza emplastada de mierda mientras solloza intensa y furiosamente. «Joder, qué ridícula eres… Qué ridículo es *esto*, coño…».

«¡Pues sí! ¡Lo soy! ¡Y tú también!».

Me acerco al cuarto de baño, me desnudo y me meto bajo el tibio chorro de la ducha, limpiándome de mierda rancia y potas, y esforzándome por controlar el reflejo de vómito ante el tóxico pestazo. Me seco y me envuelvo en una gran toalla de baño. El termostato está a mucha temperatura, pero la confrontación ha hecho que me entren escalofríos. Voy a la cocina y meto mi ropa en la lavadora, tras lo cual saco unas tijeras grandes de un cajón y vuelvo con Sorenson.

Me la encuentro sentada entre su propia mierda, sumida en un trance; en silencio, salvo por el intenso rumor de su intensa respiración bovina. Levanta la vista y en su cara emplastada de mierda aparece una expresión sarcástica. Acto seguido ve el instrumento afilado que tengo en la mano y da un respingo, implorando suplicante. «¿Qué vas a hacer?… ¡Por favor, no quiero morir!».

«¿De qué coño hablas, Lena?», salto yo. «Dame tu ropa sucia. La pondré a lavar. Pensaba cortarla con las tijeras para quitártela porque está llena de tu puta mierda». Extiendo la mano, guardando las distancias por si la puta guarra pretende arremeter de nuevo.

Ella obedece y se quita el cochino sujetador, encogiéndose temerosamente mientras agito las tijeras para indicarle que lo coloque en la punta de las mismas. Acto seguido, lo introduzco en una bolsa de plástico. ¡Dios, qué puto pestazo! Entonces se baja las bragas y saca los pies para quitárselas, y las coloca en la bolsa de plástico sin apartar los ojos de las tijeras. «Creí que ibas a…».

«¿Apuñalarte?», pregunto levantándolas. «¿Con esto? ¡Joder, dame un respiro! Fuiste tú la que empezó con la violencia». Me froto el cuello y doy media vuelta para dirigirme a la cocina, mientras medito en voz alta por el camino: «¡Intentas ayudar a una puta tocina y en cuanto se pone un poco más fuerte, te agrede! ¡Inadmisible!».

Esto está hecho un asco. Me alivia enormemente que se haya dado la casualidad de que la piscina del osito estuviera vacía; eso podría haber jodido las cosas pero bien.

Saco sus paños menores limpios de la bolsa y meto su ropa asquerosa en la

lavadora con la mía y la funda del edredón manchada de mierda y la pongo en marcha. Después de haber recobrado la compostura realizando una serie de ejercicios de respiración profunda y unos estiramientos, vuelvo con Sorenson, lleno la piscina del osito de agua jabonosa y le entrego unas toallas de papel. «Haz lo que puedas», le digo.

Sorenson se mete en la piscina y empieza a lavarse y a retirarse las heces y el vómito de la cara. Es como una cría. Me pilla mirándola y la cara sobrecogedora que me pone me electrifica y me hace dar media vuelta. Recojo sus zurullos con papel de cocina y los tiro al váter antes de limpiar el resto de la mierda asquerosa del parqué de maderas nobles. Mamá y Lieb se volverían locos si supieran que se estaban ensuciando tanto. Describo un movimiento circular con la fregona y luego escurro el agua de mierda con vomitona en la rejilla del cubo. Lo siguiente que oigo es un ruido jadeante, y cuando me vuelvo veo a Sorenson encima del colchón haciendo una serie de frenéticos abdominales y encogimientos abdominales.

Me apoyo contra la fregona como un centinela hastiado. «No hagas eso. ¡Solo conseguirás dañarte la espalda, y los únicos músculos que desarrollarás estarán enterrados bajo capas de grasa!».

Sorenson no contesta, y sigue resoplando hasta completar la serie. Luego se da la vuelta y empieza a hacer flexiones. Aunque no diga nada, me impresiona que ahora levante el cuerpo entero del suelo, en lugar de la mierda nenaza esa de hacerlas desde las rodillas.

«Son los cuádriceps, Lena. Las sentadillas». Me pongo en la posición de hacer encogimientos delante de ella para demostrarle cómo se hace y abrazo con satisfacción mis propios muslos, duros como cables de acero. «Estas son tus armas. Queman un 115 por ciento más de calorías que cualquier otro grupo muscular», miento, inventándome la estadística en el mismo momento.

«Treinta y uno», jadea Sorenson, «treinta y dos…».

«¿Crees que esas zorras flacuchas que salen en las revistas hacen flexiones y encogimientos? ¡Déjalo estar hasta que te parezcas a una de ellas, y entonces podemos empezar a pensar en esa clase de pajas mentales!».

«TREINTA Y CINCO», ruge ella, «TREINTA Y SEIS…».

«¡Pues que te den! Revientate la espalda y hazte la mártir», digo empuñando la fregona de nuevo y poniéndome a limpiar el suelo de nuevo, «ese ancestral juego de las mujeres del clan Sorenson», empiezo antes de frenar en seco.

Lena capta mi reacción, me mira boquiabierta y horrorizada y se pone en pie de un salto antes de que la cadena la proyecte hacia atrás. «¿Qué cojones estás diciendo? ¿Has… has mirado mis correos?». Vuelve a tirar de la cadena, frustrada, con ambas manos. «¿MIS ROLLOS CON MI MADRE?».

«No tengo nada más que añadir», le espeto antes de volver a la cocina.

¿¡QUÉ ES LO QUE HAS QUERIDO DECIR?! ¡¿QUÉ QUIERES DECIR CON ESO?!».

Paso de su puta bazofia. Me fijo en que, para preparar el numerito, dejó la tele portátil en un rincón para que estuviera a salvo. Esta zorra es calculadora; lo tiene todo planeado y es falsa que te cagas. Me dan ganas de quitarle la tele a esta paleta traicionera, pero no pienso ponerme a su nivel. Compruebo los mensajes de teléfono; psí, otro montón de mensajes histéricos de *su* mami. No me extraña

que Sorenson haya salido como ha salido con una hija de puta chalada como esa rompiéndole el culo. Al menos la gilipollas esa de Kim, la de Chicago, sabía cuándo dar marcha atrás.

«¡DÍMELO! ¿Qué quieres decir?… Dímelo…». Mientras espero a que los chillidos de Sorenson se vayan aplacando, echo un vistazo a mis propios correos en el iPhone. Papá me ha enviado una foto de una de las ciudades de la gira en la que está embarcado; a su lado aparece algún oscuro primo con pinta de tontolculo. Mamá me ha enviado una de ella y de Lieb, en la cubierta de un barco, en una repulsiva y clásica pose de tortolitos: ella acurrucada contra su costado, mirándole desde abajo mientras él mantiene la mirada fija en el horizonte con un arquetípico *look* de hombre del destino. Juro que esa pareja produce más queso que todo el estado de Wisconsin[38]. Y no obstante siempre me choca la sincronía entre mamá y papá, incluso después de transcurridos tantos años: recibo un correo electrónico, o una llamada de uno de ellos, y el otro invariablemente hace algo por el estilo. Una relación de larga duración debe causar en nuestros biorritmos algo que no hay manera de quitarse de encima. Pero es una lástima que para Sorenson y su mami, por lo visto, ese vínculo gire exclusivamente en torno a inflarse de porquerías.

Saco la ropa de la lavadora y la pongo en la secadora. Mientras la veo dar vueltas, oigo más ruidos emitidos por Sorenson desde el cuarto de estar. Sorprendentemente, ha vuelto a ponerse a correr en la cinta, sudando lentamente hacia la dulce libertad. Cabeceo en señal de aprobación, pero ella se niega a hacer contacto visual y sigue trotando sin parar. Que le den por culo a esta zorra desagradecida; vuelvo a la cocina y envío algunos correos más.

Cuando la saco, la ropa sigue estando un poco húmeda, pero fuera hace un calor sofocante, así que me pongo la mía y dejo la de Sorenson junto a su colchón. «Me marcho, Lena».

«Y a mí qué. Vete a tomar por culo donde no te vea», dice entre jadeos, sin mirarme. «Solo me haces perder el tiempo».

«¡Que te jodan!», le digo. ¿Con quién coño se habrá creído esa hija de puta que está hablando? ¡¿Que *yo* le hago perder su miserable tiempo *a ella*?! ¡Si no fuera por mí, no le quedaría ningún puto tiempo que perder!

Cuando llego a casa me vuelvo a duchar y me pongo una minifalda de cuero y una camiseta roja sin mangas; después me recojo el pelo en una coleta y le pongo una horquilla de color rosa. El hijo de puta de Quist vuelve a estar en la tele. Por lo menos no habla de mí, sino que defiende a un atribulado exsocio, el promotor inmobiliario de Miami Bill Philipson, que está acusado de intentar sobornar a varios funcionarios locales. «¡Si no fuera por los Bill Philipsons de este mundo, este estado, que ahora es un paraíso saturado de sol y un remanso de oportunidades para millones de norteamericanos trabajadores, seguiría siendo un pantano infestado de mosquitos!».

Me estremezco de ira: esto lo va a pagar algún hijo de perra. Cambio de canal y pongo el Canal 8; otro reportaje especial sobre las gemelas mientras me guardo la polla en el bolso, optando por no llevar plástico encima[39], porque con esta minifalda se notaría demasiado. Dejemos que esas zorras de camioneras crean

que soy un imán para carne antes de sacar mi «American Excess» y aplicarla a sus tiesos y mandones labios vaginales.

En la pantalla aparece un viejo cirujano, un borrachín irascible y de aspecto arrogante que va a saco contra el niño bonito Troy Baxter, menospreciando sus afirmaciones de que las posibilidades de que Amy sobreviva y lleve una vida normal sean siquiera remotamente próximas al cuarenta por ciento. La barra de la parte inferior de la pantalla anuncia que se trata del profesor Rex Convey de la Facultad de Medicina de la Universidad del Noroeste. «Es peligroso jugar al juego de las cifras, pero las estimaciones más desaforadamente optimistas, según las cuales Amy Wilks tiene un cuarenta por ciento de posibilidades de sobrevivir, son una completa sandez, y, francamente, son tan estúpidas que resultan desgarradoras», gruñe. «La probabilidad de que esta muchacha esté sacrificando su vida a fin de que su hermana pueda llevar eso que se llama una vida normal es abrumadora».

Pues sí, hay que joderse, pero si ambas zorras han firmado para que las separen con el serrucho, allá ellas, doctor Club de Campo.

Apago la tele y evalúo mis opciones. Esta noche tengo margen suficiente para unas cuantas calorías vacías procedentes del alcohol. Vino tinto: tiene muchos antioxidantes, 640 calorías por botella, o cuatro copas grandes con 180 cada una, o seis pequeñas con 116 cada una. Decido que tomaré tres copas pequeñas, 350. Puede que sean calorías vacías, pero me mantengo en el buen camino, pues hoy tengo que superar las 200 habituales para conservar el equilibrio de esta semana.

Los tacones que me he puesto no son altos, pero bastan y sobran para que el mundo entero se fije en mis pantorrillas de boa que se ha tragado un balón de rugby. Efectivamente, en cuanto salgo al aire cálido de 9th Street, me silban desde un coche en marcha. Es un incordio, sí, pero un incordio del que sería una mierda total tener que prescindir, pues el silencio sería como una declaración de incapacidad para triunfar. Entonces habría llegado el momento de irse a tomar por culo de South Beach e instalarse en alguna sala de espera amurallada y con control de acceso en el centro de Florida aguardando el momento de reunirme con Dios.

Una inclinación de cabeza tímida pero con aire de mujer fatal a los porteros y ya avanzando por la abarrotada barra del Club Uranus, extrayendo un gemido mordaz por parte de un afectado mariquita al darle un codazo para abrirme paso. «¡Disculpa!».

Estoy a punto de decir algo cuando una chavala de pelo cobrizo se burla de un tío con esas vocales estiradas de Massachusetts que tan bien conozco. «Sé un poco más hombre, colega. ¡La barra está a tope!».

El mariquita parece a punto de responder, pero se limita a poner una mueca mientras se marcha reptando de impotencia hacia el mogollón.

«Puto gilipollas», masculla la chavala.

«Lo sé, es cierto», afirmo con una sonrisa; como me gusta el estilo de esta zorra, la recompenso con un vodka con soda. Mediante la guerra de desgaste habitual, conseguimos aparcar nuestros culos sobre dos banquetas de la barra y empezamos a hablar. A pesar de la rociada de pecas tipo *Paddy*[40] que marca su

piel pálida y luminosa, me da que el rollo faltón y el discurso macarra son un artificio, y que esta chica podría citar a Henry James a voluntad. El pelo, que le llega casi hasta los hombros, la delata: lo lleva con raya al medio y sujeto a los lados por una pinza de plástico de mariposa. Mi madre es más machorra que esta ingenua, que se ha echado un poco de *eau de camionera* y para de contar. Esta chica va vestida como si supiera que se cagarían todos patas abajo si la convocaran a alguna ceremonia familiar y se presentara con el pelo teñido de negro, no digamos ya con un corte de pelo de megalesbiana.

Henrietta James, vas a probar mi gran polla de plástico. Así que propongo que salgamos, y ella se apresura a seguirme mientras yo me voy abriendo paso entre los cuerpos sudorosos. La gente está tan apiñada en las inmediaciones de la zona de la puerta que ser expelida al aire de la noche es como volver a nacer. Subimos por Washington, y nuestros pasos repiquetean rítmicamente por la acera. Un vagabundo sentado a la entrada de Walgreens levanta la vista y me grita: «¿Algún cambio?».

«Deja que sea la báscula la que te lo diga», le contesto dejando caer una tarjeta en su regazo.

Henrietta me mira con cierta cara de sorpresa. «Guau, ¿de qué iba eso de la tarjeta?».

«Soy entrenadora personal».

«¡Seguro que un tío como ese no se iba a poner en tus manos!».

«No es cuestión de que se ponga en mis manos», digo sacudiendo la cabeza, «es cuestión de confrontación. Con un poco de suerte, si consigue darle la vuelta a su vida, a lo mejor habrás plantado una semillita. Una vida humana bien vale el precio de una tarjeta».

«Guau…, supongo que nunca me lo había planteado así», dice la señorita James mientras se vuelve para mirar al vagabundo.

Hablamos de irnos al Blenheim Hotel pero no puedo enfrentarme a esa apestosa alfombra ni al recepcionista culitieso y gay de tapadillo durante el descenso mañanero de la vergüenza por las escaleras. Henrietta tiene un piso en Meridian, no muy lejos de mi propio apartamento, así que allí vamos. Pese a que evidentemente no es tonta, la señorita James es una muchacha de pocas palabras, cosa que me gusta, pero mientras me fijo en sus carteles cinematográficos —*Metrópolis* de Lang, *La ventana indiscreta* de Hitchcock— ¡la puta zorra me asalta! ¡Me mete la mano bajo la falda y dentro de las bragas, sumergiéndose en mi coño cual submarino tocado, con el índice espoleando a mi puto barquero! Antes de que pueda pensar en la polla de plástico que llevo en el bolso, me he abierto de piernas cual bolsa de patatas fritas. La señorita James no tarda en coger el ritmo rápidamente, pulverizando mi clítoris como un boxeador trabajando en la pera. Tiene los ojos encendidos y me pregunta en tono rasposo e insistente: «¿Llevas pipa?»[41].

«Sí…», gimo, «pero está en el bolso…».

O bien es una novata auténtica, o durante el traslado desde Boston se han extraviado elementos fundamentales; pero de una cosa no hay duda: tiene unas ganas del copón. Pero ahora ella no es la única que pide polla a gritos. Me doy la

vuelta y cojo el bolso, con cuidado para dejar que siga trabajándome, ahora con largas, poderosas y deliciosas caricias, y entonces saco la polla y le digo que se la ponga. «Métemela. Méteme mi propia polla hasta el fondo», le ordeno.

La señorita James está encantada de complacerme, y se ajusta hábilmente el dispositivo, dándole la vuelta con la mano sobre la verga y majándose el hueso púbico con la base como si fuera un molinillo de pimienta. «De verdad es lo que quieres, ¿no?».

«¡Lléname el puto coño *ahora mismo*, zorra, si no quieres que te lo quite y te lo meta por tu blanco culo *Paddy*!».

No se lo tengo que repetir.

37. CONTACTO 15

Para: lenadiannesorenson@thebluegallery.com
De: mollyrennesorenson@gmail.com
Asunto: Háblame, por favor

Estoy intentando hablar contigo, Lena. ¡No coges el teléfono y no contestas a mis SMS ni a mis correos! ¡Intento hablar con mi hija sobre algo que nos afecta mucho a las dos, pero te niegas a responder de ninguna manera!

Para: lenadiannesorenson@thebluegallery.com
De: toddpaulsorenson15@twincityhardware.org
Asunto: ¡Esto ya ha llegado demasiado lejos!

Lena:

Quiero que sepas que no solo le has dado un disgusto tremendo a mamá, le has arrancado el corazón de cuajo. Espero que te sientas a gusto contigo misma, y que esto os divierta a ti y a tus sofisticados amigos artistoides de Miami. Nosotros intentamos dártelo todo. ¿Es así como nos lo agradeces?

Queremos que vuelvas a casa. No sé con qué clase de gente te has juntado en ese agujero infernal pseudocaribeño infestado de vudú, pero para mí es evidente que estás tomando drogas. Esos correos están llenos de odio y de rencor. ¡Nosotros jamás te criamos así!

¡Habla con tu madre!

Papá

38. EL PAQUETE

Aún no le he contado a Sorenson lo del paquete. Lo tengo guardado en la estantería de arriba del armario del vestidor. Contiene una carta, una libretita y treinta y seis fotografías en blanco y negro de contraste alto.

La carta es de una mujer llamada Melanie Clement.

> Estimada Lena:
>
> Tu exnovio —que en la actualidad también es mi exnovio— es un psicópata retorcido, malvado y manipulador: una amenaza en serie para las mujeres que tendría que estar en la cárcel. Ha derrochado, robado y extorsionado una buena porción de mi dinero. Es algo más (o algo menos) que una sanguijuela completamente despreciable o un plasta delirante y destalentado y obsesionado consigo mismo; también es un estafador y un ladrón. Si te queda el resquicio de una duda al respecto, el contenido de este paquete debería disiparla.
>
> Si tienes algo de inteligencia elemental o una pizca de respeto por ti misma, no vuelvas a juntarte con él. Las dos sabemos que lo intentará.
>
> Lamento que te dejara por mí. Lo lamento por mí, pero estoy encantada por ti.
>
> Con mis mejores deseos,
>
> Melanie Clement
>
> P. D.: Las fotos y los negativos son para ti: puedes hacer con ellos lo que te parezca.

En todas las fotografías aparece Sorenson desnuda en tres posturas diferentes: de frente, de espaldas y por el perfil izquierdo. Hay doce series de estas tres imágenes, todas tomadas en el mismo sitio y bajo la misma instalación lumínica. Lo que muestran son las distintas etapas de su transición, de mujer menuda y esbelta a foca obesa en el espacio de un año. Debajo de cada imagen figura el mes, comenzando en marzo, y la cifra que corresponde a los kilos que pesaba Lena, que van de 58,5 a 102,5.

La transición más impresionante y alarmante no es la dilatación del cuerpo de Lena, sino la de la expresión de su rostro. En la primera serie de fotos, pese a que es obvio que se le ha indicado que mantenga una mirada neutral, aparece una sonrisa fantasma, como si estuviera jugando a una especie de juego sexy y conspirativo con una pareja. Esta es la cara dominante entre los meses 1 y 3. A continuación, en el mes 4, se insinúa una abrumadora expresión de vergüenza, seguida por el arranque de la ira, y luego la frustración y la desesperación (meses 5-8), antes de que adquiera una mirada apagada y derrotada (del mes 9 en adelante). Gracias a la tal Melanie, Lena dispone ahora de todo el trabajo del tipejo este en su «proyecto». O más bien dispongo yo de él.

Decido leer algunas de las entradas de la libreta.

EL PROYECTO LENA SORENSON

Por Jerry C. Whittendean

Conocí a Lena en el Art Institute. Acababa de iniciar su primer año como alumna, mientras que yo iba a licenciarme a finales de ese año. Estábamos en la tradicional semana de «fóllate a una novata», cuando los aspirantes a sementales peinaban las fiestas y eventos en busca de candidatas frescas.

Lena no era la clase de chica que normalmente solía gustarme. Era guapa, pero también era crónicamente tímida; de vez en cuando asomaba un ojo tras el

flequillo negro. Hacía las veces de escudo, aunque cuando realmente te miraba, era capaz de hacerlo con una ferocidad inalterable y desafiante.

Siempre pensamos que seremos capaces de cambiar a las personas y moldearlas. A veces creo que ella siempre fue mi proyecto, incluso en aquel entonces, cuando me acerqué a ella temblando como un ratón dudando si entrar o no en la cocina. Pero quizá eso sea demasiado fantasioso.

Sabía quién era. Me atraía su obra; otros alumnos y profesores hablaban de ella, así que tenía que echarle un ojo. Entraba en sus aulas durante los descansos y la contemplaba. Para ser una chica tan tímida, su arte tenía unas pelotas que te cagas: lienzos enormes, colores radiantes y paisajes austeros y apocalípticos. Luego me sentí atraído por ella, por el misterio de su talento, por la intrepidez, la incondicionalidad y la arrogancia de su brío. Seducirla fue un modo de intentar resolver aquel acertijo. Pero nada de lo que ella dijera o hiciera respondía a la pregunta que me consumía: ¿por qué ella? ¿Por qué una chica menuda y morena de algún infecto agujero palurdo y temeroso de Dios del Medio Oeste poseía el talento y el empuje necesarios para lograr un reconocimiento tan inaudito?

Al principio, las conversaciones que mantuve con Lena me interesaban. Luego empezaron a volverse monótonas, y tuve la sensación de que nos estábamos estancando. No tardaron en empezar a molestarme ella y sus bobas bromas de paleta, que al principio habían representado cierta novedad. Finalmente, el exceso de «te pillés» y «vale, pues», y toda la retahíla de «¡cielos!», «dita seas» y «eh, tú» empezaron a darme náuseas. Era una cabeza de chorlito, sin una pizca de bohemia en todo su cuerpo, pero dotada del talento, el empuje y la fe de un Warhol.

Cuando estás resentido con alguien con quien mantienes una relación tan estrecha, muy pronto esa otra persona empieza a corresponderte. Tratándose de Lena, era un resentimiento afable y discreto envuelto en un sentimiento de culpa más que evidente. Pero empezó a tomar las riendas. En esta vida he aprendido que a corto plazo la gente se siente atraída por el carisma, pero que a un nivel más profundo siempre aman y admiran el talento. Los amigos empezaron a cuchichearle que yo le impedía avanzar. Aquello me reventó que te cagas. Tengo fe en mí mismo como artista. Sin fe en sí mismo, ningún artista vale nada. Sin mí, Lena nunca habría aprovechado al máximo su talento.

Miami fue idea mía. Lena habría aguantado los inviernos del Medio Oeste durante toda la eternidad, con su estoica, nauseabunda y rústica alegría de Minnesota. Pero no se trataba solo de mí ni de que quisiera luz para mi fotografía. Quería alejar a Lena de Chicago. Le iba demasiado bien. Cada vez que yo entraba en un bar de Logan Square o Pilsen, los entendidos me preguntaban todos a una: «¿Dónde está Lena?». Llegó un momento en que aquella pregunta casi me hacía vomitar. Odiamos que nuestros amigos tengan éxito, dijeron Wilde, Vidal y Morrissey; pero cuando se trata de nuestras parejas, ¡Dios mío, hay que ver cómo aborrecemos eso!

Nadie sabía lo humillante que era vivir constantemente a la sombra de Lena. Destacaba de cojones, y la odiaba tanto a ella como a mí por ello. La única forma que tenía de librarme de ese sentimiento era superándola. La haría engordar y la

volvería repulsiva. La animaría a comer de más: Pizza Hut, McDonald's, Taco Bell y Gyros. «¿Por qué no paramos en Starbucks a tomarnos un café con leche y un bollo? Has trabajado duro en el gimnasio. Has quemado unas 150 calorías. Te mereces un caprichito de 600», y mierdas por el estilo. Era como empujar una puerta abierta: su madre había cumplido con su deber.

Así pues, la fotografié. Todos los viernes por la mañana de todas las semanas la hacía pesarse. No se dio cuenta de que era un proyecto: La transformación de Lena Sorenson. Salvo matarla, dejar una cámara encima de su cadáver y ver cómo lo devoraban los gusanos (y le había dado vueltas a esa posibilidad antes de decidir que el asesinato es un pasatiempo para fracasados), aquello era lo mejor que podía hacer. Tomé fotos de ella desnuda, por delante, por la espalda y de lado, girada hacia su izquierda. Lo hice una vez al mes durante un año, y cada una de ellas producía tres exposiciones de alta definición en blanco y negro bajo la misma luz. El proyecto terminado constaba de treinta y seis fotografías, con la fecha y el peso anotados en tarjetas adjuntas.

Lo que importa es obtener el consentimiento de Lena. Ninguna galería montará la exposición a menos que ella me dé permiso por escrito para utilizar las imágenes. Así que mientras ella está tirada inflándose en un rincón oscuro de la casa de Miami, yo estoy en Nueva York, ansioso y preguntándome cómo lograr que firme el puto contrato y punto.

Entretanto, intento convencer a Melanie del potencial que tendrían como exposición los sin techo del centro de Chicago. Mujeres con talento, mujeres con dinero, qué puedo hacer para conseguir que

Este puto tipejo sí que está seriamente tocado del ala. Se nota por el contenido ladino de los correos electrónicos que le envía para lograr que firme el puto contrato ese. Esos correos también indican que parece haber deducido que Sorenson podría ser la destinataria de sus fotografías perdidas. Que dejara a un fracasado como este manipularla y dominarla demuestra lo débil, lamentable y fundamentalmente incompetente que es. Esa zorra tiene una suerte acojonante de haber entrado en mi órbita. ¡Voy a empoderar su fofo culo! Sin embargo, al igual que en el caso del equipo de cirujanos y las muchachas de Arkansas, antes de emprender la renovación hay que arrancar un montón de mierda, y si el paciente muere en la mesa de operaciones, en fin, al menos tú lo hiciste lo mejor que pudiste, joder.

39. CONTACTO 16

Para: mollyrennesorenson@gmail.com;
toddpaulsorenson15@twincityhardware.org;
De: lenadiannesorenson@thebluegallery.com
Asunto: 29 ºC este invierno

Os envío un correo conjunto, porque por lo visto los anteriores han conseguido que os habléis el uno al otro (no hace falta que me deis las gracias). También os estoy copiando a los dos en cualquier correo que envíe al otro, para que no podáis jugar a los estúpidos juegos de autoengaño y manipulación en los que tan diestros os habéis vuelto.

Primero papá:

Gracias por tu primer correo en, eh, CUATRO AÑOS y TRES MESES. Me alegra saber que todavía te importo.

1. Siento que mamá esté disgustada, pero sin duda te habrás dado cuenta de que padece de obesidad mórbida. Es evidente que cualquier persona tan gorda y aislada como ella tiene problemas de salud mental/depresión y de rechazo a reconocer la realidad. En parte, la culpa es tuya y mía; fuimos nosotros los que hicimos posible esa depresión. En mi caso, fue por colusión. En el tuyo, fue por abandono emocional. Pues en lo que a mí respecta, se acabó. ¿Qué tal si ahora tú te portas como un hombre y le dedicas un poco de atención o incluso —dilo en voz baja— un poco de cariño a la mujer a la que dices querer?

2. Pues sí, decir la verdad me hace sentirme bien, aunque se trate de una cuestión a debatir exclusivamente entre nosotros y con NADIE más, incluidos mis presuntos «sofisticados amigos artistoides», que solo existen en tu imaginación. Ojalá tuviera esa suerte. Si tuviera la clase de círculo social que tú te imaginas, no habría pasado la mayor parte de mi vida sumida en una tristeza que te cagas.

3. No estoy tomando drogas: nunca han sido lo mío, ni cuando vivía en Potters Prairie ni como estudiante de arte en Chicago. Si quieres hallar indicios de drogodependencia, echa un vistazo a tu propio botiquín: mamá lleva años padeciendo dependencia grave de los medicamentos con receta.

Pero supongo que lo que estoy intentando decir es: VETE A TOMAR POR CULO.

Ahora mamá:

¿Quieres saber en qué os equivocasteis?

1. En cebarme con comida basura y hacerme tan gorda, deprimida y poco saludable como tú. Iba de cabeza hacia una diabetes de tipo 2, y doy por hecho que tú llevas tiempo ahí y que padeces los correspondientes problemas de salud. Aún estás a tiempo de remediarlo: ¡DETENTE ANTES DE QUE TE DESTROCES!

2. En ver con malos ojos a todas las amistades que entablé mientras crecía. Ni siquiera los «amigos» megalimpios que seleccionaste cuidadosamente para mí entre los grupos eclesiásticos eran lo bastante buenos. ¡Vaya manera de hacer que una niña se sintiera tan mal como tú, ZORRA!

3. Intentando impedirme que hiciera lo que he venido a hacer a este mundo.

Todos los expertos, desde el maestro de la escuela primaria hasta los del Art Institute, te dijeron que tenía un talento prodigioso y que sobresalía en arte. ¿Por qué era tan horrible dejarme pintar y dibujar? ¿Pretendes tomarme el puto pelo?

4. Al intentar evitar que dejara PP, MN. Puede que fuera el lugar para ti, pero nunca lo fue para mí. MADURA DE UNA PUTA VEZ Y RESPÉTALO.

5. Intentando hacer que me sintiera culpable utilizando a Dios. No sé si Dios existe. Espero por tu bien que NO, porque cuando llegue el día del Juicio Final va a tener un mosqueo del carajo contigo por INCORDIARLE CON TODAS LAS PUTAS BANALIDADES DE TU EXISTENCIA, y poner en Su boca palabras que no ha dicho. Me encanta que tengas fe: ahora vete a tomar por culo y disfrútala (discretamente), sin utilizarla como pretexto para controlar/manipular/sentirte superior/incordiar del copón a todos los demás.

En Miami Beach hace un tiempo calentito y estupendo: 29 ºC. ¿Cómo coño andáis en Otter County?

L x

40. LENA EN WEST LOOP

Estoy metida en un rascacielos de Miami sumida en mi propia mierda. Sentada en esta piscina de osito, limpiándome de la cara casi todos los fluidos corporales imaginables, noto las palpitaciones de dolor de la nariz y el pómulo. Por extraño que parezca, no siento asco. Me sueno delicadamente la nariz con una servilleta de papel: sigue habiendo un poco de heces, vómito y sangre seca mezclados con los mocos. Los colores, la textura y el caos de lo que veo en las servilletas desatan pulsiones de mórbida emoción. Es curioso, pero me complacen las emociones salvajes, confusas y oscilantes que genera este extraño aprieto en el que estoy metida. Tengo ganas de llorar y de chillar de dolor y luego reírme de todo ello y ya está. Me fijo en cómo gotea el contenido de mi cara sobre el agua tibia y de color marrón mierda de la piscina. En la esquina la televisión, que me sentí incapaz de destrozar, está encendida, con el volumen quitado. Es mi único estímulo, mi única compañía.

Como artista, una tiene que afrontar las cosas desagradables de una misma. La mierda. Al principio, la muerte de Barry me destrozó; pero también hubo en ella algo de euforia fantasmal. Me situó en el centro de un drama absorbente.

Soy como una exposición. Un espectáculo. Una exposición humana: futuro humano, pasado humano. Lena pasada, Lena futura. La que surge inexorablemente del reflejo del cristal de la ventana. Ahora bien, eso es algo que siempre supe hacer: sabía cómo montar un espectáculo.

Como cuando vivía en Chicago. Me junté con un grupo de gente supuestamente guay, fundamentalmente a través de Jerry. Olivia y Alex eran sus acólitos (un término muy de Jerry), aunque yo introduje en el grupo a Amanda y Kim. Salíamos mucho de marcha, pero siempre llegábamos a tiempo para nuestras clases, en gran medida a instigación mía, pese a que muchas veces estirábamos el tiempo al máximo. Íbamos corriendo por el Art Institute, pasando por delante de los artefactos medievales y las exposiciones de armaduras, haciendo a un lado a los miembros del público, para llegar a nuestros talleres y conferencias en la parte del fondo del edificio.

Luego llegó Jerry. ¿Por dónde empezar?

Yo estaba en una fiesta en Wicker Park, en la cocina y con una botella de tinto chileno barato en la mano, intentando decidir si debía emborracharme o no, mientras esperaba que me infundiera la confianza necesaria para interactuar con la gente normal que había allí. Ahora me doy cuenta de lo insensata que fui por pensar así. Lo más probable es que todos seamos alienígenas, al menos todos aquellos por los que vale la pena molestarse. Y todos nosotros cometemos el error de intentar disfrazarnos de seres humanos.

Por supuesto, yo ya me había fijado antes en él, pero estaba lejos de estar sola en aquel lugar. Jerry estaba en el último año de carrera y muchos alumnos de primer año, así como la mayoría de los tutores más populares, lo ponían por las nubes. Se oían cantidad de murmullos reverenciales por radio pasillo universitario: «¿Viene Jerry esta noche?». «¿En qué anda trabajando Jerry?». «¿Tiene Jerry alguna mierda que esté bien?». Visto con la perspectiva del tiempo transcurrido,

resulta de lo más ridículo.

Y entonces empezó a mirarme fijamente, de verdad, como si yo fuese un objeto de curiosidad exótico. Desde el marco de la puerta. Era apuesto; tenía un tipo fuerte y ágil, con unos mechones de tupido pelo negro. Sus ojos eran como pozos oscuros; no podía mirarlos. Notaba la confianza desbordante y la energía que irradiaba desde la barra cuadrada, y cuando se aproximó a mí fue como si me marchitara por dentro.

Entonces Jerry hizo algo extraño. Se presentó, y mientras yo farfullaba «Lena» en respuesta, me retiró la boina de la cabeza, me apartó el flequillo de la cara y volvió a colocármela, pero con el pelo recogido bajo ella. Me fijé en que tenía unas pestañas desmesuradamente largas, como las postizas que llevaría una chica. «Me gusta ver con quién hablo, Lena. Y esos ojos no deberían estar tapados», dijo con una gran sonrisa que desarmó mi rabia ante su atrevimiento. Sonreí lamentablemente, con esa arquetípica sonrisita de niña pequeña tan mía. Estaba demasiado embriagada por su presencia incluso para detestarme a mí misma por ello. (El autoaborrecimiento vino después).

Charlamos durante siglos mientras bebíamos vino a sorbos; cada vez más, a decir verdad. Después, a través de la extraña alquimia social de la embriaguez, acabamos caminando arduamente por las cochambrosas calles blancas y negras, pasando por delante de los coches cubiertos de nieve que flanqueaban la carretera como dientes gigantes, hasta llegar a donde vivía él, que por suerte estaba cerca. Ocupaba la parte superior de una casa antigua que había sido dividida en dos apartamentos. Era espaciosa, lujosa incluso. Pensé que íbamos a follar ahí mismo; yo lo estaba deseando de veras, pero en lugar de eso simplemente hablamos, nos dimos el lote y tomamos café. Llegó la luz de la mañana, y puso de relieve los poros de Jerry, los ángulos cuadrados de su mandíbula y sus pómulos; me propuso que cogiéramos el metro del centro y que fuéramos a mi residencia estudiantil. Quería ver mi obra. Recuerdo el calor de su cuerpo junto al mío en el vagón abarrotado, y deseé que aquel viaje no terminara jamás.

El tren nos escupió sobre las calles heladas y vacías del centro de la ciudad. Cuando llegamos a la residencia, daba la casualidad de que Kim estaba levantada y vestida. Jerry la saludó educadamente, y luego inspeccionó mis bocetos y dibujos, así como el par de piezas que había montado y colgado en el exiguo espacio de la pared del dormitorio. «Eres buena», reconoció. «Mejor aún, eres prolífica. Tenemos que conseguir que la gente vea estas cosas».

Confesó que había oído hablar de mi talento, y que llevaba algún tiempo siguiéndome la pista. Me sentí debidamente halagada. Miento: me dejó totalmente embelesada. Unas noches después estábamos en su piso, en la cocina, y empezamos a darnos el lote de nuevo. Sentí que había llegado el momento, así que me deslicé por la pared abajo, y nos quedamos sentados con la espalda apoyada contra la fría nevera, mientras nos besábamos con una intensidad que oscilaba entre el autodominio incitante y el desenfreno total. Rompí el hechizo del arrebato para llegar al punto de no retorno, y le desabroché la bragueta, metí la mano y toqué su pene erecto. Empezó a hacer un suave sonido sibilante, como si

expulsara aire comprimido entre las palas. Resultó extraño, pero entonces me pidió que me levantara y me quitara los pantalones. No hacía falta que me lo dijera dos veces. Pero una vez hecho, se limitó a mirarme como si estuviera atrapado en alguna extraña inmovilidad. Volví a hacerme cargo yo, empujándole suavemente hasta llegar al suelo de la cocina, con una conciencia muy fugaz de la suciedad en la que él pareció fijarse con un poco de asco. «¿Podemos…?», empezó él, pero lo acallé con otro beso y le desabroché, haciendo a un lado sus calzoncillos y viendo cómo su venosa polla saltaba, libre. Me sacudió en pleno vientre, así que me puse a horcajadas sobre él con una mano apoyada contra la vieja y voluminosa nevera de color crema.

Él me cogió de la nuca con su ancha mano y entonces empezamos a movernos, lenta e incómodamente, con mis rodillas apretadas contra el suelo, hasta que él se fue escurriendo hasta apoyarse contra la nevera, y me acarició el culo (por el momento a través de las bragas) con la otra mano a la vez que me besaba, y luego me mordisqueó el cuello. Yo le di un profundo beso con lengua. Él me sujetaba las caderas con las manos y me bajaba sobre él mientras yo me apartaba las bragas a un lado, y entonces noté que lo rodeaba por completo y que en algún lugar próximo a la base de mi columna ardía un fuego. Casi inmediatamente, empecé a contraerme con fuerza, follándole con mayor fuerza y velocidad, hasta que me agarró más fuerte de las caderas e intentó apartarme y quitarme de encima de él mientras jadeaba, pero grité «Espera», y me sentí impelida hacia otro espacio y otra dimensión mientras Jerry gemía y yo empujaba con fuerza definitiva y determinada justamente hasta donde quería estar, y luego, más tarde, despegué lentamente mi cuerpo exhausto del suyo. Al desplomarnos sobre el suelo vi que se había corrido en el parqué, encima de mis bragas (que todavía llevaba medio puestas), mis muslos y sus propios calzoncillos arrugados. Vi cómo se golpeaba la cabeza despacio contra la nevera dos veces. Acto seguido respiró hondo y exhaló con una risa cantarina y eufórica que me inundó de ternura mientras me acurrucaba contra su costado y me quedaba dormida.

Me despertó un frío mordaz, y no tenía la menor idea de si había estado inconsciente durante unos segundos o durante una hora, notando cómo recobraba la conciencia después de que hubiera estado profundamente sumergida, sensación que asociaría ya para siempre con el sexo satisfactorio. Jerry se había despegado de mí y me había puesto un cojín debajo de la cabeza. No se lo veía por ningún sitio y había una ventana completamente abierta. Pese a que fuera su piso, no dejó de apoderarse de mí una súbita sensación de pánico y de vergüenza; recordé el único intento de mamá de proporcionarme una educación sexual: «No lo hagas. ¡Solo buscan una cosa, y en cuanto la consiguen, desaparecen! ¡Dios hizo los dedos para que les pusieran anillos!».

Aquellas palabras debieron de calar hondo, pues, con consternación cada vez mayor, entorné los ojos bajo la luz de la luna hasta encontrar mis bragas y ponérmelas. Al incorporarme, me di cuenta, con gran alivio, de que Jerry seguía allí; le vi por la ventana de la cocina que estaba encima del fregadero, de pie, fumándose un pitillo junto a la salida de incendios. Era de noche pero estaba débilmente iluminado por los focos. Tenía el brazo apoyado en el alféizar, y miraba

hacia algo de perfil. Llevaba el pelo alborotado. Sus labios estaban entreabiertos y su aliento formaba unas nebulosas tan densas bajo el frío como el humo azul del tabaco. Me reuní con él y me fijé en que iba en camiseta; ni siquiera se había puesto el jersey o el abrigo. Era como si fuera ajeno a aquel frío que helaba hasta el tuétano. Tenía los ojos cerrados, y sus largas pestañas bovinas reposaban sobre sus mejillas; los abrió cuando salí al exterior. «Hola», dijo atrayéndome hacia él mientras imitaba el sonido de un motor junto a mi oído. «¡Brrrrr!».

Me reí y le miré. En su cabello había copos de nieve desintegrándose. Quise estirar la mano y acariciarlos pero en vez de eso permanecimos cara a cara mientras yo me arrimaba más a él, y le agarraba de la camiseta. Me acerqué más aún a su calor. Clavé mi barbilla en su pecho. Notaba que la sorda brutalidad del edificio de ladrillo rojo, los árboles invernales, finos como palos, el cielo gris y las calles blancas debajo de nosotros, trataban de inmiscuirse en nuestro drama.

Con Jerry todo parecía posible. Rebosaba una energía embriagadora. Tenía una confianza y un sentido de su propia valía de los que yo carecía pero que deseaba desesperadamente obtener. Según fueron pasando las semanas, noté que algo de aquello empezaba a pegárseme. Pronto dejé de verme a mí misma como la gordinflona de Lena, de Potters Prairie. Era una artista. Era la novia de Jerry Whittendean.

Sin embargo, ¿qué aportaba yo a la pareja? En aquel entonces no me di cuenta, porque, como casi todos los demás, estaba impresionadísima con él. Pero lo que aportaba yo era el talento. La tragedia de Jerry residía en que, parafraseándole, él no era ni bueno ni prolífico. Poseía pasión y ambición, pero poca habilidad en la que asentarlas. Tampoco tenía lo que por encima de todo necesita cualquier artista de éxito: un motor. Nunca lo había desarrollado, quizá debido a sus antecedentes relativamente privilegiados: un padre dedicado al negocio del petróleo, una casa grande en Connecticut y una educación privada. Para mí los lienzos en blanco no existían. Apenas podía esperar a profanarlos con mis dedos. Y apenas podía esperar a que Jerry me profanara con los suyos. No podía quitarle las manos de encima. Y descubrí, con gran sorpresa por mi parte, que tanto en el amor como en el arte, yo era de lejos la más ávida de los dos. Pese a que no me di cuenta de ello en su momento, parece ser que Jerry lo invertía todo en la seducción inicial. Después de eso, se aburrió y se volvió complaciente más rápidamente de lo que podía imaginar que lo hiciera jamás ningún otro hombre.

Pero las señales de alarma tendrían que haber empezado a dispararse cuando anunció que iba a dejar de centrarse en multimedia y a enfocar su atención exclusivamente en la fotografía. Hasta sus *acólitos* más sicofantes, como Alex, se opusieron. La escuela de bellas artes funciona sobre la base de una jerarquía. En términos de prestigio y credibilidad, los pintores están en la cima, seguidos de cerca por quienes optan por dedicarse a la escultura. Los artistas multimedia son más difíciles de clasificar, pues en aquel entonces la disciplina era demasiado nueva y demasiado amorfa para encontrarle las vueltas. Pero quienes se especializaban en fotografía tendían a ser una especie muy desnortada. Aparte de la cuestión central de si podía considerarse en absoluto que la fotografía fuera un arte, en el Art Institute de Chicago la fotografía era el pariente pobre. Francamente,

las instalaciones de mi instituto de Potters Prairie, Minnesota, eran superiores. Por la mitad del precio de la cuota de admisión del Art Institute, podías ir a Columbia College, o incluso alquilar un estudio fotográfico. Sin embargo, los fotógrafos no representaban el auténtico fondo del barril —ese honor recaía sobre los alumnos de comunicación visual y diseño gráfico (¿por qué pagaría alguien tanto dinero para obtener una licenciatura en diseño gráfico?)—, aunque les faltaba bien poquito. Y Jerry no era un tipo de la categoría fondo del barril.

Mientras, a la vez que mi vida social iba en auge, las visitas de Jerry a la residencia, donde hacíamos el amor en mi cama individual mientras la pobre Kim fingía estar dormida o se levantaba para ir arrastrando los pies hasta el Dunkin' Donuts con un frío que pelaba, eran sin duda alguna la parte más memorable de la misma.

Por aquel entonces, en la residencia estudiantil no había actividades de ocio envidiables. Estábamos aislados de la ciudad, atrapados en un centro que en aquella época estaba poco menos que muerto y a veces resultaba hostil. Si tenemos en cuenta el número de estudiantes de las diversas universidades, había poquísimas actividades sociales centradas en nosotros. En resumen, tenías que divertirte por tu cuenta. Durante el primer año, gran parte de mi tiempo de ocio transcurrió por ahí de pie o sentados, normalmente fumando a la puerta de las residencias, en las escaleras del Art Institute, o pasando el rato en Dunkin's, donde competíamos con los vagabundos locales para obtener dónuts gratuitos. No había prácticamente ningún otro lugar adonde ir para poder comer algo y eso significaba que el viaje semanal en la línea roja para salir del centro y acudir a un supermercado de la cadena Jewel-Osco era una aventura que aguardábamos con ansiedad.

Sin embargo, el tedio espartano de la vida estudiantil facilitaba la creatividad. Artistas (profesores) y alumnos hacían mucha vida social juntos, y Jerry me introdujo en la gran cultura del salir por ahí con el profesorado. Tenía sentido, ya que los tutores tenían estatus y pisos fuera del entonces fantasmal centro de Chicago, con latas de Pabst Blue Ribbon y botellas de vodka en la nevera. Y era útil. Se suponía que había que obtener doce créditos al año, y yo obtuve veintiuno, seguramente alrededor de ocho de ellos debidos al solo hecho de andar por ahí con los profes. Y no tuve que follarme a ninguno: follaba con Jerry, y el entendimiento tácito, hasta para los máximos depredadores, es que yo era su novia.

Echo una mirada fugaz a la tele sin sonido. Aparece Stephen, el pretendiente de las gemelas. Con una premura que me avergüenza, me estiro para coger el mando y subo el volumen. Este muchacho pobre de Arkansas se ha convertido en una celebridad; disfruta del estatus que Jerry Whittendean, que era de la Costa Este, tenía estudios e iba de bohemio, ansiaba tan desesperadamente. En otro tiempo yo habría desdeñado la estupidez de nuestra sociedad enferma, sensacionalista y dominada por los reality-shows. Ahora me sorprendo a mí misma dando gracias por la democracia grosera, niveladora y estrafalaria que proporciona.

La mirada de Stephen ahora es más dura; sus gestos y su tono desprenden

una rebeldía altiva. Ha asumido el relato de su fama y ha acabado por creérselo; luce bien el manto de la arrogancia.

«Pero tú dices que la quieres», dice la voz incorpórea.

La cámara se acerca mientras Stephen pone cara de falsa timidez ante la pregunta; no obstante, sus rasgos faciales delatan una tensa astucia seguida por un encogimiento de hombros a modo de respuesta afirmativa. En realidad se trata de un momento televisivo escalofriante pero grandioso: sabe que le han descubierto, pero está demasiado engreído por su propio sentimiento de poder para que realmente le importe.

«¿Vas a continuar con tu relación con Annabel una vez que la hayan separado de Amy?».

«Supongo».

La imagen cambia de plano y pasamos al estudio; tras un resumen banal por parte del presentador, este cambia de tema y empieza a hablar de un negocio inmobiliario corrupto local, así que bajo el volumen. Me pregunto cuánto le estarán pagando a Stephen. Me malicio amargamente que será demasiado para lo imbécil que es, antes de hacer el círculo completo y temer por el muchacho, inquieta por que lo puedan estar explotando, furiosa por que su historia le sea arrancada y emitida al mundo entero, y por que no vaya a gozar de otra recompensa que sus quince minutos de fama. Me lo imagino dentro de cinco años, hecho un semibolinga y sentado en la banqueta de un bar, localizando sus clips de YouTube en su Smartphone y poniéndoselos ante las narices de cualquiera que esté dispuesto a escuchar.

¿Realmente tenía algo distinto la necesidad de reconocimiento de Jerry?

Al final de mi primer año nos fuimos a vivir juntos a un piso. O no del todo: varios de nosotros, Kim, Alex, Olivia y Amanda, alquilamos un enorme espacio industrial. Había una floreciente movida de galerías en el distrito de West Loop, que rivalizaba con el de Near North, más consagrado, y decidimos que aquel era el lugar para nosotros. Pintamos las paredes beige de color blanco brillante y utilizamos láminas de exposición para dividir el espacio en «habitaciones».

El West Loop era una zona posindustrial de viejas fábricas, garitos de ligoteo, proveedores al por menor y almacenes. Producía una impresión enormemente desoladora desde las premonitorias triples barreras del río Chicago, las vías férreas y el paso elevado de hormigón de la autopista, todos los cuales parecían proclamar a gritos «manténganse alejados».

Pero los dueños de las fincas no hacían caso de nadie. Abrieron restaurantes de la gama alta en Randolph Street, e inauguraron galerías respetables como la McCormick en Washington Avenue. Nuestro loft de la segunda planta estaba cerca de Washington y Halstead Avenue, además de un montón de nuevos espacios de exposición.

Jerry y Alex encargaron una señal de neón azul para la ventana que simplemente ponía Blue. Así que hicimos de comisarios y expusimos nuestras obras. Yo era la más prolífica, pero Alex, Amanda y Kim también producían lo suyo. Jerry se dedicaba sobre todo a beber y a hablar. Volanteábamos a las multitudes que acudían a la zona el primer jueves de cada mes a recorrer las galerías. El

boca a boca dio resultado y nuestras tres primeras exposiciones estuvieran abarrotadas, si bien en no poca medida por amigos y gente atraída por cervezas gratuitas meciéndose en cubos de agua helada. Sabíamos organizar fiestorros. Pese a que eran muchos los que secretamente nos odiaban, también estaban desesperados por formar parte de nuestro círculo. Es posible que yo fuera la única de nuestro grupo que captaba el sentido de aquella dinámica. Una esbelta muchacha rubia, Andrea Colegrave, se mostró particularmente avasalladora. Primero intentó hacerse amiga mía y luego de Kim, Amanda y Olivia, antes de acabar acostándose con Alex. Su grado de dependencia emocional era lamentable, y me asqueaba. Sin embargo, más preocupante aún era aquella petulante mirada íntima que me echaba, y que significaba «sé quién eres». Y esa no era sino la nerd obesa que creía haber dejado atrás en Potters Prairie.

Luego, durante nuestra cuarta exposición, uno de nuestros profesores, Gavin Entwhistle, trajo consigo a un visitante. Hasta entonces apenas había tenido ni idea del aspecto que tenía un coleccionista de arte. Jason Mitford no se parecía en nada al ricachón viejo, de pelo ondulado, con americana y corbata que yo había imaginado. Iba vestido todo de negro, con una mata de pelo blanco eléctrico que contrastaba completamente con su vestimenta. Parecía una estrella de rock, o más bien lo que era: un niño rico fracasado como artista.

Mientras examinaba mis lienzos, no pude dejar de fijarme en cómo la gente, incluyendo a los cínicos profesionales como Jerry, le contemplaba mientras escudriñaba las pinturas. El lenguaje corporal de Jason era intenso y asombroso. Jamás entornaba la vista ni cedía a la tentación de acariciarse la barbilla. Se colocaba ante el lienzo, permanecía completamente inmóvil, y dejaba caer los brazos a los costados. Parecía un boxeador listo para entrar en combate. Luego retrocedía un paso y avanzaba otro, como un bailarín, antes de desplazarse súbitamente hacia atrás o hacia un lado. Yo estaba pintando lienzos enormes, influenciada por Damien Shore, el dibujante de las portadas de las novelas de ciencia ficción de Ron Thoroughgood. Al principio no me di cuenta de que Shore, al igual que tanta gente que trabajaba en ese género, se había inspirado en el pintor inglés John Martin y sus gigantescas pinturas apocalípticas. Jason se pavoneó por la galería, y luego me llevó a un lado y me dijo con toda naturalidad: «Sabes, volveré la semana que viene, y si añades un cero a tus cifras, te compraré uno de tus cuadros. Pero no puedo hacerlo ahora mismo, porque quedaría como un idiota».

Me quedé boquiabierta por toda respuesta.

«Tienes que tasar de forma más ambiciosa esas obras. No las puedes vender como si fueran basura; eso es peor que regalarlas».

Pensé que Jason bromeaba, que una vez más se burlaban de mí, que la cultura del instituto de Potters Prairie me había seguido hasta aquí en forma de mis novelas de Ron Thoroughgood. Así que no dije nada acerca de la conversación que habíamos tenido.

Pero luego, cuando volvió a aparecer a la semana siguiente, yo no había cambiado oficialmente las cifras, pero había retirado las etiquetas de precios por si acaso, y los apunté en una lista. Esta práctica suscitó algunos comentarios

negativos por parte de Alex y Gavin Entwhistle, pero Jerry me apoyó mucho. Así que Jason se acercó a mí, acompañado esta vez por una rubia oxigenada flaca como un palillo pero bien parecida. Me la presentó y dijo que se llamaba Melanie Clement. «Me quedo con este», dijo mirando *Vacío*, mi obra más grande. «¿Cuánto pides?».

Me preparé y anuncié el precio con un cero extra al final. Jason asintió a la vez que se mordía el labio inferior. Después me preguntó por mi segundo lienzo de homenaje a Martin pasado por Shore, *La caída de Nueva Babilonia*. Pese a que se comportó con naturalidad, no dejé de quedarme atónita cuando me extendió un talón allí mismo. (¡Y no acabé de creérmelo hasta que el cheque se hizo efectivo el miércoles siguiente!). Así que dos pinturas que la semana anterior había estado ofreciendo por setecientos y novecientos dólares se vendieron por siete mil y nueve mil dólares respectivamente. Tendría que haber estado eufórica. Todos los que me rodeaban lo estaban. Era una alumna de segundo año y aquello carecía de todo precedente.

Todo lo contrario: estaba muerta de miedo. Apenas podía mirar a Jerry, Alex, Kim, Amanda, Olivia o ninguna de las demás personas que había en la sala, sobre todo a la infame Andrea, que parecía estar eternamente revoloteando en torno a mí. Y desde luego no podía contarles lo que Jason me había cuchicheado un poco más tarde, cuando estábamos en un rincón bebiendo vino blanco barato y disfrutando de unas vibraciones casi poscoito. «Nunca podrás volver a exponer con estos amigos tuyos». Sacudió la cabeza con pesar, como un emperador romano cultivado que era contrario personalmente a los deportes sangrientos, pero que se veía forzado a reconocer a su pesar que las masas los exigían. «No tienen lo que hay que tener. Cualquier asociación tuya con lo que hagan ellos solo te perjudicará».

Durante aproximadamente dos segundos quise protestar, quise gritar: «¡Cómo te atreves! ¡Son mis amigos!». Pero no lo hice. No pude, no solo porque sus palabras me validaban y me embriagaban, sino porque sabía en mi fuero interno que eran absolutamente ciertas. Los demás eran buenos: extravagantes, interesantes, quizá, en ocasiones, hasta estupendos. Sin embargo, no poseían ninguna voz cautivadora, ni compartían ninguna inquietud predominante; no había nada en absoluto que diera fe de su singular brillantez como artistas. Y cuando producían una obra pasable, se relajaban y se nutrían emocionalmente con ella, agradecidos de forma tan infantil como los chavales de la escuela en Potters Prairie. Y mientras pensaba aquello, estaba mirando a Andrea, con su silueta angulosa y esbelta y sus dientes resplandecientes, con una copa de vino en la mano y merodeando coquetamente en torno a Jerry. No había deseo. No había motor.

Una soleada pero fría tarde de finales de noviembre, apenas unas semanas después de aquello, Jerry y yo nos despertamos sobre nuestro colchón bajo la luz matutina al oír unas toses histriónicas. Alex asomó la cabeza por uno de los lados de nuestro muro de separación. «Teléfono para ti, Lena».

Era otro coleccionista de Nueva York llamado Donovan Summerly. Me dijo que había oído hablar de las adquisiciones de Jason y me preguntó si podría organizar

una visita privada. Le dije «claro» con toda la naturalidad posible, y un par de días más tarde se presentó en la ciudad y yo vendí tres pinturas más, por ocho mil, cinco mil y nueve mil dólares.

A aquellas alturas, me permití mostrarle al mundo mi entusiasmo. Eso proporcionó a Jerry, que hasta entonces se había mostrado entusiasmado, la señal necesaria para dar la voz de alerta. «Estamos vendiendo a la baja. Seguro que ese tío voló hasta aquí en primera clase desde Nueva York y reservó una de las mejores habitaciones del Drake».

Y con estos comentarios, asumió de facto la administración de mis negocios.

«Ahora nos lo tomamos con calma. No vendemos más. Dejaremos reposar las cosas».

Sin embargo, las cosas no estaban por la labor. Fui invitada a exponer en la prestigiosa galería Cooper-Mayes del Near North Side. Entonces Melanie Clement, la chica que había estado en la exposición con Jason Mitford, me invitó a visitar su exposición en la galería de su propiedad, GoTolt de Nueva York. Me explicó que tanto Donovan Summerly como Jason habían aceptado amablemente prestarle las obras adquiridas para la exposición, por lo que tendría un visionado completo de mis cuadros. Pensaba bautizar la exposición con el nombre de *Vacío*, el del cuadro más grande. De paso, comenté que era admiradora del escritor de ciencia ficción Ron Thoroughgood. Con gran sorpresa por mi parte, la galería de Melanie le encargó inmediatamente que redactara el catálogo para *Vacío*.

Si yo estaba emocionada, Jerry se volvió loco. Acababa de licenciarse, y pasaba el tiempo que no dedicaba a beber haciendo fotografías de los vagabundos del centro que frecuentaban las licorerías y los centros de rehabilitación mendigándole a los turistas y los oficinistas. No tardé en darme cuenta de que consideraba que mi exposición de Nueva York era tan tarjeta de presentación suya como mía.

Como en la exposición de Nueva York iba a haber coleccionistas serios presentes, decidimos que había llegado el momento de intentar vender el resto de las obras, con los precios revisados al alza. En principio me quedé estupefacta y encantada al descubrir que estaba allí Ron Thoroughgood. No se parecía en nada al personaje bigotudo y con pinta de mago de las contraportadas de sus libros. Era más viejo, y además era un borracho sórdido y lujurioso que me hizo proposiciones indecentes a mí y luego a otras mujeres jóvenes presentes. Jerry entabló amistad con él, ya que a pesar de sus amaneramientos intelectuales le gustaban los subgéneros narrativos, sobre todo la novela negra y de suspense. Cada vez más beodo gracias a la priva gratuita y después de numerosas quejas, los seguratas de la galería acabaron escoltando a Thoroughgood hasta la calle. Para mí fue una desilusión bastante grande, pero nada podía arruinar una gran noche. La intensidad esquizoide de Jerry era útil; sabía manejar una sala. Su cálida sonrisa atraía a la gente adecuada. Descubría y halagaba a los compradores, no de una forma obvia, pero sin dejar de arrearlos como un perro pastor; de manera amistosa, entusiasta y extrañamente convincente. Y, a la inversa, su fría mirada de psicópata le quitaba a la gente las ganas de permanecer en las inmediaciones. Repelía a los entrometidos indeseables —los vagabundos y

los buscavidas—, a los que era capaz de oler como un sabueso. Ahora ya sé por qué: él era uno de ellos.

Ganamos —perdón, *gané*— un dineral. El verano siguiente, cuando prescribió el contrato de alquiler del loft, decidimos renovarlo, pero sin pedirles a Alex, Olivia, Amanda y Kim que siguieran con nosotros. Blue era, al fin y al cabo, como explicó Jerry, la marca Sorenson, y yo necesitaba más espacio para trabajar. Amanda y yo nos habíamos hecho muy buenas amigas pero Jerry no le gustaba. Estaba en Nueva York y salía con un tío que era arquitecto. Pasaba muchos fines de semana allí, o él venía aquí, y nuestra amistad se enfrió. Jerry me convenció de que ella era una «niña rica heterosexual que envidia tu talento» y de que no había motivos para rasgarse las vestiduras.

Así que encargamos que nos pusieran unos cuantos tabiques de pladur. El espacio quedó dividido en un dormitorio como está mandado, luego un despacho y un taller para mí, además de un estudio fotográfico repleto de equipo nuevo para Jerry. Pero ante todo, conservamos un área de exposición grande y luminosa con paredes blancas desnudas. Blue era una galería como mandan los cánones.

Jerry y yo teníamos una vida social muy agitada, y salíamos mucho de fiesta. Bares. Conciertos. Exposiciones. Cubos de cerveza. Chupitos. Vinos de calidad. Jerry seguía siendo popular, pero se estancó; entretanto, yo no paraba de progresar. Continué estudiando para obtener la licenciatura y seguí trabajando duro: no era tan estúpida como para pensar que ya no iba a asimilar más técnicas. Pero a medida que avanzaba, cada vez iban a más las exposiciones, las ventas y los artículos sobre mí como estrella en alza. El *Tribune*. El *Reader*. El *Sun Times. Chicago Magazine*. Chicago es una ciudad muy atenta con aquellos de sus hijos e hijas, incluso adoptados, que no abandonan el barco para irse a Nueva York o Los Ángeles en cuanto surge el primer indicio de éxito.

Así que, cosa inaudita, tuve una floreciente trayectoria artística mientras todavía era estudiante. Aprendí que era imposible tener esa clase de éxito sin provocar celos, sobre todo entre la gente de origen más pudiente, cuya conciencia de su condición privilegiada supera su talento. Lo único que me sorprendió fue que fuera precisamente él.

Jerry parecía que estaba cada vez más nervioso. En cierta ocasión, en una fiesta celebrada en Pilsen, en el piso nuevo de Alex, iba muy borracho y puesto de coca. Unos cuantos de nosotros estábamos en la cocina haciendo corrillo y hablando de nuestros planes de futuro, cuando de repente se puso a despotricar amargamente, lo que culminó en que me clavara aquella desconcertante mirada suya y proclamara: «¡El que se supone que tenía que exponer era yo! ¡Yo!».

Pero no lo hizo, porque no tenía nada que valiera la pena exponer. Sus fotografías de alto contraste en blanco y negro representaban la perspectiva llena de clichés, y en gran medida condescendiente, de un progre blanco sobre los afroamericanos desfavorecidos. Jerry, al que se le daba tan bien vender mis obras, descubrió que cuando se trataba de provocar algún interés por las suyas no conseguía impresionar a los pretendientes potenciales. La cosa llegó a tal punto que cuando se vendía uno de mis cuadros ni siquiera era capaz de tomarse la molestia de disimular su malestar.

Un día entré en casa y me encontré a una bonita estudiante de primer año desnuda en su estudio. Aquel era su nuevo proyecto, me informó bruscamente, estudios de desnudos femeninos. Quise advertirle de la impresión tan lamentable y repulsiva, peor aún, la impresión tan *artísticamente mediocre* que causaba. Hasta Alex empezaba a perder la fe en él. Pero Jerry estaba perdido en el mundo de los delirios de superioridad del cocainómano. Trajo a más chicas. Mientras yo pintaba, esculpía y moldeaba mis figuritas, les oía bromear y reírse y fumar maría y beber durante las sesiones de fotos en su estudio. La verdad es que estaba celosa a más no poder de todas las chicas a las que fotografiaba. Pero le quería. Así que me callé. Al fin y al cabo, se suponía que era una artista liberada, sofisticada y cosmopolita, no una chica chapada a la antigua de Potters Prairie, Minnesota.

En lo que se refiere a mi madre y mi padre, ya no podía seguir viviendo la mentira de la escuela de negocios de DePaul. Reuní un montón de mis recortes de prensa, fotografías y copias de recibos de venta y les escribí una carta explicándoles que no me había ido bien en la escuela de negocios a la que nunca había asistido y que me había pasado al arte, donde había tenido un éxito asombroso. Al principio no se lo tomaron demasiado bien. Luego cogieron el coche y condujeron hasta Chicago y pudieron ver el negocio: la escuela y la galería. Yo les dije que ya no necesitaba su apoyo financiero y que les devolvería el dinero que la abuela Olsen me había dado para la universidad. Si bien mamá se mostró preocupada y se alborotó, me di cuenta de que papá estaba tranquilamente impresionado. Al marcharse, se limitó a mirarme y pronunciar una sola palabra: «Iniciativa». Nunca me había sentido tan bien con él a mi alrededor como en ese momento.

No mucho tiempo después, en una prosaica tarde de otoño, oí a Jerry haciendo ruidos entusiasmados. Había encontrado algunas viejas fotos mías de cuando era una adolescente gordinflona. No podía creer que alguna vez hubiera tenido semejante aspecto. Dijo que tenía una asombrosa capacidad de aumentar y bajar de peso rápidamente.

Y me convenció para posar desnuda. Al principio me sentí halagada. Le quería muchísimo, y pareció perder inmediatamente el interés por las demás chicas. «Con ellas solo aprendía acerca de los procesos, la luz, las sombras, los ángulos. Era todo preparación para ti», me dijo. Y sus palabras fueron tan cariñosas… Como la tonta que era, no me percaté de la perfidia que encerraban. Como todo el mundo que contempla la vida a través del velo del amor, veía lo que quería ver.

El primer viernes de cada mes, durante un año entero, Jerry tomó tres fotografías de mí en blanco y negro: de espaldas, de frente y del perfil izquierdo. Todas ellas en el mismo sitio y con la misma luz. Pero también me incitó a comer. Dijo que quería ver cómo mi cuerpo cambiaba. Era arte de verdad. Tenía razón. Yo era De Niro en *Toro salvaje*. Podía ganar peso, sí, pero también lo perdería con facilidad. Habría hecho cualquier cosa por él.

Y yo seguía trabajando duro y estudiando. No solo estaba recibiendo clases extra en el Art Institute; también aprendía taxidermia. Localicé a un tío especializado en pequeños mamíferos llamado Russ Birchinall —un tipo saludable, de esos que disfrutan de las actividades al aire libre, como luego

averigüé que era siempre la gente de su cuerda— que tenía un taller cerca de Western Avenue. Russ me guio meticulosamente durante todas las etapas del proceso, desde la clasificación del espécimen hasta la retirada de la piel, el curtido, la codificación, el montaje, el acabado y la colocación en un hábitat hecho a medida. Aprendí a examinar el estado y la piel de un animal, a medir el pelaje —o capa, como la llamaba él— y el volumen de la carne; a fijar los labios, los ojos y las orejas; a partir la nariz; a codificar, salar y curtir la capa. Aprendí a hacer alteraciones de forma, además de prácticas de montaje y técnicas de acabado y retocado. Pensé que iba a tener remilgos, pero no fue así. Una vez que un animal estaba muerto, estaba muerto, y me encantaba la idea de restituirlo a alguna forma aproximada aunque imperfecta de lo que había sido.

Jerry se burló de mí con su ya habitual escarnio. ¿Por qué perdía mi tiempo con aquello? ¿Qué sentido tenía? Me recordaba a mi padre. La voz patriarcal, del controlador, es siempre la misma. Filtrada a través de la bruma del amor, sin embargo, una no la oye como es debido, y hace concesiones. Seguí comiendo y engordando, y seguí posando para las fotografías, pero empecé a sentir auténtico pavor por aquellos viernes, que Jerry rodeaba con rotulador rojo en el calendario de la pared.

Gran parte del dinero que había ganado —grandes sumas obtenidas de la venta de mis pinturas— aparentemente se esfumaba a toda velocidad. Desaparecía en antros o en los bolsillos de traficantes de cocaína. Disminuía a medida que yo iba engordando. Y Jerry no hacía sino espolearme para que comiera. Me camelaba y me rogaba, y después, finalmente, me recompensaba con comida.

Y cuando cambié demasiado, poco después de que completase la duodécima serie de fotografías, Jerry me dijo que había llegado el momento de marcharnos de Chicago.

41. SÍNDROME DE ESTOCOLMO

Tengo tanta puta prisa porque Marge ha vuelto a llegar tarde. Son las tres y veintitrés y ella venga a parlotear de chorradas. *No quiero saber nada* de su puto gato y el veterinario. Mis márgenes son estrechos: una zorra o rueda conmigo o no rueda[42]. El día tiene 24 horas, 1440 minutos y 86 400 segundos, y ya desperdicio demasiadas horas, minutos y segundos con fracasados. (Cuando llegué a Florida por primera vez devoré toda la literatura de gestión del tiempo de Lieb). Tengo la presentación del libro de papá dentro de un par de horas. Así que pongo a Marge a hacer su rutina y me las piro con la máxima prisa.

Cuando llego al Caddy, tengo un nudo de ansiedad en las tripas. Tengo que ir a darle de comer a Sorenson y en el puente elevado MacArthur estará acumulándose el tráfico. El único local de comida rápida que hay a mano es un garito de pizzas, así que pido un par de porciones. Hay bastante y tras el mostrador solo hay una gorda que suda mientras intenta seguir el ritmo de los pedidos. «Disculpa por la espera», dice.

«Bueno, por algo se empieza. Pero no te comas la cabeza; haz algo al respecto», le digo mientras le paso mi tarjeta.

Me mira como si fuera a romper a llorar. «Quería decir… ¡quería decir *la espera*[43]! ¡La que has tenido que hacer en esta cola!».

«Perdona, te he entendido mal», replico mientras la miro a lo más hondo de esos ojos embobados. «Dame dos porciones de pepperoni».

Se agacha con gesto triste y pone la porquería viscosa dentro de una caja de plástico transparente. Le lanzo el ramo de olivo. «Sé lo chungo que puede ser trabajar en un local de comida rápida. Te he dejado mi número de teléfono: lo usas o lo pierdes».

Al marcharme me doy cuenta de que la he ofendido. Perfecto: ha cobrado conciencia del problema. Es el primer paso. El segundo queda completamente en manos de esta hermana gordinflona.

Vuelvo a subirme al Caddy y cruzo el puente elevado MacArthur evitando lo peor de la demencial hora punta. Cuando llego al piso, Lena está sentada en el colchón en la posición del loto viendo noticias en la tele. «Hoy he hecho caca dos veces», dice indicando el cubo asqueroso con la cabeza.

Pongo la caja con las porciones de pizza en el suelo delante de ella.

Sorenson se levanta, pone las manos sobre sus caderas, ahora más esbeltas, y se queda mirando fijamente primero la porción de pizza y luego a mí. «¿Esto qué coño es, Lucy?».

Había venido aquí dispuesta a arrancarle la piel a tiras, pero Sorenson pone cara de que le importa un carajo. Ni siquiera parece ella, y no se trata solo de la pérdida de peso. Su mandíbula está tensa y tiene los ojos entornados. La piel del cuello y del pecho está rubicunda, pero tiene el rostro blanco de ira.

Noto que me rajo. «Lo siento…, tenía prisa. Ha sido un día muy ajetreado…».

Sorenson aparta la caja con el pie. «¿Sabes lo que es esto? ¡Una puta mierda!». Y coge la caja y vacía el contenido en el cubo de la caca. «¡Y la mierda va ahí! ¡Me *secuestras* para *obligarme a bajar de peso* y luego me das de comer

ESA PUTA MIERDA! ¿Cómo voy a perder peso comiendo esa mierda?».

«Es que no había nada más abierto…».

«¡Podrías haber ido a Lime y haber traído un burrito bajo en carbohidratos de Baja Fish o algo de Whole Foods! ¡Si vas a ser una hija de puta secuestradora y retorcida, al menos hazlo bien y tráeme algo de *comida*, joder, porque antes prefiero morirme de hambre que comerme esa puta mierda!».

Y no hay otra cosa que pueda hacer salvo reconocerlo. «Tienes razón. Lo siento».

Así que tiro el cubo lleno de mierda por el váter y vuelvo a bajar y me subo al coche. Cuando regreso media hora después con los burritos bajos en carbohidratos de Baja Fish, me encuentro a Lena haciendo flexiones. «… dieciocho… diecinueve… veinte…», jadea mientras intenta recobrar el aliento.

«¡La comida se está enfriando!».

«Una puta serie más…», resuella antes de hacer otras veinte repeticiones. Termina y se sienta, rasga el papel de aluminio del burrito de pescado sujetándolo en la mano esposada mientras se lo come de forma lenta y deliberada. Yo no he podido comer por culpa de los putos impresentables de mis clientes, así que estoy famélica y no voy a poder aguantar hasta la hora de cenar con papá, de manera que me papeo el mío. Sorenson levanta la vista y me fulmina con una mirada de alarma. «¡Despacio!», me regaña.

«¡Tengo prisa!».

«¿Adónde vas?».

«A Coral Gables, a la presentación del libro de mi padre en el Hotel Biltmore».

«Ah, sí, el escritor de novela negra», dice Lena riéndose mientras echa la cabeza hacia atrás y deja al descubierto su dentadura llena de coronas, «¡de eso debería saber bastante, en vista de la zorra de hija criminal y psicótica que ha tenido!».

«Oye, Sorenson…».

«¡No, oye tú, Brennan! No te engañes a ti misma pensando que esto tiene que ver conmigo». Vuelve a hacer tintinear uno de los grilletes. «¡Esto tiene que ver con *tus* rollos de mierda!».

«¡Te estabas muriendo! Te estabas matando a fuerza de comer…».

«Y encima tienes la cara dura de darme la tabarra sobre mis problemas no resueltos con mi madre», me espeta. «¡Soluciona tu propia mierda, joder! ¿Se comportaría así alguien que no tuviera problemas?».

«¡Que te follen!».

«Anda y que te den por culo», dice antes de reclinarse sobre el colchón y encender la televisión con el mando a distancia.

Suelto una tonelada de aire que no me había dado cuenta de que estaba reteniendo. No paro de repetirme a mí misma que su comportamiento es normal; ha pasado de niña dependiente a adolescente rebelde y maleducada. Está poniendo a prueba los límites, y todo forma parte del viaje de vuelta a la mayoría de edad funcional. Me entran ganas de quitarle el mando a distancia y de decirle a esta hija de puta enana que ha perdido privilegios. Pero eso lo único que haría sería ponerme a su nivel. Puedo soportar esta mierda. ¡Pero cómo me alegra salir

de ahí y alejarme de esa puta loca! ¡A mí no me gusta recular, y Sorenson, *una Sorenson encadenada*, me está achantando! Dios mío, es cierto eso que dicen: ¡los gordos, incluso los gordos *en vías de rehabilitación* como Sorenson, son realmente difíciles de secuestrar!

Me cuesta siglos encontrar una plaza de aparcamiento decente en el Biltmore; el parking está petado de moles mamadoras de gasofa. Camino hacia la torre iluminada con aspecto de catedral española, un palacio dorado recortado contra un cielo azul lleno de nubes oscuras. Hay una multitud considerable y parece que todos se dirigen a la presentación de papá. Entro en el vestíbulo del hotel, y pese a que he venido aquí un par de veces para asistir a presentaciones y seminarios, este edificio nunca deja de asombrarme con sus enormes pilares y bóvedas de mármol, sus lujosas baldosas, su mobiliario antiguo de caoba y sus inmensas palmeras alojadas en macetas gigantes. Voy directamente hasta la terraza, que da a unos exuberantes jardines iluminados por focos, a una piscina inmensa, y más allá, a una pista de golf.

Se suponía que iba a encontrarme con papá en su suite pero llego con retraso, así que le envío un SMS y me voy derechita al salón de actos, que se está llenando con una mezcla de canosos ancianos habitantes de las afueras, jubilados de esos que viven en comunidades amuralladas con control de acceso y frikis varios amantes de la novela negra con aspecto autista. Y sobre todo, con un tropel de esos vivaces americano-irlandeses de Massachusetts trasplantados y chapados a la antigua que constituyen el núcleo principal de los lectores de papá. El sitio apesta al tufillo privilegiado de colonia prohibitiva y humo de cigarros puros.

Me voy a la barra. En el último mes seguramente habré bebido más que en los diez últimos años, pero necesito una copa de tinto para calmarme. Un viejo y fláccido borrachín, con una pinta semejante a la que habrían tenido JFK o Bobby si hubieran conseguido esquivar la metralla financiada por los WASP, me clava una mirada de lujuriosa alegría. Y que me jodan, en cuanto recojo mi entrada con derecho a consumición y mi bebida, tomo asiento y veo a Mona saludándome teatralmente antes de acercarse y dejarse caer en el asiento de al lado. «¡Eh, tú!».

«Qué bien que hayas venido», espeto apretando los dientes.

«Siempre me ha dado demasiada vergüenza contarte lo mucho que me encantan los libros de tu padre. Es que llego a *oír* las voces en mi cabeza. Es que hablan como tú cuando te enfadas, con acento bostoniano: *Aparco el coche en una calle de Boston*».

Intento sonreír pero noto que se me arruga el rostro como bolsa de patatas fritas antes de tirarla, mientras papá emerge de detrás de una cortina entre amables aplausos. Lo acompaña un universitario de mediana edad que va vestido como si acabara de salir del campo de golf adjunto. Papá va vestido de manera estudiadamente informal, luciendo una sudadera gris de los New England Patriots; desde la última vez que le vi, ha perdido unos trece kilos. No solo se ha dejado el pelo más largo, sino que se lo ha teñido, reteniendo, eso sí, unas cuantas canas estratégicas en las sienes. Me ve cerca de la primera fila y me dedica un saludo paródico.

«Qué buen aspecto tiene tu padre», dice Mona. «¿Cuántos años tiene?».

«Cincuenta y ocho», le digo.

«¡Guau! ¡Parece muchísimo más joven! ¿Queda feo si digo que está bastante buenorro?».

«Si con feo quieres decir que es inapropiado y repugnante, sí, queda feo de cojones», salto mientras observo cómo encoge la cabeza entre los hombros. La muy puta se ha tenido que tragar esa como si fuera una tajada de tarta de lima de mil calorías.

Oigo una matización casi imperceptible, pero no me toca en lo más mínimo. Lo único que soy capaz de percibir es que se me está poniendo la piel de gallina, ¡porque entre el público veo a *mamá* y a *Lieb*! Se están acomodando un par de filas delante de nosotras. ¡Joder, no me lo puedo creer! ¡Se supone que iban a estar fuera ocho días más!

No sé qué hacer, y mi primer y abrumador impulso es salir corriendo de aquí ahora mismo, y de hecho hago ademán de levantarme mientras Mona sigue parloteándome al oído. Pero en ese mismo instante mamá se vuelve y se fija en mí; sonríe, pero se la ve ligeramente desconcertada ante mi indisimulado horror. El pánico se apodera de mí, y es como si la piel se me helara cuando la imagen de Sorenson encadenada me inunda el cerebro. No hay tiempo para salir de aquí cagando leches, pues mamá y Lieb se acercan a nosotros mientras otra pareja se cambia de sitio a regañadientes para dejarles entrar. Les presento torpemente a Mona a la vez que intento sosegar mi respiración. Ahora hace tal puto calor aquí dentro, y percibo el olor de los húmedos y pegajosos cuerpos entrados en años que nos rodean mientras mamá y Lieb me saludan amigablemente. Con un alivio monumental por mi parte, es evidente que aún no se han acercado al piso ni han descubierto a Lena. Todavía.

El universitario se aproxima al micrófono y se aclara la garganta, mientras el crujido de la estática silencia al resto de la sala. «Bienvenidos al Biltmore. Me llamo Kenneth Gary, y soy miembro del departamento de literatura norteamericana de la Universidad de Miami». Mientras pienso *yo ni siquiera sabía que la Universidad de Miami tuviera un departamento de literatura norteamericana*, Lieb se inclina hacia mí. «Esto no ha sido idea mía, Lucy», recalca enérgicamente. Me había olvidado de lo buen tío que es. Intentó hacer de padrastro, pero supongo que no le di demasiadas oportunidades.

«Lo sé, Lieb, basta ya», dice mamá sacudiendo la cabeza y empujándole en broma para que se coloque otra vez donde estaba antes de arrimarse a mí. «Me pudo la curiosidad morbosa, bichito», dice con una sonrisa de oreja a oreja. A continuación su expresión adquiere tintos de seriedad. «¿Qué tal estás?».

«Eh…, estoy bien, pero ¿cuándo habéis vuelto? ¿Qué hacéis aquí? El viaje de reconciliación…».

«Fue mejor de lo esperado, bichín», dice estirando la mano para mostrarme un anillo con brillantes. «Te presento a la futura señora de Benjamin Lieberman. Y pienso serlo cuanto antes».

«¡Enhorabuena…!».

«¡Qué bonito!», exclama Mona con un grito ahogado.

«Pero ¿qué pasa con el crucero?», pregunto insistentemente con un nudo en la

garganta.

«Volvimos ayer. Interrumpimos el viaje y cambiamos de barco en Jamaica, prescindiendo de la costa sudamericana y volando directamente hasta Miami», dice estrechando las cejas y mirando por encima de las gafas. «¿Va todo bien en mi piso?».

«Sí, claro», respondo con abyecto alivio mientras volvemos a concentrar nuestra atención en el entrevistador de la presentación.

«Tom Brennan surgió prácticamente de la nada y se ha convertido no solo en uno de los autores de novela negra de mayor éxito en Estados Unidos, sino también en una de las voces literarias de mayor calidad que tenemos en cualquier género», y entonces mira hacia el público, casi retándolo a que alguien discrepe a la vez que mamá pone los ojos en blanco. «Si nos fijamos en la calidad de lo que en la actualidad se llama novela negra», prosigue, «yo diría que el verdadero crimen es que estas obras no se tengan en cuenta para los grandes premios literarios, como el Premio Pulitzer…».

Mamá baja la voz y se arrima más a mí. «Estupendo, porque necesitamos que cuides del piso otro mes más. Decidimos que el Caribe ya había obrado su magia y que no tenía sentido perder el tiempo: había llegado el momento de cerrar el trato», dice mientras Lieb le da un apretón afectuoso en la mano. «Mañana volamos hacia Tel Aviv», anuncia con voz entrecortada antes de exhibir de nuevo el anillo, «para dar el sí».

«Enhorabuena», susurro.

«Qué bien», dice Mona con ese tono agudo de voz de pito que tiene. La gente que tenemos delante se vuelve.

«Ha sido idea mía», dice Lieb. «Nunca he estado en Israel. Quería que nos casáramos allí».

«Jerusalén, bichín. Ese lugar debería estar en la lista de sitios *de visita obligada* de todo el mundo. Digo lista de sitios de visita obligada, no de cosas que hay que hacer antes de morir, porque Debra Wilson recomienda que eliminemos el morbo de nuestro lenguaje», puntualiza mamá antes de recostarse en la silla y escudriñar a papá en el escenario. Han debido de pasar ya casi dos décadas desde que estuvieron juntos en una misma habitación.

Papá intenta no parecer demasiado engreído mientras el universitario sigue cantando sus alabanzas. «… un hombre excepcional que pasó de combatir el crimen a escribir sobre él. Y que retrata de manera vivaz su ciudad, Boston, así como a su complejo protagonista, Matt Flynn, en una prosa fluida pero a la vez seca y precisa como un bisturí…».

«¿Cuándo piensa callarse ese gilipollas? Empiezo a tener la impresión de que esto ha sido un enorme error», protesta mamá mientras el hombre sentado delante de ella se vuelve otra vez.

Lieb le echa una de esas miradas tipo te-lo-advertí.

«Papá tiene buen aspecto», le comento.

«Pues sí», reconoce ella a regañadientes mientras le aprieta la zarpa a Lieb, «pero el botín de verdad lo llevo yo aquí del brazo». Baja la voz una octava y percibo el olor a alcohol en su aliento. «¿Judíos contra irlandeses en el catre? ¡Ni

punto de comparación, cariño!».

Mientras la presentación sicofántica llega a su fin y papá se acerca al estrado, mamá empieza de nuevo antes de ser inmediatamente acallada por una bruja que está sentada detrás de nosotros. «En diecisiete años de matrimonio ese hombre no me pudo hacer callar. ¡Y no lo va a hacer ahora!». Coge a Lieb de la mano, obligándole a levantarse y caminar tras ella en un paseo ceremonial hacia la puerta.

El universitario ni se inmuta. «¡Así que les invito a todos ustedes a disfrutar del ingenio y la sabiduría de Matt Flynn y, sobre todo, del señor Tom Brennan!».

El público estalla en vítores, y una parte de él sigue la trayectoria de la mirada de papá mientras él sigue con la vista a mamá y a Lieb. Ella abre la puerta enérgicamente y sale sin mirar atrás.

«Otra clienta satisfecha», comenta papá ante el micro entre carcajadas de clase media como si tal cosa. Me pregunto si la habrá reconocido siquiera. «De todos modos, el pasaje que voy a leer pertenece a la nueva novela de Matt Flynn, titulada *Panorama del Juicio Final*».

42. MATT FLYNN

Mick Doherty sabía cómo iba a acabar aquello. Cada vez que su hija Lindy volvía a Boston desde su lugar de residencia actual, Miami, eso significaban problemas. Problemas gordos. Mick se levantó entre la luz solar que se filtraba por la ventana y se envolvió en una bata, notando la ya familiar punzada de consternación mientras el cinturón, cada vez más ajustado, se deslizaba bajo el compacto balón que formaba su panza. Podía oír los insípidos ruidos de la televisión matinal impregnando la casa a partir del cuarto de estar. Lindy ya estaba despierta, sentada en la posición del loto sobre el sillón abatible, viendo publirreportajes y comiéndose una barra energética. Iba vestida para hacer footing: una camiseta sin mangas y pantalones cortos, con las Nike tiradas sobre la alfombra tras habérselas quitado. Los finos arroyuelos de sudor que perlaban su frente daban fe de su reciente esfuerzo físico.

Miró a su hija, deleitándose en su rostro noble y un tanto alargado —herencia suya— y aquella sedosa melena castaña teñida de mechas rubias. Y qué decir de los ojos, faros luminosos capaces de entornarse hasta convertirse en focos de odio concentrado; estos procedían directamente del arsenal de su madre. Siempre le resultaba muy difícil no ver a Jenny en la niña. Ahora mismo esos ojos estaban en modo neutral, cosa que a él le parecía ideal, pues solía evitar hacerle a Lindy preguntas acerca de su vida íntima.

Pero no habría cambiado. Seguiría siendo la misma guarra dura, demente y devota de siempre. Para un hombre era terrible tener que reconocer algo semejante acerca de su propia hija. No obstante, la verdad pura y dura era que desde la pubertad Lindy parecía incapaz de resistirse a las atenciones de prácticamente cualquier pretendiente, fuese varón o hembra; en eso no era nada quisquillosa. Peor aún, a la mayoría de ellos los buscaba activamente, de la forma más lasciva y predatoria.

Recordó con su consabido estremecimiento el trauma de aquel día horrible, pero hacía ya mucho tiempo que lo tenía grabado en la psique de tal manera que cada vez que salía a colación le resultaba tan gráfico y cruel como si hubiera sucedido el día anterior. Al tomar un camino que atravesaba un parking situado detrás del centro comercial, se topó con un montón de jóvenes apiñados a la entrada de un estrecho callejón sin salida en forma de L. Era un punto de reunión popular entre los jóvenes, y Mick dedujo por las burlas y lo cargado del ambiente que se trataría de una pelea entre dos chicos. Como agente concienzudo del Departamento de Policía de Boston, se acercó para poner fin a aquello. ¡Pero se trataba de Lindy, que estaba en aquel entonces en el segundo año del instituto, tirada en el suelo mientras se la follaba un crío que apenas parecía tener la edad necesaria para que le hubieran bajado los huevos al escroto! Por un instante, Mick se detuvo y profirió una maldición de incredulidad mientras los chavales se dispersaban, y mientras separaba a la pareja copuladora como si de dos perros se tratara, su siguiente grito reverberó por todo el parque. El aterrado muchacho huyó mientras se subía los pantalones a la vez que Lindy hacía lo propio con su ropa interior antes de bajarse la falda; Mick se volvió hasta que su hija hubo completado

aquella tarea mortificadora. Entonces tiró de ella para ponerla en pie y la sacó del parque. Lo que le chocó durante el tenso y humillante periplo a casa fue que en cuanto superó el primer impacto de la impresión, Lindy pareció completamente impenitente, despreocupada y apenas avergonzada. «Al principio simplemente nos estábamos dando el lote y las cosas se salieron un poco de madre», dijo con un encogimiento de hombros que solo parecía levemente estudiado.

Mick Doherty había estado a punto de reaccionar antes de fijarse en el perfil de su hija. Era el mismo que desplegaba ante él ahora; una mirada vidriosa y ausente, con los brazos cruzados sobre el pecho. En aquel entonces todavía era el pecho de una criatura, reflexionó, abrumado ahora por una imagen de Lindy con su vestido de la primera comunión. ¿Cómo podía ser esta su niñita? ¿Cómo podía haber sucedido aquello?

Ahora estaba allí sentada, viendo el publirreportaje, y Mick se sentía tan excluido de su vida y de sus pensamientos como nunca. Su comportamiento resultaba aún más incomprensible teniendo en cuenta el marco familiar que él y Jenny —a pesar de todos sus defectos— habían proporcionado a sus hijas. Y su hermana, la pequeña, Joanne, trabajaba ahora en la zona de guerra y de hambruna de Darfur, intentando ayudar a niños cuyas vidas corrían peligro.

Una de sus hijas intentaba salvar al mundo, y la otra, por lo visto, estaba empeñada en matarlo a polvos.

Hacía mucho tiempo ya que Mick había tenido que afrontar la turbadora realidad. A pesar de la disciplina inherente a la educación deportiva que él le había impartido, Lindy era poco menos que una ninfómana insaciable con tendencias psicópatas. Y a veces Mick se culpaba a sí mismo de haberle inculcado ese ímpetu competitivo, esa voluntad de vencer a toda costa que llevaba dentro.

Pero ¿era también una asesina? Arthur Rose estaba todo lo muerto que se podía estar; su espalda supuraba sangre por heridas múltiples, en ese mismo callejón en el que tantos años atrás había hecho el descubrimiento de las repelentes cópulas de su hija. Lindy había llegado a la ciudad un par de días antes de que se descubriera el cadáver. Había amenazado en público una vez a Rose en relación con otro aspecto oscuro de su turbulenta existencia. Iba a encontrarse en el punto de mira; los técnicos de homicidios de Boston todavía no habían llamado a la puerta, pero eso iba a suceder con la misma certeza con que la noche sigue al día.

Lindy levantó la vista, respondiendo de forma somera a la presencia de Mick con esa expresión de leve desdén de la que no había logrado desprenderse desde su adolescencia. La naturalidad con la que le preguntó si había disfrutado de la carrera matinal apenas suscitó más que un breve y despectivo encogimiento de hombros. Y sin embargo, pese a lo distanciados que estaban, Michael Patrick Doherty no podía creer que su hija mayor fuera capaz de asesinar a sangre fría. Pero conocía a una persona, un viejo colega suyo del Departamento de Policía de Boston, que podía averiguarlo con toda seguridad.

Había llegado el momento de llamar a Matt Flynn.

43. EL COMITÉ PARA LA VERDAD Y LA RECONCILIACIÓN DE MIAMI BEACH

Estoy hirviendo de rabia contra ese puto cerdo viejo y pestilente; sus palabras me han caído encima como golpes demoledores. Veo a Mona mirándome de soslayo por el rabillo del ojo mientras me agarro al borde del asiento. ¡*PUTO GILIPOLLAS*! Tengo que pillarlo a solas y preguntarle de qué ha ido esa puta humillación pública, ¡y encima delante de una zorra con la que trabajo! El bolo termina con una amable ovación, y el viejo hijo de puta declara con suficiencia durante el turno de preguntas del público: «Creo que todos los escritores recurren a su propia experiencia. Es algo inevitable».

Lo que es inevitable es que este capullo me va a oír. ¡No tiene ningún derecho a utilizarme de esa manera, joder! ¡Ni siquiera sabe lo que pasó en realidad! Pero cuando termina, Mona me sigue hasta la mesa donde está firmando ejemplares, y en la que se ha formado una cola enorme. «¡Pero *qué bien* ha estado!».

El mamón de mi padre me ve, y se disculpa con una sonrisa a una mujer que está en cabeza de la fila antes de volverse de nuevo hacia mí. «¡Cariño! ¡Qué alegría verte!». Acto seguido le clava a Mona una mirada lobuna. «¿Y quién es este tesoro?».

Estoy tragándome mi ira abrasadora, intentando recordar que la venganza realmente es un plato que se sirve mejor frío. «Te presento a Mona, trabaja conmigo».

«¡Otra entrenadora! Eso me había parecido. Es que irradias salud y vitalidad».

«Gracias». Mona se pseudorruboriza y se acaricia el pelo mientras a mí se me revuelven las tripas.

«Las opciones de restaurante de este hotel son muy buenas, pero he hecho una reserva para un sitio de Miami Beach», dice bajando la voz y tapándose la boca con la mano, «para poder alejarme de este público que tanto me adora. Así que discúlpenme un ratito, señoritas. Pero, Mona, espero que te apuntes a cenar con nosotros».

Antes de que yo pueda reaccionar ella dice: «¡Me encantaría!».

Así que allí estamos, sentadas en la barra esperando a que ese viejo reptil hijo de puta acabe de firmar ejemplares. El camarero le pide a Mona que acredite su edad: más burdo imposible. «Siempre me pasa lo mismo», dice ella con una sonrisa de loba suscitada por una nueva cepa de bótox más potente que el nitrógeno líquido. Saca un carné de conducir estatal y la imagen estampada en él está menos plastificada que su rostro real.

El camarero enarca las cejas. «Pues a mí me tenías engañado», dice con una sonrisa antes de darnos la espalda.

Mona vuelve a acariciarse el pelo, pero es porque cree haber visto a un tío que forma parte de la plantilla de los Miami Heat. Sigo su ángulo de visión, pero no es ni LeBron, ni Dwyane Wade ni Bosh; ni siquiera merece la pena fijarse. Tengo el cerebro completamente alborotado, y pienso que a pesar de lo que dijo mamá, ¿qué pasaría si ella y Lieb hicieran una paradita por el piso y descubrieran a Sorenson? Me asedia el recuerdo de aquella horrible ocasión en el parque…;

ahora ya lo he superado, joder…, no se puede permitir que los débiles y los enfermos gobiernen tu vida…, ¡y ese viejo hijo de puta no sabe una puta mierda! Y Mona me está soltando más chorradas de mierda al oído. «… No pienso volver a acostarme con Trent. Se cree que puede llamarme tal que así», dice chasqueando los dedos, «y que voy a salir corriendo para allá. Está bien decir “es solo sexo”», y hace la señal de las comillas con los dedos, «pero volver constantemente con un crío de treinta años incapaz de comprometerse con nada te va minando la autoestima…».

Mientras mi padre termina y prescinde de los parásitos transcurre poco menos que la puta hora más larga de mi vida. Entonces salimos a la calle y papá, que se sacude de encima a un ama de casa chiflada y acosadora que le hace toda clase de preguntas idiotas acerca de Matt Flynn, me dice «Subamos a tu coche», señalando el Cadillac DeVille en el parking, que tiene pinta de borracho lamentable que se ha colado en una fiesta de sociedad, «o nunca saldremos de aquí».

Así que los tres nos subimos al Caddy y nos dirigimos a SoBe. Para mí es un viaje mudo, pero ellos hablan por los codos; papá no para de estirar el cuello para contarle a Mona, sentada en el asiento trasero, infinidad de alegres chismes sobre la gira. Voy incubando mi ira a medida que vierten inanidades que rebotan por el interior del coche. Voy cogiendo velocidad y pienso en arrancarle el cinturón de seguridad y arrojar a ese viejo cabrón y traicionero al asfalto a empujones. Me siento aliviada cuando llegamos a SoBe y entramos en un garito francés de Collins Avenue. Mientras el camarero nos acomoda y nos trae unos cócteles, Mona mira con tal intensidad a papá que sus ojos desorbitados recuerdan a un conejo al que se estuviera follando un zorro. «Es que me encanta esa falta total de vulnerabilidad de Matt Flynn. Siempre mantiene el control. Eso es un hombre de verdad; o sea, uno que llegado el caso *tomaría* a una mujer por la fuerza y punto».

«Creo que se llama violación», me oigo decir mientras aprieto las mandíbulas, como si las palabras las pronunciara otra. Escucho un zumbido de baja intensidad en la cabeza y de repente las luces de este restaurante me resultan abrumadoras. No puedo dejar de chasquear la mandíbula. *Ponte las pilas*.

«¿Te encuentras bien, Lucy?». Las palabras caen inconsistentemente del rostro paralizado de Mona como si se tratara de la rejilla del altavoz estéreo de un coche.

Me reclino en el asiento mientras me lleno los pulmones de aire. «Estoy bien», le espeto, pero me siento como una gótica adolescente a la que han sacado por ahí para que conozca a la *novia de su padre* —no, a su futura suegra, joder—, la tira de cecina con moreno de rayos uva esta, *ocho años* más joven que yo y con rellenos de silicona estratégicos.

«Mona tiene razón, bichito, la Norteamérica de hoy padece una crisis de masculinidad, y, en lugar de culpar a la sociedad y a la economía por esta castración, los tíos simplemente tendríamos que ponernos a la altura de las circunstancias, ser menos mariconas, y tener los huevos de reconocer que nos la hemos ganado a pulso». Se lleva el cóctel a los labios.

«La has clavado *al cien por cien*, Tom», dice Mona con una gran sonrisa

mientras yo me doy cuenta de que aquí soy poco menos que invisible.

Espero a que el irritante camarero se vaya a tomar por culo y luego me vuelvo hacia mi padre. «¿De qué cojones va toda esa mierda de la hija ninfómana?».

«¿Qué?».

«¡Es sobre mí! ¡Sobre la vez aquella en el parque!».

Mientras los ojos de Mona se desorbitan cada vez más y se echa hacia delante en el asiento, papá protesta: «¡No tiene nada que ver con eso! ¡Se trata de personajes de ficción! Esto es en un parking, no en un parque público…».

«¡Todos los demás detalles son poco más o menos los mismos! Salvo que yo… yo no… era…». Intento mantener la boca cerrada porque no me sale de ella más que mierda. ¿Por qué no puedo decir VIOLACIÓN? ¿Por qué no puedo mirarle a los ojos y decirlo, joder?

«Tú sabes lo que era», dice papá, y se le ve cabreado; las manchas de la edad del cuello se le dilatan, lo cual vuelve a hacerme sentir como una niña. «No actúes como si solo os hubierais dado el lote; tú ya sabes lo que era, y no eras más que una cría, maldita sea…».

«Pues sí que lo sé, porque fue…».

«No quiero entrar en eso», grita, y se lleva las palmas a los lados de la cabeza mientras Mona le mira fijamente. Él respira de manera larga y profunda y esboza una sonrisa de marioneta. Adopta un tono grave y calculado. «De todos modos, no viene al caso. Es ficción, cariño, y estás *mucho, pero que mucho* más susceptible de la cuenta. Los escritores nos inventamos esas tonterías; eso es lo que hacemos».

Yo también respiro profundamente y echo un buche a mi martini. Me tiembla la mano cuando dejo la copa en la mesa. Me concentro en el cristal; cualquier cosa con tal de no contemplar ese rostro adusto y curtido como el papel de lija o esa gélida máscara de bótox.

«Y qué bien lo haces, Tom», dice Mona con voz meliflua antes de dejar caer la mano sobre su muñeca y de que él enseñe los dientes en una sonrisa de cocodrilo.

«Supongo que he tenido suerte».

«Yo no creo que la suerte tenga nada que ver, Tom…».

El camarero, siempre al acecho, vuelve para tomarnos nota mientras yo recobro el control sobre mí misma. No puedo ser débil y permitir que un capullito asustado como Austin se siente a la mesa. Pido un bistec casi crudo con una ensalada mixta, y también una botella de vino tinto. Mona se pavonea y hace alharacas antes de optar finalmente por linguine con vieiras, gambas y almejas. Papá, sorprendentemente, evita el bistec y pide lubina. «Ya he comido demasiada carne roja en lo que va de gira, maldita sea», dice al ver mi ceja enarcada. «¿Ves como sí te hago caso?».

Decido aceptar la oferta de tregua que me hace. Me aclaro secamente la garganta. «¿Y qué tal está el Biltmore?».

Papá me dedica vacilantemente una sonrisa curtida. «El último grito en lujo, bichito. Tengo una de esas suites de cabaña junto a la piscina. Rodeada de palmeras, buganvilias e hibiscos. No me entiendas mal», dice volviéndose de

repente hacia Mona con una sonrisa de oreja a oreja, «las habitaciones de hotel son insuperables, pero cuando estoy en el trópico me gusta tener la *sensación* de estar en el trópico, no sé si me explico».

«Totalmente», dice Mona poco menos que jadeando. «¿Y hay spa?».

«No solamente tiene un spa; tiene *el* spa», responde con una mirada pícara. «Deberías probarlo. Si eres aficionada a los spas, yo diría que es de los imprescindibles».

Ya he tenido de sobra. De repente caigo en la facilidad con la que esta zorra dejó su puto buga en el parking del Biltmore. ¿Podría haber sido una jugada más calculada si lo hubiera hecho a posta? Apuro el martini y me pongo en pie. «Esto me da un asco *que me supera*, y además me está poniendo los pelos de punta. Gracias por la copa», le digo a papá señalando la copa vacía, «¡y a ti por nada, puta falsa!», digo volviéndome hacia Mona.

Doy media vuelta y me dirijo a la salida, señalándola y anunciándoles a los demás comensales: «¡Esta zorra es falsa que te cagas! ¡En mi vida había visto una puta zorra más falsa!».

Mientras el camarero se acerca con el vino, oigo a Mona suplicando con vocecita lastimera. «¿Pero yo qué he hecho?».

«Nada en absoluto», responde el cerdo mentiroso de mi padre. «Últimamente está muy estresada…; dejemos que se vaya y se desahogue…».

Paro y doy un paso atrás hacia la mesa. «Esta zorra es de lo más falsa», vuelvo a anunciarle al público, «culo falso, tetas falsas, morros falsos, pelo falso, ojos falsos, dientes falsos, nariz falsa, voz falsa…, ¡es una puta falsa! ¡Mis Barbies sangraban más que esa zorra!».

«¡Lucy! ¡Por favor!», salta papá poniéndose en pie, mientras los comensales se quedan boquiabiertos de espanto y cacarean indignados.

El maître se precipita hacia mí: «¡Señorita! ¡Haga el favor de marcharse!».

«¡No te preocupes, ya me iba! ¡Esa zorra es falsa!», repito mientras vuelvo a señalar con el dedo a una sollozante Mona. «Eres una falsa, zorra. ¡Falsa de mierda!».

La muy zorra se ha tenido que meter eso hasta el fondo de la garganta cual consolador de alambre de espino.

Y me largo y salgo por la puerta y me sumerjo en el cálido aire de la noche. De pie, en la calle, le doy un grito al aparcacoches mariquita para que me traiga el coche. Voy caminando de un lado a otro esperando que aparezca el Caddy mientras reviso ansiosamente mi móvil. No tengo llamadas, pero sí cinco correos electrónicos nuevos; entonces me doy cuenta de que se trata de la cuenta de Sorenson: uno de ellos me hace hervir la sangre:

Para: lenadiannesorenson@thebluegallery.com

De: toddpaulsorenson15@twincityhardware.org

Asunto: (sin asunto).

¡Soy tu padre!

¡Gilipollas! Le contesto:

Para: toddpaulsorenson15@twincityhardware.org
De: lenadiannesorenson@thebluegallery.com
Tema: (sin asunto).
¡¡¡YO SOY TU PUTA HIJA!!!

En cuanto le doy a enviar, una pedrada psíquica me sacude inmediatamente las tripas. Joder. ¡Acabo de entrar en la cuenta de Sorenson desde mi puto iPhone! De tanto mantener correspondencia con esos gilipollas, ya lo he convertido en una costumbre.

Espero durante lo que parecen horas hasta que aparece mi Cadillac, contemplando el drama de los borrachos callejeros tambaleándose por la acera al ritmo del hip-hop y la música de baile electrónica de los descapotables que pasan de largo. Vuelvo a echar un vistazo hacia el interior por el ventanal del restaurante y veo a Mona derramando lágrimas de zorra falsa mientras papá rodea sus huesudos hombros con su brazo peludo, grueso como la rama de un árbol. No sé cuál de los dos es la escoria manipuladora más empalagosa.

Me subo al coche de un salto y dejo al aparcacoches sin propina. «Gracias *a ti*», cecea con amargura.

«Que te follen», gruño yo mientras le hago una peineta y me largo a toda prisa; cojo 14th Street hacia Alton. El muy gilipollas tendría que haberse dado un poco de prisa; así me habría ahorrado el espectáculo de ver a esa zorra falsa tirándole los tejos a mi padre. Paso por delante de la licorería que hay en Alton cuando veo aparecer una figura cheposa que arrastra los pies y que lleva en la mano una bolsa metida dentro de una bolsa de papel de estraza. Timothy Winter. Se dispone a atravesar el parking, así que giro bruscamente a la derecha para meterme en él, lo que provoca un bocinazo por parte de un gilipollas que venía detrás. Me vuelvo para asegurarme de que no se haya parado mientras veo aparecer la espalda delgada y enfundada en camisa hawaiana de Winter en las luces de cruce. Me aproximo a él y paro el Caddy. Aunque sea de noche, me pongo las gafas de sol.

Cuando salgo bruscamente del coche, se vuelve hacia mí poniendo una cara entre malévola y curiosa.

«Oye, amigo, *de verdad* necesito echar un trago. ¡Dame un buchito de eso que tienes ahí y yo compro otra cuando la terminemos! ¡Luego nos podemos ir de fiesta!».

Winter entorna los ojos entre la oscuridad. Me mira primero a mí y luego a mi buga destartalado. Acto seguido, sonríe y muestra unos dientes amarillos. «¡Es la mejor oferta que he tenido en todo el día!».

Ya te haré yo una puta oferta, basura pederasta. Cojo la botella que me tiende con su repulsiva mano, doy media vuelta y se la estampo con fuerza contra el lateral de la cabeza. La botella se rompe, lo que me deja con el cuello serrado en la mano. Le lanzo directos con él a la cara como un boxeador, girando la muñeca en el último instante, y las esquirlas y puntas de vidrio desgarran su cerosa cara de marioneta.

Winter no hace ruido alguno, solo se mueve hacia atrás sobre los talones. Las cosas parecen quedarse en suspenso por un instante, y acto seguido un diluvio de

sangre brota de su cara y salpica el asfalto. Luego levanta abruptamente la cabeza y parece estar a punto de gritar tras llenarse los pulmones de aire, pero me precipito hacia delante y le arreo al hijo de puta un duro puñetazo en la garganta que le machaca la laringe y le hace soltar un ruido ahogado, como si estuviera intentando hacer gárgaras. Winter se aleja dando tumbos, cegado por la sangre y ahogándose, mientras jadea y trata de llegar a Alton para ponerse a salvo. *Ni de coña, pedófilo*. Me subo al coche rápidamente, pongo el motor en marcha y acelero hacia su figura tambaleante, y me estrello contra él haciéndole pasar por encima del capó antes de acabar en el suelo tras una serie de golpes sordos en *stacatto*. Bajo la ventanilla y le grito a la masa quebrantada tendida en el asfalto. «¡POR LOS VIEJOS TIEMPOS, CABRÓN FOLLANIÑOS!».

Acto seguido, salgo escopeteada del parking y enfilo hacia el norte por Alton.

Después de que la carga de excitación se haya disipado, me descubro temblando y llorando delante de la casa de Lena, en 46th Street. Joder, qué estúpida he sido. Podría acabar en la cárcel. Por un puto *pederasta*. Intento tranquilizarme y estabilizar mi respiración jadeante. De repente, oigo un golpecito en la ventana. El miedo me achicharra la piel; estoy esperando que en el otro extremo de esos nudillos aparezca un uniforme, pero en su lugar dos agudos ojos negros me escrutan entre una pelambrera oscura y un irónico bigote de hipster.

Va vestido con una camiseta negra y vaqueros; pese a que nunca nos hayan presentado, sé instintivamente quién es. Es el aspirante a artista convertido en fotógrafo. El novio de Sorenson. ¿Cómo coño dijo que se llamaba el capullo? ¿Jeffrey?

«Eh, ¿te encuentras bien?».

Bajo la ventanilla y apago el motor. Decido rápidamente hacerme la tonta. «Lo siento…, he tenido un mal día».

«Yo también he tenido de esos», dice el tío con una sonrisa taciturna mientras asiente con complicidad. Tiene una cara mona y radiante. Dios mío, este tío es cojonudo.

«Hace poco desapareció una amiga mía», le digo. «No contesta al teléfono así que me voy pasando por aquí, por su casa, para ver si la encuentro».

«¿Esa amiga tuya no se llamará por casualidad Lena Sorenson?».

Asiento mientras salgo del coche. «Sí…, ¿la conoces?».

«Bueno», dice sonriéndose y encogiéndose de hombros, «somos…, bueno, supongo que se podría decir que estuvimos casados», alega clavándome una mirada ferviente e inquietante. «Yo me llamo Jerry Whittendean. ¿Y tú?».

Jerry: eso era. «Soy una amiga de Lena».

Me mira a la espera de que le diga algo más, pero eso es todo lo que pienso decirle. Yo también puedo mirar fijamente. Puedo hacer esta mierda toda la puta noche si hace falta. Él se da por vencido y asiente lentamente. «Escucha, necesito entrar a recoger unas cosas mías. ¿Te dejó Lena una copia de las llaves?».

No pienso con claridad; sigo parcialmente obsesionada con el estado en que he dejado a Winter en el parking, y me pregunto si alguien me habrá visto o denunciado los hechos. Así que le entrego la llave sin convicción al tal Jerry y me arrepiento en el mismo instante en que sus dedos, fuertes pero con manicura, se

cierran en torno a ella.

«Me alegro de haberte conocido», dice él con gesto engreído y triunfal. «Estaba tan desesperado que iba a forzar la entrada. Como dices, no coge el teléfono ni contesta a los correos, y nadie la ha visto por ahí. Pensé que si conseguía entrar, podría averiguar dónde está».

«Ajá, bien pensado…», digo con gesto inexpresivo mientras le sigo después de que atraviese la verja, recorra el sendero y se meta dentro de la casa. «… ¿y tú por qué no tienes llave?».

«Estamos pasando un bache», dice con una sonrisa sin chispa. «Yo me fui a Nueva York para darle un poco de espacio».

Con eso quiere decir que estaba follándose a la otra zorra lamentable. Este es un gilipollas de lo más pico de oro. La Melanie esa la clavó en su carta: es un peligro para las mujeres. Pero *yo soy* un peligro del carajo para hombres como él. Así que andamos rebuscando por la casa, y yo sé que se va a llevar un chasco porque me he asegurado de no dejar nada incriminatorio a la vista, como su puta libreta.

Enseguida empieza a mostrar su frustración. «¿Pasas por aquí con frecuencia? Es que no hay señales de correo, y sé que le enviaron un paquete que contiene propiedades mías».

«No», le digo rápidamente. «Una amiga nuestra, Mona, es quien recoge el correo».

«¿Por dónde vive?».

«Por SoBe o algún sitio de por ahí, pero ahora mismo está en Atlanta», miento. «Su novio es escritor. Están haciendo una gira literaria».

«¿Sí? ¿Es famoso?».

«Es un gilipollas que escribe novela negras cutres».

«¿Cómo se llama?».

«Tom Brennan».

Jerry sonríe y me señala con el dedo al caer en la cuenta. «¿El de Matt Flynn? ¡Tía, cómo me gustan esos malditos libros!».

«Ese es».

Jerry asiente, pero ha perdido interés y empieza a registrar el escritorio del despacho de Lena. «Nada…», se queja antes de que se le ilumine el rostro. «Espera…». Abre otro cajón y saca una llave. «¡Bingo! Creo que esta es la llave que abre la puerta del estudio. Tengo la corazonada de que lo que busco podría estar allí».

Y yo tengo la corazonada de que estás equivocado que te cagas, gilipollas. «No creo que esté muy bien revolver entre sus cosas, y menos en el estudio».

Jerry no parece que me haya oído y sale para allá, lo que me obliga a seguirle hasta el patio, que está a oscuras. La luz de un foco autosensor le ilumina la cara; molesto, parpadea al introducir la llave en el candado del estudio y darle la vuelta. «Eureka», dice mientras abre la puerta y yo entro tras él. Enciende una luz. La escultura grande, que todavía es una obra en curso, domina el espacio. El capullo este apenas se fija en ella. En cambio, no pierde un segundo en empezar a registrar a fondo los armarios de Lena y tirar cosas al suelo.

«¡Eh, tómatelo con calma!», protesto, y él espeta «joder» cada vez que otro cajón o armario sigue sin ofrecerle recompensas, pero pronto resulta evidente que no hay nada ahí, o al menos nada que quiera este hijo de puta; el cuaderno y las fotos están en mi apartamento.

Volvemos a la casa y Jerry coge una botella de vino de un botellero de la cocina y la abre. Se sirve una copa y me ofrece otra a mí. De vez en cuando puedo tomarme alguna que otra copa de tinto, porque tiene un contenido elevado en antioxidantes, pero ya he tomado mierda de esa de sobra en la presentación y el restaurante, así que ni de coña voy a beber alcohol con este capullo. Abro una botella de San Pellegrino. Desde luego, el gilipollas este está encantado de haberse conocido; parece preocuparle menos la desaparición de Lena que su propio éxito profesional, si se puede llamar así.

«Estaba reuniendo cosas para una exposición; tengo a gente de Nueva York y Londres dispuesta, pero todo eso requiere dinero y me he quedado sin pasta. Esperaba que Lena…, en fin, esa es otra historia», dice encogiéndose de hombros antes de levantar la copa hacia la luz y echar otro sorbo. «¿Tienes alguna idea de dónde puede haber ido?».

«Estaba dando la tabarra con algún gran proyecto artístico y diciendo que quería marcharse a los Everglades a rodar exteriores», vuelvo a mentir, antes de añadir: «Quería un paisaje filmado como fondo para sus hombrecillos verdes».

Jerry me mira severamente, como si tratase de determinar si le estoy vacilando o no. «Sus humanos del futuro», se ríe tomando asiento en una de las sillas de cuero.

«Eso». Fuerzo una sonrisa, molesta conmigo misma por esa colusión con ese capullo contra Lena. Me siento en el sofá de enfrente.

«Guay…», dice él asintiendo. «Yo intenté meterla en el rollo multimedia, así que supongo que tengo que adjudicarme un poco del mérito por eso», añade luciendo una sonrisa autosatisfecha. «¿Y tú de qué la conoces? ¿Eres artista?».

Me estremezco al oír el agresivo chasquido del aire acondicionado al ponerse en marcha. Él percibe la debilidad y la reconoce con una sonrisa, lo que enfría el ambiente tanto como el aire frío que sale de los conductos a chorro. «No, soy entrenadora personal. Entrena conmigo».

«Guau, ya decía yo que estabas…, eh, en forma», dice enarcando una ceja. «Pero no parece que ese sea el rollo de Lena».

«No, ha estado», y me corrijo, «mejor dicho, *había estado* trabajando muy duro».

«Bien. En fin, eh…». Enarca las cejas mientras deposita la copa sobre la mesa.

«Lucy».

«En fin, Lucy», dice entornando los ojos, «si ya te encuentras mejor, deberías irte mientras yo sigo un rato más con mi mala imitación de Sherlock Holmes».

«No, soy yo la que va a tener que pedirte *a ti* que te marches y me devuelvas esa llave. Me la confiaron a mí, y no puedo dejar que te la quedes».

De repente, Jerry vuelve a echarme esa mirada de sicario. Me desconcierta y me detesto a mí misma por ello. «¿Por qué iba Lena a confiarte una llave a ti, señorita Fitness? No lo entiendo».

«No lo sé. Sencillamente lo hizo. Mira, ¡sé quién eres, y sé que Lena no querría que estuvieras aquí!».

«¿Ah, sí?». Sonríe, se levanta de la silla y se yergue cuan alto es. Debe de medir entre 1,81 y 1,84. En sus ojos y su boca tensa no se aprecia otra cosa que crueldad. La absoluta certeza de su propio poder. Noto cómo me recorre el miedo y me debilita. «Pues yo no sé quién eres *tú*. ¡Joder, qué desfachatez! ¿Me vas a quitar la llave? ¿Me vas a echar?».

Dios. Lo último que quiero ahora es otra pelea. Pero la adrenalina está empezando a fluir para erradicar la ansiedad. «Si no queda otra», digo levantándome del sofá. Encima de lo alto que es, además se lo tiene creído, como si quizá hubiera practicado algo de boxeo o de karate.

«Venga», sonríe a la vez que se da una palmadita en el bolsillo para señalar dónde tiene la llave, «adelante, chiquilla».

Puto tipejo condescendiente; solo quiero aproximarme lo bastante para hacerle a sus huevos lo que el pez aquel les hizo a los de Jon. Abro las palmas con un gesto conciliador. «Escucha, la cosa no tiene por qué ser así…».

Entonces se lanza súbitamente hacia mí estirando la mano y cogiéndome de la barbilla. *No he reaccionado*. Noto su aliento a alcohol en la cara y no he reaccionado. «¿Sabes lo que me parece? Que la que ha estado haciendo maldades eres tú. ¡Es como si lo oliera!».

Tengo que mantenerme firme. Gracias a Dios que mi furia está aumentando y derritiendo la parálisis provocada por el miedo; aparto su mano con un barrido del antebrazo y le sacudo un directo de izquierda que hace que se tambalee hacia atrás. No es un golpe letal, pero me alivia estar enfocada, reaccionando como se me entrenó para que hiciera. «Te lo advierto, ¡apártate!».

Se enjuga un poco de sangre del labio. La mira y luego me mira a mí. «¡Ya es demasiado tarde para eso, zorra!».

Entonces se abalanza sobre mí y de nuevo no reacciono como debería; intento levantar la rodilla pero fallo y vamos a parar al suelo, él encima de mí e impidiéndome respirar con su peso. Me esfuerzo por ganar terreno mientras él me lanza puñetazos a la cara. Los estoy bloqueando, pero estoy inmovilizada, y como conecte alguno debidamente, veré las estrellas, estaremos en pleno *ground and pound* y todo habrá terminado. Mis sagradas cifras no están cuadrando. Las estadísticas nunca mienten. Predicen el desenlace de un partido de tenis antes de que una sola pelota haya pasado por encima de la red y los resultados de las elecciones antes de que se haya contado un solo voto. Y mientras él vuelve a hacer contacto —un crochet contra mi guardia— lo noto, lo noto *a él*, presionando contra mí con fuerza y grito «¡PARA!…» y se detiene por un segundo y le digo con respiración entrecortada, urgente y desesperada: «… deberíamos follar…».

«¿¡Qué?!». Tiene el puño cerrado levantado encima de mi cara, preparado para golpear de nuevo. «¿Qué has dicho?».

«No hagas como que no es allí hacia donde va esto, o que no es lo que tú quieres…, esto te pone tanto como a mí…».

Por un segundo parece estupefacto antes de que una sonrisa abominable le cruce la cara. «Joder, parece que por fin he encontrado a una zorra que me

entiende…».

«Y mucho más», digo entre jadeos, mientras él se pone de rodillas y empieza a desabrocharse el cinturón y bajarse la bragueta. Yo tanteo detrás de mí con la mano izquierda y noto que agarro algo sólido; pienso que es una de las herramientas de la chimenea, como las tenacillas o el atizador. Veo cómo cambia de expresión al darse cuenta, pero cuando la levanto y la dejo caer sobre él con todas las fuerzas que me quedan, caigo en que es el hacha y que desciende sobre su cráneo, clavándose en él a presión y haciéndole una raya casi perfecta.

Inmediatamente noto cómo no solo la fuerza sino la vida misma abandonan su cuerpo, y se desploma encima de mí como un lastre, medio cayendo del otro lado mientras yo me salgo de debajo de él, con el hacha todavía incrustada en la cabeza. Al principio no hay sangre; luego empieza a salir a chorros, igual que un desagüe de Miami cuando borbotea, casi como una fuente, empapando la alfombra de anticuario. Me recuesto en el sofá con los brazos alrededor del cuerpo, incapaz de moverme.

Estoy allí durante un rato larguísimo, fría por el aire acondicionado, inmovilizada mientras la sangre del cuerpo sin vida se filtra desde la alfombra y forma un charco en el suelo de madera que fluye lentamente hacia mis pies. Suerte, destreza, engaño: se puede vencer a los pronósticos. Se puede forzar la mano al azar. Que les den a las cifras; de lo que va la vida es de excepciones. La gente excepcional es la que hace las excepciones, solía decirme papá.

Pero ¿para qué?

Él no me importa. Algunas personas son incapaces de hacer otra cosa que explotar a los demás. Se ven a sí mismos como leones o tigres, depredadores de gama alta, pero en realidad se parecen más a las ratas o las cucarachas; no son más que putas plagas repulsivas que te hacen perder el tiempo. Están aquí para que aprendamos a estar alerta, a tener cautela y a ser prudentes en el trato con los demás. Pero son alimañas y hay que aplastarlas. Desde luego no cabe lamentar su desaparición.

Miro hacia el despachito de Lena, con el gran Apple Mac encima del escritorio. La he cagado de verdad, y me parece que solo puedo intentar hacer una cosa para conseguir que todo sea un poco mejor. Y mientras enciendo el ordenador y entro en la cuenta de correo electrónico de Lena, encuentro el resquicio perfecto.

44. CONTACTO 17

Para: lenadiannesorenson@thebluegallery.com
De: mollyrennesorenson@gmail.com
Asunto: Por favor, ¿no podríamos hablar sin más?
Lena:

He estado pensando mucho en lo que dijiste. Simplemente me gustaría que utilizaras un tono menos hiriente y más propio de la hija a la que conozco y a la que, al margen de lo que puedas pensar, quiero más que a nada en el mundo.

Pues sí, tememos por ti. Puede que eso sea una estupidez. Somos gente provinciana y temerosa de Dios, y tal vez nos equivoquemos sintiéndonos así, pero a veces el mundo es un lugar tan espantoso y peligroso que quizá, cuando seas madre, te darás cuenta de la abrumadora necesidad que tenemos de proteger a nuestros hijos.

Pero me doy cuenta de que he cometido errores, y quiero corregirlos. Quiero hacerlo por lo mucho que de verdad te quiero.

Yo también he perdido algo de peso, porque he estado siguiendo un programa de Weight Watchers.

He visto que tienes un iPhone nuevo. ¿Podrías contestar cuando te llamo, por favor?

Con cariño,
Mamá xxx

Para: mollyrennesorenson@gmail.com
De: lenadiannesorenson@thebluegallery.com
Asunto: Sí, podemos
Mamá:

Lo siento si lo que dije te resultó hiriente. Tenía que quitarme un peso de encima. Espero que ahora podamos tener una correspondencia más comedida, sin recurrir al comportamiento manipulador (tú) o a los insultos desagradables y despiadados (yo).

Lo primero es lo primero: quiero decirte lo orgullosa que estoy de ti por haber dado ese primer paso con el programa de Weight Watchers. Podemos discutir sobre la eficacia de los distintos programas, pero el mío está funcionando muy bien (ahora mismo peso 59 kilos) y deberíamos darnos ánimos mutuamente. Adjunto un plan de ejercicio y dieta que mi entrenadora, Lucy, considera apropiado para alguien de tu peso, edad y estado de salud general. Síguelo y constatarás mejoras rápidas y sostenibles.

El número del iPhone no es mío, sino de Lucy. Solo se lo pedí prestado para consultar unos mensajes. Mi teléfono todavía no está activado, y tengo que decirte con toda franqueza que estoy disfrutando de la libertad de que no me puedan interrumpir, ya que estoy trabajando a todo trapo en mi nuevo proyecto artístico y

tengo una fecha tope dentro de dos meses. Luego solicitaré un nuevo número de teléfono.

He alquilado un espacio en una torre de Miami; trabajo allí en lugar de hacerlo en mi viejo y oscuro estudio. Tiene unas vistas estupendas de la bahía, está bañado por la luz, y anímicamente me sienta de maravilla.

Con cariño,

L xxxx

P. D.: Pierde el peso POR TI. El afecto o las atenciones de papá no deberían guardar relación con el peso que des en la báscula, pero si te respetas a ti misma y te das cuenta de que TÚ mereces ese esfuerzo, entonces otras personas también te respetarán más.

45. FLORIDA VERSUS NUEVA YORK

Cuando se sufre de depresión, no queda otra que resistir. Leo todos los puñeteros libros de autoayuda que hay sobre el tema. Por increíble que parezca, siguiendo las recomendaciones de uno de ellos, hasta escribí cartas estúpidas de y a mí misma cuando tenía diez años: «Lena, eres una persona muy valiente y hermosa…». Todo ello no son más que bobadas inútiles e inanes de charlatanes que se aprovechan de la tristeza de los débiles, los desesperados y los inseguros. Hay mucha gente triste en Estados Unidos. Lo sé porque yo era una persona triste.

Me costó algún tiempo darme cuenta de que Jerry tenía una aventura con Melanie Clement, la de la galería GoTolt de Nueva York. O no tanto darme cuenta de ello como reconocer ante mí misma que me había dado cuenta. Me sentaba y comía y pintaba y esculpía. O más bien intentaba pintar y esculpir. Cuanto más comía, menos trabajaba. Solía ver películas o programas de televisión por cable, fingiendo, como hacen muchos artistas, que era todo investigación, que era todo cuestión de imágenes. ¿Cuántos episodios de *CSI Miami* necesita ver una?

Hacía una tarde soleada en Chicago; la primavera empezaba a hacerse notar, y la ciudad estaba volviendo visiblemente a la vida. Jerry acababa de regresar de un «viaje de negocios» a Nueva York (o quizá fuera una «visita» a sus padres en la cercana Connecticut, por los que hasta entonces no había demostrado el menor interés) y me miró como si fuera la primera vez que me veía. Había algo en su escrutinio que iba más allá de la vergüenza y la inquietud. ¿Culpabilidad? ¿Remordimientos? Fuese lo que fuese, su tono era más suave de lo que había sido últimamente. «Estás deprimida. Yo también. Aquí estamos atrapados por la rutina. Necesitamos nuevas fuentes de inspiración. Tenemos que marcharnos de Chicago».

«¡No pienso irme a vivir a Nueva York!».

«¿Quién ha dicho nada sobre Nueva York? Nena, el rollo este de Melanie está todo en tu cabeza», intentó asegurarme preventivamente. «No, a Nueva York que le den. A donde hay que ir es a Miami. Cualquier fotógrafo que se respete», empezó, antes de corregirse, «cualquier *artista* que se respete va allí; por la luz».

Yo no tenía ningún interés en marcharme de Chicago; me encantaba la ciudad y había llegado a considerarla mi hogar, pero Jerry insistió. Y sabía que así no podíamos seguir; al menos si dejábamos la ciudad parecería que hacíamos *algo*. Así que condujimos hacia el sur, con el coche de Jerry remolcado por un camión de mudanzas U-Haul. Fuimos variando de panorama alternando entre hoteles de lujo y en moteles sórdidos en los que cada habitación tenía aspecto de tener una historia terrible que relatar. Llegamos a Miami Beach en el momento justo en que el sol desaparecía tras los rascacielos del centro. Cuando llegamos a Ocean Drive, nos asaltó la furiosa aspereza del neón gritándonos a la cara

¡Que empiece la fiesta!

Nos dirigimos hacia un hotel art déco que había en Collins Avenue, y nos metimos en el parking, que estaba lleno de minúsculos guijarros blancos

incrustados en el cemento. El interior del hotel desmentía la promesa de su fachada: un montón de habitaciones funcionales con los suelos cubiertos de linóleo y ventanas ocultas por cortinas harapientas. La nuestra daba a un callejón y a otro parking. No es que nos quedáramos allí mucho rato; nos fuimos inmediatamente a los bares, clubs nocturnos y galerías de South Beach. Al principio fue maravilloso. Parecía ser la gran aventura que necesitábamos para rehacer nuestra relación. Decidimos que eso era lo que queríamos y nos pusimos a buscar casa. Yo suscribí una hipoteca por el local de la 46th Street, que tenía un gran espacio de taller independiente en la parte de atrás. Decidí convertirlo en mi estudio al instante. Eso me llevó mucho tiempo y consumió muchas energías. Empecé a perder peso.

Había planeado trabajar con metal además de con plástico, así que necesitaba equipo de soldadura, aparte de un horno, un secadero de pieles y un espacio donde guardar las herramientas y bancos de trabajo. También era fundamental que, como consecuencia de la proximidad de materiales inflamables, fuera todo ignífugo, y que tuviera un sistema de extracción como está mandado debido a los productos químicos y resinas que iba a utilizar.

Mi mayor compra, sin embargo, fue un gran incinerador Phoenix de acero inoxidable diseñado para eliminar carcasas de animales. Aquel modelo era a la vez muy eficiente y de manejo sencillo. A diferencia de otros incineradores, solamente tenía una cámara, pues funcionaba a temperaturas extremadamente elevadas. Te podías limitar a meter la carcasa dentro, encenderlo y marcharte sin tener que controlar los niveles de calor. Hasta tenía una portezuela de inspección para poder comprobar cuándo la carcasa había quedado reducida a cenizas. Y dentro cabía hasta un perro de tamaño medio.

Inspirada por Germaine Richier, disfrutaba de haberme pasado a la escultura, y estaba encantada con mi nuevo espacio. El taller se convirtió en mi refugio. Parecía que el trasplante me estaba sentando bien, al menos desde el punto de vista creativo. Jerry estaba siempre fuera bebiendo («haciendo contactos», decía él) y, quién sabe, puede que follando. Pero a aquellas alturas apenas me importaba. Mi verdadera pasión era mi trabajo. Hice mi primera exposición en una galería próxima a Wynwood. Pese a que muchos de los críticos seguían mostrándose desdeñosos, las piezas 3D más pequeñas que producía eran todavía más populares entre los coleccionistas que las pinturas. Me iba bien: trabajaba duro y perdía peso, ya que había abandonado el hábito de gratificarme con comida.

Jerry me dijo que estaba desesperado por exponer las fotos que había hecho de mí. Antes puede que hubiera accedido, pero mi confianza había aumentado debido al éxito de mis esculturas y la validación como artista que me habían aportado. También sabía que su presunto proyecto era un intento superficial y lamentable de aprovecharse de mi fama y que de paso me humillaría. Me negué en redondo y le dije que estaba loco. Él no dejó de insistirme, y se enfurecía más con cada negativa, hasta el punto de que empecé a temer por cómo pudiera reaccionar. Jerry era fuerte y físicamente imponente; había practicado lucha libre y esgrima, y entrenaba regularmente con pesas. Discutimos, y me cruzó la cara de

una bofetada. El tiempo se detuvo. No podía sentir otra cosa que la palpitación continua de mi mejilla. Eso y el latido de mi corazón. Jerry ni siquiera hizo ademán de disculparse. A continuación empaquetó sus cosas, y lo más extraño fue que yo le supliqué que se quedara, pese a que sabía que, tras aquella bofetada, habíamos terminado. Dijo que tenía que ir a Nueva York porque necesitaba «tiempo para pensar y organizar su exposición». Su tono taciturno y desilusionado apuntaba a que se estaba comportando como si la maltratadora fuera yo.

Le observé mientras cargaba el coche y se marchaba. Hacía una noche tormentosa; el aire tórrido sabía a polvo y el viento seco hacía que el pelo me azotase los ojos. Estaba a la vez aterrada y aliviada de que se marchara. Había acabado cogiéndole miedo, miedo a lo que pudiera hacerme. Y no obstante no podía concebir lo que sería de mi vida sin él. Todo lo que alguna vez había imaginado acerca de mí misma se esfumó cuando cerró de golpe por última vez la puerta del coche y puso el motor en marcha.

Así que se quedó en Nueva York, y ella —Melanie— intentó lograr que expusieran sus historias en la galería GoToIt. Dale que te pego tratando de colocar sus fotos estereotipadas de los sin techo del centro de Chicago. Me llamaba la mayoría de los fines de semana, normalmente desde un bar cuando iba borracho. Entre intentos de hostigarme para que firmase un «contrato» que me había enviado, y que le permitiera exponer aquellas horribles fotografías, actuaba como si todo hubiera sido culpa mía. «Nunca quieres salir y disfrutar de la vida. Has vuelto a ser la gorda aburrida de Potters Prairie que eras cuando te conocí. Yo lo hice lo mejor que pude. Pero supongo que cada cual es como es», rumiaba, fingiéndose triste, pero en realidad siendo burlón y despectivo.

Sus palabras me iban socavando interiormente. Yo seguía intentando sobreponerme, pero no dejaban de reverberar en mi cabeza. Era como un interruptor que no podía apagar.

Y mamá no paraba de enviarme comida. Siempre lo había hecho. Sus bizcochos de chocolate, tartas y pasteles, envueltos en paquetes envasados al vacío, llegaban dentro de una caja cada semana, en ocasiones dos veces por semana. En Chicago, en el loft, simplemente los ponía a la vista, donde los demás ocupantes o nuestro constante trasiego de visitantes pudieran deleitarse a gusto con ellos. Aquí, sola en la casa de 46th Street, eran todos míos. Antes simplemente los había arrojado a la basura con sentimiento de culpa o había dejado que se pusieran rancios, pero ahora empecé a gratificarme de nuevo con ellos. Cuando me daba el subidón del azúcar o me sentía reconfortada y saciada, no podía oír la voz de Jerry. *La voz de la desaprobación*.

Recuperé el peso perdido, y artísticamente me estanqué. Era capaz de colocar una masa de arcilla sobre una rueda, pero no de darle forma. No paraba de cagarla con las soldaduras. Tenía el tacto y la vista desincronizados. Los moldes no acababan de cuajar del todo bien. Pagué mi frustración con los suministradores, criticando la calidad de los materiales que me enviaban. Como era de esperar, cesaron de suministrármelos.

Entonces Jerry me dijo que había optado por quedarse en Nueva York una temporada, porque era más «vital» y «real» que Miami. En realidad, me había

dejado por Melanie Clement, la hija inmensamente privilegiada de un acaudalado financiero y su esposa diseñadora de moda. GoToIt, la galería chic de Melanie, llevaba un espacio en TriBeCa y otro en los Hamptons. Oí que iba a abrir un tercer espacio en Brooklyn, que prometía ser «un nuevo entorno de vanguardia para artistas más estimulantes». Di por hecho que este era el nicho en el que Jerry intentaba desesperadamente meterse a presión.

Pues sí, y aún tuvo la cara dura de seguir atosigándome para que firmase una autorización para exponer las fotografías que me hizo en la galería de Melanie.

Yo me seguí negando.

Él dejó de llamar.

Cada vez estaba más gorda y más deprimida. No podía comprender cómo había pasado desde Chicago —donde me sentía realizada y donde tenía éxito y pareja— hasta esta existencia solitaria y humillante en Miami. Estaba tan desesperada que volví a Potters Prairie para hacer una pausa, y pesando más de noventa kilos. Papá apenas pareció fijarse. En realidad solamente hablaba de su trabajo, en general para quejarse de que los de Menard's lo estaban arruinando. Mamá, en cambio, parecía contenta. «Antes pensaba que te habías vuelto anoréxica», decía poniéndome delante otra tajada de tarta. «¡Estaba preocupadísima!».

Pero no todo fue una pérdida de tiempo. Me había matriculado para otro curso de taxidermia con un instructor experimentado que daba clases individuales. Kenny Saunderson era un tipo maniático que se alimentaba a base de café y fumaba un pitillo tras otro. Era un taxidermista asombroso, especializado en aves acuáticas, y en tiempos había sido campeón del mundo de esta categoría. Yo admiraba su habilidad para eviscerar, limpiar, embalsamar y reconstruir cisnes, patos y gansos muertos y devolverles de algún modo su belleza previa. No me daba miedo ensuciarme las manos. Eran los únicos momentos en los que me sentía yo misma.

Sin embargo, la mayor parte del tiempo lo pasaba tumbada en el sofá con mamá y una bolsa gigante de Doritos viendo telebasura. Caí en la depresión todavía más rápidamente que en Miami. ¿Cómo podía vivir así la gente? Quería marcharme, pero me sentía incapaz de enfrentarme a Miami de inmediato; volví en coche a lo que ahora consideraba mi hogar: Chicago.

Regresé al West Loop. El edificio que albergaba la Blue Gallery estaba siendo reformado para convertirlo en un bloque de apartamentos. Lo único que quedaba de Blue era el sitio web. Pese a que la mayoría de mis amigos se habían marchado, Kim seguía allí, trabajando para una agencia de publicidad del centro, y me quedé con ella en su piso de Wicker Park un tiempo. Fue estupendo salir por ahí, ver las torres del centro y acudir a los bares del barrio, como Quenchers y el Mutiny, oír el turbulento repiqueteo metálico y barítono del tren elevado sobre mi cabeza. Pero no me podía quedar, porque tenía que intentar reanudar mis trabajos. Pese a que llevaba algún tiempo sin hacer nada, echaba de menos mi estudio y me fui otra vez para Miami.

Con la intención de seguir con mi formación como taxidermista, encontré otro tutor allí. El paréntesis que me había tomado no me había revigorizado

precisamente, pero al menos intentaba trabajar, tanto sobre mamíferos pequeños como grandes. Davis Reiner era un hombre alto con expresión abatida y tos de fumador. Su cuerpo magro y los carrillos morenos y caídos que pendían a ambos lados de su rostro arrugado, me recordaban a un gran danés amigable. Pese a que era mucho mayor que yo, me sentía sola y alentada por su amabilidad, y me acosté con él. Como muchos taxidermistas, tenía las manos ásperas y pesadas de quienes se ganan la vida trabajando, pero eran sumamente hábiles cuando se trataba de las medidas más intrincadas. Apenas me importaba la carne suelta de su cuello de pavo entrando en contacto con mi pecho, ni sus ojos vidriosos pero a la vez duros como el pedernal, llenos de feroz deseo. Puede que fuera viejo y un poco repelente, pero aquel tío *quería* follar conmigo.

Sin embargo, las atenciones de Davis no hicieron que dejara de comer. Comía y comía y comía. Jerry empezó a llamarme de nuevo. En un momento dado podía decirme que no valía nada, y al siguiente suplicarme que le dejase exponer las fotografías. Me avergonzaba y me humillaba el control que tenía sobre mí. Destrozada, le dije que me enviara el contrato. Que lo firmaría. Estaba confusa y deprimida. Dejé de acostarme con Davis y dejé de asistir a clase. Me quedaba en casa, incapaz de trabajar: comiendo, viendo la tele y contemplando cómo las paredes se iban cerrando sobre mí.

Aquella noche, cuando iba conduciendo por ahí pensando en parar el coche en el puente elevado Julia Tuttle, bajar, abrirme paso por el escarpado sotobosque, escalar la balaustrada y dejarme caer a las frías y oscuras aguas de la bahía, la cosa llegó a su cénit. Parecía la única salida. No podía haber otra salvación. No había salido a conducir sin rumbo y nada más. Había dejado una breve nota dentro de una bolsa resellable que había metido dentro del bolsillo del ridículo chándal rosa que llevaba para parecer «despreocupada». En mayúsculas, había garabateado estas palabras:

ESTO NO ES LO BASTANTE BUENO.

Lo embarazoso es que me había quedado enganchada en unos pinchos y me costó un rato soltarme. Además, era demasiado pequeña y gorda para rebasar la barrera con facilidad. Pronto empecé a llorar de frustración y rabia mientras intentaba izarme por encima, gritando llena de odio bajo una lluvia torrencial que era una inútil hasta el fin. Entonces oí el rechinar de frenos de la autopista y vi luces por todas partes. Cogí mi teléfono y llamé a la policía. Luego oí los disparos. Vi a Lucy bajar del coche y vi la mirada aterrada del hombre que llamaba a su ventanilla. Entonces apareció el pistolero. Pasó por delante de Lucy sin prestarle atención ni detenerse. Entonces ella lo pateó y cayó. Me aproximé más y la filmé sentada sobre él a horcajadas. Cuando el hombre se meó dejé de grabar.

Lucy.

Me la imagino haciendo footing por Lummus Park, con el pelo recogido en una coleta sobria, sus magníficos pechos botando (aunque en realidad nunca lo hicieran, asegurados como estaban por un inflexible sujetador deportivo) y un rostro que emana determinación fría e implacable.

¿Quién es? ¿Por qué le importo? ¿Cuál es la patología que la mueve, del

mismo modo que mi subconsciente me impulsa a mí, con su necesidad de ser dominado, de acatar órdenes y de ser manipulado? Mi baja autoestima me lleva a considerar todos los cumplidos y elogios como otras tantas trampas. Pero así soy yo; ¿qué pasa *con ella*?

¿Es a mí a quien intento comprender o a ella? ¿Somos opuestas o somos gemelas, igual que las chicas de Arkansas?

Estamos atrincheradas en nuestras respectivas posiciones acerca de la operación de las gemelas siamesas Wilks. Lucy está a favor de la separación quirúrgica y yo estoy en contra. Ella dice que con un cuarenta por ciento de posibilidades vale la pena que Amy se arriesgue, y que es decisión suya. Pero yo sé que Amy ha sido avasallada por Annabel para que acepte. También sé que las posibilidades no se aproximan ni remotamente al cuarenta por ciento. Creo a los demás expertos, no al niño bonito que va tras el renombre derivado de llevar a cabo una intervención televisada en directo.

¿Y qué pasa con mi aberrante «hermana», mi «gemela»? ¿Qué quiere de mí esa magnífica zorra atormentada? Lucy, Lucy, Lucy. Empiezan a perfilarse las grietas. Tengo que mantenerte fuerte. Seguir alentándote. Porque todo esto va a valer muchísimo la pena. De verdad necesitamos descubrir exactamente quiénes somos. Ya es hora.

Cojo ese fragmento de jabón, el que utilicé para limpiarme la sangre y las heces de la cara, de su escondrijo oculto en el bolsillo del pantalón de chándal. También llevo ahí el pelo de la esposa, que he estado arrancando discretamente. Me aplico el jabón en la muñeca, tiro y empujo, y vuelvo a tirar. La mano se me pone un poco pálida, pero me asombra la facilidad con la que logro sacármela. Siento una punzada de temor. Vuelvo a meter la mano dentro, la miro y meneo el grillete como una pulsera mientras mi pulso regresa lentamente a la normalidad. Entonces empiezo a reírme.

Fuera-dentro. Fuera-dentro.

Me duele el cuerpo de placer y luego me tiembla de miedo enfermizo cuando atravieso la habitación, moviéndome con precaución y sigilo a lo largo de ese formidable espacio, como si cada paso que doy pudiera detonar una mina antipersona. Noto cómo mi brazo libre, liberado del peso del grillete, casi se eleva hacia el techo por voluntad propia. Me vuelvo para mirar la cadena, tirada en el suelo de madera como una serpiente muerta. Me acerco al pilar de sustentación. Le doy una patada. Lo beso. Giro alegremente alrededor de él como una cría en un parque.

Voy al cuarto de baño. ¡Qué bien poder mear y cagar con apoyo! Al entrar en la ducha —una ducha *caliente*— noto cómo los chorros de agua hacen saltar capas de sudor y mugre, igual que si fuera grasa lo que se estuviera yéndose por el desagüe. Cuando termino, me contemplo desnuda en el espejo: tengo el cuerpo tan magro y tonificado que casi estoy esperando que una gordita aparezca atropelladamente en el reflejo y expulse de la imagen a este extraño elfo. Mis músculos marcados, que han reemplazado a la grasa blanda, me dejan atónita. Ante todo, mi cuello me parece increíble. Es como de cisne: ¡nunca había tenido un cuello así!

En la cocina, sobre la encimera, está mi bolso junto al móvil y las tarjetas de crédito. Extraigo hábilmente una tarjeta de la cartera, dejando todo lo demás como estaba. Vuelvo a la habitación que ha estado utilizando Lucy, y encuentro un pantalón de chándal y un top. Me visto, bajo en el ascensor y salgo a la calle cálida y desierta, caminando nerviosamente por la acera. En el exterior todo resulta muy extraño. Al principio me da miedo mi propia sombra, y me abruma una sensación de que el peligro me acecha tras cada esquina. Pero entonces veo que mi sombra es mucho más delgada y me encantan los vistazos de refilón de mi reflejo. Entorno los ojos al levantar la vista para mirar a la torre vidriosa y verde, y trato de contar las plantas que hay hasta llegar a mi prisión. Cuarenta.

Caminando durante un rato, paso por delante de un bar lleno de gente a la que veo a través de la gran ventana de cristal laminado. Van todos disfrazados y están tomando cervezas y chupitos. Mi mirada se topa con la de uno de los hombres que hay dentro, que me señala beodamente a dos chicas con máscaras de lentejuelas a la vez que estalla en carcajadas silenciosas.

Me paso por Bayside, donde me fijo en la gente que hay en los bares y restaurantes, todos comiendo y bebiendo basura que no tiene el menor interés para mí. Paro un taxi y le pido al conductor parlanchín que me lleve al centro comercial más próximo para poder comprar algunos artículos importantes. Me mira como si fuera otra de las visitantes temporales de Miami. «Parece que las cosas pintan bien para los Heat», dice. «Anoche LeBron estuvo que se salía».

No sé de qué habla pero le doy la razón como a los locos, y me quedo atónita al oír el sonido de mi voz: extraña, más aguda y más veloz de lo que la recordaba, como si cada palabra fuera una mariposa revoloteando justamente fuera de mi alcance.

Hago mis compras en el centro y después, ansiosa por regresar antes de que aparezca Lucy, vuelvo al piso.

Regreso a mi reconfortante prisión.

46. GRILLETES VACÍOS

Es el primer cadáver que veo. Ya ceroso y convertido en algo que no es del todo humano. Un pequeño lago en forma de riñón brotando de él. Empiezo a llorar, con la garganta hinchada por una mezcla inestable de emociones. Pienso en cómo debió de ser Jerry de niño. Veo a un niño pequeño, lleno de asombro ante el mundo, y me pregunto cómo llegó a convertirse en semejante gilipollas. ¿Y adónde le condujo? A convertirse en un montón de carne y huesos odiado y aborrecido cuando todavía era joven, y a morir antes de tiempo, sin que se pudriera solo porque el aire acondicionado lo evitó.

Dada mi parálisis, la única iniciativa que se me ocurre es volver en coche al piso. Soltar a Lena y contárselo todo sobre Jerry, enseñarle el cuaderno, las fotos y los negativos. Me produce escalofríos, pero el relato chorra de papá resultó ser profético. Es cierto, soy una asesina. Vale, fue en defensa propia, pero necesito el respaldo de Lena o voy a estar a dieta de coños sin plástico durante los próximos veinte años; posiblemente sea una asesina por partida doble; a saber en qué puto estado he dejado a Winter. Y lo que todo eso quiere decir ahora es que estoy a merced de mi rehén.

Defensa propia. No paro de repetirlo una y otra vez mientras salgo a la luz moteada y me subo al Caddy moviéndome como una autómata. Oigo ruidos —débiles pero agudos e insistentes— procedentes de una fuente que solo puedo ser yo, pero que suena como alguien cuchicheándome al oído.

Defensa propia. Aunque a otro nivel, sé que me estoy mintiendo a mí misma; a liquidar a ese gilipollas de Jerry estaba destinada desde hacía años. Ya conocía a ese capullo de antes, o al menos otras versiones de él. Ese hijo de puta iba a convertirse en historia en cuanto me contrariara, y ahora tendré que pagar por ello.

Me froto los ojos. El denso cielo nocturno está iluminado por dos estrellas relucientes. Las luces de los coches que me rodean brillan tenues entre la oscuridad moteada. Paso por mi apartamento para recoger algo y luego vuelvo a estar al otro lado del centro. Estoy hecha un puto asco y las manos me tiemblan sobre el volante. Intentando girar en el último minuto, casi me estrello contra un descapotable en una encrucijada. Un conductor, un tío elegante vestido de traje y con un panamá, hace sonar el claxon. «¡Rayos y centellas!», grita mientras se toca repetidamente la sien con el dedo índice. «¡Por favor, señora, mantenga los ojos en la carretera! ¡Gracias! ¡Buenos días!».

¡Cuando entro en el piso, la hija de puta de Sorenson ha desaparecido! Los grilletes vacíos están ahí, unidos al extremo de la cadena. Entonces la oigo de repente, enredando en la cocina. Doy por hecho que llevará un cuchillo en la mano y que me atacará con él. Ni siquiera tengo miedo; si ese es mi destino me someteré a él; ahora estoy demasiado quebrantada para adoptar una posición defensiva. Que haga lo que quiera. Quizá la policía ya esté en camino, después de que la haya llamado mi exprisionera. En cualquier caso, estoy completamente jodida. Pero cuando Lena aparece, se limita a saludarme con la mano y subirse a la cinta.

«No te preocupes por mí, Lucy, hoy tengo que bajar otras cincuenta calorías».

«Te has… Te has escapado», digo con incredulidad mientras pone la máquina en marcha y empieza a trotar. «¿Cómo?… ¿Cuándo…?».

«La primera vez que logré quitarme los grilletes fue anteayer. Mis muñecas…, peso cincuenta y nueve kilos, Lucy», dice embobada de placer a la vez que sube los controles de velocidad. «¡No había pesado eso desde mi segundo año en el Art Institute!».

«Tienes un aspecto estupendo», le digo a la vez que siento que se me llenan los ojos de lágrimas. La estoy viendo por primera vez como es en realidad. *Ya no* está gorda. «Po… podrías haberte escapado antes…».

«¿Y por qué iba a hacerlo, vistos los resultados?», dice con una sonrisa de oreja a oreja. «Por supuesto que también tenía ganas de matarte», añade riéndose un poco, aguantando la respiración y manteniendo el ritmo, «¡pero en lugar de eso salí a comprar champán! Al principio resultó raro y escalofriante salir a la calle…, preciosa puta chalada», dice con una sonrisa y levantándose la camiseta sin mangas para mostrarme una tripa tan drásticamente reducida que prácticamente ha desaparecido, «¡pero la verdad es que los medios justifican los fines!».

Joder, no me lo puedo creer. «Guau…, no sé qué decir, ¡creí que me odiabas! ¡Creí que acudirías directamente a la policía!».

«¿Cómo podría haberlo hecho?», dice sacudiendo la cabeza. «¡Me salvaste la vida! Tengo que reconocer que hubo momentos en que te deseé la muerte, pero estaba en pleno mono. Ahora veo lo que has hecho, lo que me has dado…».

«Lo que TÚ te has dado a ti misma», digo yo con voz entrecortada, «… pero, Lena, escucha, tengo algo que contarte…».

«Lo que tú me has *permitido* hacer», me corta. «Me has devuelto *a mí* misma. Te lo agradezco desde lo más hondo de mi corazón…», dice echando una ojeada al monitor de la cinta, «… y cincuentaaa…».

Apaga la máquina, se baja y se dirige a la cocina. Yo la sigo, estupefacta, con todos esos pensamientos e imágenes agolpándose en mi cerebro. Me la encuentro sirviendo dos copas de champán. «Lena, tenemos que hablar, ha pasado algo…».

«No, primero bebamos». Se vuelve hacia mí y dice enérgicamente: «Después de lo que he tenido que pasar, concédeme *un puto respiro* antes de venirme con más mierda *tuya*. ¡Joder!».

¿Qué puedo decir? La verdad es que se merece este momento y mucho más. Más que yo, desde luego, así que la sigo de nuevo, esta vez al cuarto de estar. «Salud», digo en tono lúgubre, llevándome la copa de Cuvée a los labios y pensando en Jerry tendido en la alfombra rodeado de un charco de sangre. Echo un largo trago.

«Tú me has convertido en lo que soy», dice Lena, «al obligarme a afrontar quién era. Lo que los demás me quitaron…». Pero apenas la oigo porque la mierda esta se me sube directamente a la cabeza, me siento completamente aturdida y me pesan muchísimo los brazos y las piernas. «… tú me lo devolviste…».

«Devolví…», repito, entumecida y atontada, consciente de que Lena Sorenson me está mirando con una sonrisa de idiota.

«Pero eres una cabrona malvada y hay que castigarte», añade mientras me siento en el colchón y me hundo en él. Y soy incapaz de oponer resistencia cuando me esposa.

Vuelvo a estar en segundo de bachillerato, corriendo en un certamen de atletismo contra Sally Ford, la competidora más veloz. Siempre fui la número dos. Veía el rostro colorado de mi padre, alentándome mentalmente, y estuve a punto de ganarle. A punto. Fue lo más que llegué a acercarme a esa zorra.

Durante el viaje en coche a casa, papá permaneció en silencio. «He estado a punto de ganarle», supliqué yo.

«"A punto de" no vale. Dejaste que esa criaja creída volviera a ganarte». Sacudió la cabeza. «Pero no lo puedes remediar. Solo eres una niña».

A continuación se me aparece Clint Austin sonriéndome en clase y preguntándome si nos íbamos a dar el filete. Le dije que a lo mejor. Pero entonces, cuando él y sus amigos me rodearon en el parque, me quedé de piedra. Después me besó y me metió la lengua en la boca. Luego me llevó a los arbustos que había junto al árbol, a un sitio grande donde las parejas se sobaban y se metían mano, una cueva poco menos que oculta formada por ramas colgantes y matorrales espesos, pero entonces llamó a gritos a sus amigos. «Queremos verte el coño», dijo, y de repente me encontré tirada en el suelo con ellos agarrándome, sujetándome y arrancándome la ropa, con Clint encima de mí y dentro de mí. No me resistí; no protesté. Estaba decidida a no ser una niña, como había dicho papá, a no llorar y mostrarme débil ni suplicar. Simplemente me quedé allí tirada, en trance, y le dejé hacer. Cerré los ojos. Clavé las uñas y los dedos en el suelo que tenía debajo mientras notaba una sensación de ardor entre las piernas. Entonces el resto de ellos se dispersó como moscas, y Clint desapareció de encima de mí y vi el rostro de papá mirándome desde arriba. Olvidé el dolor que sentía entre las piernas, y me levanté y me subí las bragas y me alisé la falda. No quería decirle que me habían violado, que me había intimidado un psicópata y su pandilla, y que no había podido o querido hacerles frente, como habría hecho una Brennan auténtica. Que seguramente me habrían violado en grupo los demás de no ser porque él me había encontrado en ese momento. No, prefería que me considerara una guarra que una cobarde y una débil, o incluso una niña: esa habría sido la mayor vergüenza.

Después de eso di clases de taekwondo, kickboxing y karate. Quería demostrarles a todos que nunca más iba a tener miedo, que nunca jamás volvería a quedarme paralizada de esa forma. Que yo podía hacer cualquier puta cosa que pudieran hacer ellos. Que podía hacerles daño a esos hijos de puta, que podía someterlos…

… Parpadeo y cobro conciencia difusamente mientras un equipo de obreros de la construcción en miniatura pone los cimientos de otra farmacia Walgreens dentro de mi cabeza. Lena Sorenson me mira desde arriba. Hay un surtido de comida rápida de McDonald's y Taco Bell en bolsas repartidas en el suelo junto a los dos cubos. «El juego es parecido pero las reglas son ligeramente distintas», me explica, pero tengo la garganta demasiado seca para poder protestar. «Vas a estar aquí dentro hasta que peses noventa kilos. Es factible: tres mil quinientas calorías

al día equivale a doscientos veinte gramos de grasa. Si te pones las botas deberías salir de aquí en un santiamén. Tengo Coca-Cola y patatas fritas para que tomes tentempiés, y latas de cerveza y cajas de vino…».

Me fijo en las bolsas que está colocando delante de mí. Tengo la boca muy seca. No hay agua, así que cojo una lata de Coca-Cola. Me sabe a ácido de batería en la boca y la garganta, y es aún más corrosiva cuando me llega a las tripas, pero me ayuda a encontrar mi voz. «Lena, entiendo por qué quizá pienses que quieres hacer esto, pero tienes que escucharme…, en tu casa…».

«¡Cierra la boca, puta psicópata fascista! ¡Se acabó lo de escucharte yo a ti! ¡Esta es la parte en la que *tú* me escuchas a *mí*, coño!», grita. «¡Te voy a rellenar como una jodida oca francesa! ¡Noventa kilos! ¡Saldrás de aquí cuando llegues a esa cifra en esa maldita báscula!».

Sumida en el pánico, me incorporo hasta sentarme. «¡Mi madre ha vuelto! ¡Pronto vendrá por aquí!».

«Dijiste que teníamos otras dos semanas, puta zorra menti…», se interrumpe. «¡Puta mentirosa!».

De hecho tenemos más; se van a Tel Aviv mañana por la mañana. Me siento y me fijo en la mierda que tengo delante. Echo un vistazo y veo mi iPhone encima de la mesa, con la app de Lifemap.

«Es…, hay algo que tengo que contarte…».

«He dicho que se acabó lo de que tú…».

«¡ES JERRY! ¡LO HE MATADO, JODER!».

Me mira con expresión de incredulidad. «No seas estúpida, ¿cómo ibas a matar a Jerry? Está en Nueva York…».

«Está en tu alfombra con el cráneo hundido».

«¡Estás realmente loca, joder!», se ríe Lena a carcajadas, pero algo en su mirada me dice que sabe que no le estoy vacilando.

«No, no…, escucha», insisto mientras me dan convulsiones y me esfuerzo por respirar.

Lena se queda boquiabierta y con los ojos encendidos como brasas.

«Me pasé por tu casa para comprobar el correo y estaba esperando fuera. Estaba confundida, había discutido con mi padre y no pensé con claridad…».

«A diferencia de tu manera de pensar racional habitual…», me interrumpe Lena con poco entusiasmo.

«Me engañó para que le dejara entrar. Estaba poniendo la casa patas arriba buscando algo que tenía yo», confieso sacudiendo la cabeza con gesto culpable. «En mi bolso hay una carta, un cuaderno y unas fotografías», digo indicando la silla con la cabeza.

Se acerca al bolso y saca el paquete. Mira las fotografías, lee la carta y empieza a explorar el cuaderno. Primero los ojos se le dilatan, luego se le ponen vidriosos y por último frunce el ceño. Se esfuerza por mantener el control de la respiración mientras se le dilatan las fosas nasales.

«Como ya he dicho, le dejé entrar. No pensaba con claridad. Entonces me di cuenta de lo que estaba haciendo e intenté echarle. ¡Se puso como loco, peleamos, y creí que me iba a matar! Me tenía inmovilizada y busqué con la mano

por detrás y le di con el hacha ornamental esa que mantienes afilada porque a veces la utilizas para trocear carcasas de animales…, ¡fue un accidente, Lena, te lo juro! ¡Intentaba protegerme, pero no quería matarlo!».

Sorenson sigue mirando las fotografías. Luego da media vuelta y se larga del piso.

«¡LEENAAA!».

Pero oigo cómo la puerta se cierra de golpe y ella desaparece. Yo me quedo contemplando lo último que voy a comer en esta vida que no va a ser rancho carcelario. Cojo uno de los Big Macs (450 calorías) y un paquete grande de patatas fritas (540) y empiezo a dar bocados, a masticar y a tragar, dejando que las toxinas del azúcar, la sal y los productos químicos recorran mi organismo, produciéndome una sensación vertiginosa, haciendo que quiera más…, entonces noto cómo algo se me revuelve por dentro al rechazar mi cuerpo esta mierda venenosa…

Miro al montón de vómito en el suelo delante de mí a través de unos ojos llorosos. Tengo que hacer esto. Es mi penitencia. Vuelvo a donde las bolsas y lo intento de nuevo. Esta vez pequeños mordiscos, notando cómo el subidón de azúcar y sal inunda todo mi cuerpo. Así que estoy comiendo y bebiendo excrementos químicos industriales mientras aguardo a que el sonido de lejanas sirenas policiales se aproxime y la poli venga y me lleve a compartir la misma suerte que McCandless y Balbosa. Luego, a medida que pasa el tiempo, me doy cuenta de que quizá las cosas salgan todavía peor; quizá una Sorenson desquiciada esté en la ferretería Home Depot haciendo acopio de herramientas eléctricas con las que torturarme y mutilarme, como hice yo con Winter, o incluso para destruirme, como hice con Jerry.

Estoy asustada y tiro del grillete, empujo el terco pilar y grito de rabia, miedo y frustración durante no sé cuánto rato. Lena está fuera durante siglos y afuera está oscuro como boca de lobo. Estoy encima del colchón, agotada de llorar, mirando fijamente al techo, flotando entre pensamientos horribles y sueños aterradores. Me siento abrumada por un dolor tan antiguo que podría haber crecido en el jardín del Edén. Entonces escucho el pavoroso chasquido del cerrojo de la puerta principal mientras aguardo el final de mi vida, o al menos de esta fase de ella. Casi ha amanecido cuando Lena reaparece con aspecto rendido y agotado y un saco de boxeo colgado sobre el hombro. «Lena…, ¿qué ha pasado?…, ¿qué has hecho? ¿Adónde has ido?».

«A casa. Tuve que pasarme por Home Depot a comprar unas herramientas nuevas».

Ay Dios mío, va a pasar…

«Lena, por favor…», le digo a la vez que reculo hacia el pilar de sustentación.

Ella sacude la cabeza mientras baja el saco. «No te voy a hacer daño», dice despectivamente, lo que me hace sentirme como una boba lamentable. «Lo he arreglado todo».

«¿Qué…?».

«He arreglado el puto marrón que dejaste».

«Pero…».

«Eso es todo lo que necesitas saber. Nunca más lo vamos a mencionar, ni a él tampoco, ¿entendido?».

«Pero…».

«Te he preguntado si lo has entendido».

«¡Sí, claro! Pero, por Dios, Lena…, es… estoy en deuda contigo…».

«Que te cagas», salta ella mientras mete la mano en el saco y extrae una caja llena de productos de bollería calentitos recién hechos que me tira al regazo. «¡Ahora come!».

47. CONTACTO 18

Para: lenadiannesorenson@thebluegallery.com
De: mollyrennesorenson@gmail.com
Asunto: Cosas que necesito decir

Lena, cariño:

Nunca te dijimos lo orgullosos que estábamos de ti cuando te admitieron en el Art Institute y luego cuando presentaste tu primera exposición siendo todavía una estudiante. Tu padre más que nadie. Le cuenta a todo el mundo en la ferretería y en la iglesia lo famosa y dotada de talento que es su hija. Igual que yo. Sé que todavía guarda aquel artículo del *Star Tribune* porque de vez en cuando le veo sacárselo del bolsillo y echarle un vistazo.

¿Por qué siempre somos tan discretos y tenemos tanto sentido de culpa cuando se trata de orgullo?

¿Por qué podemos contarle esas cosas a otra gente pero no los unos a los otros?

Tienes muchísima razón, Lena; todo eso que dijiste fue duro, incluso cruel, pero había que decirlo. Lo único que realmente tenemos en esta vida somos los unos a los otros, y realmente deberíamos brindarles a nuestros seres queridos nuestro aprecio y nuestro apoyo.

De manera que estoy intentando seguir tu plan, aunque lo de la fruta y las verduras cuesta más de lo que crees: ¡esto es Minnesota, no Florida! ¡Lo más importante es la noticia de que he dejado de hacer tartas y pasteles! He estado leyendo por internet sobre la harina y sus malas cualidades.

Siempre quise aprender un idioma y pensé: nunca es demasiado tarde. Así que he empezado a ir a clases de español para principiantes en la universidad comunitaria. ¡Así que cuando vaya a visitarte a Miami estaré *hablo española*[44]!

Al margen de cualquier cosa por la que pasemos, eres nuestro portento y te queremos.

Con mucho cariño,

Mamá xxxx

48. DE UN MODO U OTRO

El cansancio me llega hasta el último de mis nervios y huesos. No obstante, también una oleada de euforia me da ánimos. Mi trabajo, que es mi destino, va muy bien. Para eso me pusieron en este planeta. Entro en el piso y voy directa hacia el dormitorio. Oigo los gritos de Lucy en el cuarto de estar. «¡Lena! ¿Por qué haces esto? ¡No tiene ningún sentido!».

He dejado de hablar con ella, porque me perturba. No me gusta oír esa voz de villano presuntuoso hollywoodiense que se me pone. ¿Quién podría tener tanto poder sobre otra persona y no sumirse en la arrogancia jactanciosa? En cuanto a ella, después de lo que me ha hecho pasar, ¡no entiendo por qué se molesta siquiera en intentar que me apiade de ella!

Por las noches se colaba en este dormitorio, con su colchón hinchable y su edredón fino. Sus libros; en su mayor parte de ciencia del deporte y repulsivos rollos de rendimiento-gestión. Unos cuantos artículos personales: bolso, maquillaje, ropa. Es verdad, aquí ella estaba casi tan prisionera como yo. Lo más asombroso, aparte del terrible marrón que dejó en casa y del que tuve que encargarme yo, fue la retahíla de correos electrónicos entre mi madre y «yo». El correo que siempre quise enviarle pero que nunca pude. Y que cambiaron mi relación con esa mujer, quizá para siempre.

Mientras voy probándome mis nuevas compras, me doy cuenta de que llevo puesto un sujetador y unas bragas a juego por primera vez en meses, muchos meses. ¡Qué pecado para una mujer soltera! El principal artículo de mi salida de compras me hace sentirme rara. Empiezo a caminar; resulta incomodísimo al principio; luego me relajo, recorro el pasillo y abro la puerta.

Lucy está ahí de pie, tirando impotente de la cadena. «¿Por qué?», pregunta en voz baja, prácticamente pestañeando con ojos enormes y manipuladores. «¿Por qué haces esto?».

Me acerco a ella. No parece reparar en mi incomodidad al caminar. La miro. «Bueno, la pregunta es: ¿por qué coño yo te importaba tanto como para llegar al extremo de hacerme esta putada y de acabar matando a mi puto exnovio?».

Lucy empieza a parpadear rápidamente, como si tuviera un temblor en el ojo. «¡Tú me importas! ¡Y ahora intentas castigarme! ¡Mírate!», exclama señalando mi torso con la mano esposada. «¡Eso te lo he dado yo!».

«Y ahora quiero que me digas por qué. Doy por supuesto que secuestrar a los clientes y tenerlos cautivos no es tu forma habitual de tratarlos, así que, ¿por qué yo? O me explicas eso o ganas noventa kilos. Tú eliges», le digo. «Cualquiera de los dos caminos a la libertad me vale».

«¡Subiré a noventa y estaré musculada y con cincuenta y seis en dos meses!», se burla.

Me acerco más. «Venga, cuéntame: ¿qué sacabas tú del secuestro?».

Da un paso atrás, pero no aparta sus ojos encendidos de los míos. «¿Qué vas a hacer conmigo?».

Estiro la mano y le aparto el pelo de la cara. Me mira con cara de curiosidad, como si se tratara de una afrenta, pero no me detiene. Así que me aproximo más a

ella y la rodeo con los brazos. «Esto es algo que llevo mucho mucho tiempo deseando hacer», le cuchicheo al oído, «pero no me sentía lo bastante digna», y entonces sello su boca con la mía y mientras ella responde, un lento y largo temblor recorre todo mi cuerpo.

«Quiero acariciarte», le digo.

«Sí», dice ella con una voz ronca como la de un borracho.

Así que deshago el cordón anudado del pantalón de chándal de Lucy, y tiro de él para que baje más allá de sus caderas antes de dejarlo deslizarse por sus muslos hasta acabar en los tobillos. Jadea intensamente mientras me arrodillo y me coloco entre sus piernas. No me pide que le quite las esposas mientras le bajo las bragas y separo los labios externos, embelesada por esos suaves rizos púbicos de color castaño, que resplandecen sobre su clítoris, relucientes de jugos y sudor. Tiro de sus caderas para guiarla hasta una posición reclinada en el suelo. Entonces me muevo sobre ella, introduciendo la lengua en su entrada, lamiendo hacia el norte como una máquina quitanieves de Chicago desde el coño empapado hasta el clítoris. El cuerpo de Lucy se estremece involuntariamente y estalla en un gemido. No puedo creer lo mojada que está mientras deslizo mi dedo en su interior y empiezo a lamer suavemente el duro nudo de su clítoris. Deslizo el dedo hacia dentro y hacia fuera, y aumentando tanto la velocidad de mi lengua en su clítoris como la del dedo follador hasta que emite un largo chillido. Noto cómo su mano descansa sobre mi cabeza con suavidad pero asegurándose de que cumpla con la tarea. Su coño tiene un sabor muy dulce, y de verdad que tengo ganas de calentar a esta odiosa zorra y hacerla suplicar, pero esa opción se vuelve inviable cuando me agarra el pelo con más fuerza y se corre entre espasmos de víctima de epilepsia jadeante y me rocía la cara con sus jugos.

Durante unos pocos segundos pienso que he cometido un terrible error, que vuelvo a ser suya, dado que su presa es tan fuerte y que su brazo fibroso y musculado emana fuerza, pero entonces sacude las caderas con una recuperación sorprendente, y otro gemido brota de sus pulmones y patalea y se retuerce como si estuviera muriendo antes de quedarse apaciguada y abrir los dedos para alivio de mi irritado cuero cabelludo. Apoyo la cabeza sobre la curva de su abdomen (jamás podría describírsela diciendo que tiene barriga) mientras me acaricia el pelo, y yo vuelvo a meterle dos dedos dentro profundamente, casi como quien no quiere la cosa, y con un par de caricias suaves más la recorre otro orgasmo. «Ay, Lena, cariño…».

49. DEVORAR O SER DEVORADO

Y tras unos pocos minutos de aturdimiento y postración, le pido a Lena Sorenson que vuelva a follarme con los dedos, que haga que me corra, y le cuento lo bien que me sienta, y dice: «Has sido una chica muy mala», y se aparta y veo su paquete: el consolador que lleva puesto sin que yo me haya dado cuenta siquiera. «Voy a meterte la polla en el coño y te voy a follar a lo bestia. ¿Te gusta la idea?».

«Sí», digo asintiendo con la cabeza y adelantando las caderas a la vez, expectante. Podría atraparla entre las piernas ahora mismo y estrangularla hasta dejarla inconsciente con la mano libre. Me excito solo de pensarlo, pero no lo voy a hacer, porque esto, un buen polvo, es lo que ansío más que ninguna otra cosa.

Lena hace exactamente lo prometido, metiendo la punta del consolador en mi húmedo coño y moviéndolo lentamente. Cuando lo ha metido entero, menea las caderas para batir mi coño con la polla. Los primeros golpes son lentos y suaves, y según va acariciándome por dentro me excito cada vez más. Mueve la polla dentro y fuera como un pistón; los golpes de Lena van aumentando su velocidad y su fuerza, hasta que me agarra del culo y me machaca a la vez que me mordisquea el cuello y me dice: «Era eso, para eso me querías aquí, para que pudiéramos jugar así… ¿no? ¡¿No?!».

Qué coño…

«Ay Dios, Lena, no pares…», suplico de lo bien que me sienta. Pero que muy bien. ¡A saber cómo habrá aprendido a usar el consolador! Mi ahíto coño está electrizado y todo mi cuerpo se estremece. «¡Haz que… haz que me corra, joder!».

Se detiene, metida hasta el fondo. Por un instante cesa todo movimiento; la oigo respirar, laboriosamente y al límite, y entonces se oye un ¡plop! cuando lo extrae súbitamente, arrancándome parte del alma con el mismo movimiento.

«No…, no pares…».

Me mira con una expresión cruel y me dice: «Qué zorra tan sexy eres, joder; sabía que lo estabas deseando». Y entonces se lanza de nuevo sobre mí, clavando esa potente polla de plástico en mi coño hambriento. Pero esta vez no hay movimiento de cadera alguno cuando me levanta de un tirón la camiseta y el sujetador y me deja los pechos al descubierto. Me manosea las tetas con fuerza, aplastándolas como un torpe estudiante de instituto desesperado por dejar de ser virgen. Después ahueca las manos y las junta con los ojos desorbitados de fascinación. «¿Quieres que te folle de verdad?».

«¡Sí! ¡Quiero correrme! ¡Haz que me corra, Lena!». Me retuerzo bajo su pierna para intentar hacer que me folle fuerte de nuevo.

Lena se limita a pellizcarme los pezones, arrancándome un aullido de dolor. «Creo que esto es lo que quieres. ¡Pero quiero que me supliques como la zorra que eres! ¡Suplica!».

«Lena…, por favor…, fóllame, no es broma…, necesito correrme, *de verdad* que lo necesito más que nada en el mundo…, ¡por favor, fóllame!».

Sonríe victoriosa antes de volver a machacarme con el consolador a la vez que me acaricia el clítoris con fuerza, haciendo pequeños círculos. Mientras agarro su culo con la mano libre y la mano esposada, me recorren las ondas sísmicas del

orgasmo. Mis caderas empujan hacia delante mientras le clavo las uñas en las carnes. Ella deja escapar un sonido gorjeante cuando también llega al orgasmo, y deja de follarme pero sigue metida dentro de mí. Nuestras caras están mejilla con mejilla, y nuestra respiración agitada va sosegándose hasta alcanzar un ritmo más relajado.

Ahora podría rodearla con cualquiera de los dos brazos, pero no me puedo mover ni quiero hacerlo. Incluso unos minutos (¿horas?, ¿días?) groguis después, cuando ella se está levantando y vistiendo, yo sigo inmovilizada. La oigo acercarse a una gran bolsa de papel de estraza llena de cajas de poliestireno. «Ahora come», dice Lena.

Ni siquiera puedo empezar a moverme. Estoy jodida y ahíta de sexo. Logro articular, casi como si soñara. «¿Qué fin…? ¿Qué fin tiene todo esto?».

«Yo tuve que aprender una lección. Y lo hice. Pero ahora tú también tienes que aprender otra».

Y levanto la vista y veo a Lena, y noto un velo de neblina lacrimosa sobre los ojos. Lo entiendo. Me levanto y mastico esa mierda llena de azúcar y grasas, rebosante de carbohidratos y calorías, y lo hago con amor y gratitud.

«Buena chica», me arrulla Lena.

Mientras me lo trago a la fuerza, de pronto Lena me quita la hamburguesa de la mano y la deja a un lado. Me abraza. No sé por qué. Entonces me doy cuenta de que es porque estaba temblando y llorando. «Suéltalo», me cuchichea. «Suéltalo todo».

La miro y le pregunto: «La tal Amy, la gemela, va a morir, ¿verdad?».

«Eso parece», responde, y enciende el televisor. El profesor Rex Convey está condenando la operación inminente como un acto de barbarie. «Es un asesinato, ni más ni menos. Los planes para filmar la intervención en televisión como una especie de *reality show* son nauseabundos y perversos. ¿En esto nos hemos convertido? ¿En gente que retransmite la ejecución médica de una joven mientras cantamos triunfalmente que la otra consigue llevar así una existencia normal?».

Lena sacude la cabeza y cambia de canal para ver un telediario. Varios comentaristas hablan de Guantánamo. De repente aparece una barra informativa parpadeando en la parte inferior de la pantalla:

OPERACIÓN DE LAS GEMELAS SIAMESAS CANCELADA… ANNABEL WILKS RENUNCIA…

Lena y yo nos miramos con perplejidad. La presentadora cara bótox interrumpe a un locutor que estaba hablando de terrorismo y dice: «Evidentemente, esto tendrá ramificaciones importantes para las libertades en este país. Pero tenemos que dejarlo aquí para ofrecerles una sensacional noticia de última hora sobre la evolución de la historia de las gemelas siamesas de Arkansas. Annabel y Amy Wilks son gemelas siamesas de dieciséis años, y, tras las diferencias surgidas entre ellas, acordaron someterse a un arriesgado procedimiento de separación tras el cual, según distintos expertos, las posibilidades de supervivencia de Amy estarían entre un cuarenta y un diez por ciento. Ahora Annabel, la gemela dominante, de la que cabía esperar que se recuperara completamente y llevara una vida normal, ha renunciado a la intervención, cuya realización estaba prevista

para dentro de unas semanas. Informa Antoinette Mellis desde Yellowtree County, Arkansas».

Pasan a un plano de un claro frondoso y la casa de los Wilks. Voz en off empalagosa: «Amy y Annabel Wilks son dos adolescentes normales, pero con una diferencia. Están literalmente unidas la una a la otra. Como todas las adolescentes, discuten y a veces se pelean, y decidieron, tras una riña en torno a un chico, que cada una se iría por su lado. Ahora Annabel, la gemela que tiene más posibilidades de llevar una vida normal, ha puesto punto final al peligroso procedimiento de separación».

Cortamos y pasamos a las chicas meciéndose en el columpio del porche. Annabel mira a Amy. «Preferiría que Amy estuviera conmigo todos los días de mi vida antes que no volver a verla nunca y ser eso que llaman “normal”. Dios nos hizo así, y estábamos destinadas a vivir juntas, no a morir por separado».

Amy mira a Annabel. «La quiero más de lo que puedo expresar en palabras».

«Ella me demostró que estaba dispuesta a morir para que yo pudiera llevar una vida normal», dice Annabel con lágrimas en los ojos mientras la cámara se acerca a ella en un primer plano, «pero para mí no existe la vida normal sin ella».

«Supongo que tuvimos que recordar que somos distintas», dice Amy. «Que no puede tratarse solo de una de las dos y alguien más».

«Tenía que tratarse de las dos», dice Annabel con un fulgor sereno en la mirada. «Yo la necesito a ella y ella me necesita a mí. No es fácil, y la vida es un gran misterio, pero hay algo que es indudable: para desentrañarlo vamos a hacer falta las dos».

Vuelvo a mirar a Lena. «Sí que necesito quedarme aquí un tiempo, ¿no?», le pregunto.

«Sí, así lo creo», dice ella.

III

TRANSFERENCIAS
Veintidós meses después

50. UN SUEÑO QUE COMPARTIR (CON ESOS A LOS QUE DE VERDAD LES IMPORTA)

El día de Acción de Gracias de ayer hizo un calor tan asfixiante —incluso después de ponerse el sol— que aunque nuestro hogar sea ateo-agnóstico, habríamos acogido un chaparrón refrescante con aleluyas. A pesar del aire acondicionado, podías sentir cómo la densa gravedad tiraba de tus huesos hacia el colchón. El cielo había retumbado y resonado amenazadoramente, sin cumplir con su estruendosa promesa, pero finalmente los cielos se abrieron por la noche. A mí no me molestaban ni los relámpagos, que hacían tomas de rayos X del dormitorio, ni el atronador ruido del crujir del aire, al menos directamente, pero noté cómo Lucy se retorcía bajo las sábanas húmedas y pegajosas, casi al ritmo de la brutal música de la naturaleza.

Hora de levantarse y robar unas pocas horas de sueño antes de que mamá y papá se levanten. Maldita sea, ¿por qué los viejos nunca duermen? Cuando pienso en ellos siempre lo hago con un intenso sentimiento de culpa: ¿cómo se puede querer a alguien a un nivel profundo con todas las fibras de tu ser, pero a la vez estar tan desesperada por no convertirte en uno de ellos?

Por suerte, ahora mismo Lucy duerme plácidamente, con la boca semiabierta y las fosas se le dilatan cada vez que toma aire. Cuando me incorporo, ella se vuelve hacia el espacio que he dejado vacante con un murmullo ligeramente hostil. Me he puesto el sujetador deportivo, una sedosa camisa sin mangas y unos pantalones cortos, y me he recogido el pelo, enhebrando la coleta por la abertura de una gorra de béisbol de los Twins.

Salgo sigilosamente a la calle y empiezo a patear el pavimento matutino, dirigiéndome hacia el sur, junto a la bahía, disfrutando de la brisa fresca sobre los brazos y los hombros antes de que salga ese sol agobiante. En el aire hay un olor a pavimento mojado, y brotan enredaderas de vapor de la acera.

Está bien que mis padres estén aquí conmigo, pero en Miami están completamente perdidos. Prácticamente tuve que comprarles a los dos un fondo de armario nuevo en cuanto llegaron. No creo que mi padre haya llevado un par de pantalones cortos en toda su vida. Mamá tiene mucho mejor aspecto después de haberse quitado unos cuantos puñeteros kilos de encima, aunque todavía le quede mucho trabajo por hacer. No siempre resulta fácil estar con ellos, pese a que tenemos una relación mejor que nunca, ¡y todo gracias a Lucy y sus correos! ¡Qué ironía!

Eso es lo que he aprendido de todos esos rollos raros de hace un par de años: no esquives los problemas, abórdalos de frente. Sin embargo, pese a que a veces mamá y papá me consumen mucho tiempo, estoy encantada de que el día de Acción de Gracias en casa de Tom y Mona transcurriera sin incidentes, y más después de los traumas del año pasado. Con el factor añadido de la presencia de mis padres, estaba preocupada, pero fue Lucy quien me dijo que me lo tomara con calma y que me estaba esforzando demasiado. ¡Juro que cada día nos parecemos más!

Dios, cómo me encanta salir a correr. Prácticamente no hay coches en la calle,

así que, tras saltarme otro semáforo, cojo una velocidad y un ritmo de respiración agradables. Cuando pillas este punto sientes que la tensión abandona tu cuerpo, y eso no tiene precio en esta época del año, porque el día de Acción de Gracias es muy complicado. Tras la debacle del año pasado (Mona y Lucy riñeron), me entraron ganas de sugerirle a Lucy que deberíamos dejar a Nelson con Tom y Mona unos días mientras nosotras nos relajábamos y nos marchábamos a las Bahamas. Eso sí, nunca habría aceptado: ese crío lo ha cambiado todo. Tengo que andarme con pies de plomo con este tema, pero es la verdad: como lo parió ella, Lucy es mucho más protectora con él. Yo soy como el papá divertido. Además, desde el funeral de Marge Falconetti, que tuvo lugar el mes pasado, tiene un bajón muy grande. Después de dejar de ir al gimnasio, la pobre mujer se mató a base de comer. Como Marge era clienta suya, Lucy se lo ha tomado muy a pecho.

Lo mejor de tener un crío, sin embargo, es que estás tan ocupada recogiendo y limpiando detrás de él ¡que no tienes tiempo para darle vueltas a las demás chorradas que la vida te echa encima!

El sol está saliendo sobre la bahía y veo el distrito de arte y diseño Wynwood al otro lado del puente. Fue divertidísimo estar allí hace unas semanas; Lucy y yo estuvimos de fiesta (por primera vez desde que apareció Nelson) en una ceremonia que tuvo lugar después de mi exposición en la nueva sucursal de Miami de la galería GoToIt. Mi exposición tuvo un éxito enorme en Nueva York, y ahora está atrayendo a multitudes aquí. La verdad es que le debo muchísimo a Jerry.

Giro de nuevo por West Street para volver a casa, y cruzo por Alton llegando a las calles treinta y tantos, pasando por delante de los bordes recortados de los juncales, que ya están poniéndose de un tono verde más oscuro tras la lluvia de anoche.

¡Qué dicha, la casa sigue en silencio! Me preparo un batido de proteína de plátano y manteca de cacahuete y pienso en Lucy; las cavilaciones matinales cristalizan en un deseo persistente de hablar con ella.

La oigo riéndose en otra parte de la casa, y me la encuentro, todavía en nuestra habitación, sentada en la postura del loto sobre la cama viendo el nuevo programa de pérdida de peso, ese híbrido de *The Bachelor*[45] y *The Biggest Loser*. Se llama *There's a Date in There Somewhere*. Simon Andrews, un rico y joven corredor de bolsa de Connecticut, ha trabajado con la experta en entrenamiento y fitness Michelle Parish, para coger, como dice el presentador, «a cuatro mujeres morbosamente obesas y convertirlas en las preciosidades harto deseables y extremadamente *casables* que ven hoy ante ustedes».

Simon enarca una ceja y al ponerse delante de las cuatro chicas luce una expresión terriblemente sincera. «Cuando dijiste que tu amor por mí evitaría que volvieras a recuperar el peso perdido tendría que haberme sentido halagado, Patti. Pero ese comentario disparó las alarmas. Lo siento, Patti, pero esto tienes que hacerlo por ti. No has entendido la finalidad del programa. Eso me dice que, a pesar del cuerpo esbelto y sexy que luces, por dentro sigues siendo una gordita. Voy a tener que dejarte ir».

Mientras Patti se echa a llorar, Lucy se pone una camisa de hockey de los

Bruins. «¡Ven a ver esta mierda! ¡Qué hija de puta es Michelle Parish!».

La beso y ella me agarra juguetonamente del culo sin apartar la atención de la pantalla. Me dirijo al despacho para echar un vistazo a mis correos. Hay bastantes, pero hay uno que me llama la atención: acaba de entrar la factura de la venta de mi escultura *El hombre nuevo*. ¡Me recorre una oleada de euforia al darme cuenta de que volvemos a ser ricas! ¡Asquerosamente ricas del carajo! Abro el adjunto, imprimo una copia del contrato, la firmo, la escaneo y se la envío por correo electrónico directamente de vuelta a mis agentes. ¡Hecho!

Una punzada de dolor reemplaza rápidamente a la euforia. *El hombre nuevo* es mi obra mejor y más personal y está a punto de dejarme. De repente tengo el deseo de pasar todo el tiempo posible con él antes de que lo trasladen a su próxima morada. Así que salgo hacia el estudio.

Me lo encuentro como siempre, agachado y mirando hacia arriba, en una postura casi perruna. Camino a su alrededor, examinando desde distintos ángulos su expresión petrificada y estupefacta, como si intentase desentrañarlo todo. Pues sí, es mi mejor creación con diferencia. Bajo las persianas para eliminar la luz y pongo la presentación en vídeo de los Everglades, creando a su alrededor ese entorno pantanoso. Eso fue idea de Lucy, y funciona muy bien. Los altavoces reverberan con los graznidos de las aves y el sonido del viento atravesando los arbustos de los manglares. Me quedo ahí sentada a oscuras, súbitamente llena de temor por mi invento, y con ganas de volver a encender las luces o de subir las persianas. De repente *El hombre nuevo* me parece iracundo y resentido, como si quisiera abalanzarse sobre mí y despedazarme. Me levanto y abro los oscuros cortinajes, parpadeando cuando la luz inunda el taller y baña mi obra, apaciguándola y devolviéndole la serenidad.

51. ACCIÓN DE GRACIAS

Lena ha estado corriendo por ahí y yo estoy viendo reposiciones de mierda en televisión. Ahora se vuelve a marchar, cabe suponer que para sacar un rato de trabajo en el estudio. No para nunca. Recuerdo cuando yo tenía esa clase de energía.

He vuelto a bajar de peso, aunque me cuesta motivarme. Estoy en 66 kilos, que está muy lejos de ser lo ideal, pero es mejor que los 90 que tuve que alcanzar para aprender la lección. Bueno, fueron más bien tirando a 89,5 y bebí mucho líquido para pesarme en la báscula ese día, pero no quisimos ponernos tiquismiquis. Lena me había suplicado que parase y de hecho me había quitado la cadena unos días antes (alguna gente sencillamente no tiene madera de secuestrador), pero yo insistí en seguir hasta el fin.

Me levanto de la cama y cojo mi portátil. Lo enciendo y echo un vistazo a mi blog, revivo la locura y el dolor.

Me comí las últimas golosinas, y al instante ansié una hamburguesa y unas patatas fritas para eliminar la empalagosa dulzura. Pero en cuanto me las comí, sabía que iba a querer más golosinas. Así que me eché al coleto la última botella de Bud, alineándolas como soldados y notando cómo su impacto alcohólico aumentaba la carga tenue y confusa que habían ido acumulando las demás. Tiré de mi cadena. «¡¿ES ESTO LO QUE QUERÉIS?! ¡HIJOS DE PUTA! ¡VENID, VENID Y OS ARRANCARÉ VUESTROS PUTOS OJOS VISCOSOS DE LAS ÓRBITAS, PEDAZO DE MARICONES!».

Entonces entra Lena con más patatas fritas, galletas y cerveza. «No es imprescindible que hagamos esto».

«¡No me sueltes o te arranco la puta garganta! ¡Tráeme más patatas fritas, joder!».

«No puedo…».

«¡Joder, Lena, échale un poco de pelotas! ¡Yo te tuve aquí a ti durante seis putas semanas! ¡COMIDA, POR FAVOR!».

«Dímelo, Lucy. ¡Dímelo y ya está!».

«No puedo. Ahora compórtate como una puta mujer y dame de comer».

Eso sí, toda la mierda esa que me dio era realmente adictiva. Hasta entonces nunca me había dado cuenta de hasta qué punto lo era: desengancharme me costó casi un año entero. Estuve dándome atracones secretos durante más de seis meses, y era incapaz de pasar por delante de un garito de comida rápida sin entrar o de no comerme una chocolatina a escondidas. Eso sí, no fue fácil, y ahora veo lo dura que fui con Lena y algunas de mis otras clientas. Supongo que las maltraté, y tratar de desterrar la debilidad de sus organismos era una manera retorcida de intentar desterrar la duda del propio.

No me gusta ver la última entrada. Esa donde aparece lo que llamamos *la conversación*, la que podría haber mantenido con Lena para evitar toda la mierda esta de tener que engordar, comer comida basura y estar cautiva, pero que no me pude permitir hasta alcanzar la cifra objetivo en la báscula. Fue mi forma particular y perversa de penitencia.

Pero muevo el cursor hasta encontrarla: el último blog del diario, *la*

conversación.

Ya estoy con ansias de almidón y comida pesada; ha pasado más de una hora desde que devoré las dos raciones grandes de patatas fritas que Lena me trajo de un Burger King. Las bajé con un batido de chocolate muy azucarado, lo que me hizo desear más patatas fritas. Sal, azúcar, grasa, carbohidratos. La verdad es que aquello no tenía fin.

La he enviado a la calle hace veinte minutos. ¿Dónde coño está?

El ansiado rumor lejano de la puerta del ascensor, y Lena entra con mis cosas. No es comida. Apenas soy capaz de ver la redondez de mi tripa por encima de la pretina de mis pantalones. Ella se sienta con una caja de ensalada y cuscús mientras el Big Mac suda en mi regazo cual zurullo cancerígeno entre dos trozos de pan, mirándome. Estoy al borde de los 90 kilos. De pronto caigo en que no puedo comerme esto. Y me doy cuenta de que ha llegado el momento. «Estoy dispuesta a que tengamos esa conversación», le digo.

Lena se sienta a mi lado y acto seguido intenta abrazarme, pero me pongo rígida al oír una voz hueca que brota de lo más hondo de mi ser, así que se aparta y me da espacio. «Era un domingo, en la época en que vivíamos en Weymouth; había estado en casa de mi amiga Lizzie escuchando música y pasando el rato. Iba caminando hacia casa por North Street, cuando, al empezar a pasar por debajo del puente, me di cuenta de que había unos chicos caminando detrás de mí, cuchicheando y a veces riéndose. Por la forma en que hablaban en voz baja y en tono conspirativo, supe que tramaban algo. Sin embargo, no miré atrás. Apreté el paso, y seguí caminando».

«Ay, Lucy…», intenta sosegarme Lena a la vez que me da un apretón en el hombro.

«En ese momento cometí un gran error. Giré hacia la derecha y me metí por Abigail Adams Green, una pequeña zona verde llena de árboles y arbustos que servía de atajo para llegar a mi casa en Altura Road. Allí había un segundo grupo esperándome. Clint Austin, el cabecilla, se acercó mirándome con gesto amenazador y me dijo que quería que le diera el beso que me había pedido antes en clase. Sus amigos me rodearon. No sabía qué decir. ¿Qué se dice en estos casos?».

Lena me aprieta más fuerte.

«De repente me encontré boca arriba en el suelo; alguien se había colocado a cuatro patas detrás de mí y un fuerte empujón de Austin me había lanzado sobre la hierba. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que sucedía, dos chicos me estaban tirando de los brazos y llevándome a rastras hacia los arbustos. Alguien me tapó la boca con la mano mientras otros me levantaban la falda y me bajaban las bragas, y Austin, con su cara de sarampión y sus ojerosos ojos verdes, escupió violentamente sobre mí antes de forzarme con un movimiento terrible, abrupto y desgarrador. Después sangré durante días. Volví la cabeza hacia un lado y apenas sentí otra cosa que una sensación de entumecimiento. Oí vítores, sí, sí, sí, y luego abrí los ojos y vi a Austin mirándome con rabia y temor, como si él también se hubiera visto atrapado y forzado por la situación. Entonces reapareció la sonrisa cruel y empezó a decir cosas que no acababa de entender. Pero odiaba a las

chicas. Supe y comprendí que odiaba a las chicas».

«Ay, Dios mío, Lucy…, qué horror…».

«No pensaba llorar ni suplicar. Era una Brennan. Le miré con la misma cara de desprecio y vi cómo su miedo reaparecía. Entonces otra voz retumbó desde el otro lado del parque haciendo que los críos se dispersaran como el pistoletazo de salida de una carrera. El rostro de papá me miró desde arriba tras arrancarme de encima a Clint Austin, que echó a correr, aterrorizado. La ira de Austin suplantada ahora por la rabia, más profunda, de mi puto padre».

«¿Alguna vez intentaste hablar con Tom? ¿Por qué no se dio cuenta?».

«¡Porque disimulé, joder!», grito ante su cara petrificada y dándole un apretón a la mano a modo de disculpa cuando ella da un respingo. «No podía volver a no dar la talla. Tuve que enrocarme y tragarme el sapo; no podía ser la víctima. Así que caminamos mientras yo esperaba el golpe que nunca llegó. Pero fui falsa. Falsa. Falsa. Falsa».

«No, Lucy», dice Lena. «Tú no. Tú nunca».

«Cuando llegué a casa, me duché, me lavé y me restregué. No dije nada. Tenía que verle en clase al día siguiente. Al principio tenía una cara asustada y tímida, y me evitó, quizá temiendo represalias por parte de mi padre. Cuando se dio cuenta de que eso no iba a suceder, volvió a mostrarse arrogante. Los miembros de su panda me llamaban habitualmente guarra, puta, ninfómana, y corrieron la voz de que había consentido en mantener relaciones sexuales con una multitud de chicos».

«Eso es espantoso…».

«En casa no me dieron tregua alguna. Mamá me cantó las cuarenta. Cuando papá me miraba, lo único que veía en sus ojos era una amarga desilusión».

«Unos meses más tarde, la misma pandilla, encabezada por Austin, atacó y violó a otra chica, Crystal Summersby. Sucedió en Beals Park, no muy lejos de donde me agredieron a mí. Le tendieron una emboscada a ella y a su amiga cuando volvían a casa desde el Coffee Express de Bridge Street, y las sacaron a rastras del sendero que atravesaba el parque y las llevaron hacia la arboleda. Durante el juicio, Crystal dijo que podía ver la aguja de la iglesia a la que acudía con su familia. Y ellos hicieron aquello porque yo no dije nada. ¡Yo, la heroína del puente elevado Julia Tuttle, me quedé al margen, muda que te cagas, garantizando así que ese repugnante capullo quedara libre para hacer lo que hacía a otras chicas! ¡Fui una falsa de mierda!».

«¡No, solo eras una niña asustada!».

«La verdadera heroína fue Crystal Summersby, y su amiga, que dio la cara y consiguió enviar a ese enfermo hijo de puta al reformatorio».

«¡Eras una niña, Lucy! ¡Alguien tendría que haber estado ahí para apoyarte!».

«No había nadie». Noto la mano de Lena desplazándose lentamente arriba y abajo de mi espalda. «Así que aprendí a valerme por mí misma. Me sumergí de lleno en el taekwondo, el karate y el kickboxing, planeando una bienvenida para aquel gilipollas cuando lo soltaran, pero su familia se había mudado y nunca más volví a saber de él».

«Pero… pero…».

«No di la cara porque nunca habría podido hacer el papel de víctima. Pero eso es lo que era. Sin embargo, tomé una determinación: nunca más. Tienes que defenderte. Tienes que dar un paso al frente».

«Sí. Eso me lo enseñaste *Tú*», dice señalándome. «Lucy Brennan».

Cojo su mano, más pequeña que la mía, y la aprieto; ella me responde de la misma manera. «Ahora necesito contarle a papá la historia real. Tú eres la única persona a la que se la he explicado bien. Cuando yo…, ya sabes, con Jerry…», digo bajando la voz y mirando instintivamente alrededor del apartamento, igual que Lena, «… pasé página. Fue como exorcizar un fantasma. Estaba preparada para que me cargaran de cadenas e hicieran conmigo lo que quisieran. Estaba dispuesta a entregarme voluntariamente…», digo antes de estrecharla en un abrazo y embeberme de su aroma hermoso y reconfortante, «… y me alegro tanto de que fuera a ti y no a la policía…».

Miro a los ojos de color jade de Lena y noto el frescor de sus labios sobre los míos. Me resulta irresistible y noto cómo me quita los grilletes.

Está hecho.

Nos besamos un poco, y empieza a desbordarse en mi interior un río de pasión. Aparto la ropa con los dedos y empiezo a trabajar a Lena, mostrándole quién coño soy. A medida que empieza a excitarse, me meto el otro puño dentro de las bragas, y me castigo el clítoris como un púgil tratando de abrir de nuevo la herida de un adversario. Me corro de inmediato mientras Lena jadea, pero sigo moviendo las muñecas con el máximo de fuerza contra mi hueso púbico y el suyo. Apenas vislumbro cómo Lena vuelve la vista hacia el cielo gruñendo como una salvaje y pateando como un nadador antes de notar cómo mis propios ojos se curvan hacia el cielo.

Abro las piernas para disfrutar mejor del delicioso palpitar, una sensación tan maravillosa que siento cómo me mordisqueo el labio inferior de gusto. «Joder… joder… joder…».

«Joder…», dice Lena con voz entrecortada mientras desenredo los miembros y me aparto el pelo húmedo de la cara. «Qué bueno ha sido esoooo…».

«¡Y que lo digas!».

Dios, qué cachonda me pongo leyendo esa última parte. Pero tenía que gratificarme después de esa confesión reviviendo el momento *posconversación* en el blog. La cuestión decisiva de todo el asunto, no obstante, era que por fin había sido más libre que nunca y que Lena era mía. Así que lo único que tenía que hacer era perder el sebo. Y lo hice. Luego llegó el embarazo, y volví a engordar, aunque me lo estoy quitando de encima otra vez.

En cuanto Lena y yo decidimos que queríamos tener un niño, nunca hubo la menor duda acerca de cuál de las dos iba a ser inseminada y pasar el embarazo. Lena estaba volviendo a triunfar como artista y se había reanudado enormemente el interés por sus esculturas, en particular por *El hombre nuevo*, y por supuesto, también la exposición fotográfica, así que tuvo que trabajar muy duro. «A mí me ha costado muchísimo llegar hasta este punto», argumentó, «mientras que tú eres una experta y volverás a estar en forma en un santiamén».

Aquello sonaba verosímil, pero las cosas no salieron del todo así. Pero no me

quejo; bueno, no mucho. Supongo que a todos se nos da muy bien justificarnos. Sé que me habría sentido igualmente realizada por una trayectoria profesional, aunque de una manera diferente. Pero, como madre, ahora es, en muchos sentidos, cuando más feliz me siento. No todo es de color de rosa, claro; nada lo es, y la verdad es que Nelson me deja un pelín agotada. Requiere mucha atención, y a veces Lena no puede ayudar demasiado, porque la mayoría de los días trabaja en el estudio.

Cierro el portátil y veo a la zorra de Michelle en su mierdoso programa de pérdida de peso y citas. Aparece Lena frunciendo el ceño. «¿Qué pasa?».

«Nada…, de hecho son noticias endemoniadamente buenas», responde esforzándose por poner cara de alegría mientras me entrega una copia de una factura.

Veo la cifra neta y se me escapa un grito ahogado de incredulidad. Acto seguido la abrazo con entusiasmo. «¡Por todos los putos santos!».

«La semana que viene vendrán a llevárselo», dice con tristeza, como si se refiriera a Nelson.

«Ah, vale…», digo yo intentando inyectar algo de preocupación en mi tono de voz. Nunca entiendo el rollo chalado este de los artistas cuando se trata de vender sus obras. Yo solo pensaría en el dinero y me pondría manos a la obra a la tarea de darle forma al siguiente trozo de mierda.

Me lee el pensamiento. «Ya lo sé», dice sonriendo antes de besarme, lo que me permite aspirar el aroma de su sudor fresco, «tengo que soltarlo. ¿Ya se han levantado mamá y papá?».

«No los he visto», respondo bajando la voz, «pero he oído gruñidos que venían de la suite de invitados». Noto cómo se me tensa la boca al taparme la oreja. «Y unos gorjeos que me indican que Nelson se ha despertado».

Lena se marcha a ducharse y cambiarse de ropa mientras yo empiezo a arreglarme, y también a Nelson, para el breve trayecto en coche hasta el aeropuerto. Los Sorenson se unen a nosotros para desayunar bagels y zumo de naranja. Es curioso lo diferentes que son a como me los imaginé durante aquella correspondencia clandestina por correo electrónico (que siguen pensando que tuvo lugar con su hija). Había visualizado a Todd como un hombre alto y delgado, pero es bajito y achaparrado, y tiene el pelo gris-rubio corto y la cara surcada de arrugas profundas. Es muy poco hablador. Molly habla por los dos: cotorrea de forma pródiga e intrascendente. Tiene una mata de pelo tipo permanente de estropajo de aluminio, y unos rasgos aguileños, además de papada, brazos rollizos y una tonelada de celulitis. Comemos mientras hablamos de temas prosaicos; Molly no para de dar la tabarra con una especie de sueño que tuvo acerca de la cena de Acción de Gracias de ayer. «Creo que es por estar en una casa rodeada de agua…».

Jamás de los jamases pensé que mi padre se trasladaría aquí, pero le compró la casa a una estrella del baloncesto en decadencia que los Miami Heat traspasaron a Cleveland o a alguna otra franquicia del Cinturón del Óxido en las últimas. Confieso que a veces me siento agraviada de que Mona esté viviendo con semejante nivel de lujo y es casi seguro que será la principal o incluso la única

heredera de papá, sobre todo cuando nazca su hijo. Eso sí, tampoco me puedo quejar; me gusta vivir aquí con Lena, y me ha dejado darle a la casa mi toque personal, como por ejemplo un poco de color a las paredes.

Nos subimos al todoterreno que compramos cuando nació Nelson. Lena conduce, y yo voy sentada atrás con Nelson y Molly, acompañada por el considerable (y en gran parte redundante) equipaje de los Sorenson. Molly intenta resueltamente distraer a Nelson del cerdito de juguete chillón que tanto adora. A Todd se le nota incómodo en el asiento del copiloto; veo su rostro arrugado en el espejo retrovisor parpadeando ante la luz, a la que no está acostumbrado, como un oso negro al que hubieran molestado mientras hibernaba. Una emisora de radio local, como de costumbre, describe el día como «muy caluroso para esta época del año». Dependiendo de qué app telefónica abras, estamos entre 29 y 31 ºC, y en las intersecciones me ciega una luz dorada que cae en ángulo, a pesar de las RayBan.

«Oh, qué mono», le dice Molly a Nelson cuando el cerdo vuelve a resollar entrecortadamente otra vez.

Es de mala educación, pero cuando aparece un correo electrónico de mi madre en mi iPhone me alegra abrirlo y escaparme de las banalidades de los Sorenson para sumergirme en las de los Brennan, más familiares.

52. CONTACTO 19

Para: lucypattybrennan@hardass.com

De: jackielieberman-pride@realrealestate.com

Asunto: Feliz día de Acción de Gracias

Lucy:

No quería llamarte por teléfono porque sabía que estabas en casa de yasabes-quién, y ya he dejado muy claro lo que pienso de ese chalado y de su manía de controlarlo todo. Si tú y Lena os planteáis alguna vez tener una segunda criatura: ¡NO DEJES QUE ESE IDIOTA TENGA NADA QUE VER!

No entiendo cómo puedes pensar que le debes a ese viejo chocho algún grado de control sobre tu vida porque te pescó enredando con unos chicos en los arbustos de Abbie Adams Green. Lo cierto es que en aquel entonces nos tenías preocupados a los dos. Pero nunca nos decepcionaste, cariño: la promiscuidad tenía todo que ver con ser una chica joven rebelándose porque nuestro matrimonio y nuestra familia se estaban desmoronando y viniendo abajo. ¡No le dejes cargarte con esa mierda del sentido de culpa católico! ¡Tus errores son tuyos (y todos los cometemos; demonios, yo me casé con el muy gilipollas), así que no le dejes que te diga cómo tienes que vivir!

Pero basta. Estoy despotricando.

Me sigue encantando Toronto. Los canadienses nunca tendrían una fiesta nacional que celebrara el robo de tierras y el genocidio. El otro día le dije a Lieb que aquí está el futuro para Lena y para ti, no que os traten como ciudadanas de segunda en Estados Unidos. Y pensar que fui republicana durante años, aunque la verdad es que fue sobre todo para chinchar a tu padre. El mercado inmobiliario está en auge, y tenemos un alto nivel de vida y atención sanitaria gratuita y universal. Lo único que echo de menos es el clima de Miami. ¡En la calle hace muchísimo frío! Hasta Boston parece templado en comparación.

Ven a vernos pronto, y trae a ese adorable hijo tuyo.

Con mucho cariño,

Mamá

53. LA REDADA

Dios mío, qué chalada está esa mujer. Ahora bien, su rollo de mierda me dice que nunca seré verdaderamente libre hasta que haya tenido *la conversación* tanto con ella como con papá; por separado, por supuesto. Hemos dejado a los Sorenson en el Aeropuerto Internacional de Miami, y vamos hacia Miami Beach por la Interestatal 95. Viajamos en silencio absoluto, aliviados de ser solo nosotros tres, pero agotadas por el estrés del contacto forzoso y prolongado con la familia. Hasta Nelson, sujeto con el cinturón al asiento, está inusitadamente soñoliento.

En el preciso momento en que entramos en SoBe por 5th Street, veo un gran cartel cinematográfico encima de nosotros:

VIDA SEXUAL DE LAS GEMELAS SIAMESAS

En él aparecen las actrices Kristen Stewart y Megan Fox, unidas de cadera para arriba, sentadas en un banco de un parque y dándose altaneramente la espalda. Tras ellas, Ryan Reynolds contempla la escena con gesto suplicante y desventurado.

En el cartel figura la frase gancho:

DOS CHICAS GUERRERAS
UN CUERPAZO DE IMPRESIÓN
LÍO GORDO

Las verdaderas gemelas, no las del género cinematográfico, han sentado la cabeza y descubierto la fe. Hace poco las vi en uno de esos disparatados programas de telebasura. La película las ha vuelto a poner en el candelero; Amy lo niega, y Annabel, al parecer, se niega a hablar de ello.

Pues les deseo suerte con el circo. A mí me gusta vivir de forma tranquila y desde luego no echo de menos tener encima a la gente de la tele ni a los paparazzis. Me encanta que no haya nada sobre mí en los medios. Jillian dejó *The Biggest Loser*, y desde entonces no es lo mismo. Le dieron el curro a un tenista ruso que quiso dejarlo a los seis meses. Está previsto que la primera temporada de *Shape Up or Ship Out* comience este verano, con otra tenista, Veronica Lubartski —la que alcanzó la fama gracias a *Game, Set and Snatch*—, como una de las presentadoras. Buena suerte a todas ellas.

La noticia verdaderamente cojonuda es que el congresista Quist está a punto de dimitir a raíz de algún escándalo financiero. En Florida no ha habido ningún político que haya rechazado ser sobornado bajo una u otra forma, y era inevitable que Quist se inmolara, como tantos otros, arrojándose sobre la espada de un turbio negocio inmobiliario. Hace unos pocos meses, mientras preparaba la comida, vi su cara colorada por la televisión, sin sonido, mientras lo entrevistaban. Al fondo, tras él, se veía la cabeza de una pantera que tenía en la pared de su casa. La razón por la que en Florida ya no hay panteras, salvo en las sudaderas deportivas, son los cabrones como él. Pero pronto Quist habrá dejado de existir en la política de Florida, y eso es una buena noticia, aunque para mi gusto llega un poco tarde.

De todas formas, sí que aprendí una lección cuando Lena me recluyó y me

atiborró de mierda; ahora soy más tolerante con los demás. La verdad es que voy a tener que cortarme un poco con el rollo faltón. Lena me ha dicho que deje de referirme a otras mujeres como zorras y putas. Sabía que eran las palabras de Clint Austin, resonando amenazadoramente en mis oídos en aquel parque y saliendo por mi boca de la misma manera desde entonces. Ahora que he reconocido que eso es verdad, debería ser capaz de dejar de hacerlo. Salvo en el caso de Mona, claro. Al que le venga el guante, que se lo plante, y en su caso no hay términos más exactos.

La vida familiar va bien, y está mejorando de manera espectacular ahora que los Sorenson ya están camino de Potters Prairie, Otter County, Minnesota. Solo de pensar que existe un lugar semejante hace que me recorran escalofríos. Puede que en Estados Unidos haya en este momento más cabrones rabiosos, religiosos y tontos del culo que nunca, pero a eso solo se ha respondido con más ironía. Ahora se utilizan palabras como «América», «Democracia», «Libertad» y «Dios» con un tono burlón y sarcástico, y suele tratarse de personas que se dan cuenta de que aquellos que las utilizan *sin* ironía solo quieren controlarte o venderte mierda. Los Sorenson no eran tan ambiciosos, solo pretendían dominar a una hija. Lena me quita las palabras de la boca cuando salimos de la Interestatal 95 desde Miami International: «¡Por mucho que los quiera, qué bien va a ser tener toda la casa para nosotros!».

Sin embargo, la paz es efímera. Apenas volvemos a casa y ya estoy en el jardín regando las plantas. El sol está empezando a ponerse y ya se insinúa una mustia oscuridad. Empiezo a sudar a chorros y hay insectos zumbando a mi alrededor. A esta hora de la noche la piscina atrae a los mosquitos y noto cómo un tocino chupasangres me inyecta su saliva en el tobillo. Intento chafarlo de un tortazo, pero solo consigo hacer contacto con mis propias carnes. Mientras maldigo, miro la luz desde la ventana de mi despacho y veo a Lena con Nelson en el regazo, imprimiendo cosas con el ordenador y coloreándoselas.

De repente me doy cuenta de que un coche se ha parado delante de casa, y de que alguien —más de un par de pisadas— ha bajado del mismo y camina por la entrada del garaje. Luego llaman enérgicamente a la puerta. Entro en casa, más tensa que una cuerda de guitarra, y sigo a Lena por el pasillo, con Nelson en brazos, mientras abre la puerta.

Es la policía. Uno de los agentes presentes es Grace Carrillo, a la que llevo sin ver un par de años. Cuando nuestras miradas se topan, ella asiente con sequedad, informándome así que la cosa no tiene nada que ver con ponerse al día. Ha engordado; el ascenso que oí que había obtenido debe significar que tiene un horario más prolongado y menos tiempo para ir al gimnasio.

Sé de qué va esto. He estado esperando que llegara este día. Mantuve mi palabra con Lena (salvo la noche de *la conversación*, cuando me dejó libre): la promesa que le hice cuando me recluyó por primera vez, de no mentar nunca el nombre de Jerry. Pero no puedo dejar de pensar en él, ya que existen muchas posibilidades de que vea fragmentos suyos todos los días. Lena acaba de terminar el montaje de *El hombre nuevo*, pero sé por visitas anteriores de la poli que al menos un alto mando de la policía de Miami cree que se han incorporado partes

de Jerry a la pieza, el cráneo y la pelvis en particular. Y lo cierto es que parecen formas y dimensiones humanas, apenas visibles a través de esa piel glauca y translúcida.

Ahora noto cómo me quedo helada cuando Grace Carrillo le dice a Lena que van a llevarse la instalación a un lugar donde puedan abrirla para tomar una muestra de ADN de los huesos. Señala a dos hombres con monos azules que empiezan a empujar una carretilla grande por la entrada del garaje.

Lena sacude la cabeza. «Me temo que eso no puedo autorizarlo».

«Ya no depende de usted, señorita Sorenson».

Mientras la onda expansiva hace que me estremezca, se me acelera el pulso. Miro a Lena, que permanece completamente impertérrita. Una sonrisa juguetona anima su expresión mientras se encoge alegremente de hombros. «Eso es lo que intentaba decirle, subinspectora Carrillo. No estoy en situación de autorizarlo, porque la escultura ya no me pertenece a mí. La galería se la vendió a un coleccionista privado el martes por la mañana», dicho lo cual entra, rápidamente pero con elegancia, en su despacho y vuelve blandiendo un correo electrónico que le entrega a Grace. «La revista *Forbes Magazine* estima que el individuo en cuestión, actual dueño de la obra, es el tercer hombre más rico del mundo. En cuanto la escultura sea traspasada, aunque sea por la más fina de las agujas, la resina se agrietará y quedará arruinada. Tome nota de que el comprador ha pagado 16,25 millones de dólares por ella. Si los huesos que hay dentro son los huesos de Jerry Whittendean, entonces yo tendré un serio problema. Sin embargo, si se trata de mis moldeados y no de huesos humanos, los que tendrán un serio problema serán ustedes. Con casi toda certeza, el nuevo propietario demandará al Departamento de Policía de Miami-Dade. Y con casi toda certeza le darán la razón. Así que la pregunta, subinspectora Carrillo, es: ¿cómo de segura está de que hoy es su día de suerte?».

Grace la fulmina con la mirada. La expresión de supermamá empalagosa de Minnesota de Lena no varía ni un ápice. Entonces Grace se vuelve hacia mí como apelando desesperadamente. Yo me encojo de hombros, y miro al otro poli de paisano, que ha tomado de sus manos el correo electrónico y cuyo cuello, lleno de manchas hepáticas, se va poniendo cada vez más colorado según va leyendo.

Lena señala el correo electrónico que tiene en la mano. «Ahora tendrán que hablar del asunto con el individuo en cuestión».

Grace se ruboriza a la vez que echa una mirada de soslayo a su compañero. En un intento por recobrar algo de autoridad, le espeta: «¡Puede usted estar segura de que eso es exactamente lo que vamos a hacer!».

No obstante, parece un cocker spaniel tratando de hacerse pasar por un pit bull. Lena así lo interpreta: «Que tengan buena suerte», dice sonriendo mientras Grace y su colega se marchan con aire apesadumbrado. Vemos cómo dan instrucciones a los dos tipos de que se lleven el carrito vacío y vuelvan a cargarlo en el camión.

¿De dónde ha sacado tantas pelotas? ¡Lena se ha reído de ellos y se han ido con el rabo entre las piernas! Eso sí, siempre había sospechado que Grace (el chochito antes conocido como sexy) era un poco cortada.

Y los huesos grandes, la pelvis y el cráneo, están ahí colocados, suspendidos en la escultura translúcida de Lena como si se tratase de grandes trozos de fruta de uno de los postres de gelatina de Molly Sorenson. No sé si son los huesos de Jerry. Con idéntica facilidad podrían haber salido de uno de los moldes que se ha llevado la policía. Lo único que sé es que el acaudalado comprador pretende donar la pieza al Art Institute de Chicago, para su nueva sección de arte contemporáneo. Nunca se lo he preguntado a Lena, aunque sé que algún día lo haré, pero de verdad espero que lo que haya ahí dentro sean los restos de Jerry. Me gusta bastante la idea de que esté expuesto permanentemente en su alma máter. Creo que, de una forma extraña, podría sentirse en paz con una solución semejante.

Por supuesto, si el que está ahí dentro es Jerry, la vida habría sido mucho más sencilla si nos hubiéramos atenido a una versión de la verdad. Lena estaba trabajando en un proyecto artístico, y yo estaba cuidando de su casa. Jerry apareció por ahí, me engañó para entrar y puso la casa patas arriba. Yo le pedí que se fuera, él se negó, me atacó y yo lo maté sin querer en defensa propia.

No obstante, creo que Lena se puso las pilas e intervino de la forma en que lo hizo no para vengarse de Jerry, sino simplemente porque es una artista, y los materiales auténticos con los que terminar su absorbente proyecto estaban súbitamente a su disposición. Lo mismo que papá con sus novelas cutres. ¡Para esos implacables carroñeros, el mundo y la gente que lo habita no son más que recursos en potencia!

Así que, una vez más, Lena está causando mucho revuelo en el mundo del arte. Sigue disfrutando del éxito de su reciente exposición fotográfica, esa en la que figura ella engordando, rebautizada *Un año de problemas con los chicos*. Melanie Clement expuso las fotos en su galería, GoToIt, y tuvieron una gran repercusión. Hace unas pocas semanas pasamos una noche estupenda en la exposición subsiguiente en Miami. Fue como en los viejos tiempos: Chef Dominic, Emilio, Jon Pallota, Lester, Angie Forrest (a la que solía llamar Henrietta James, y que de vez en cuando hace de canguro con Nelson) y hasta Mindy Tuck (la Cabrona Liposucción) estuvieron todos presentes para apoyarnos y, por supuesto, para irse de fiesta. En la presentación de la exposición, Lena repitió gentilmente los agradecimientos del catálogo. «No podría haberlo logrado sin la asistencia tanto de Lucy Brennan como de Jerry Whittendean, que, cada uno a su manera, realmente hicieron posible mi éxito como artista».

Así que supongo que es verdad eso que dicen todos esos libros de mierda, de que el arte de categoría surge a partir del encuentro entre polos opuestos. Y también podría ser el caso del buen sexo. Ahora mismo oigo a Lena acostando a Nelson, y espero que el pequeñajo se duerma corriendo. Pero que *a toda leche*.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Chris Andreko, Sarah Kahn, Emer Martin, Amy Cherry, Don De Grazia, Jon Baird, Trevor Engleson, Alex Mebed, Robin Robertson, Gerry Howard, Katherine Fry y, sobre todo, a Elizabeth Quinn.

A varios entrenadores, artistas y amigos de Chicago, Miami, Londres y Edimburgo, por no ser Lucy y Lena.

A todos los que han comprado los libros y visto las películas y, por consiguiente, han evitado que tuviera que conseguir un empleo como es debido durante años.

IRVINE WELSH

Notas

[1] Fragmento de un coro de animadoras. <<

[2] Juego de palabras basado en la polisemia de la palabra *pussy*, que significa a la vez «gatito», «miedica» y «coño». Dice literalmente: «No seas un -, cómete uno». <<

[3] «I Support Single Moms». También contiene un juego de palabras, porque *support* puede significar «apoyar» pero también «mantener». <<

[4] Entrenadora personal, personaje mediático, autora y empresaria estadounidense de Los Ángeles. <<



[5] Apodo con el que se conoce al sector predominantemente irlandés de Boston y a sus residentes. <<

[6] Ben & Jerry’s: conocida marca de helados. <<

[7] David Drew Pinsky, un internista especialista en adicciones, además de personaje de la radio y la televisión estadounidenses, conocido popularmente como Doctor Drew. <<

[8] Frase hecha que significa «ponte las pilas o lárgate». <<

[9] *Reality show* creado por la NBC y presentado por Caroline Rhea con la colaboración de los entrenadores personales Bob Harper y Jillian Michaels, en el que concursantes con sobrepeso compiten por tratar de perder peso. <<

[10] Juego de palabras basado en la polisemia de la palabra *booty*, que puede significar tanto «botín» como «culo». <<

[11] Juego de palabras basado en la homofonía entre *phat beach* (p.h.a.t. son las siglas de *Pretty Hot And Tempting* —algo así como «Bastante Buenorra y Tentadora»— y *beach* es «playa»), y *fat beetch*, pronunciación hispanizante de *fat bitch* («zorra gorda»). <<

[12] Juego de palabras basado en la homofonía entre *Lena* y *leaner* («más esbelta») con un acento genérico «del gueto». <<

[13] Literalmente «la pradera de los alfareros». <<

[14] Juego de palabras basado en la homofonía de *but* («pero») y *butt* («culo»). <<

[15] En castellano en el original. <<

[16] Alusión a la novela de Ira Levin *Las mujeres perfectas* (1972), llevada al cine en dos ocasiones, en la que los hombres casados de la ciudad ficticia de Stepford, Connecticut, asesinan a sus mujeres y las reemplazan por unas robots diseñadas por ellos, sumisas y siempre hermosas. <<

[17] Jugador de la NBA perteneciente a la plantilla de los Miami Heat. <<

[18] Alusión a Fatboy Slim, seudónimo de Norman Quentin Cook, DJ británico, músico electrónico y productor discográfico. <<

[19] Entrenador personal y autor estadounidense que presenta la serie *The Biggest Loser*. <<

[20] En castellano en el original. <<

[21] En inglés, *warren* significa «madriguera o túnel de conejos». <<

[22] Literalmente «una Lena más esbelta». Véase la nota 12. <<

[23] En inglés *swank* significa «presumido». <<

[24] Apodo popular humorístico («sueldo integral») de la conocida cadena de alimentos ecológicos Whole Foods Market basado en un juego de palabras con *whole*, que significa tanto «completo» como «integral» u «orgánico». <<

[25] Técnica de la lucha de suelo de MMA (artes marciales mixtas) en la que uno de los contendientes golpea al otro desde la posición llamada «montada». <<

[26] Véase la nota en la página 79 más o menos nota 15 o 16 comprobad. <<

[27] Equipo de baloncesto de la NBA con sede en Miami. <<

[28] Alusión a un fragmento de la letra del tema «I Love Rock n' Roll», de The Arrows, que Joan Jett and the Heartbreakers llevaron al éxito en 1982. <<

[29] Juego de palabras alusivo al legendario tema de Little Richard «Good Golly Miss Molly». <<

[30] Entrenadora lesbiana de fitness norteamericana conocida por su participación en el reality show *Work Out*. <<

[31] Desayuno básico en los *diners* estadounidenses consistente en tortitas de patata fritas en una sartén, acompañadas a veces de un agente aglutinante como el huevo. <<

[32] Alusión al actor cómico estadounidense de cine mudo Roscoe (*Fatty*, «Gordito»). Arbuckle (1877-1933). <<

[33] Exclamación originada entre inmigrantes de origen escandinavo a comienzos del siglo XX, y que expresa sorpresa o hastío. <<

[34] Personaje cómico creado e interpretado por el cómico estadounidense Paul Reubens en la década de 1980 y conocido por la serie de televisión del mismo nombre y dos películas. El 26 de julio de 1991, Reubens fue detenido en Sarasota, Florida, por masturbarse dentro de una sala cinematográfica «para adultos», causando un gran revuelo en los medios en torno al actor y el personaje al que interpretaba. <<

[35] Deformación de la interjección *Jesus H. Christ!*, que al parecer se remonta a finales del siglo XIX. <<

[36] Imitación burlona e hispanizante de la interjección *Jesus H. Christ!*. <<

[37] Título de una novela perteneciente al género «Lesbian BDSM Erotica» firmada por «Laura Vixen». <<

[38] En Estados Unidos, *cheese*, «queso», es sinónimo de horterada. <<

[39] *To pack plastic*: originariamente esta expresión significaba (y sigue significando) llevar encima y utilizar una tarjeta de crédito. Ahora también se utiliza para referirse a las lesbianas «camioneras» que esconden consoladores en los pantalones. <<

[40] Irlandés. <<

[41] *To pack heat*: término de argot estadounidense que significa «llevar un arma», sobre todo de fuego, pero que en la subcultura lesbiana alude al acto de llevar un consolador oculto. <<

[42] En el argot del jiu-jitsu brasileño la expresión «rodar con» equivale a hacer sparring. <<

[43] Juego de palabras intraducible basado en la homofonía de *wait* («espera») y *weight* («peso»). <<

[44] En castellano en el original. <<

[45] Reality show estadounidense de la cadena ABC que debutó en septiembre de 2002 y que gira en torno a un soltero de buen ver al que cortejan veinticinco mujeres. El concurso empieza con un conjunto de «citas en grupo» que sirve al joven para ir eliminando gradualmente a las concursantes hasta que quedan solo unas pocas. Después empieza a mantener citas individuales con las no eliminadas que incluyen encuentros entre la familia del soltero y las finalistas. La concursante definitivamente elegida se convierte en la ganadora de la temporada. <<